

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Las redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo Uribe: modernización de la universidad y las ciencias sociales en Colombia entre 1935 y 1966

Daniela López Palacio

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Departamento de Historia
Medellín, Colombia
2024

Las redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo Uribe: modernización de la universidad y las ciencias sociales en Colombia entre 1935 y 1966

Daniela López Palacio

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito parcial para optar al título de:

Magíster en Historia

Director (a):

Doctor Orián Jiménez Meneses

Línea de Investigación:

Historia intelectual comparada de América Latina

Grupo de Investigación:

Historia, trabajo, sociedad y cultura

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Departamento de Historia

Medellín, Colombia

2024

Agradecimientos

Estoy convencida de que la solidaridad es el valor más importante que como especie podemos desarrollar. Esta tesis fue para mí un crisol de subjetividad. Mediante ella viví una variedad de experiencias retadoras y formativas que trascendieron el espacio académico. Estoy segura que pude recorrer este arduo camino porque no estuve sola: afortunadamente conté con el apoyo de muchas personas que me ayudaron a encontrarme cuando esta tesis, que fue un espejo de mi vida, pareció extraviarme. Mi certeza actual es la siguiente: el antídoto contra la constitutiva incertidumbre existencial es la confianza que podamos construir entre un nosotros: formar tejidos que trenzan las fibras que nos sostienen cuando la piel propia tiembla. En primer lugar, agradezco a mamá y papá por su inquebrantable amor que ha sido suelo firme. A su apoyo debo la victoria en las batallas que tantas veces dimos por la salud, por la posibilidad de ser en estos años, sin los cuales no habría ninguna posibilidad de pensar, escribir y amar.

Agradezco a los profesores y profesoras de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas que me ayudaron reforzar la confianza en mis posibilidades como historiadora. Agradezco a Darío Acevedo, quien con su generosidad sin condiciones me apoyó decisivamente en mi iniciación como profesional y como estudiante de posgrado. Al profesor Manuel Bernardo Rojas quien me respaldó decididamente para que pudiera conjugar el mundo del trabajo con el del estudio, y a la profesora Diana Luz Ceballos por reforzar esa posibilidad. A Yobenj Chicangana por su paciencia. A Edgardo Pérez por su amistad. Agradezco la complicidad de mis compañeros de trabajo: Daniel Pajón, Malú, Ana Pérez y Marthica, quienes me respaldaron con invaluable y generosa comprensión en tiempo, información y afecto. Una mención especial merece también César Becerra —asistente de posgrados— quien, generosamente me orientó y apoyó con inigualable empatía en el momento de la entrega.

El camino que me llevó a esta tesis tiene la impronta de mi asesor Orián Jiménez Meneses, quien en calidad de director del Laboratorio de Fuentes Históricas recibió el archivo Jaramillo Mora y me ofreció su material inédito. Asimismo, debo reconocer que por su generosa disposición participamos y ganamos la “Convocatoria nacional para el apoyo a proyectos de investigación y creación artística de la Universidad Nacional de Colombia 2017-2018”. A él agradezco su resistencia para ser muro de contención en los momentos más difíciles de ese proceso. En la Sala Patrimonial Jaime Jaramillo Uribe de la Biblioteca Efe Gómez, agradezco a Jaime Gómez, su coordinador, quien generosamente atendió mis solicitudes cuando fui diariamente a consultar el Archivo Jaramillo Mora. En la

Universidad Nacional de Colombia – sede Bogotá agradezco la amable disposición de Gabriel Escalante y del personal del Archivo Central e Histórico. Su amabilidad diligente me hizo olvidar el frío de la capital. Retornando a mi relación con la Sede Medellín, quiero agradecer a mi excompañero de clase y ahora acompañante de vida, Juan Daniel. Su reaparición años después no solo fue la oportunidad para vivirmos amorosamente, sino también de obtener la claridad y, sobre todo, la confianza que me faltaba para concluir este proceso. Gracias a su experiencia como investigador y profesor, así como por el interés compartido en la historia del siglo XX, pude construir la estructura definitiva de esta tesis. A él le estoy infinitamente agradecida por su llegada que hizo girar de nuevo mi mundo y también por su paciencia y compañía comprometida en la fase más demandante de escritura. La calidez de ese cuidado conjunto hizo de esta semilla invisible un hermoso fruto.

Por último, quiero agradecer a mi red de apoyo fuera de la universidad. La elaboración de esta tesis duró más años de los que planeé. En ese largo camino varias personas fueron oído, hombro, risa, regalo, palabra alentadora que me sostuvo por la fuerza del afecto. Aquí incluyo a mis primas Estefanía y Maritza, a mis amigas Paula, Natalia, Katherine, Milena y Julieta. Estas décadas con ellas son mi tesoro. A José por animarme a incluir mis gráficos a mano alzada y a July Betancur Arboleda por su increíble trabajo en el rediseño digital. Gracias también a Isabel y a Angélica por hacer posible la genuina amistad de adultez. Asimismo, agradezco a Diana V. las conversaciones de catarsis. A Pablo y Camilo porque su confianza en mis capacidades fue un amuleto de amistad.

Las redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo Uribe: modernización de la universidad y las ciencias sociales en Colombia entre 1935 y 1966

Resumen

Esta investigación reconstruyó algunas redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo Uribe para describir su relación con la modernización de la universidad y de las ciencias sociales en Colombia entre 1935 y 1966. En esa tarea se acudió teóricamente al concepto de intelectual moderno, en el marco metodológico a la sociología del intelectual y en el procedimiento a las dinámicas de redes de interacción. Las fuentes consideradas fueron archivos de Jaramillo, sus memorias, prensa, artículos escritos por él y entrevistas o semblanzas. La originalidad de la tesis radica en que propone una aproximación al archivo personal —casi inédito— y laboral de Jaramillo para reelaborar su imagen más allá de la historia de las ideas y más acá de una contextualización sociopolítica y transnacional de sus redes socioprofesionales con el fin de explicar la trayectoria cambiante de su actividad intelectual experimentada como carrera profesional. La tesis concluye que la relación de Jaramillo con la modernización de la universidad y de las ciencias sociales colombianas determinó la variedad de tipos intelectuales que él encarnó en un contexto de transición, reacción y reforma hasta consolidarse como un intelectual profesional; condición que configuró progresivamente el talento de su participación en una estructura social donde la clase media —procedencia y destino del intelectual— fue causa y consecuencia de la modernización como ideología para la democracia. Así, la tesis demuestra que el punto de vista biográfico es un recurso que permite profundizar en la historia sociopolítica latinoamericana del siglo XX a partir de la intersección entre conocimiento, política y subjetividad.

Palabras clave: Jaime Jaramillo Uribe (1916-2015); intelectuales; modernización; universidad; doctrina política; ciencias sociales y humanas; clase media; sociología histórica.



Jaime Jaramillo Uribe's socio-professional networks: modernization of the university and social sciences in Colombia between 1935 and 1966

Abstract

This research reconstructed some of Jaime Jaramillo Uribe's socio-professional networks to describe his relationship with the modernization of the university and the social sciences in Colombia between 1935 and 1966. In this task, the concept of the modern intellectual was used as a theoretical framework, the sociology of the intellectual as a methodological framework, and the dynamics of interaction networks as a procedural framework. The sources considered were Jaramillo's archives, his memoirs, press, articles written by him, and interviews or biographical sketch. The originality of the thesis lies in the fact that it proposes an approach to Jaramillo's personal archives —almost unprecedented—and employment records to rework his image beyond the history of ideas but closer to a socio-political and transnational contextualization of his socio-professional networks in order to explain the changing trajectory of his intellectual activity experienced as a professional career. The thesis concludes that Jaramillo's relationship with the modernization of the university and the Colombian social sciences determined the variety of intellectual types that he embodied in a context of transition, reaction and reform until he consolidated himself as a professional intellectual; a condition that progressively configured the nature of his participation in a social structure where the middle class —the origin and destiny of the intellectual— was both cause and consequence of modernization as an ideology for democracy. Thus, the thesis demonstrates that the biographical point of view is a resource that allows to deepen the Latin American socio-political history of the twentieth century from the intersection between knowledge, politics and subjectivity.

Keywords: Jaime Jaramillo Uribe (1916-2015); intellectuals; modernization; university; political doctrine; social and human sciences; middle class; historical sociology.





CONTENIDO

Introducción	1
Objetivos	2
Periodización, hipótesis y estructura del trabajo	3
Estado del arte	8
Marco conceptual	14
Enfoque metodológico	21
Correspondencia y autobiografía	25
Escala de observación	26
Capítulo 1. De la provincia a las ciudades: la educación como capital y sensibilidad social en un contexto de transición y reacción (1935-1948)	28
1.1 Modernidad: encrucijadas y posibilidades de la masificación urbana en el siglo XX ...	28
1.2 Bogotá liberal: impacto de la vanguardia provinciana y socialista en las reformas educativas de la “Revolución en marcha” (1930-1948)	31
1.3 Jaramillo en Bogotá: el inquieto estudiante formado en la “carrera del porvenir” por una generación intelectual disidente (1935-1941).....	43
1.4 Jaramillo entre América y Europa: del socialismo marxista al antifascismo democrático como respuesta personal a las reconquistas conservadoras (1941-1948)	55
Capítulo 2. Una carrera brillante: tramas sociales y estrategias de racionalidad universitaria durante la reconquista conservadora (1948-1957)	71
2.1. Una excepción en la contrarreforma conservadora: la supervivencia laboral de Jaramillo entre la distancia de la antropología y la cercanía con la economía (1948-1951)	71
2.2. El ascenso profesional de un intelectual: Jaramillo entre el germanismo filosófico, la hispanofilia colombiana y la defensa crítica del estudiante universitario (1952-1957)	85
Capítulo 3. ¿Es el intelectual una clase social? Un profesional de la cultura en el contexto de la planificación universitaria (1958-1966)	113
3.1. De la modernidad a la modernización: el panamericanismo intelectual entre la filantropía norteamericana y el patrón internacional desarrollo	113
3.2. Jaramillo como emprendedor académico: caminos institucionales de una cultura universitaria pragmática y antioligárquica de las clases medias.....	130
Conclusiones	194
Figuras y tablas	200
Bibliografía	210
Fuentes primarias	210
Archivos	210
Publicaciones periódicas	210
Documentos manuscritos, impresos y sonoros.....	212
Fuentes secundarias	214

Lista de figuras

Figura 1 Redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo entre 1935 y 1947	200
Figura 2 Redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo entre 1948 y 1957	201
Figura 3 Redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo entre 1958 y 1966.....	202
Figura 4 Distribución porcentual docentes por dedicación 1961-1966	209

Lista de tablas

Tabla 1 Proporción de población universitaria vs. población total colombiana (1918-1970)	203
Tabla 2 Presencia laboral de Jaime Jaramillo en la UN (1948-1952).....	203
Tabla 3 Presencia laboral de Jaime Jaramillo en la UN (1952-1958).....	204
Tabla 4 Salario urbano anual por sector de actividad COP (1951-1958)	204
Tabla 5 Presencia laboral de Jaime Jaramillo en la UN (1958-1972).....	205
Tabla 6 Matrícula para los cursos impartidos por el Departamento de Historia de la UN en 1966.....	207
Tabla 7 Número y distribución porcentual de aspirantes por facultades UN 1961-1966	208
Tabla 8 Egresados por facultades UN 1961-1966	208

Lista de abreviaturas principales

Abreviatura	Término
ACH	Serie: Departamento de Historia / Correspondencia enviada y recibida ACHSC 1966-1997
ACHSC	Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura
ACHUN	Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia
AFCH	Acumulado Facultad de Ciencias Humanas
AJM	Archivo Jaramillo Mora
APP	Alianza para el Progreso
CBC	Fondo: Cayetano Betancur Campuzano
CER	Serie: Comunicaciones enviadas y recibidas
CERYM	Serie: Comunicaciones enviadas y recibidas (Yolanda Mora)
CO	Serie: Contratos
DANE	Departamento Administrativo Nacional de Estadística
DHCE	Sección: Departamento de Historia / Correspondencia enviada 1966-1968
DI	Serie: Documentos de identificación
DIYM	Serie: Documentos de identificación
ENCI	Escuela Normal Central de Institutores
ENS	Escuela Normal Superior
EUA	Estados Unidos de América
FCE	Fondo de Cultura Económica
FN	Frente Nacional
IPGH	Instituto Panamericano de Geografía e Historia
IEN	Instituto Etnológico Nacional
IIC	Instituto Indigenista de Colombiano
JJU	Fondo: Jaime Jaramillo Uribe
LAP	Liga de Acción Política
ONU	Organizaciones de las Naciones Unidas
PCC	Partido Comunista de Colombia
PSD	Partido Socialista Democrático
PSR	Partido Socialista Revolucionario
RP	Serie: Recortes de prensa
SC	Serie: Correspondencia
SCD	Serie: Certificados, diplomas y discursos
SF	Serie: Fotografías
UN	Universidad Nacional de Colombia
YM	Fondo: Yolanda Mora

Introducción

La presente investigación reconstruye algunas redes socioprofesionales e intelectuales de Jaime Jaramillo Uribe en perspectiva transnacional para describir su relación con el proceso de modernización de la universidad y de las ciencias sociales en Colombia durante el periodo comprendido entre 1935 y 1966. Es una apuesta que recurre a la imaginación sociológica —capaz de conectar historia y biografía¹— y al punto de vista biográfico como forma legítima de profundizar en la interpretación de la historia sociopolítica latinoamericana de mediados del siglo XX a partir de la intersección entre conocimiento, política y subjetividades. Para cumplir tal objetivo se acudió en el marco teórico al concepto de intelectual moderno, en el marco metodológico a la sociología del intelectual en perspectiva transnacional, en el procedimiento a las dinámicas de redes de interacción y en el género expositivo a la biografía intelectual. Consideramos que así construimos el utillaje necesario para estudiar al productor cultural más allá del mundo de las ideas y más acá de la sociedad en que se desarrollaron.

Este abordaje se aplicará al examen del archivo personal e institucional de Jaramillo (casi inédito y compuesto primordialmente por correspondencia), sus memorias, prensa de la época, ensayos misceláneos escritos por él y entrevistas o semblanzas escritas sobre él. Al respecto, cabe apuntar que una de las justificaciones de esta investigación es ofrecer una primera aproximación sistemática a su archivo personal y a su archivo laboral en la Universidad Nacional de Colombia, para reelaborar más allá de una imagen emblemática y a partir de sus redes socioprofesionales contextualizadas su lugar en la sociedad y cultura colombianas del siglo XX. Jaime Jaramillo Uribe fue un intelectual colombiano, es decir, una persona reconocida públicamente por su participación en la educación y cultura colombianas del siglo XX. La palabra intelectual anuncia en este punto que Jaramillo tuvo relación directa con las ideas, con su escritura y su difusión en auditorios de diverso tipo y amplitud. Dicho esto, debemos precisar que el abordaje propuesto no se centrará en las ideas u obras del historiador antioqueño, sino que pondrá el acento en cómo su sociabilidad intelectual, profesional y social gestó y maduró esas ideas, así como otras prácticas y experiencias sociales ligadas a esas interacciones en un contexto de modernización. Esto quiere decir que por más que esas ideas sean representadas por un individuo, consideramos que ellas son el resultado de

¹ “[... Por el contrario] la imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de la diversidad de individuos”. Charles Wright Mills, *La imaginación sociológica* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, [1959] 1986), 23 y 25.

un proceso colectivo cuyas condiciones de posibilidad no pueden omitirse y más bien deben detallarse considerando los distintos grados de interacción entre sus formas (valores, ideologías, símbolos, métodos) y los factores políticos y económicos así como los tejidos sociales e institucionales que las posibilitaron, haciendo que, en este caso, el trasegar intelectual de Jaramillo le diera visibilidad para convertirse en una figura públicamente valiosa. Aunque las acciones del antioqueño se manifestaron predominantemente en instituciones académicas, su influencia también impactó la esfera pública, ya que su liderazgo en la profesionalización de varias ciencias sociales y su trabajo por la organización de la educación superior fueron actividades fundamentales del proceso de modernización que se dio en Colombia entre 1935 y 1966. En ese sentido, esta investigación se propone reconstruir con una mirada transnacional la trama de redes socioprofesionales, materiales e intelectuales de Jaramillo y su relación con cambios significativos en las prácticas de la universidad y las ciencias sociales en Colombia, ya que en esos fenómenos se manifestó explícitamente la pretensión de varios actores nacionales e internacionales por reformular la narrativa nacional, reconfigurar las formas de trabajo, subjetividad y clasificación social de los intelectuales no solo en la universidad, sino también fuera de ella en el contexto de un proceso nacional de transición, reacción y reforma que, en realidad, fue una de las tantas manifestaciones de una dinámica reformista transnacional más amplia. Tal dinámica fue una deriva del reposicionamiento geopolítico entre Centroeuropa y Estados Unidos de América (EUA) producido por la segunda posguerra mundial, y que marcó decisivamente el destino de la universidad colombiana a partir del cruce de las tensiones transatlánticas, continentales y locales que produjo el debate en torno a los problemas y posibilidades —reales e imaginados— de la modernización.

Objetivos

De acuerdo, con el planteamiento anterior, el objetivo principal de esta investigación es describir en perspectiva transnacional algunas redes socioprofesionales e intelectuales de Jaime Jaramillo Uribe y su relación con la modernización de la universidad y las ciencias sociales en Colombia entre 1935 y 1966. Esta apuesta se modulará a través de tres objetivos específicos: primero, reconstruir las redes socioprofesionales —nacionales e internacionales— de Jaime Jaramillo Uribe en sus años formativos identificando los rasgos básicos de su momento iniciático como participante en acciones transformadoras de la educación superior y de las ciencias sociales colombianas entre 1935 y 1948 en el marco de las reformas liberales; segundo, reconstruir la trama de relaciones académicas, institucionales y sociales —nacionales e internacionales— de Jaime Jaramillo Uribe

caracterizando la relación de estas con la modernización de la universidad en un contexto de reacción conservadora donde, además, se consolidó su profesionalización intelectual entre 1948 y 1957 al calor de las ciencias del espíritu; y tercero, reconstruir la trama de relaciones académicas, institucionales y sociales —nacionales e internacionales— de Jaime Jaramillo Uribe identificando su relación con la reforma universitaria en clave desarrollista y planificadora para explicar su contribución a la institucionalización de las ciencias sociales colombianas y cómo su propia profesionalización en la figura de científico social redefinió los tipos intelectuales que él encarnó entre 1958 y 1966 llevándolo a participar de los mecanismos modernos de diferenciación y jerarquización social, es decir, de la dialéctica dominación/subjetividad que después de la segunda posguerra se conceptualizó para los intelectuales en la experiencia e identidad de la “clase media”.

Periodización, hipótesis y estructura del trabajo

Habiendo delineado la arquitectura de esta investigación queremos indicar que el abordaje de las relaciones socioprofesionales de Jaramillo y de algunas de sus prácticas tanto intelectuales (lectura, escritura, publicación) como profesionales (enseñanza, administración educativa, emprendimiento académico) revela que sus acciones no siempre, ni exclusivamente tuvieron que ver con la historia disciplinar, sino incluso mucho más con las ciencias sociales en general, con cierta sensibilidad política propia del intelectual normativo y con otros roles sociales y universitarios más allá de la docencia, que lo llevaron a encarnar otras funciones y tipos intelectuales suscitados por el panorama de mediados del siglo XX. A la luz de tales matices este ejercicio apuesta por reconstruir una parte de la historia de las ciencias sociales colombianas y de Jaramillo como científico social e intelectual profesional, a partir del examen empírico de los materiales de la cultura con el fin de replantear críticamente las mitologías demasiado absolutas sobre su figura y su relación con la sociología, la economía, la antropología, la filosofía y la historia. La periodicidad fue elegida, en primer lugar, porque 1935 y 1966 indican dos hitos de la trayectoria institucional de Jaramillo que fueron decisivos para su vinculación con la vida cultural del país. En 1935 el antioqueño llegó a Bogotá para continuar su educación en la Escuela Normal, que entonces estaba en plena renovación, al igual que la Universidad Nacional de Colombia, refundada con la Ley orgánica 68 de 1935². Por otro lado, en 1966, Jaramillo fue promovido a la mayor categoría docente que podía alcanzar en su carrera: profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia, siendo esta la institución en donde

² “Ley 68 de 1935 (diciembre 7) orgánica de la Universidad Nacional de Colombia”, en *Alfonso López Pumarejo y la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000), 93-102.

por veinte años había consolidado su trayectoria profesional e intelectual. Además, 1966 también fue el año en que se creó oficialmente el Departamento de Historia bajo su dirección³. En segundo lugar, la periodicidad responde al hecho de que entre 1935 y 1966 las ciencias sociales se institucionalizaron en la universidad colombiana, proceso en el que Jaramillo Uribe participó activamente. La profesionalización de los científicos sociales como consecuencia de tal institucionalización supone una ruptura con otras formas de producir conocimiento, y sobre todo con la identificación del intelectual como un personaje inconforme y marginal. Por ello, se propone hacer una genealogía de las redes socioprofesionales de Jaramillo entre 1935 y 1966 para explicar el significado de sus interacciones en la recepción y normalización de las ciencias sociales y en su posicionamiento como parte de una elite cultural reformadora. Asimismo, entre 1935 y 1966 ocurrieron eventos nacionales e internacionales que moldearon la forma y las etapas de incorporación de las ciencias sociales en la universidad colombiana.

Fue un momento en que el cruce entre la iniciativa renovadora local —que no partió de teorizaciones externas, sino de fenómenos internos que priorizan intereses propios, por ejemplo, la Revolución en Marcha— y la presión modernizadora internacional —respuesta geopolítica de la segunda posguerra en que Estados Unidos asumió la hegemonía ideológica hemisférica, manifestada en el programa Alianza para el Progreso— enmarcó las acciones de Jaramillo haciéndolo participe de un proyecto reformador de alcance transnacional en el que la profesionalización —de la producción, en general, y de los productores culturales, en particular— contribuyó a la transformación de las estructuras sociales, incluido el lugar que tienen en ella las ideas y los intelectuales. El fascismo y antifascismo europeo, la segunda posguerra mundial, la violencia bipartidista colombiana, la teoría de la modernización estadounidense y el Frente Nacional fueron realidades simultáneas que influyeron decisivamente (y aún hoy tienen eco) en el ritmo, desviaciones, retrocesos y adaptaciones que ha tenido la institucionalización de las ciencias sociales en Colombia⁴. Esto es así porque, entre otras cosas, en los años de 1930 y 1940 se consolidó en Colombia el rasgo por excelencia del siglo XX: la aparición de las masas urbanas, un asunto que

³ “Historia laboral docente de Jaime Jaramillo Uribe, 1967-1972 [1948-1972]”, en Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia (ACHUN), Bogotá-Colombia, Fondo: Hoja de vida docente (historia laboral docente) Jaramillo Uribe Jaime, caj. 1040, carp. 13, 13-14, 24, 45 y 47.

⁴ Bruno Groppo, “El antifascismo en la cultura política comunista”, *Anuario IEHS*, no. 19 (2004): 27-44; Miguel Ángel Urrego, “Los intelectuales bajo la violencia”, en *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia* (Bogotá: Siglo del Hombre, 2002), 1-31; Myriam Jimeno y Luis Ángel Méndez, prólogo a *Frente Nacional: política y cultura*, ed. Rubén Sierra (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021), 11-14.

no equivale a hablar de número de personas, sino que alude al problema sociológico de la radical transformación de la estructura de clases o, en otras palabras, de las formas del cambio social. Cómo abordar ese tipo de cambio fue una preocupación central de la política occidental en esa época, siendo la educación uno de sus frentes de batalla. Fue así como desde el inicio de la segunda posguerra mundial (1945) y, posteriormente, con la Guerra Fría se dio una transnacionalización de las polémicas y los proyectos relacionados con el futuro de la educación superior en el mundo occidental en una dinámica que trascendió el límite de las fronteras nacionales. Observar las conexiones de este escenario con la experiencia local es una de las razones por las cuales se acude a Jaramillo como punto de observación concreto para interpretar, no solo desde sus teorías o corrientes de pensamiento, sino desde las condiciones políticas, económicas e institucionales los aspectos que hicieron favorables o desfavorables la consolidación o retroceso de las ciencias sociales colombianas como saberes modernos. En Colombia se ha atribuido a Jaramillo la “paternidad” de la historia profesional/universitaria, pero debemos recordar que él mismo no era historiador de profesión, pues en su época formativa no se otorgaba ese título, aunque él participó del proceso que hizo posible que otros sí lo recibieran. En sentido estricto Jaramillo era “Licenciado catedrático” y “abogado doctorado en Derecho y Ciencias Sociales”, pues estos fueron los dos títulos profesionales que obtuvo legalmente y con los cuales fue identificado cotidianamente por las instituciones de su propio tiempo: en el consulado, en la embajada, en las universidades, en la notaría o en la iglesia. Así mismo en su hoja de vista consta que era miembro de la Sociedad Colombiana de Sociología⁵.

La constatación de estos datos es algo simbólico porque nos revelan una subjetividad mucho más interdisciplinar y una trayectoria, no solo intelectual, sino profesional, mucho más heterogénea de lo que se ha demostrado hasta el momento. Esta es una realización provocadora porque nos insinúa que esa trayectoria plagada de matices no salió de la nada y por eso nos invita a hacer una arqueología que indague por los factores internos —relación del debate intelectual con sus tradiciones, con sus opositores, con sus aliados—, pero, sobre todo, por los factores externos —tensiones, conflictos y apuestas políticas, ideológicas, económicas e institucionales— que configuraron su experiencia en torno a la modernización de las ciencias sociales y que llevaron a

⁵ En el pasaporte de Jaramillo de 1941 se indica que su profesión es profesor, ver Archivo Jaramillo Mora (AJM), Medellín-Colombia, Fondo: Jaime Jaramillo Uribe (JJU), Serie: Fotografías (SF), caj. 15, mientras que tanto en su partida matrimonial de 1953, como en el pasaporte de 1954 la profesión consignada fue la de abogado, ver AJM, JJU, Serie: Documentos de identificación (DI), caj. 3, carp. y carp. 4; “Historia laboral”, 5.

que esa dinámica estuviera inmersa en una disputa por las representaciones sobre el quehacer de esas disciplinas y a que sus productores adquirieran una identidad definida, homogénea pese a esos conflictos: la de intelectuales profesionales. En ese sentido, la sospecha ante el nombre emblemático y la posibilidad de una reelaboración teórica, metodológica y heurística justifican nuestro interés por resituar la actuación de Jaramillo como agente modernizador desde el Estado de la educación superior. Así sintonizamos con la historia moderna cuyo objetivo ha sido “diferenciar a los actores sociales según sus respectivas funciones”⁶. En ese sentido, la hipótesis propuesta por esta investigación es que si Jaramillo está en la encrucijada entre la transición del intelectual al intelectual profesional entonces este fenómeno supuso una transformación en su función social, esto es, la aparición de un nuevo tipo de intelectual, el científico social, cuyas consecuencias se manifestaron en el cambio de sus ideas y de sus prácticas así como en su participación de la nueva estructura social y lo que esa experiencia y clasificación significó intelectual y políticamente para él en el marco del proyecto modernizador hemisférico de mediados de siglo XX. En ese contexto, asumimos que la profesionalización de las ciencias sociales colombianas se relacionó con el tratamiento político dado al problema sociológico de la masificación urbana —léase de la dominación/autonomía en una era de posconflictos y seducción revolucionaria—, que en el caso intelectual fue sinónimo de racionalizar el conocimiento y de identificar su experiencia universitaria moderna (escolar y laboral) con la de la clase media urbana.

En otras palabras, nos preguntamos cómo se produjo y qué significó que en Colombia entre 1935 y 1966 los intelectuales se hubieran convertido en científicos sociales profesionales. ¿Cuáles fueron sus condiciones de posibilidad? ¿Sus características? ¿Sus consecuencias? Las redes socioprofesionales de Jaramillo serán así piedra de toque para ilustrar desde este individuo la expresión de un fenómeno más amplio que tuvo en los conflictos de la modernización su punto de partida, y en la institucionalización y la profesionalización de las actividades intelectuales dos de sus principales caballos de batalla. Por tanto, se hará una tipificación intelectual de Jaramillo a partir de su propia profesionalización para identificar los rasgos de su trayectoria y explicar cuál fue singularidad, pero a la vez cómo esta revela transformaciones y frustraciones de la educación superior, vistas en inevitable relación con las transformaciones y frustraciones políticas. Dado el enfoque elegido, este trabajo propone una estructura a la vez cronológica y temática que sigue de

⁶ Gilberto Loaiza, “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, en *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, ed. César Ayala (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004), 63.

cerca el curso vital de Jaramillo enfocándose en su ciclo formativo y en su paso laboral por la universidad pública. Los tres capítulos tienen una relación secuencial y por eso comparten el formato expositivo, diferenciándose por las fechas y los eventos relatados. En ellos se hace un inventario de las relaciones sociales, profesionales e intelectuales de Jaramillo registrando desde una mirada transnacional las condiciones materiales e institucionales de supervivencia personal y las fuerzas sociopolíticas que moldearon su trayectoria de tal manera que participó tempranamente del atropellado, pero también adaptativo proceso de configuración de las ciencias sociales modernas en la universidad colombiana. El primer capítulo reconstruirá las relaciones de la época estudiantil de Jaramillo atendiendo transnacionalmente al ambiente educativo, cultural y político de los años de 1935-1948 para iniciar su caracterización sociológica señalando su procedencia, el desarrollo de su vocación, los círculos de socialización y sus estrategias formativas con el fin de identificar algunos rasgos modernos tanto suyos como de la universidad en el primer momento de modernización de las ciencias sociales en Colombia durante la República Liberal. El segundo capítulo reconstruye las relaciones y condiciones materiales que llevaron a Jaramillo a integrarse y ascender profesionalmente en la universidad, aun en un contexto de reacción, que fue adverso para muchos integrantes de su red.

Considerando esta vez las fuerzas sociopolíticas transnacionales de los años 1948-1957 y la identidad laboral de Jaramillo se describirá cuáles fueron los dispositivos institucionales, la cultura intelectual y las presiones ideológicas que marcaron la trayectoria de las ciencias sociales como ciencias del espíritu y que dieron protagonismo a Jaramillo en el posicionamiento de una nueva elite intelectual que buscó transformar el funcionamiento de la educación superior colombiana adaptándose al cruce de las tensiones entre conservadores locales y las corrientes científicas modernas que luchaban por permanecer e incluso reflorar. El tercer capítulo reconstruye las relaciones y condiciones materiales que llevaron a Jaramillo a convertirse en un emprendedor académico en el marco de un segundo impulso reformista nacional sincronizado con un patrón internacional de desarrollo. Considerando esta vez las fuerzas sociopolíticas transnacionales de los años 1958-1966 y el fin de su carrera profesional en la universidad pública se describirá cuál fue la organización geopolítica, los medios de fomento, las condiciones económicas, los centros de decisión y el modelo de universidad que consolidaron su rol como agente modernizador en un momento en que la planificación integradora fue premisa de la política universitaria.

De esta manera, buscamos cerrar la caracterización sociológica de Jaramillo explicando su profesionalización personal como un producto de la modernización; uno por el cual el intelectual participa de los mecanismos modernos de diferenciación y jerarquización social, es decir, de la dinámica de dominación/subjetividad que implica la conceptualización de clase media derivada de la segunda posguerra y del tratamiento de la Violencia en Colombia. Jaramillo se presenta, así como un caso ejemplar de que las nuevas experiencias sociales propuestas por la modernidad a los intelectuales les dieron a estos un lugar central en el posicionamiento discursivo de la modernización como ideología para la democracia. Ya que la historiografía sobre Jaramillo ha tendido a soslayar estos aspectos ideológicos/políticos de su trayectoria por eso priorizamos la reconstrucción de una parte de esos hilos materiales y sociopolíticos con el fin de explicar históricamente la capacidad de Jaramillo de convertirse en un sujeto que pudo vivir *de* las ciencias sociales *para* hacer ciencias sociales y que depositó en su identidad profesional universitaria las raíces de una frondosa fama que perdura hasta hoy.

Estado del arte

Sobre la vida y obra de Jaime Jaramillo Uribe encontramos, en primer lugar, textos divulgativos: reseñas, entrevistas y semblanzas publicados en prólogos de libros, revistas o prensa nacional. En términos cronológicos esta producción se divide en dos: una producida entre 1994 y 1999⁷ y otra entre 2015 y 2017 compuesta por obituarios en revistas, prensa y el homenaje póstumo del XVIII Congreso Colombiano de Historia, celebrado en Medellín en octubre de 2017⁸. Este Congreso

⁷ Jaime Jaramillo Uribe y Frank Safford, "An Interview with Jaime Jaramillo Uribe", *The Hispanic American Historical Review* 64, no. 1 (1984): 1-12; "Jaime Jaramillo Uribe", *Banrepultural. La Enciclopedia*, <https://shorturl.at/aAMPZ>; José Francisco Socarrás, "Jaime Jaramillo Uribe y la Escuela Normal", *El Tiempo*, Bogotá, 14 de julio de 1993; Martha Cecilia Herrera y Carlos Low, "Jaime Jaramillo Uribe: la historia, la pedagogía y las ciencias sociales", *Revista colombiana de educación* no. 71 (2016): 401-414; Universidad de los Andes, *Doctorado honoris causa en filosofía. Jaime Jaramillo Uribe* (Bogotá: Presencia, 1994); Archivo General de la Nación, *Jaime Jaramillo Uribe. Premio vida y obra, 1ª convocatoria* (Bogotá: AGN, 1996); Bernardo Tovar, "El pasado como oficio. Trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo Uribe", *Nómadas* no. 4 (1996): 1-17; "Jaime Jaramillo Uribe: la escritura de la historia como destino personal", *Historia Crítica* no. 18 (1999): 7-12; Mauricio Archila, "Jaime Jaramillo Uribe Padre de la Nueva Historia", *Credencial Historia* no. 115 (1999); Jorge Orlando Melo, "Jaime Jaramillo Uribe. Vuelco a la historia", *El Tiempo*, Bogotá, 4 de julio, 1999; Academia Colombiana de Ciencias Económicas, "Jaime Jaramillo Uribe", <https://shorturl.at/bkJNQ>, Gonzalo Cataño, prólogo a Jaime Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, comp. Gonzalo Cataño (Bogotá: Universidad de los Andes, 2002), XIII-XXV; Franz Hensel Riveros, "Perfiles de la historia en Colombia, entrevistas con Jaime Jaramillo Uribe y Fernán González", *Historia Crítica* no. 25 (2003): 99-114; "Recuerdos del historiador", *Semana*, Bogotá, 5 de mayo, 2007; Luis Javier Ortiz, "Un perfil de Jaime Jaramillo Uribe", *Agenda cultural Alma Máter* no. 159 (2009).

⁸ "Murió el historiador Jaime Jaramillo Uribe", *El Tiempo*, Bogotá, 26 de octubre, 2015; Juan. Constaín, "Que sea un motivo", *El Tiempo*, Bogotá, 28 de octubre, 2015; Jorge Restrepo, "Jaime Jaramillo Uribe", *El Tiempo*, Bogotá, 30 de octubre, 2015; María Paulina Ortiz, "Jaime Jaramillo Uribe, el padre de la nueva historia", *El Tiempo*, Bogotá, 1 de noviembre, 2015; Daniel Rojas, "Jaime Jaramillo Uribe, 1917-2015. Un artesano de la historia amalgamado con el tiempo", *El Espectador*, Bogotá, 3

incluyó varios espacios dedicados a Jaramillo: el panel “El oficio del historiador en el marco de la nueva historia y reflexiones en torno al impacto de la obra de Jaime Jaramillo Uribe”; la mesa de trabajo “Historiografía y formas de hacer historia: pensar la obra de Jaime Jaramillo Uribe”; un conversatorio sobre “El archivo familiar de Jaime Jaramillo Uribe: retos, posibilidades y dilemas para la investigación social”; y un conversatorio sobre la vida y obra de Jaramillo. Cabe destacar que entre 2018 y 2023 hubo otra oleada de semblanzas en formato de video producidos que describen breve y cronológicamente la vida de Jaramillo, siguiendo una linealidad predecible y una jerarquía prototípica de sus obras⁹. La estructura, fuentes y finalidad de esta producción divulgativa son redundantes: hacen una apretada síntesis para exaltar a Jaramillo como “decano de los historiadores”, resaltando sus vinculaciones institucionales, pero sin profundizar en ellas. Estos textos no tienen mucho rigor ya que privilegian la afectividad expositiva. En segundo lugar, están los textos “analíticos” compuestos por los balances historiográficos publicados durante la década de 1990¹⁰; por los análisis de su obra durante los años 2000, siendo el más representativo uno sobre

de noviembre, 2015; Hermes Tovar, “Un compromiso con la historia. El aporte de Jaime Jaramillo Uribe”, *El Tiempo*, Bogotá, 13 de noviembre, 2015; Jorge O. Melo, “Jaime Jaramillo Uribe: pluralista y escéptico”, *Cambios & permanencias*, no. 6 (2015); Mauricio Puentes, “Jaime Jaramillo Uribe: un periplo vital para la historia”, *Cambios & permanencias*, no. 6 (2015); Max Hering, “*In memoriam* Jaime Jaramillo Uribe”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 42, no. 2 (2015); Luis Enrique Nieto, “Jaime Jaramillo Uribe *in memoriam*”, *Revista nova et vetera* 1, no. 10 (2015); Juan José Velásquez, “En memoria del maestro Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015)”, *Quirón. Revista de Estudiantes de Historia* 2, no. 4 (2016): 13-16; Catalina Reyes, “Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015). Del relato patriótico a la historia como profesión”, *Revista Universidad de Antioquia* no. 323 (2016): 41-50; Diana Bonnett, “En memoria de Jaime Jaramillo Uribe”, *Revista de Estudios Sociales*, no. 55 (2016); José Rueda, “Un recuerdo personal de Jaime Jaramillo Uribe”, *Boletín cultural y bibliográfico* 50 (2016): 184-188; Víctor Álvarez, “Jaime Jaramillo Uribe, el maestro”, *Trashumante* no. 7 (2016); Mauricio Archila, “Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015)”, *Hispanic American Historical Review* 96, no. 3 (2016): 553-556; Asociación Colombiana de Historiadores, *Memorias Congreso colombiano de Historia*, vol. XVIII. *Historia y memoria en el mundo actual pensar la obra de Jaime Jaramillo Uribe* (2017-2019).

⁹ Universidad Nacional de Colombia | @TelevisionUNAL, “La historia de Jaime Jaramillo Uribe a través de sus cartas”, video de YouTube, 26 de enero de 2020, <https://www.youtube.com/watch?v=bnUufeaeOSE>; Señal Memoria, “La historia de Jaime Jaramillo Uribe”, video de YouTube, 10 de noviembre de 2015; <https://www.youtube.com/watch?v=njt3R-1W840>; Universidad Nacional de Colombia | @TelevisionUNAL, “Sala Patrimonial Jaime Jaramillo Uribe”, video de YouTube, 6 de noviembre de 2018, https://www.youtube.com/watch?v=Vjmg_I0b5P4; Asociación Colombiana de Historiadores, “Cápsula de la Memoria: Maestros - Jaime Jaramillo Uribe”, video de YouTube, 19 de abril de 2023, <https://shorturl.at/lyB79>; Departamento Historia UN, “El Oficio del historiador en el marco de la nueva historia”, video de YouTube, 14 de febrero de 2018, <https://www.youtube.com/watch?v=aZq7ojMPSDU>; Asociación Colombiana de Historiadores, “Profesionalización de la historia en Colombia”, video de Facebook, 18 de mayo de 2022, <https://shorturl.at/CQW59>; Javier Enrique Garzón, “Ernesto Campos García - Jaime Jaramillo Uribe, Historiador colombiano del Siglo 20”, Video de YouTube, 20 de noviembre de 2015, <https://www.youtube.com/watch?v=0EoJ4Z7eMwO>

¹⁰ Jaramillo Uribe y Safford, “An interview”; Uniandes, *Doctorado*; Bernardo Tovar, “La Colonia de la ‘nueva historia’”, en *La Historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. 1, comp. Bernardo Tovar (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995) 1: 67-135; Jorge Orlando Melo, “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes”, *Revista Universidad Nacional*, no. 2 (1968): 15-41; AGN, *Jaime Jaramillo*; Gonzalo Cataño, “Jaime Jaramillo Uribe: *De la sociología a la historia*”, en *Historia, sociología y política: ensayos de sociología e historia de las ideas* (Bogotá: Plaza y Janes, 1999), 85-102.

el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)*¹¹; y tercero, las reflexiones póstumas de su obra con otras herramientas más que sus propios textos y con un acercamiento más crítico entre 2016 y 2021¹². Escritos por historiadores, sociólogos o pedagogos estos textos hicieron una historia conceptual de las ideas en la obra de Jaramillo para caracterizar su pensamiento, sus formas de escritura y su tipo de discurso histórico. Así los artículos publicados en el no. 44 del *ACHSC* analizan la fisonomía de *El Pensamiento colombiano en el siglo XIX*, *Ensayos de Historia Social*, *el Manual de Historia de Colombia* y *ACHSC* definidos por los autores como la base de su identidad intelectual, aunque no se deja de lado la revisión crítica de sus ensayos (*Historia de la pedagogía, la Personalidad Histórica de Colombia*)¹³. A partir de esta relectura los autores concluyen que el aparente eclecticismo temático, temporal y estilístico de Jaramillo evidencia que la coexistencia entre historia social y de las ideas eran requisitos de su propuesta metodológica. A su vez los autores también llamaron la atención sobre posibles resonancias políticas en la obra de Jaramillo un aspecto que no se profundizó. Publicados en 2018, se suman a este grupo las referencias a las *Historias de Pereira* y de *Bogotá*¹⁴. El artículo sobre estos libros se plantea como una reivindicación de sus obras “menores”, o sea, aquellas que la opinión pública e incluso el

¹¹ En el marco del aniversario del *ACHSC* y de una segunda reedición de su obra. Ver: Riveros, “Perfiles”; Pablo Rodríguez, “El nombre y el cómo en Jaime Jaramillo Uribe”, en *Balance y desafíos: homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, comps. Adriana Maya y Diana Bonnett (Bogotá: Uniandes, 2003): 71-75; Gonzalo Cataño, “Jaime Jaramillo Uribe”, en *Afirmaciones y negaciones. Maestros del siglo XX* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2005), 69-77; Jaime Eduardo Jaramillo, “Jaime Jaramillo-Urbe y el camino de la historiografía profesional en Colombia” [2005], *El Aleph*, no. 175 (2015); Alexander Betancourt, *Historia y Nación. Tentativas de la escritura histórica en Colombia* (Medellín: La Carreta, 2007), subcapítulo “El primer historiador: Jaime Jaramillo Uribe”, 159-176; Renán Silva, “El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*: un acontecimiento historiográfico”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 30 (2003): 11-42, que reconstruyó a través de archivos los avatares de este artefacto cultural e interpretó su significación para la cultura colombiana en los años de 1960. Su autor llamó a Jaramillo “personaje exótico” e “insular” frente a otros académicos colombianos, 32.

¹² Mauricio Archila, “El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, una joven revista histórica que cumple 50 años”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 40, supl. 1 (2013); José Rueda y Renzo Ramírez, “Historiografía de la regionalización en Colombia: una mirada institucional e interdisciplinar, 1902-1987”, *HiSTORELo. Revista de Historia Regional y Local* 6, no. 11 (2014): 13-67; Fernando Cubides, “Jaramillo Uribe: el sociólogo, el historiador”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 35-47; Marta Herrera, “La demografía colonial como proyecto político. Jaime Jaramillo y la ideología de la ‘modernidad’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 49-69; Gonzalo Cataño, “Historia intelectual: *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 71-83; Diana Bonnett, “La historia social al ritmo de los 60. Una lectura de *La personalidad histórica de Colombia*”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 85-100.

¹³ Pese a ser uno de los pocos libros de Jaramillo Uribe, la *Historia de Pereira* solo merece un breve comentario en los textos de Betancourt, *Historia*, 171-172, y Cubides “Jaramillo”, 42.

¹⁴ José Rueda, “Apuntes a la obra de Jaime Jaramillo Uribe a partir de las ponencias de la mesa Historiografía y formas de hacer historia. Pensando la obra de Jaime Jaramillo Uribe. XVIII Congreso Colombiano de Historia”, en *Mesa 12. Memorias Congreso colombiano de Historia, vol. XVIII, no.12*; Renzo Ramírez, “Historias locales en la perspectiva de Jaime Jaramillo Uribe. Los casos de Pereira y Bogotá (Colombia)”, *HiSTORELo. Revista de Historia Regional y Local* 10, no. 20 (2018): 279-309.

gremio no suelen considerar. Se concluyó que para el antioqueño la mirada local fue una mezcla entre reflexiones sobre la colonización antioqueña, la relación entre paisaje y etnia, y la configuración de los grupos sociales de estas ciudades. Aun así, el alcance de esta obra fue limitado como el mismo Jaramillo lo reconoció, aunque también demostró su versatilidad intelectual. En resumen, este grupo de textos hacen un análisis conceptual: desmenuzan las ideas del para establecer un hilo evolutivo con algunas corrientes de pensamiento, para perfilar *grosso modo* el trabajo historiográfico, sociológico, demográfico o pedagógico de Jaramillo. Sin embargo, como la lectura de su historiografía fue autorreferencial, se muestra un panorama homogéneo y reiterativo, ya que describen la evolución conceptual sin mayor consideración al entorno. Por su parte las memorias del panel del XVIII Congreso Colombiano de Historia¹⁵, en lugar de analizar la obra de Jaramillo, evaluaron su legado cuestionando la etiqueta de “nueva historia” con que suele asociarse. En primer lugar, tal nombre es cuando menos impreciso, porque incluso para la Escuela de los Annales designa una heterogeneidad de concepciones, métodos y objetos. En segundo lugar, los ponentes plantean que la fundación del pregrado en Historia en 1962 es un mito fundacional, que debe ser deconstruido históricamente. Por eso se presenta, primero, una genealogía de la historia colombiana para demostrar que “la nueva historia” no era “tan nueva”, sino la fase afirmativa de un proceso compuesto por tres momentos. Tales momentos son descritos a la luz de la historia de las ideas y de una brevísima contextualización política.

Uno de los autores muestra que la historiografía científica europea de Ranke, Durkheim, Comte — rigor documental y objeto social— estuvo presente en Colombia desde finales del siglo XIX. Sus procedimientos informaron el método histórico crítico que no fue privativo de la “nueva Historia”, sino que nutrió a la Academia Colombiana de Historia. Esto quiere decir que la novedad de Jaramillo y su grupo no radicó tanto en los contenidos, sino en estar en el momento adecuado para formalizar ese estilo de trabajo con Jaramillo como vector aglutinante. En síntesis, muchos de los textos del grupo analítico tienen en común que varios autores coinciden en reevaluar el lugar radicalmente adánico que la opinión pública le había atribuido a Jaramillo. En lugar de llamarlo “el primer” renovador de la historiografía brindaron argumentos para nombrarlo como el más

¹⁵ Alexander Betancourt, “Jaime Jaramillo Uribe y la renovación historiográfica en América Latina a mediados del siglo XX”, en *Conferencias. Memorias Congreso colombiano de Historia*, vol. XVIII, no. 30, 4-19; Gonzalo Cataño, “La Nueva Historia y sus predecesores”, en *Páneles. Memorias Congreso colombiano de Historia*, vol. XVIII, no.29, 4-35; Carlos Miguel Ortiz, “...el discurso histórico en una ciencia social”, en *Páneles. Memorias*, no. 29, 36-48; Rueda, “Apuntes a la obra”.

influyente y consistente transformador del discurso histórico colombiano. Los artículos del *ACHSC* ejecutaron esta tarea inclinándose hacia la exégesis del enunciado (análisis intratextual), mientras que las ponencias del Congreso enfocaron más sus lugares de enunciación (contexto intertextual). Esto quiere decir que en el Congreso se dio un primer paso para releer la trayectoria de Jaramillo recordando que una renovación historiográfica no puede comprenderse negando su relación con la tradición. Es por esta razón que la historia de los intercambios historiográficos entre Europa y Colombia a finales del siglo XIX y su influencia en la historiografía colombiana del XX fue más prolija en estos análisis que la historia social o política de su producción o circulación. Cerrando este balance tenemos el artículo publicado en 2021 por Alexander Betancourt, quizá el historiador más comprometido en comprender a Jaramillo más allá de la mera exégesis de sus obras¹⁶. Por eso es necesario añadir el capítulo de su libro publicado en 2007, donde menciona al antioqueño. El libro aborda los paradigmas colombianos de escritura histórica aplicados a las mitologías narrativas de la nacionalidad, por lo cual se enfoca en las condiciones sociales e institucionales que las promovieron¹⁷. Cuando pasa al capítulo Jaramillo, Betancourt da algunas pinceladas sobre su formación, para analizar sus tres libros representativos considerando su inserción en los debates historiográficos y políticos de la sociedad colombiana, así como hipótesis sobre su origen y algún impacto de su circulación. Este capítulo permite, incluso, evaluar menos autorreferencialmente la trayectoria de sus estudiantes y entender que hubo variaciones e incluso distanciamientos frente a su maestro en función del contexto que vivieron. Por esta razón este capítulo es el texto que más se acerca a nuestro propósito de situar a Jaramillo en procesos más desprovincializados.

Es un punto de partida, sabiendo que nuestro enfoque es diferente. Mientras Betancourt propone exclusivamente una clasificación historiográfica de la escritura de Jaramillo en relación con cierto proyecto nacional, nosotros queremos hacer una clasificación sociopolítica de Jaramillo, dentro de la cual su escritura es solo una parte y no la solución del rompecabezas. En ese sentido, hay que recordar que el capítulo se construyó solo con la obra del antioqueño y con historiografía de la historia colombiana y latinoamericana. Sin embargo, esta limitación fue parcialmente subsanada en el artículo de 2021 con la incorporación de algunos certificados, identificaciones notariales y contratos del archivo personal Jaramillo para mostrar que sus espacios formativos y laborales

¹⁶ Alexander Betancourt, “La profesionalización de la historia en Colombia. Jaime Jaramillo Uribe: contextos, trayectoria y corrientes historiográficas”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 48, no. 1 (2021): 231-255.

¹⁷ Betancourt, *Historia*, 159-176.

envueltos en la profesionalización historiográfica no fueron solo una iniciativa individual, sino el resultado de un proceso colectivo concretado gracias a unos referentes y a unas instituciones que le permitieron separarse de la tradición. Sin embargo, para Betancourt hablar de tradición no significa descalificarla: de hecho, define la historia profesional como el resultado de un proceso de diferenciación frente a una cultura letrada precedente, la cual hizo predominar cierta sociabilidad tradicional prolongada ante el vacío institucional para su profesionalización. De ahí que atribuya al esfuerzo mancomunado entre Jaramillo y la universidad el éxito de ese tránsito en la segunda mitad del siglo XX. Ahora bien, Betancourt hizo un trabajo sólido caracterizando estas corrientes, pero su acercamiento al archivo no fue exhaustivo y aunque el texto insinúa la importancia trabajo en equipo no profundizó en la socialización. Betancourt no la desconoce, pero solo insinúa nombres. Adicionalmente, el contexto proporcionado apenas se enfoca en las corrientes historiográficas (según su promesa) sin considerar otros aspectos sociales o políticos, además que los debates historiográficos se quedan en la nación. Mientras que la mayoría de reflexiones sobre Jaramillo suelen moverse en el terreno de la historia interna de las ideas, Betancourt se acerca a una historia externa de esas ideas, ya que aborda algunos aspectos de la cultura y la sociedad para observar cómo ellos hacen que esas ideas nazcan, se relacionen, se impulse o se frenen. Aun así, su contextualización es limitada, pues ofrece una caracterización historiográfica, conceptual y epistemológica de la obra.

Así, este estado del arte invita a repensar la manera de acercarse a Jaramillo, sobre todo en términos de alcance y escala. En esa ecuación juega un papel fundamental proponer una revisión más sistemática de su archivo personal. Creemos que este es el primer paso para trascender el enfoque dominante de historia de las ideas derivado del uso exclusivo de la obra como única fuente. La otra parte de la ecuación es la recomposición metodológica y teórica, porque el archivo ofrece un soporte empírico no presente en la obra, pero que necesita de un programa teórico para explicar la significación de sus ideas, o más bien de las acciones suscitadas por ellas y para demostrar que su figuración intelectual no solo estuvo relacionada con la historia, sino de hecho con las ciencias sociales y humanas, y con la configuración de la universidad moderna en general. Como nuestro objeto de estudio es un intelectual del siglo XX, priorizamos el hecho de que este se relaciona con una sociedad, en la cual ocupa roles y modula intereses. Por eso, nuestro acento, más que en sus obras, estará en sus relaciones sociales y materiales y en la forma en que ellas revelan su pertenencia a sistemas más grandes. Así, su excepcionalidad será resituada no para negarla o disminuirla, sino

para plantear preguntas sobre la estructura social a partir de la experiencia individual y por la dimensión política del conocimiento. De ahí que nuestro objetivo sea proporcionar una caracterización sociológica de la trayectoria de Jaramillo, acudiendo al apoyo teórico y metodológico de la sociología en clave transnacional para proponer una tipología del intelectual con la cual explicar el significado que tuvo su pensamiento no solo para las ciencias sociales, sino para la universidad como institución social, demostrando así que la historia de las ideas también puede y de hecho es historia sociopolítica.

Marco conceptual

Nuestro concepto clave como punto de partida es el de intelectual moderno, aunque suena a pleonismo porque la *intelligentsia* es quien proporcionó las narrativas de la modernidad, es decir, las de una sociedad que, basada en las ideas de progreso, nación o pueblo, pretendía sustituir los principios del Antiguo Régimen: propiedad rural y una jerarquización social construida en torno al nacimiento, el provincialismo, la monarquía y la religión. Sin embargo, queremos enfatizar que aquí el concepto de modernidad se toma para indicar dos fenómenos: primero, que ese tipo de intelectual tiene algún tipo de tensión con el poder; y, segundo, que la inteligencia después de ese salto cualitativo puede tomar la forma de una ciencia social profesionalizada¹⁸. Así, la modernidad en esta propuesta alude a nuestro interés por observar una tipología intelectual muy específica: el científico profesional. ¿Cómo se relaciona esta categoría con la de intelectual? La definición elegida bebe de la tradición sociológica alemana, por ejemplo, de Norbert Elías cuando dice que los individuos participan de un número, tipo, momento y amplitud de vínculos que los llevan a ser identificados a partir de una clasificación particular. Así, la noción de figuración expresa que el individuo, no es un *sujeto* autónomo, sino una *posición* social relativa frente sí mismo (cambiante) y frente a otras figuraciones o posiciones sociales (interdependiente)¹⁹.

En ese sentido, el intelectual es un tipo de figuración o lo que es lo mismo, un estrato social que designa a quien conscientemente y públicamente produce, analiza, difunde y consume bienes simbólicos, ideas²⁰. La labor del intelectual queda así definida por su tendencia al *decir persuasivo*

¹⁸ Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 116 y 122.

¹⁹ Norbert Elías, *Mozart. Sociología de un genio*, ed. Michael Schröter (Barcelona: Península, 1991), 23-25 y 52.

²⁰ Karl Mannheim, *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 137-138; Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 13, 90-91 y 103, 124; y Roderic Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1988), 61.

antes que por el *hacer concreto*. Pero no se trata de cualquier decir, sino del que satisface las demandas sociales de sentido, de ahí que en el mundo moderno sus enunciados conjuguen pretensión científica (teoría social), realismo político (adhesiones partidistas) y ambición profética (proyectos de futuro), es decir, que produzcan ideologías²¹. Pero no basta con que el intelectual sea un ideólogo: su decir es especial porque es dicho públicamente, porque no es esporádico, sino expresado regularmente ante auditorios de amplitud variable. Un intelectual no es la persona que escribe o que lee mucho —la vocación estética es insuficiente— sino la persona cuyo decir es escuchado y confrontado públicamente²². El intelectual se define por su carácter polémico o, por lo menos dialéctico, pues no existe el intelectual si no hay respuesta a lo que dice. El intelectual lo es porque la sociedad dice que puede serlo, pero también lo es porque él le dice a la sociedad qué ha sido (historia), qué es y qué puede ser. Por eso el rasgo que marca la distinción del intelectual frente al resto de personas no es cognitiva (la inteligencia), sino sociológica: la intelectualidad es la función social destinada a producir modos de pensar que inciden en la organización de la cultura²³. Si miramos la historia del concepto de intelectual vemos que su definición responde esencialmente a dos versiones: la normativa de origen francés y la sociológica de origen alemán. La primera parte de una concepción metafísica de la política, en tanto cree posible la autonomía total del intelectual para que sea incorruptible frente a la tentación del poder.

Esta intelectualidad se concibe como una conciencia cívico-política comprometida con la justicia social y con la crítica a los poderosos. Vistos de esta manera, los intelectuales estarían “obligados” a ser la voz ejemplar sobre el rumbo moral de la nación²⁴. De hecho, algunos teóricos aún consideran este compromiso justiciero como la impronta propia del intelectual. En esa línea, su misión sería cuestionar y transformar el *statu quo*, pues el mayor peligro para los individuos son las fuerzas sociales e históricas que se tornan ingobernables limitando su libertad y posibilidad de

²¹ Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 124.

²² Loaiza, “Los intelectuales”, 67. Por su puesto en la definición de lo que puede ser públicamente escuchado interviene una relación de poder que condiciona a quienes *pueden* hablar según características de atributos puntuales: un elitismo atravesado por variables de género, racialización y clase que, en gran parte, determinan su posibilidad de acceso a los medios de deliberación y comunicación: el aula y el mundo editorial, y determinan también la formación de un público limitado —letrado y análogo en composición— que los *puede* escuchar.

²³ Antonio Gramsci, “La formación de los intelectuales”, en *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Ciudad de México: Juan Pablos Editor [1924] 1975), 11-28.

²⁴ Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 33-34, 43-48, 53-55, 77; Loaiza, “Los intelectuales”, 67; Andrés López, “La sociología del escritor y su contribución a la historia social de la literatura latinoamericana”, *Ciencias Sociales y Educación* 3, no. 5 (2014): 79-96; Carlos Altamirano, “Introducción al volumen II. Elites culturales en el siglo XX Latinoamericano”, en *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen 2: Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, dir. y ed. vol. Carlos Altamirano (Buenos Aires: Katz, 2010), 2: 10.

autodeterminación²⁵. Por su parte, la vertiente sociológica no juzga si los actos del intelectual son buenos o malos, sino que identifica las tendencias históricas de su existencia. Así, el intelectual se concibe como una función del individuo que le es atribuida por la sociedad en que habita²⁶. Mientras que la versión normativa se preguntaba quien debió ser tal individuo para escribir así, la sociológica se pregunta qué posición social ocupó para *poder* hacerlo. La interpretación sobre esa posición supone observar cómo se desarrolla esa identidad asociativa y cuáles condiciones sociales hacen posible su experiencia (profesionalización, reconocimiento social, remuneración, estabilidad laboral). La intelectualidad no surge de una autodeterminación exclusivamente personal, sino que es fruto de una conciencia de clase, donde clase quiere decir la inconsciente percepción de que uno se comporta de tal o cual manera por la pertenencia, no solo a una sociedad, sino a un grupo dentro de ella²⁷. Esta visión parte del materialismo marxista pues considera que las ideas al ser productos sociales reflejan tensiones de clase. Pero esto podría llevar a un determinismo abstracto y genérico. Un matiz lo trae Karl Mannheim para quien el intelectual no es la respuesta de *toda* una sociedad, sino el resultado de *formas asociativas particulares*²⁸. La palabra intelectual en clave sociológica no designa una ontología axiológica, sino un concepto para el tratamiento sociohistórico de los intelectuales, lo cual permitirá proponer tipologías plurales pues, aunque inicialmente se presenten como una masa indistinta y heterogénea, la experiencia intelectual ocurre en espacios y tiempos específicos²⁹.

Por eso el siglo XX ha sido llamado el siglo de *los* intelectuales, ya que del monopolio del letrado decimonónico —dedicado a la escritura fundante de los Estados nacionales— se pasó a un escenario con *muchos candidatos* susceptibles de ocupar esa posición. En este sentido, la diversificación y especialización de las tareas del intelectual fue lo que modernizó a esta categoría: a los escritores se sumaron creadores estéticos, difusores, eruditos, científicos y expertos³⁰. Ahora bien, la consideración del intelectual como una función sociológica, diversa e históricamente situada, nos lleva a una variable relacionada inevitablemente con su actividad: el poder. Es claro que el intelectual demanda una autonomía para diferenciarse de otros actores sociales. Su especificidad es

²⁵ Wright, *La imaginación*, 32.

²⁶ Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 77.

²⁷ López, “La sociología”, 83-84.

²⁸ Mannheim, *Ideología*, 1-5.

²⁹ Zygmunt Bauman, *Legisladores e Intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997), 9; Loiza, “Los intelectuales”, 76.

³⁰ Altamirano, “Introducción”, 10.

el trabajo con los bienes simbólicos y, aunque es cierto que esa actividad se despliega en grupos, también lo es que estos son pequeños y que pese a su tamaño y en virtud de los privilegios sociales obtenidos por él, se acostumbran y predisponen a influir en auditorios cada vez más amplios. De ahí que los intelectuales sean llamados élites culturales. Son culturales porque cumplen una tarea pedagógica de invitar a los profanos de su tribu a participar de valores universales con utilidad para el sistema social³¹. Pero son elite porque estos grupos minoritarios representan intereses de grupo, es decir, están relacionados con la producción y reproducción de hegemonías sociales. Por esta razón, los intelectuales pueden comportarse simultáneamente como herederos de la tradición, heraldos de proyectos, reproductores de la dominación o críticos ella³². Norbert Elias advierte que el nexo entre individuo y sociedad también estaba mediado por la distribución social e inestable del poder y por el conflicto de cánones. La distribución inestable significa que la interdependencia entre individuos implica una constante disputa por la oportunidad de monopolizar la influencia en la definición social de las sensibilidades, relatos y comportamientos aceptables en un momento, espacio y grupos determinados. El canon es la expresión institucionalizada de un ejercicio específico de poder: la hegemonía. Sin embargo, ese poder es una realidad dinámica por lo cual existe el conflicto de cánones, es decir, que el individuo puede tener más de una postura dentro de una jerarquía flexible de interdependencias (subordinación, adaptación, resistencia, superación, alianza, rivalidad)³³. ¿Pero no es el intelectual un actor social diferente del político?

Se ha dicho que al político le corresponde la jurisdicción del poder, el “mundo de las decisiones”, mientras que el intelectual se mueve en el terreno del saber, “el mundo de las ideologías”. Pero la historia de los intelectuales latinoamericanos muestra una relación casi de identificación entre ambos, primero, porque los *hombres* de acción necesitaron de ideas para orientar sus decisiones. Las élites culturales del siglo XIX produjeron un poder letrado para legitimar su orden. De hecho, las más de las veces ese hombre de acción (político, pero también militar) fue al mismo tiempo hombre de ideas: por eso eran llamados “político intelectual”, “hombre instruido”, “político civil”, “hombre letrado”. La sustancia de la vida intelectual latinoamericana se cifró en esa fusión de político e intelectual, hasta el punto que se ha llamado al intelectual como “huésped de la política”,

³¹ Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 87.

³² François Bourricaud, *Los intelectuales y las pasiones democráticas* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990), 13 y 74.

³³ Elias, *Mozart*, 19-21, 25 y 40, 99; Giovanni Levi reclama para cada individuo un intersticio significativo de libertad. Sin esta realidad no podría explicarse el origen del cambio social. Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *AESC* 44, no. 6 (1989), trad. Araceli Rodríguez, ed. cast.: “Los usos de la biografía”, 25.

“político en potencia” o “político frustrado”³⁴. Más allá de estas adjetivaciones lo que se indica es que tanto el intelectual como el político “ejercen y han ejercido poder en terrenos diferentes y complementarios”³⁵. Tal situación tensiona la pretensión de autonomía y de neutralidad que reclama el intelectual moderno del siglo XX, pues, aunque el poder político no sea un elemento central en su trayectoria, también es cierto que, por su posición privilegiada, de elite, siempre estará en contacto con él, lo cual generará efectos tanto en su experiencia social, como en la historia política de la sociedad en que actúa. Esta condición de poder se sigue manifestando en el intelectual moderno por la presencia de dos factores: la posesión de un capital cultural y la filiación a un campo. El capital cultural es uno de los instrumentos sociales que tienen los intelectuales para adquirir competencias especializadas a las cuales no puede acceder toda la sociedad. Por esa atribución diferenciada y asimétrica de bienes simbólicos es que el intelectual se posiciona como figura dominante entre los productores de conocimiento, y puede liderar la conformación de “una clase de conocimiento” con prácticas y procedimientos establecidos por intereses, reglas y consensos comunes, lo cual significa que tienen pares y rivales³⁶. Pero además de su campo está la sociedad por lo tanto mientras intentan ser dominadores hacia adentro, podrían terminar convertirse en dominados hacia afuera. Un rasgo del intelectual moderno es, entonces, la posibilidad de ser un dominador dominado. Hay un carácter inevitablemente ambivalente en sus relaciones con otros poderes: bien pueden percibirse como agentes serviles de una clase dirigente o bien sentirse parte de esa clase dirigente.

Fue en ese tipo de tensiones relativas al ejercicio propio y ajeno del poder que se tejió la historia *moderna* de los intelectuales latinoamericanos, es decir, la historia de su progresiva diferenciación frente a otros roles sociales adyacentes. Atender al intelectual como categoría moderna significa observar los cambios ocurridos en la organización económica de su sociedad; en las prioridades organizativas de su élite y de las demás élites; en las formaciones institucionales; y en los nichos de reclutamiento de los intelectuales para así proponer nuestra propia tipología. Hemos ofrecido

³⁴ Loaiza, “Los intelectuales”, 52-53, 66; Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 84-85.

³⁵ Norberto Bobbio, *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea* (Barcelona: Paidós, 1997), 13-23.

³⁶ Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 84-85, 89, 93-96 y 104; Peter Burke, *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot* (Barcelona: Paidós, 2002), 26-31. La actividad intelectual es caracterizada por Edward Shils como una predisposición a explorar contenidos simbólicos que trascienden el inmediatez. Por eso tendría la misión pedagógica de revelar este universo a los profanos y la misión política de legitimar un orden colectivo; Levi, “los usos”, 25; López; Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 93-96; Bauman, *Legisladores*.

este recorrido, para mostrar que el intelectual del que nos ocupamos no es el letrado decimonónico. Nuestro propósito es identificar las características del intelectual como científico social para reconstruir empíricamente las instancias de poder con que negoció su ambivalente autonomía y moralidad. Para describir esta tipología requerimos de un concepto concomitante: la profesionalización, una categoría de la cultura de la especialización que atribuyó a los intelectuales la tarea de producir y exponer el conocimiento de forma sistemática (no aleatoria) y procesada (no perceptiva, emotiva)³⁷ convirtiendo a la universidad en el mecanismo asociativo de su renovada actividad y a la profesión en el criterio de su identidad. Desde un punto de vista sociológico el concepto de profesionalización interviene en tres fenómenos: primero, en la forma de organización y clasificación del trabajo, ya que estas ocupaciones plenamente institucionalizadas suponen un oficio especializado y una función que otorga cierta posición; segundo, en la significación que los sujetos atribuyen a la actividad laboral para definir expectativas personales como el sentido de autorrealización y la identidad; y, tercero, en las formas de agremiación como nuevas formas de control del mercado laboral basadas en el interés común de compartir la ocupación. Los profesionales no lo son solo por ejercer una actividad, sino porque buscan una estabilidad derivada de su remuneración que pasa a ser la medida del reconocimiento social dado a su experticia y del prestigio social que recibe el sujeto por ella. Esto quiere decir que si la actividad intelectual se profesionaliza es porque deja de ser una vocación estética, moral o espiritual y más bien pasa a considerarse como un trabajo, una actividad económica³⁸.

En este contexto, la profesionalización genera un nuevo elitismo pues esa ocupación no la hace toda la sociedad, sino grupos específicos que se caracterizan por adquirir a través de la educación unas competencias elevadas de la cual derivan una autoridad legalmente obtenida —por ese diploma legitimador— que condiciona quienes pueden ejercer esa actividad, es decir, quienes son los expertos. Esto significa que su actividad será menos supervisada y que tendrán una autonomía particular en el ejercicio de su actividad tanto dentro de una organización como fuera de ella³⁹. La profesionalización es un concepto que usaremos para indagar por los factores materiales relacionados con el intelectual como su remuneración, la definición social de su éxito, los tipos de público, la industria editorial, los mecanismos de promoción de las ideas como su nueva forma de

³⁷ Burke, *Historia social*, 11, 24 y 27-28.

³⁸ Marta Panaia, *Una revisión de la sociología de las profesiones desde la teoría crítica del trabajo en la Argentina. CEPAL - Colección Documentos de proyectos* (Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas, 2008), 14.

³⁹ Panaia, *Una revisión*, 9-10, 15.

circulación, los intermediarios culturales, las expectativas de consumo, la distribución geográfica del productor y de su producto (centro o periferia), los derechos de autor, la legislación comercial, en otras palabras, por la mercantilización del saber y sus discursos⁴⁰. Estas variables insinúan que la tensión del intelectual con el poder no mengua, pues a su tradicional contacto con el poder político se sumó el poder económico, lo cual amplía la pregunta por cómo lidió con ellos en términos de subordinación, autonomía, creatividad, copia o adaptación. Por otro lado, la profesionalización del intelectual, su especialización como académico⁴¹, es un indicativo de que este ya no solo goza de privilegios simbólicos, sino también económicos cuyo correlato, además de la mercantilización, es que se amplía su capacidad real de maniobra y consumo. Modernizar, o sea transformar la realidad, requiere recursos concretos. De manera que la estabilidad laboral es la que brinda al intelectual profesional las condiciones que le permiten negociar las dinámicas poder dentro de su gremio, con otros gremios, con el Estado y su posición misma en la estructura de mercado⁴². El intelectual profesionalizado es el intelectual moderno por antonomasia porque logró una disposición operativa que sus antecesores no tuvieron: recibir recursos para producir conocimiento que a su vez le daba recursos. Aunque se ha pretendido establecer una diferenciación simplificada atribuyendo al intelectual el *saber* y al político el *hacer*, el intelectual profesionalizado cuestiona esa definición. Este se mueve entre la destreza, la experticia y el ser competente: es un ideador orientado al *saber-hacer*. Saber y hacer pasaron así a ser categorías explícitamente complementarias que nos invitan a considerar el protagonismo de la pragmática, de las prácticas y del trabajo como materia de la vida intelectual.

El intelectual moderno es apenas la tipología hipótesis, ese punto de partida para hacernos preguntas que podamos responder empíricamente, y proponer nuestra propia conceptualización para Jaramillo como intelectual del siglo XX. Entendiendo que el intelectual denota al productor de ideas quien, por la disposición de un capital cultural socialmente determinado monopoliza la función de ofrecer un orden simbólico socialmente significativo, ocupa una posición dentro de un campo propio diferenciado y una posición en la estructura social más general, tomaremos las redes socioprofesionales de Jaramillo Uribe para reconstruir las preocupaciones intelectuales y políticas que dieron origen a su relación con las ciencias sociales; que marcaron su gestión educativa; y que

⁴⁰ López, “La sociología”, 90-92; Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 135-137.

⁴¹ Charles Wright Mills, *Sociology and Pragmatism: The Higher Education in America* (Nueva York: Oxford University Press, [1964] 1969), 7

⁴² Eliot Freidson, “La teoría de las profesiones. Estado del arte”, *Perfiles educativos* 23, no. 93 (2001): 35.

configuraron su experiencia e identidad social desde su agencia modernizadora. A la vez, esto implica que se hará una reconstrucción de parte del desarrollo de estas disciplinas y de episodios de la universidad colombiana insertándolos en el horizonte e interrogantes de su época. Reconocemos así que el estudio de los intelectuales remite inevitablemente al diálogo entre cultura y política. La inteligencia opera en relación a ambas y esa intersección es la que determinan qué tipos y proyectos intelectuales prevalecen sobre otros. Una genealogía de parte estas dinámicas en la dialéctica entre individuo y sociedad, es la que proponemos adelantar a través de Jaramillo.

Enfoque metodológico

La metodología elegida para este programa es la sociología de los intelectuales, entendida como una subdivisión de la historia intelectual, la cual ofrece herramientas para el examen sociológico de los intelectuales, su producción y el campo de poder que les fue contemporáneo⁴³. Partimos de una perspectiva que permite interpretar no solo las ideas promovidas por Jaramillo, sino describir cómo estas se relacionaron con unas condiciones precedentes y contemporáneas que formaron el contexto educativo, institucional y social colombiano entre 1935 y 1966. Esta estrategia es una alternativa frente a la tradicional historia de las ideas y frente a los perfiles biográficos clásicos. Por un lado, las ideas habían sido tratadas como metaobjetos que hacían “abstracción del hombre [persona]”; y, por otro lado, los estudios biográficos consideraban al hombre haciendo “abstracción del acontecimiento”⁴⁴.

Por su parte, la sociología histórica del intelectual reivindica una comprensión tridimensional del pensamiento y de sus productores, porque *la inteligencia* no es vista como una elaboración exclusivamente discursiva, sino como un producto de la vida⁴⁵, es decir, un fenómeno que tiene naturaleza histórica (participa del cambio), sociológica (tiene parámetros materiales y relacionales) y biográfica (se despliega a través individuos). Una historia así orientada supone aplicar simultáneamente análisis internos (las ideas), análisis externos (campo discursivo) y tematizaciones

⁴³ François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (Valencia: Universitat de València, 2007), 14-15, 127-128, 148; Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 13-15, 126; Mariano Di Pasquale, “De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: retrospectivas y perspectivas. Mapeo de la cuestión”, *Universon* 26, no. 1 (2011): 80-81; Burke *Historia social*, 22-23.

⁴⁴ Levi, “Los usos”, 14. Según Dosse los perfiles biográficos precedentes o bien proponía una imagen ejemplarizante del individuo (edad heroica) o bien lo borraban ante la marcha de las ideas, ante las regularidades de estructuras omnipotentes (edad modal), más “historieta” que historia. François Dosse, *La apuesta biográfica. Escribir una vida* (Valencia: Universitat de València, 2007).

⁴⁵ López, “La sociología”, 85.

sociológicas (relaciones, lenguaje, política)⁴⁶. La sociología de los intelectuales es un enfoque que sitúa fácticamente al hombre de ideas. Esto implica tener en cuenta un conjunto de variables materiales que posibilitan, escenifican y dan sentido a su labor, y que se manifiestan en instituciones sociales jerarquizadas según su tipología y escala⁴⁷. Así se justifica el énfasis puesto en la sociabilidad profesional/intelectual de Jaramillo en el periodo observado. Esta sociabilidad se reconstruirá a partir de la propuesta del sociólogo Randall Collins quien sugiere como herramienta la identificación de “diagramas de redes de interacción” y el “flujo de posturas” que un individuo ocupó en ellas —cambios en su trayectoria—, ya que por el funcionamiento que tienen tales redes estas se convierten “casi en un actor social que habita el escenario histórico”⁴⁸. Por tanto, la sociología intelectual, aquí asumida, se toma como sinónimo de una historia de las redes (espacios, soportes y portadores de las ideas) y de los flujos (posicionamiento del individuo en ese tejido reticular) de Jaramillo en ellas. Es decir, se propone un examen de las redes en que interactuó Jaramillo, cuyo nivel de detalle permitirá explicar sociológicamente no solo la producción de ideas, sino, sobre todo, cómo el productor de esas ideas se insertó a través de ellas en la sociedad de su momento. La sociología del intelectual apuesta por devolverles *su humanidad* (matices, contradicciones) a figuras que las generaciones posteriores han *idealizado* como precursores, maestros, padres de corrientes o de procesos más generales. Cabe recordar en este punto que el conocimiento no nace de la cabeza, sino de las relaciones sociales.

Por eso es importante insistir en que la verdad siempre es una verdad sociológica, ya que el contenido de las ideas no puede desligarse de la posición desde la que se enuncian. La sociología del intelectual permite entender la peculiaridad de la vida de los intelectuales, es decir, reconoce que su experiencia social no se reduce solo a su producción de ideas. Por eso, la sociología histórica del intelectual es una “historia de las ideas y de aquello que no son ideas”⁴⁹. Los genios no son excepciones inevitables: la relevancia de un personaje depende del espacio y lugar, no solo del suyo, sino de quienes propician o reciben sus ideas, ya que tampoco existe el público, sino públicos en plural, los cuales están segmentados y por eso, dependiendo de momentos específicos,

⁴⁶ Dosse, *La marcha*, 14-15.

⁴⁷ Altamirano, *Intelectuales. Notas*, 125-126.

⁴⁸ Randall Collins, *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual* (Barcelona: Hacer, [1998] 2005), XXV-XXVII.

⁴⁹ Martín Bergel y Ricardo Martínez, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen 2: Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, dir. y ed. vol. Carlos Altamirano (Buenos Aires: Katz, 2010), 2: 141.

un autor significará algo para la sociedad que lo recibió o que los observa. Bajo esta perspectiva de la sociología del intelectual no interesan los libros o los discursos en sí mismos, sino cómo se hacen o incluso cómo se frustran intenciones en la producción y reproducción de ideas. Por eso, los individuos con un halo legendario requieren de la sospecha histórica en clave sociológica, para contrastar empíricamente esa importancia atribuida a él por la opinión pública, no con el fin de juzgar esa importancia o de ese ideal, si no para observar históricamente si esta pervivencia ha durado más de dos generaciones —según Collins una generación dura 35 años— y de ser así cómo fluctuó ese individuo en sus redes de interacción, es decir, cómo se reposicionó en su trayectoria habiendo partido desde el anonimato hasta convertirse en el centro de esa red, en este caso, hasta que Jaramillo haya sido llamado “padre de la historia” en Colombia. Al considerar históricamente su tejido reticular se matiza ese relato épico entorno a la fama del antioqueño, para probar empíricamente que el valor o reconocimiento de un programa intelectual responde también a la posición vertical (antecedentes, maestros) y horizontal (aliados y rivales) por las que este va transitando en esa red de interacciones. La historia del flujo de tales redes es la que permite explicar por qué “ciertos individuos fueron concentrando progresivamente la atención y se fueron cargando de la energía para desarrollar la tarea que hizo que se les acabara identificando con tales transformaciones intelectuales”⁵⁰. De ahí que sea necesario inventariar las conexiones del individuo y luego clasificarlas en ese diagrama, el cual puede interpretarse tanto “hacia el interior” como “hacia el exterior”. En el primer caso la interpretación se concentra en identificar las fluctuaciones de las ideas dentro de la red, a partir de su relación la tradición y con los debates de su tiempo.

Por otro lado, la interpretación de la red “hacia afuera” enfatiza en “la organización material que hace posible que las personas se dediquen a la producción cultural”⁵¹, lo que implica considerar instituciones, profesiones, redes parentales y clientelares, amistad, padrinzgo, credenciales, mercados, patrocinios, becas y en general aquellos factores políticos, económicos y relacionales que hacen *materialmente* posible que el individuo se dedique producir ideas. Esto quiere decir que prestaremos atención al apoyo material que se da al intelectual para observar cómo su relación con los recursos influye en la producción y en el productor de ideas, no necesariamente de una forma explícita —como expresión directa de tal o cual régimen—, sino porque esa materialidad estimula o desestimula las condiciones que llevan a una jerarquización implícita de tales ideas y de quienes

⁵⁰ Collins, *Sociología*, xxvii.

⁵¹ Collins, *Sociología*, xxviii.

las producen. En esta investigación nos concentraremos en interpretar la red “hacia afuera”, porque la universidad, coprotagonista de este relato, es una institución que tiene que ver con las ideas, pero también con la vinculación inevitable de estas a fenómenos políticos y económicos. Por eso en este enfoque —centrado en la imbricación entre lo individual y lo colectivo para observar episodios de la historia universitaria colombiana a través de la trayectoria profesional de Jaramillo— apelamos a la noción de las redes de interacción como una evolución del concepto de sociabilidad. Los individuos se *asocian* de forma más o menos *espontánea* a partir de unos valores y actividades cohesivos, pero la *sociabilidad* indica la *aptitud* más específica de asociarse *voluntaria* y *formalmente* priorizando una relación con lo público y, sobre todo, con el interés por transformarlo⁵². Por lo tanto, la noción de red, deudora de la de sociabilidad, nos permite indagar por cómo piensa el individuo de acuerdo a su lugar social, más aún, a sus sociabilidades específicas, o sea a sus grupos: gremio o clase. Concretamente la red socioprofesional del intelectual aludirá a la “red [que] nos hace ver modos de comunicación y circulación de las ideas entre individuos y grupos localizados en diferentes lugares”⁵³. En ese sentido, las redes de Jaramillo se reconstruyen considerando las instituciones en que este participó, priorizando las que estaban reguladas, es decir, aquellas donde dominan la voluntad y la formalidad en sus procesos: universidades, institutos, grupos de estudio, revistas científicas, periódicos y partidos políticos⁵⁴.

El concepto de “dinámica de red” constituye, entonces, el núcleo de esta sociología del intelectual porque permite reconstruir “la formación de toda una malla de encuentros locales” que trenzan la “mesoestructura” del yo con la “macroestructura” de sus grupos sociales, desplegándose a través de “cadenas de interacción” que crean un tejido plagado de efectos colectivos⁵⁵. En nuestro caso, esos efectos son los de la modernización de las ciencias sociales colombianas y la experiencia e identidad social de Jaramillo derivadas de su participación en ese proceso. Ahora bien, la sociología de los intelectuales tiene varias opciones de género expositivo: la biografía (individuo), la prosopografía (biografía colectiva), o el estudio de artefactos culturales (periódicos, revistas,

⁵² Roger Chartier, “Lo privado y lo público: construcción histórica de una dicotomía”, *Co-herencia* 4, no. 7 (2007): 65-81; Juliana Vasco, “La sociabilidad en la conformación de la institución de la literatura en Colombia a finales del siglo XIX”, en *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas*, eds. Diego Alejandro Zuluaga y Luis Fernando Quiroz Jiménez (Medellín: Universidad de Antioquia, 2021), 19.

⁵³ Altamirano, “Introducción”, 18-19.

⁵⁴ Altamirano, *Los intelectuales. Notas*, 139-140.

⁵⁵ Collins, *Sociología*, 21, 25-26, 29.

programas radiales etc.)⁵⁶. Esta investigación se decantó por la biografía porque no acude a ella para hacer apología del individuo, sino porque considera que a través del sujeto se pueden exponer los “problemas públicos de la estructura social”⁵⁷. ¿Cómo justificar la elección del biografiado y la periodicidad? Se puede biografiar a un individuo para reivindicarlo. Pero también se biografían individuos famosos. Un consenso entre historiadores es que Jaime Jaramillo Uribe “fundó” la historiografía *moderna* colombiana, por lo cual ha sido llamado “padre de la nueva historia”⁵⁸. Aunque esta apreciación no es del todo errada sí que es imprecisa. La fuerza de la fama en un individuo supone una paradoja: que la comprensión de su figura se anquilese en lugares comunes. La trayectoria de Jaramillo no se reduce *solamente* a esa popular imagen. Por eso, el acceso a sus archivos es una oportunidad para examinar sus prácticas y redes más allá del estereotipo permitiendo explorar empíricamente los matices de su carrera, no siempre coherentes con el canon.

Correspondencia y autobiografía

Nuestra apuesta tiene una característica diferencial frente otros trabajos sobre Jaramillo: el acceso a su archivo personal (fondos Jaime Jaramillo Uribe, Yolanda Mora y Lorenzo Jaramillo), y a su historial laboral en el Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá. El primero constituye la principal novedad, porque fue donado por Jaramillo junto con su biblioteca personal a la Sede Medellín. Tras la muerte del antioqueño en 2015, su acervo fue custodiado por el Laboratorio de Fuentes Históricas de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, pero desde 2018 pasó a la Sala Patrimonial Jaime Jaramillo Uribe de la Biblioteca Efe Gómez. Priorizar este archivo, compuesto principalmente por correspondencia, no significa que lo concebamos como más *verdadero* que otro tipo. Todo acervo es ya interpretación: “Nada menos espontáneo que una carta; nada menos transparente que una autobiografía, hechas tanto para cerrar como para revelar”. Por eso partimos de que no existen fuentes objetivas, sino con mayor o menor grado de subjetividad en su producción⁵⁹. Si elegimos a Jaramillo como punto de observación es porque reconocemos el valor explicativo de la subjetividad. En ese sentido, la consideración de un archivo casi inédito y de otro subutilizado constituye la oportunidad para formular nuevas preguntas

⁵⁶ Altamirano, “Introducción”.

⁵⁷ Wright, *La imaginación*, 27.

⁵⁸ Archila, “Jaime”; Cataño, prólogo a Jaime Jaramillo Uribe, *De la sociología*, XVI; Jorge Orlando Melo, “Laberinto de influencias en la Nueva Historia de Colombia”, *Jaime Jaramillo Uribe: Premio Vida y Obra* (Bogotá: Archivo General de la Nación, 1996), 51; Ramírez, “Historias”, 281; Jaramillo y Safford, “An interview”, 1.

⁵⁹ Philippe Artières y Dominique Kalifa, “El historiador y los archivos personales: paso a paso”, *Políticas de la Memoria* no. 13 (2012/2013): 9; Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y la metodología de la historia* (Barcelona: Alfa, [1857-1883] 1983), 81.

sobre su trayectoria profesional que contribuyan a una sociología histórica de la universidad colombiana. En ese camino, entramos en contacto con dos tipos de fuentes especialmente relacionadas con la vida intelectual: la autobiografía y la correspondencia⁶⁰. Respecto al uso de las *Memorias intelectuales* escritas por Jaramillo debemos recordar que el relato autobiográfico es indicativo de la autoconciencia de esta persona sobre su vocación como algo que no surgió por revelación espontánea, sino que se construyó en su dialéctica social⁶¹. Ahora bien, la memoria es una fuente legítima siempre que se reconozca el sesgo de su productor y que se cruce con otras fuentes. Allí es donde entra, por ejemplo, la correspondencia del archivo, donde la carta “tensionada entre el secreto y la sociabilidad, mejor que ninguna expresión asocia el lazo social y la subjetividad”⁶². La carta fue desde el siglo XIX el lugar en que se construyó un vínculo afectivo. Pero según avanzó el siglo XX, esta se convirtió en intercambio de información y no solo de emociones. Por eso, nuestra intención al mirar la correspondencia no es abordar la subjetividad como intimidad, sino como zona de intersección entre el diseño de proyectos colectivos y acciones individuales, que expresaron materialmente la huella social del intelectual. En este caso, las cartas y otros documentos permiten rastrear la institucionalización de las ciencias sociales y la profesionalización de sus practicantes a través de la sociabilidad de Jaramillo. Advertimos que deliberadamente nos restringimos a los interlocutores presentes en estos acervos por ser el primer acercamiento sistemático a los archivos de Jaramillo, sabiendo que la consulta de los archivos de personas o instituciones que fueron destinatarios de Jaramillo es una veta futura para otras líneas de observación que desbordaban nuestro objetivo y capacidad.

Escala de observación

La trayectoria intelectual vista en perspectiva transnacional es uno de los aportes de esta investigación, ya que hasta ahora son pocas las historias sobre las ciencias sociales colombianas hechas con esa escala. ¿De qué manera se usará en esta investigación? En primer lugar, reconociendo que la historia transnacional no es un rechazo de la nación. La perspectiva transnacional no es un tipo de historia, ni de objeto, ni de hechos, sino un *punto de vista* que en lugar de prescindir de la historia nacional incluye en su relato las circulaciones y formaciones que

⁶⁰ Bergel y Martínez, “América”, 119. Es importante aclarar que usamos otros documentales: contratos, documentos de identidad, hojas de vida, diplomas, fotografías, documentos financieros, certificados, informes, registros notariales y artículos de prensa sobre Jaramillo y escritos por él. Recordemos que el 90 % de su producción intelectual apareció en periódicos y revistas. Consideramos que, junto a las cartas, estos artículos, más bien desatendidos historiográficamente, permiten ver su trayectoria profesional desde la dimensión más social y material posible.

⁶¹ Elias, *Mozart*, 14; Levi, “Los usos”, 14-15.

⁶² Bergel y Martínez, “América”, 133.

ocurren *entre, a lo largo, a través, y más allá* de esas unidades de vida colectiva que llamamos naciones. La historia transnacional es una forma de historia relacional que establece conexiones globales de “los pequeños lugares” incluyéndolos en sistemas más amplios para hacer “más densa la comprensión de esas unidades independientes, arrojando luz sobre naturaleza compuesta de sus materiales”⁶³. ¿Por qué no elegimos la historia comparada, global o mundial? Porque la historia transnacional es una parcela muy definida en términos temporales entre las formas relacionales de la historia: atiende a las unidades de organización política que nacieron en el siglo XIX bajo el nombre de Estado-nación. De ahí que la historia transnacional sea una herramienta “tan inadecuada como indispensable” que repotencia los relatos nacionales pues es una forma de escribir “historia *con* naciones que no sea una historia *de* las naciones”⁶⁴. La escala transnacional es una elección metodológica importante porque justifica el no tomar la contextualización de las redes de Jaramillo como un telón de fondo, sino otorgarle peso explicativo. Ese contexto está compuesto por la sociedad y política colombianas entre 1935 y 1966. Sin embargo, apostamos por reconocer que los fenómenos y actores de esos años estuvieron conectados a dinámicas de otros países, especialmente, de Centroeuropa y Estados Unidos. Recordemos que la historia transnacional interpreta singularidades a partir de una mirada de conjunto. Es claro que trabajaremos sobre la historia colombiana, pero enfocando las relaciones internacionales que influyeron en su rumbo político e intelectual.

Esto no significa que pongamos los eventos internacionales por encima de los nacionales, si no que gracias a la atención prestada a su interacción podemos ampliar nuestro conocimiento de la historia sociopolítica e intelectual de la universidad colombiana entre 1935 y 1966, además porque esta perspectiva no se ha aplicado a los estudios sobre Jaramillo. El hecho de que el antioqueño esté asociado a la modernización de las ciencias sociales es lo que justifica la elección de esa mirada transnacional. La modernización no fue exclusiva de Colombia ni significó lo mismo entre 1930 y 1940 que en 1950 o 1960. Es un concepto y una práctica transnacional que se ha manifestado diversamente en cada país, siendo la educación uno de sus principales terrenos de acción. El propósito de reconstruir las redes de Jaramillo desde una perspectiva transnacional es identificar cómo fue el proceso de enraizamiento profesional de las ciencias sociales modernas en Colombia. Esto implica entender cuáles fueron las circunstancias, tensiones, horizontes, expectativas, métodos, debates e instituciones en que se dio su recepción, incorporación y normalización

⁶³ Pierre-Yves Saunier, *La historia transnacional* (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2021), 15, 17-19, 31-32.

⁶⁴ Saunier, *La historia*, 22-23, 25, 26, 28-30.

institucional. La forma en que esto ocurrió tuvo que ver con factores internos que, sin embargo, no pueden desligarse del contexto internacional. En ese sentido, es fundamental tener en cuenta que la segunda posguerra mundial generó una recomposición geopolítica del mundo occidental —incluido Colombia— en cuanto a los liderazgos políticos de Europa y Estados Unidos con efectos ideológicos y sociológicos que no pueden soslayarse. La influencia de estos actores transformó el sistema intelectual local produciendo cambios en la percepción sobre las ciencias sociales y en el modelo de universidad. Por estas razones, para reconstruir la historia de las ciencias sociales colombianas y de Jaramillo como su agente modernizador es imprescindible considerar la interpretación transnacional de problemas y actores nacionales. Los investigadores que tratan problemas similares han identificado “dos vectores para la institucionalización de las ciencias sociales latinoamericanas: las iniciativas nacionales y las iniciativas transnacionales”⁶⁵. Según estos autores las opciones son complementarias, ya que ninguna explica ese proceso por sí sola. Apostar por la perspectiva transnacional no implica imponer la explicación de los factores externos, sino tomarlos como punto de partida para observar empíricamente esa conexión de Colombia con procesos que trascienden sus fronteras e identificar concretamente cómo se relacionó el factor dominante con el factor que tuvo menos fuerza.

Capítulo 1. De la provincia a las ciudades: la educación como capital y sensibilidad social en un contexto de transición y reacción (1935-1948)

1.1 Modernidad: encrucijadas y posibilidades de la masificación urbana en el siglo XX

La modernidad es otro nombre para la idea de progreso producida por las revoluciones burguesas occidentales de los siglos XVIII y XIX. Es un proceso que cree en la perfectibilidad humana, en que las sociedades pueden transformar su realidad para mejorarla. Por tanto, también es la ruptura que marca un antes y un después en las formas de existencia⁶⁶. Tal modernidad se ha dado en tres sentidos: primero, económico —consolidación del capitalismo en tanto red de mercados internacionales, división del trabajo y privatización de los medios de producción—; segundo, político —separación de los poderes públicos, ampliación de participación ciudadana—; y tercero, cultural al remplazar las instituciones sociales confesionales o autoritarias (Iglesia, familia

⁶⁵ Alejandro Blanco y Luis Carlos Jackson, *Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2015), 36.

⁶⁶ Rafael Gutiérrez, *Modernismo: supuestos históricos y culturales* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1987), 15; Gilberto Loaiza, *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX* (Cali: Universidad del Valle, 2014), 252.

patriarcal) por las instituciones laicas (medios de comunicación y escuelas seculares)⁶⁷. Según este guion, ¿cuáles son los signos de la modernidad a nivel intelectual? La multiplicación de los tipos de intelectuales. ¿Cómo se produjeron estas nuevas categorías? Por la ocurrencia simultánea, aunque no similar, de tres fenómenos: la modernización técnica que implicó la aparición de nuevos artefactos de comunicación y educación (incluida la universidad); la democratización, entendida como diversificación de los agentes productores y consumidores de símbolos; y la secularización vista sociológicamente y no teológicamente como el “acontecimiento emancipador”, esto es, como las acciones orientadas a la separación y diferenciación frente a autoridades tradicionales para la libertad creativa subjetiva⁶⁸. Por esta razón, la secularización es quizá el valor más asociado a los intelectuales, pues es sinónimo de la autonomía, que ellos y las nuevas disciplinas modernas demandaban. Sin embargo, un tema concomitante al origen del intelectual moderno es el de la democratización que era lo opuesto al elitismo. ¿Cómo se cuestionó esta jerarquización? Por la reaparición en el siglo XX de la noción de pueblo gracias al triunfo de la Revolución rusa 1917⁶⁹. Este hecho reformuló el orden clásico de la estructura de clases: demostró que la correlación de fuerzas sociales no era un dato automático y que el pueblo podía tener peso competitivo real en la vida política. A esto se sumó la multiplicación de los asalariados en el tránsito del siglo XIX al XX.

Este conjunto de eventos políticos y demográficos llevaron a la aparición de un nuevo sujeto histórico: las masas, que reunían a su vez a una heterogeneidad de sectores: medios, populares, obreros y campesinos. En Latinoamérica, los partidos políticos se interesaron por estas masas cuya arrolladora presencia política y económica los convirtió en materia prima de sus respectivos objetivos programáticos: mano de obra, consumidores o motores revolucionarios⁷⁰. Cuando nos preguntamos por el origen social de los intelectuales, la historiografía actual afirma que está en las masas, aunque un lugar puntual: sus sectores medios. Varias biografías de intelectuales muestran su escasa procedencia obrera, campesina o popular. Por eso algunos investigadores han definido la clase media como “la cantera” de reclutamiento por excelencia de los intelectuales modernos latinoamericanos⁷¹. Con la integración internacional de los mercados las elites latinoamericanas

⁶⁷ Jorge Orlando Melo, “Algunas consideraciones sobre modernidad y modernización en el caso colombiano”, en *Colombia, el despertar de la modernidad*, eds. Fernando Viviescas y Fabio Giraldo (Bogotá: Foro Nacional, 1991), 225-248.

⁶⁸ Loaiza, *Poder*, 262-269.

⁶⁹ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (Barcelona: Altaya, 1993).

⁷⁰ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, vol. 1 (Bogotá: Cerec- Siglo XXI, 1987), 1: 201

⁷¹ Altamirano, “Introducción”, 2: 13; Luz Ángela Núñez, “Marxistas, liberales y antifascistas. Configuración de una generación intelectual de izquierda en Colombia (1930-1951)” (tesis de doctorado, Universidad de los Andes, 2014),

señoriales no pudieron conservar su homogeneidad. Así surgieron sectores medios no ligados a la lógica de la herencia, que comenzaron a presionar para cumplir sus aspiraciones de movilidad social; aspiraciones que estaban en consonancia con la demanda de nueva fuerza de trabajo *calificada*. En el caso colombiano la bonanza cafetera de los años de 1930 propició la modernización económica con consecuencias en la política y cultural. La primera de ellas fue el aumento de la movilidad poblacional que llevó a una “revolución urbana”⁷². Los recursos obtenidos con el café permitieron la ampliación del Estado, manifestado, entre otros, en su interés por la educación urbana, que fue precisamente el nido y destino de los intelectuales modernos. Que la educación se haya convertido en tema de agenda pública explica que los intelectuales modernos latinoamericanos compartieran en distintos países los siguientes rasgos: el origen provinciano, la migración educativa local, la convivencia del autodidactismo con la educación formal, la temprana inserción al mundo laboral y el viaje de especialización en el extranjero como estrategia de renovación de sus propias culturas intelectuales nacionales⁷³.

A este listado se suma, en Colombia, la participación en el movimiento estudiantil, un espacio de sociabilidad intelectual típicamente moderno que aglutinó a una joven generación que no se identificaba con el intelectual letrado, sino que creó sus propias tipologías: el pedagogo, el crítico y el ideólogo. Esto fue posible porque con la llegada del liberalismo como partido de Gobierno entre 1930 y 1940 la universidad colombiana dejó de ser el lugar de reproducción de la estructura social legada por la Regeneración, para abrirse a la creación de valores sociales plurales⁷⁴. Ese pluralismo hizo que la joven generación fuera receptiva a ideas socialistas, situándose como una

47 y 55; Martha Herrera, “La Escuela Normal Superior 1936-1951: avatares en la construcción de un proyecto intelectual”, en *Historia de la educación en Bogotá, Tomo II*, Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico - IDEP (Bogotá: Jotamar, 2012), 2: 101; Jaime Eduardo Jaramillo, *Universidad, política y cultura. La rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional de Colombia, 1944-1948* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007), 9-10, 35 y 56.

⁷² Diana Bonnett, “En memoria de Jaime Jaramillo Uribe”, *Revista de Estudios Sociales* no. 55 (2016): 9; Incluso el mismo Jaime Jaramillo Uribe define la época entre 1934 y 1945 como el momento en que el país aceleró su tránsito de una sociedad rural a una sociedad urbana e industrializada. Jaramillo y Safford, “An interview”, 5.

⁷³ Núñez, “Marxistas”, 46-56; Loaliza, *Poder*, 26; Altamirano, *Intelectuales. Notas* 111; Jaramillo, *Universidad*, 23 y 57; Herrera, “La Escuela”, 102; Alejandro Blanco, “Ciencias sociales en el Cono Sur y el surgimiento de una nueva élite intelectual (1940-1965)”, en *Historia de los intelectuales*, 2: 620.

⁷⁴ Sin la conformación de esta primera etapa del movimiento estudiantil colombiano, profundamente identificado con el proyecto universitario de la República liberal (1934-1946), la universidad habría seguido siendo una institución casi accesoria. Fue a partir de esta fecha que fue asumida como “condensación fehaciente de la organización social” del país... que tiende a expresar más abiertamente [los] conflictos, los cuales tienen su origen en el juego de relaciones entre las clases sociales”. Francisco Leal, “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967”, *Revista Desarrollo y Sociedad* no. 6 (1981): 299.

disidencia inclasificable y a veces incómoda, pero también creativa, funambulista entre el liberalismo y la otra corriente alternativa emergente, el comunismo. Este tipo de consideraciones sobre el origen y la forma en que la juventud intelectual se fue insertando en la vida pública colombiana en los años de 1930 nos lleva a proponer una hipótesis: que el intelectual habla más contra el Estado, mientras menos lo conoce. Volvemos al tema del poder. El intelectual es moderno porque el saber que ostenta no es anónimo. En cierto sentido la historia intelectual se pregunta por la relación de los intelectuales con el Estado, particularmente, por su contribución a la construcción del Estado-nación y su tensión con la pretensión de autonomía frente a las adscripciones partidistas, máxime teniendo en cuenta que algunos simbolizaron explícitamente a ese Estado. Por eso debemos recordar que la historia política sin la presencia del elemento intelectual queda incompleta y la historia intelectual sin el elemento político queda inconexa⁷⁵. En nuestro enfoque de sociología del intelectual no se cuestiona la imbricación de ambos elementos, más bien nuestro objetivo consiste en identificar cuál elemento influye sobre el otro y de qué manera se diferencian en su inevitable tensión.

1.2 Bogotá liberal: impacto de la vanguardia provinciana y socialista en las reformas educativas de la “Revolución en marcha” (1930-1948)

¿Cómo se inserta Jaime Jaramillo en estas dinámicas? Recordemos que nuestro énfasis está puesto en sus redes socioprofesionales. Por eso una palabra clave es generación que no alude aquí a un grupo etario, ni a datos demográficos, sino a una noción sociocultural de un grupo que comparte elementos de identidad específicos como la formación escolar, la tradición familiar y política, los paradigmas hegemónicos y su percepción de los grandes acontecimientos, no tanto porque tengan una *respuesta* homogénea para estos últimos, sino porque comparten un núcleo común de *preguntas/problemas*⁷⁶. De acuerdo con lo anterior, describiremos un episodio específico de las redes de Jaramillo Uribe: identificar en qué generación se situó durante sus años formativos. El punto de partida es la migración educativa, ya que este dato ofrecido fácilmente por sus memorias y sus semblanzas lo hermana con otras trayectorias intelectuales similares⁷⁷. ¿Por qué la migración educativa provinciana fue un elemento tan característico de la configuración urbana de Bogotá entre 1930 y 1940? Para responder debemos recordar que la educación y menos la universidad había sido

⁷⁵ Loaiza, “Los intelectuales”, 81.

⁷⁶ Raymond Williams, *Sociología de la Cultura* (Buenos Aires: Paidós, 1994), 174; Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* no. 62 ([1928] 1993): 209.

⁷⁷ Jaime Jaramillo Uribe, *Memorias intelectuales* (Bogotá: Taurus, 2007), 25.

un rubro significativo para la hegemonía conservadora (1886-1930). Así lo demuestra la austeridad de sus Gobiernos que produjo un tipo técnico de universidad enfocada en oficios que no resultaba atractiva para la movilidad social⁷⁸. A esta situación hay que sumar la firma del concordato en 1887 entre el Vaticano y el Gobierno conservador que dio lugar a un modelo educativo de concepción predominantemente confesional antimoderno, es decir, antiliberal (no pluralista) y antiseccular (tendencia autoritaria)⁷⁹. Estos eventos contribuyeron a que entre 1886 y 1930 la UN se fragmentara hasta casi desaparecer y a que la universidad regional fuera casi inexistente⁸⁰. En general solo podían acceder a ella los hijos de ciertos profesionales: profesores, comerciantes, funcionarios públicos. En otras palabras, la educación era un privilegio, es decir, un marcador de diferenciación cultural y social. La tasa de alfabetización así lo evidencia pues en 1918 esta era de 32 %, pero en 1951 apenas alcanzaba el 62 %⁸¹ ([tabla 1](#)). En estas condiciones la llegada del partido Liberal transformó la relación pública con la educación y, sobre todo, generó las condiciones para que la universidad adquiriera un protagonismo político que no había experimentado en los sesenta años anteriores. Fue el primer Gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) el que consolidó una visión vanguardista de las elites políticas quienes debían formarse en la universidad para ser elites intelectuales que sirvieran a las reformas venideras propuestas por el Estado. En esa medida la universidad estaba destinada a encarnar la nueva nación a que aspiraba el nuevo liberalismo⁸². En ese contexto, el año de 1936 marcó un hito porque simultáneamente se creó la Escuela Normal Superior (ENS) y se refundó la Universidad Nacional de Colombia (UN).

Ambas instituciones funcionaron en Bogotá, siendo las dos partes de un solo ser: el proyecto universitario liberal. El prestigio de ambas instituciones en el imaginario colectivo convirtió a Bogotá en un imán para todos los jóvenes del país que aspiraban a educarse formalmente. Es cierto que con López Pumarejo se creó en Colombia por primera vez un sistema universitario nacional, pero tan centralizado con que generó algunos roces regionales. Durante el Gobierno de Enrique Olaya (1930-1934) se enfatizó en la “formación de maestros para los maestros” y por eso el presidente acudió a la tradición pedagógica tunjana representada por la Escuela Normal de

⁷⁸ Jaime Jaramillo Uribe, “El proceso de la educación, del virreinato a la época contemporánea”, en *Manual de Historia de Colombia*, tomo III (Bogotá: Ministerio de Cultura- Tercer Mundo Editores, 1999), 3: 325-328.

⁷⁹ Jaramillo, *Universidad*, 66-67.

⁸⁰ Jaramillo, *Universidad*, 57.

⁸¹ Aline Helg, *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social económica y política* (Bogotá: Cerec, 1987), 198.

⁸² Helg, *La educación*, 135-143; Jaime Jaramillo Uribe, “La educación durante los gobiernos liberales, 1930-1946”, en *Nueva Historia de Colombia*, tomo IV (Bogotá: Planeta, 1989), 4: 87-90.

Institutores de Tunja y el Instituto Pedagógico Nacional. Sin embargo, con la llegada de López Pumarejo se intervinieron las prerrogativas de Tunja, territorio conservador, no solo para facilitar la administración, sino para ampliar la influencia liberal. Fue así como con el Decreto 1917 de 1935 López Pumarejo inhabilitó las demás escuelas y creó una Facultad de Educación que, con la Ley 39, se convirtió en organismo independiente: había nacido la ENS⁸³. Situados en este punto aparece el tópico de la provincia como una etapa del joven que, aspirando a una mejor formación, convirtió a la capital en un paso obligado de su trayectoria intelectual. El atractivo de Bogotá era más que todo de tipo social, ya que el ser la centralidad política y ahora universitaria, podía proporcionar a estos jóvenes inquietos, además de la independencia frente a la familia o la Iglesia, el acceso a redes políticas y económicas que les permitirían construir la vida deseada. Por otro lado, se ha dicho que estos intelectuales provincianos trajeron la chispa creativa de la que cual carecía ese “pueblo grande conservador” que era Bogotá. Es que mientras la elite bogotana de los años de 1920 “se imaginaba el progreso, las elites de Medellín y Barranquilla lo vivían”⁸⁴: las elites regionales tuvieron una relación más pragmática, con la vida que la aún contemplativa Bogotá. Esto explica que el intelectual provinciano tuviera entre sus virtudes la recursividad: el autodidactismo era una de sus manifestaciones como alternativa de formación en situaciones de exilio o pobreza. Por eso los provincianos estaban orgullosos de su procedencia, pues por ella aprendieron a sacar ventaja de sus desventajas y de esa manera adquirieron una agudeza de la cual carecía el alambicado intelectual capitalino. Estaban predispuestos a la adaptación y al pluralismo.

Gran parte del rumbo político que tomaron Bogotá y Colombia en esos años se debió a estos jóvenes de Antioquia, Caldas y Barranquilla que contribuyeron a horadar la hegemonía conservadora y a levantar el proyecto político liberal. En la ENS la mayoría de sus matriculados venían principalmente del occidente del país (Antioquia, Cauca, Valle y Chocó), mientras que en la UN el 60 % del estudiantado en 1937 no era bogotano. Se cumplía así la aspiración de López Pumarejo de que la UN “dé al estudiante de todas las regiones del país el sello universitario de la nacionalidad”⁸⁵. ¿Qué condiciones políticas llevaron a que esto fuera posible? ¿Cuáles fueron las características de esta nueva universidad liberal? En primer lugar, hay que considerar que el

⁸³ Herrera, “La Escuela”, 97-99; Juan Manuel Ospina, “La Escuela Normal Superior: círculo que se cierra”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 21, no. 2 (1984): 6.

⁸⁴ Loaiza, *Poder*, 263

⁸⁵ Jaramillo, *Universidad*, 23 y 57; Herrera, “La Escuela”, 102; Alfonso López, “Balance de la educación y objetivos de la reforma de la Universidad Nacional, 1935 [Mensaje dirigido al Congreso]”, en *Alfonso López*, 56.

liberalismo de 1930 dio un salto ideológico con respecto al radicalismo utópico y romántico decimonónico. En el siglo XX esta corriente hizo de la modernidad su causa programática principal. ¿Qué significaba esto? Primero que, sin ser anticlericales priorizarían la secularización de la sociedad, o sea, a dar más valor a la libertad que a la autoridad caprichosa. Una de las improntas del primer Gobierno de López fue permitir el disenso al interior del partido. Desde los años de 1920 llegaron a Colombia ideas socialistas: un marxismo centrado en la lucha de clases y en la revolución como táctica y en el materialismo como forma de conocimiento para llegar a ella. Tales ideas lograron florecer en el terreno fértil del pluralismo lopista. Sin embargo, como el nuevo liberalismo necesitaba refuerzo en un país que había sido obsesivamente conservador, los emergentes sectores de izquierda debieron cubrir simultáneamente tanto el nuevo programa liberal como el socialista. Esto impidió que la emergente izquierda colombiana fuera una fuerza independiente, siendo confundida continuamente con el liberalismo⁸⁶. Pero el liberalismo lopista y el socialismo tenían una diferencia fundamental: la concepción del Estado. Para los liberales se trataba de un pacto entre personas libres orientado al bien común, mientras que para los socialistas expresaba la dominación de clase, por lo cual debía eliminarse revolucionariamente para construir un orden verdaderamente fundado en el bien común.

Cuando López Pumarejo llegó al poder fue visto con desconfianza por los socialistas, pero tan pronto demostró su inclinación a la justicia social estos pasaron de ser oponentes a ser aliados. Los sectores de izquierda asumieron este cambio táctico e ideológico como una respuesta realista al contexto local: para que hubiera revolución comunista primero debía haber capitalismo, pero en Colombia este no existía en propiedad. Por eso fueron persuadidos por el progresismo liberal de que primero había que modernizar, es decir, realizar la revolución democrática. Aunque no había un acuerdo entre socialistas y liberales sobre el punto máximo (la revolución socialista), sí podían converger en lo mínimo: democratizar o sea ampliar la ciudadanía, incluir los nuevos sectores sociales en el circuito capitalista y producir legislación social. Hacia 1932 liberales socialistas como Darío Samper y Plinio Mendoza afirmaron en un artículo de *Acción Liberal* que:

Nosotros tenemos grandes masas y clases medias sin posibilidades de estabilización económica y por esa razón, la única revolución social que es necesario llevar a cabo, es la revolución a favor de las clases medias, los obreros y campesinos, esto es LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA. El liberalismo debe cumplir con las ideas de la izquierda, que son las ideas que responden a las aspiraciones nacionales, su nueva misión histórica por la justicia social y económica.⁸⁷

⁸⁶ Núñez, “Marxistas”, 115 y 117.

⁸⁷ Núñez, “Marxistas”, 76, 137 y 139. Énfasis en el original.

Los socialistas aceptaron que el Estado liderara la “revolución democrática de las clases medias”⁸⁸, es decir, que liderara la modernización, por lo cual el intervencionismo estatal fue el sello distintivo del nuevo liberalismo. López Pumarejo era optimista frente al capitalismo: creía que con la debida orientación estatal sería compatible con el bienestar generalizado. La *revolución en marcha* que trajo López no se asimilaba a aquella que buscaba la redención de los oprimidos; era más bien la revolución de una burguesía nacional sensible a los problemas sociales. De ahí que en su Gobierno se dotara a los derechos (incluido el de la educación) de una función social: cada uno de ellos contribuiría al proyecto colectivo nacional⁸⁹. Aunque aparentemente tímidas, para una Colombia acostumbrada al letargo parroquiano, tales afirmaciones fueron un parte aguas en la correlación de fuerzas al interior del liberalismo. Por un lado, indispuso a su sector “conservador” que vieron este intervencionismo como la manifestación del “comunismo”; pero, por otro lado, atrajo definitivamente a los socialistas convencidos de que compartían una concepción evolucionista, gradualista de la revolución, es decir, de que esta tenía fases, siendo la primera la modernización. Por otro lado, tanto Alfonso López, como Eduardo Santos vieron en la ciencia empírica promovida por los socialistas un instrumento útil a uno de los ejes de acción del nuevo liberalismo: identificar y abordar los problemas sociales. Esta mirada empirista marcó el rumbo de la reforma universitaria en esos Gobiernos y propició el surgimiento de las ciencias sociales colombianas, su apogeo como profesiones prestantes y la estigmatización que sufrirían con la restauración conservadora entre 1946 y 1957.

El nacimiento de las ciencias sociales estuvo ligado al proyecto político de modernizar y por tanto preguntarse qué se dejaría atrás, es decir, en qué había consistido el atraso colombiano. Esto era impensable en los regímenes conservadores precedentes que, bajo su ortodoxo catolicismo, impugnaron cualquier teoría social evolucionista: Dios ya tenía un plan inalterable, que no se podía cambiar y antes debía respetarse. Negar el libre albedrío individual era negar la revolución social⁹⁰.

⁸⁸ Donde “clases medias” se entendían sociológicamente como sinónimo de masas, esto es, de todos los sectores sociales que no hacían parte de elites políticas o económicas o desde una conceptualización de la división del trabajo donde estas representan a los sectores que producen (trabajo manual) y no tanto a los piensan y menos a los que gobiernan.

⁸⁹ Núñez, “Marxistas”, 140, 165 y 170.

⁹⁰ “En la mentalidad cristiano feudal [...] La causalidad profunda de la realidad no pertenece al orden de lo natural sino de lo sobrenatural [... Por eso es] que el destino del hombre es trascendente. El mundo es un valle de lágrimas, la verdadera realidad se da en la otra vida, [de ahí que] la estructura socioeconómica, [sea] concebida como estática, como una especie de perduración [...] sin proyecto. [...] Si [la realidad] tiene un fundamento sobrenatural, es inamovible, y quien intente modificarlo es sacrílego. Por el contrario, en la mentalidad burguesa, “Poco a poco, la vieja imagen de la sociedad va dejando paso a una imagen nueva [...] en la que las divisiones no son eternas y absolutas, sino que están

Tal mentalidad respaldó la teoría del determinismo racial usada por la elite de los años de 1920 para explicar el atraso, o sea, la pobreza y estancamiento material y espiritual del país: este se debía a razones biológicas (“razas”) y geográficas, es decir, inamovibles. Por el contrario, el lopismo propuso un análisis social innovador, aunque aun parcialmente inserto en la lógica de racialización de la que también bebía la contraparte cuestionada. López creía que las guerras civiles colombianas del siglo XIX eran las responsables de ese estancamiento. ¿Qué significaba esto? Que, si el atraso se debía a razones políticas y no a la biología, entonces este era susceptible de revertirse mejorando las condiciones sociales. Los conservadores del pasado creían que el pueblo “racialmente inferior” era la razón del atraso nacional. De ahí su acentuado elitismo cultural. Por su parte, el liberalismo progresista, al descreer de las “taras raciales”, no veía al pueblo como un obstáculo: de hecho, lo revalorizó situándolo como base de esa nacionalidad. Este nuevo Estado liberal hizo un pacto con el pueblo de las masas urbanas, siendo esta una posición que acercó aún más a liberales y socialistas: ambos defendían lo popular como fundamento del nuevo relato de nación, lo cual creó una cultura intelectual alejada de los ideales abstractos religiosos y de la mirada acrítica hacia el extranjero (modelos europeos) movilizadora por la pretensión de “Colombianizar a Colombia”⁹¹. El hecho de que el liberalismo asumiera el atraso como un fenómeno contingente, revalorizando así al pueblo, fue lo que llevó a convertir la educación —herramienta de combate contra ese atraso— en uno de sus pilares modernizadores junto a las reformas constitucional, agraria y fiscal.

La nueva cultura intelectual se originó en una directriz gubernamental, y quiso dar protagonismo a una actividad ajena hasta entonces: investigación, sinónimo de mirar al país de frente, sin prejuicios o idealismos, para conocerlo realmente. La educación había dejado de verse como algo incorpóreo, espiritual para ser una acción materialista, empírica, porque no era para divagar, sino para transformar. De ahí se entiende que los socialistas conectaran fácilmente con el nuevo Gobierno: el materialismo histórico derivado del marxismo era para ellos el método de conocimiento por

sujetas a los avatares de la Fortuna [...] Ya el hombre no vive para probar el plan divino sino para probar la plena racionalidad. [...] Cada paso de la historia es una etapa más en la conquista de la racionalidad, o sea de la profanidad, y a la sucesión de pasos en esa conquista la llamamos progreso. [...] A partir de lo que genéricamente denominamos revolución burguesa, los fenómenos de movilidad social y de cambio comienzan a imponerse como una experiencia perceptible y a conmover la concepción tradicional”. José Luis Romero, *Estudio de la mentalidad burguesa* (Madrid: Alianza, 1987), 32-33, 47, 106 y 126. Estos fragmentos muestran la identidad filosófica entre la modernización y las revoluciones burguesas. Esta revolución burguesa “de las clases medias” (no del proletariado) fue la que López Pumarejo quiso poner en marcha entre 1930 y 1940.

⁹¹ Renán Silva, *República Liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta, 2005), 224-226; Catalina Muñoz, “To colombianize Colombia: Cultural politics, modernization and nationalism in Colombia, 1930-1946” (tesis de doctorado, Universidad de Pensilvania, 2009), 49.

excelencia para analizar las condiciones sociales como paso previo a su cambio. En ese sentido, la República Liberal promovió simultáneamente un nuevo objeto y sujeto de conocimiento: como objeto apareció el pueblo sobre el que se refundaría la nación, lo cual cuestionó otro elemento sagrado del conservadurismo colombiano: la hispanofilia. Ahora la cultura pretendía recuperar el legado indígena⁹², y en general, la autoctonía al calor del americanismo que estaba en boga en todo el continente tras el reposicionamiento de América Latina como esperanza de la civilización. Este conocimiento sería producido por un nuevo sujeto ajustado a la visión vanguardista e iluminista de la educación: la elite urbana educada que remplazaría al ensayista social, dando lugar al académico intelectual, al “profesional ilustrado” que contaría con respaldo institucional y la base epistemológica del empirismo científico. Estas eran sus herramientas para cumplir con la labor oficialmente asignada de interpretar y cambiar el país, pues esa legitimidad profesional se derivaba del desinterés por el lucro personal y el interés por servir al a ampliar el bienestar social del país⁹³. Por esta razón los jóvenes marxistas y librepensadores no tuvieron dificultades en este periodo para vincularse laboralmente en cargos públicos; de hecho, la universidad pública (UN y ENS) fue el principal lugar donde desempeñaron sus carreras y demostraron a los opositores (incluso dentro del liberalismo) que no representaban la cooptación comunista, sino que estaban modernizando la educación superior. El primer intento de institucionalizar las ciencias sociales en Colombia fue concomitante a la presencia de intelectuales de izquierda en la universidad pública⁹⁴. Fue la época dorada de cooperación entre el liberalismo y las disidencias librepensantes, lo que llevó a que de vez en cuando se insinuara una supuesta identidad entre el lopismo o la modernización y el comunismo⁹⁵. En todo caso entre 1930 y 1940 López tuvo el suficiente respaldo parlamentario para llevar a cabo una reforma universitaria sin precedentes en Colombia con la Ley orgánica 68 de 1935 (UN) y la Ley 39 de 1936 (ENS)⁹⁶.

Entre 1934 y 1948 estas dos instituciones propiciaron una revolución intelectual dirigida por el Estado y por unas elites intelectuales que, aunque no estaban incondicionalmente sometidas estaban genuinamente comprometidas con la democratización. En esos años López cuadruplicó el prepuesto para educación y de esa manera construyó un campus que ni en Europa había sido pensado, para

⁹² Núñez, “Marxistas”, 170 y 190; Antonio García, “El indigenismo en Colombia. Génesis y evolución”, *Boletín de Arqueología* 1, no. 1 (1945): 68.

⁹³ Núñez, “Marxistas”, 188 y 401; Jaramillo, *Universidad*, 1 y 71.

⁹⁴ Núñez, “Marxistas”, 107-176.

⁹⁵ Herrera, “La Escuela”, 119.

⁹⁶ Jaramillo, “La educación”, 91; Helg, *La Educación*, 144.

reunir físicamente las facultades dispersas. Esta nueva universidad sería política porque iba a ser un lugar deliberativo sobre lo público, pero no un espacio politizado, es decir, para la disputa partidista. El liberalismo convergía así nuevamente con los intelectuales socialistas, al respaldar la autonomía universitaria legada por la reforma de Córdoba (1918). La universidad moderna sería inseparable de la cátedra y asistencia libres; de formas pedagógicas activas como el seminario y de la investigación problematizadora; del predominio métodos científicos; de la diversificación disciplinar; de la estabilidad docente; de la representación estudiantil en el gobierno universitario y de las apuestas extensionistas. Entre 1934 y 1948 la población universitaria se triplicó (pasó de 1159 a 3673 estudiantes), creó nuevas carreras, e institutos y trató de generar un profesorado de tiempo completo para crear comunidades disciplinares estables⁹⁷. Gerardo Molina y José Francisco Socarrás, como rectores de la UN y la ENS respectivamente, rompieron con la universidad humanista de las tres carreras: medicina, derecho e ingeniería para incluir los saberes y métodos que una sociedad moderna —en revolución democrática— demandaba para el Estado y la economía. Así, la secularización y la reivindicación popular de la nacionalidad hermanaron a la UN con la ENS y a los intelectuales de izquierda con el liberalismo. Ahora bien, como esta izquierda no produjo un partido independiente su despliegue se caracterizó por el marcado personalismo de sus liderazgos. Una de las cabezas más visibles desde 1920 hasta 1990 fue Gerardo Molina (1907-1991), abogado antioqueño, integrante de Cámara y Senado por el Partido Liberal (1933-1935), aunque siempre se autodenominó socialista. Fue rector de la UN (1944-1948) y la Universidad Libre (1957-1961). En 1943, Molina integró la comisión ejecutiva de la Liga de Acción Política (LAP); en 1944 fue miembro del Instituto Indigenista Colombiano (IIC) y en 1945 integró el Comité colombiano de ayuda a la lucha del pueblo español.

Uno de sus compañeros de causa fue Antonio García Nossa (1912-1982), abogado bogotano interesado por los temas indígenas. Fue funcionario de la Contraloría (1938), profesor de la Universidad del Cauca (1933-1935), de la ENS (1938-1948), y de la UN, donde lideró la institucionalización de la Economía (1938-1951 y 1975). Fue en asesor de Jorge Eliécer Gaitán. Junto con Molina integró la mesa directiva de LAP y el IIC. Cerrando la trinidad de los “maestros de la izquierda”, tenemos a José Francisco Socarrás (1906-1995) médico de Valledupar formado en Bogotá. Fue director de Educación del Magdalena en 1935 y director nacional de Enseñanza

⁹⁷ Núñez, “Marxistas”, 65 y 171; Jaramillo, *Universidad*, 86.

Secundaria en 1936. Fue profesor de la Universidad Externado (1937-1944), la ENS (1937-1944) y de la Universidad Obrera (1946). Entre 1942 y 1945 militó en LAP e integró la Cámara por el Partido Socialista Democrático (PSD). Acompañó a Molina y García en el IIC⁹⁸. Socarrás es recordado por haber sido profesor (1936-1945) y rector de la ENS (1937-1944), pero, sobre todo, su ideólogo, pues redactó el estatuto que la convirtió en “el semillero de las ciencias sociales” colombianas hasta su desintegración en 1951. Socarrás apoyó la separación legal de la ENS frente a la UN porque consideraban que así se avanzaría en darle a los profesores la importancia que debían tener en una sociedad moderna y que debía reflejarse en su clara profesionalización:

El profesor colombiano es remunerado como los choferes de taxi, [...] según el tiempo que habla a sus discípulos. A nadie se le ha ocurrido que debe pagársele especialmente por lo que estudia, por lo que investiga o por lo que crea. Como tampoco hay un público hábito de lectura, no es posible vivir a expensas de las ediciones limitadísimas que el mercado autóctono está en capacidad de absorber. [...] Para salir de tal atolladero es menester convertir el intelectual en un protegido del Estado.⁹⁹

Socarrás lideró en 1937 la creación del escalafón docente para garantizar la eficaz inserción laboral de este nuevo grupo social: los *maestros de los jóvenes*, los *maestros de Colombia*. El médico estaba entregado a crear una nueva elite intelectual¹⁰⁰. Por eso reclutó personalmente a jóvenes de las provincias del país, no necesariamente con vocación docente, pero sí *competentes* para el estudio. Todos ellos serían becados con una mensualidad de 40 pesos. Así inició el experimento de una institución que tuvo la osadía de reunir a hombres y mujeres en el mismo salón. La ENS mezclaba el modelo francés de formar humanistas y el alemán de formar científicos, pues se debía dar un propósito humanitario a ese conocimiento especializado. El objetivo era alejarse de la enseñanza especulativa y ensimismada. Por ello adoptó el método de proyectos del pragmatista estadounidense John Dewey (1859-1952) que invitaba al estudiante a hacerse preguntas y someter las respuestas a debates en seminarios o comprobaciones en el taller, en el laboratorio o en campo, porque debía ser un investigador y no un exegeta.

La experimentación, comprobación y deliberación fueron los verbos clave en esta nueva forma educativa que abrió la universidad a nuevos saberes: filología, ciencias biológicas, botánica, química, psicología, matemáticas, geografía, economía, historia, sociología y etnología/antropología. ¿Y cuál era la pregunta que debían responder? “Colombia, siempre Colombia”, al decir de Socarrás. La

⁹⁸ Núñez, “Marxistas”, 9-12, 53, 108, 206, 220, 302, 315.

⁹⁹ José Francisco Socarrás, “¿Cuál es el más grave problema de la cultura colombiana?”, *Sábado*, 24 de julio, 1943, 6; Jaramillo, *Universidad*, 69.

¹⁰⁰ Elite manifestada en términos de clase pues sus miembros se diferencian por la autoridad —y, por tanto, dominio— derivado de su trabajo con el pensamiento.

identificación de este modelo educativo con el proyecto político liberal era clara: no se trataba solo de crear una pedagogía propia, sino de refundar el imaginario colectivo de la nacionalidad dándole protagonismo a lo popular. Los métodos modernos de la ENS desmontaron con probidad científica, y no moral o religiosa, las teorías deterministas de la degeneración de la raza. Las ciencias sociales demostraron que el racismo era una *interpretación* sobre el pasado indígena del país y no la *realidad* de ese pasado. Si el relato de la nación podía cambiar la sociedad también podría hacerlo. Tal entusiasmo explica que las ciencias sociales fueran el distintivo de la ENS pues el 28 % de los egresados se graduaron en esas áreas¹⁰¹. Definir científicamente las características socioculturales de las etnias y culturas colombianas, así como el interés por responderlas metodológicamente llevaron a la formación de un “*ethos* moderno de la investigación social” que insinuó un correlato institucional. Así la ENS creó tres institutos en su intento por profesionalizar ese *ethos*: el Instituto Caro y Cuervo (idiomas y dialectos), el Instituto Etnológico Nacional (IEN) y el Instituto Indigenista Colombiano (IIC). La etnología fue un saber fundamental en el proyecto lopista de redefinir el valor del pueblo colombiano. La afirmación de lo popular como base de nación fue legitimada científicamente por una antropología moderna que desmontó la idea de que el “venenoso trópico” condenaba al pueblo colombiano a la inferioridad. Por tanto, el enfoque de estos saberes fue un manifiesto político: más allá de los prejuicios había que conocer objetivamente las etnias en general, a los grupos indígenas, en particular y las culturas, en plural, saldándose así la deuda de con un pueblo excluido e ignorado por las elites¹⁰². Era la hora de redescubrir y promover la nación cultural que era multirracial, multirregional y multiclase. Completando este proyecto intelectual estaba la revista *Educación* como órgano de difusión para los profesores y estudiantes de la ENS, donde se publicaron varios ensayos sociohistóricos.

Aunque el proyecto de la ENS se construyó fundamentalmente sobre la base del talento nacional¹⁰³ hay que mencionar dos aspectos que conectan nuestra observación a un alcance más transnacional. Primero, que el acervo de la biblioteca de la ENS —quizá la más voluminosa en ciencias sociales— recibió en 1947 la donación de materiales por parte de la Fundación Rockefeller y la Biblioteca del

¹⁰¹ Al principio de su fundación esta especialidad se llamó ciencias histórico-geográficas, en 1938 cambió al de ciencias sociales para denotar su carácter interdisciplinar. En 1947 se transformó en ciencias sociales y economía. Herrera, “La Escuela”, 108.

¹⁰² Jaime Jaramillo Uribe, “Notas para la historia de la sociología en Colombia [1970], en *De la sociología*, 42.

¹⁰³ Ospina, “La Escuela”, 6-8, 11-12; Herrera, “La Escuela”, 100-105, 107-109. Entre 1930 y 1940 solo cerca del 20 % de la planta docente era extranjera: en 1937 había 46 profesores, 12 de ellos extranjeros. En 1947 eran 42, 10 de ellos extranjeros, Herrera, “La Escuela”, 105.

Congreso de Washington que sumaron así a los 57 000 volúmenes no solo libros, sino la influencia cultural estadounidense¹⁰⁴. Segundo, que la situación europea de 1936-1941 tuvo consecuencias no solo en las representaciones intelectuales sino en la política cultural colombiana. El presidente Eduardo Santos (1938-1942) se reivindicó así —a través de su solidaria recepción de varios exiliados europeos por el nazismo, el fascismo y el falangismo— con los sectores progresistas que consideraban su *pausa* como una traición a las propuestas del lopismo, si bien su mediación no fue a gran escala como en México o Brasil¹⁰⁵. Esto coincidió con el montaje de la ENS que absorbió a parte de estos transterrados para suplir su déficit de personal, lo cual permitió asimilar novedades conceptuales europeas: la etnología francesa (Paul Rivet), la sociología e historia política alemanas, la geografía humana española (Pablo Vila) y el derecho indiano de José María Ots Cadpequí¹⁰⁶. De esta manera los estudiantes de la ENS tuvieron al menos contacto con perspectivas diferentes de las hispanocristianas. En suma, la convivencia del liberalismo con sectores de la izquierda, creó las condiciones para formar un sistema universitario predispuesto a valorar al intelectual ideólogo, que era la base del intelectual profesional como tipo social relevante. Las descripciones consignadas proyectaban la nueva universidad colombiana como un ambicioso programa. Pero desde la formulación discursiva de la ENS y la UN sus ideólogos la destinaron a formar una *elite* cultural —más interesada en el bien común que en el lucro personal—, esto es, a la cual pertenecería una minoría. Solo los intelectuales estaban destinados a ocupar esa posición de vanguardia. Ya lo habían hecho en el siglo XIX como dirigentes estatales letrados, pero ahora lo harían como científicos universitarios.

Como lo demuestra la [tabla 1](#), aunque la República Liberal amplió la cobertura educativa triplicando la población estudiantil, si se compara con la población total del país, la cifra resulta minúscula como sinónimo de masificación, es decir, de aumento cuantitativamente significativo de población proveniente de *todos* los sectores sociales y, especialmente, de los más bajos. Los intelectuales —es decir, un grupo con rasgos implícitos de clase, raza y género específicos para ser reconocidos en cuanto tales— eran hijos de la modernización y por eso mismo eran los agentes destinados a reproducirla en formas cada vez más amplias¹⁰⁷. Esto quiere decir que el estudiante que llegó a la

¹⁰⁴ Herrera, “La Escuela”, 104.

¹⁰⁵ Núñez, “Marxista”, 142-151, 176, 197-198

¹⁰⁶ Ospina, “La Escuela”, 10; Herrera, “La Escuela”, 109.

¹⁰⁷ La conceptualización de las clases medias el tema por excelencia de la sociología moderna americana entre 1945 y 1960. Para la CEPAL el rasgo distintivo de la clase media es su vocación modernizante y secularizadora, fundada en la independencia crítica que la hacía propensa al cambio social y cultural. CEPAL, *El desarrollo social de América*

ENS o a la UN no era hijo de la oligarquía, pero tampoco era un estudiante cualquiera de la masa anónima e indiferenciada. El estudiante que llegó a la universidad capitalina no era el hijo del obrero o del campesino que iniciaba una carrera urbana y escolar totalmente de cero con un dificultoso esfuerzo personal. Probablemente el provinciano que llegaba a Bogotá estuviera más cerca de formas híbridas entre “viejas y nuevas clases medias”, de “clases anfíbias” que formaban una especie de “patriciado urbano”¹⁰⁸. Como lo demostraron las semblanzas de Molina, García y Socarrás el origen social del intelectual moderno se situaba demográficamente en las “capas medias”¹⁰⁹, de manera que el sistema universitario estatal (UN y ENS) creado por ellos se concibió de tal forma que su base social estuviera deliberadamente compuesta por ellas¹¹⁰. En este contexto observamos que “medio” no quiere decir que “promedio”, sino que designa a un grupo que, aunque no tenga capital económico sí logró y multiplicó la nueva riqueza del siglo XX: el capital social, que haciéndose lo suficientemente robusto cumplió las funciones del dinero: ser trampolín para mejorar la calidad de vida personal, es decir, para crear un nuevo tipo de privilegio y, por tanto, de dominación, predisponiendo a sus integrantes a una actitud social de negociación o conservación, antes que de agitación y confrontación. Es por esta razón que la universidad se convirtió desde 1940 en un mecanismo de ascenso social, aunque inicialmente no hubiera sido pensada para ello. “Ser estudiante” en esos años ya era sinónimo de pertenecer a un grupo social diferente: porque para haber llegado allí no había que tener mucho dinero, pero sí las relaciones sociales adecuadas para alcanzar esa posición a través de becas, padrinazgos, amistades, parentesco, redes que permitían aprovechar los talentos intelectuales. Estos estudiantes, nuevos privilegiados, perfilaron una intelectualidad entendida como una minoría pequeña en número, pero de gran influencia ideológica. Sin ese capital social la capacidad de ser moderno y modernizar se reducía exponencialmente. Así que, si bien había cambiado la forma de mirar al pueblo, subsistía una actitud indirectamente elitista. Solo que mientras la oligarquía explotaba, la elite intelectual guiaría a las masas a su mejoramiento. En eso consistía su vanguardia modernizadora.

Latina en la posguerra (Buenos Aires: Solar - Hachette, 1966). Este volumen fue preparado por José Medina Echavarría, como secretario de la organización.

¹⁰⁸ Sergio Bagú, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1961).

¹⁰⁹ Así se refería Gerardo Molina

¹¹⁰ Jaramillo, *Universidad*, 9.

1.3 Jaramillo en Bogotá: el inquieto estudiante formado en la “carrera del porvenir” por una generación intelectual disidente (1935-1941)

¿Cómo se relaciona este panorama con el ciclo formativo de Jaramillo? Porque ese contexto bogotano visto a partir de los vínculos entre política y cultura nos permite describir sociológicamente esta época de su vida: primero, identificando los rasgos que se atribuyen al intelectual moderno, especialmente, en su relación con el poder, para comprobar de qué manera se cumplen en él. Segundo, ubicando los nodos —personas, instituciones, artefactos— de sus redes socioprofesionales entre 1935 y 1948 (ver [figura 1](#)), con las cuales explicaremos su derrotero profesional y los tipos intelectuales que encarnó en ese tiempo al ritmo de la modernidad colombiana. ¿Cuál fue el origen y la tradición familiar de Jaramillo? Su respuesta nos permite constatar que se cumple uno de los marcadores característicos del intelectual moderno latinoamericano: ser provinciano, por lo cual en su primera juventud tuvo mayor contacto con el mundo de la vida, que con el de las letras. Jaime Jaramillo Uribe nació el 22 de agosto de 1916 en Abejorral, al suroriente de Antioquia¹¹¹, en donde sus papás, Genoveva y Teodoro, se casaron en febrero de 1904. Su mamá Genoveva Uribe Ochoa nació en 1887 en Valparaíso, suroccidente antioqueño, era pariente del general liberal Rafael Uribe Uribe, tuvo trece hermanos y murió en Pereira en 1934. El padre de Jaime Jaramillo era Teodoro Jaramillo Arango que nació en Sonsón, suroriente antioqueño y murió en Pereira ca. de 1931. Los abuelos maternos de Jaime fueron Zoila Rosa Ochoa Mejía, nacida en 1867 (en 1932 aparecía registrada en Medellín) y Francisco Uribe Gaviria (que en 1935 aparecía registrado en Bogotá). Su tío abuelo Antonio José Uribe Gaviria (1869-1942) fue ministro de Instrucción Pública (1921) y de Relaciones Exteriores de Colombia (1922) del Partido Conservador. Sus bisabuelos paternos, Jacoba Álvarez del Pino Londoño y Lorenzo Jaramillo Londoño.

Esta genealogía muestra que Jaramillo Uribe venía de una familia relativamente nómada de la zona de colonización antioqueña hacia el sur, que de hecho participó del éxodo de 1920, desplazándose entre Salamina y Aguadas hasta radicarse en Pereira (Risaralda) y Manizales (Caldas). Pero no solo

¹¹¹ Partida de bautismo de Jaime Jaramillo Uribe, 23 de junio de 1993; Cédula de ciudadanía de Jaime Jaramillo Uribe, expedida 9 de junio de 1953, rectificada 21 de febrero de 1988, en AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 1 y carp. 4. Todas las semblanzas de Jaramillo dicen que nació en 1917. Este equívoco también aparece en sus pasaportes de 1954 y 1960, su licencia de conducción en Alemania en 1955, y hasta en la hoja de vida de la UN, por lo que parece que se trató de un *lapsus* que nunca se corrigió. Pasaporte Jaime Jaramillo Uribe, 17 de noviembre de 1954; Tarjeta de impuesto sobre la renta de Jaime Jaramillo Uribe (Hamburgo, Alemania), 10 de agosto de 1955; Licencia de conducción de Jaime Jaramillo Uribe (Bonn, Alemania), 24 de febrero de 1978, en AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 4; “Historia laboral”, 3.

fueron migrantes, pues sus antepasados invirtieron en esa colonización¹¹². Jaramillo era consciente de tal origen, como lo demuestra la existencia en su archivo de prensa relativa a su bisabuelo paterno, Lorenzo: “Hombre legendario que según cuentan las malas lenguas estaba lleno de hijos y de plata. Más que un andariego, don Lorenzo era un capitalista que financiaba a las familias que salían a colonizar”. Por lo cual fue mencionado hasta en *La casa de las dos palmas*¹¹³. A pesar de este luminoso antecedente Jaramillo, como muchos otros intelectuales de ese periodo, creció en una familia empobrecida. Las guerras civiles y la repartición de la fortuna entre tantos herederos terminaron por consumirla. Ya desde la generación de su abuelo la situación era apretada, hasta el punto que la mayoría de sus tíos apenas cursaron la primaria. Buscando mejores oportunidades, su papá Teodoro partió a Pereira con su familia en 1918. Allí se ocupó como secretario del juzgado de la ciudad hasta que murió a los 44 años. La vida con un salario de este tipo no era fácil para sostener a seis hijos, lo que llevó a que terminando la primaria tres de ellos abandonaran la escuela. En una carta escrita por Teodoro a su hermano Eduardo afirmaba que todos sus hijos eran “modelos de juicio... Jaime que es el último sin duda más inteligente que todos... es para causar admiración. Al decir de sus profesores es el mejor estudiante”¹¹⁴. Quizá animados por esta inclinación espontánea de su hijo, los papás de Jaramillo hicieron lo posible para que este no corriera la misma suerte que sus hermanos cuando hacia 1927 terminó la primaria en la escuela oficial “donde asistían los niños de las familias pobres”. Su mamá intercedió para que a sus 11 años consiguiera el primer empleo como monaguillo, una movida estratégica porque coincidió con la llegada de la comunidad claretiana como regente del instituto secundario de la ciudad. Allí Jaime vivió en carne propia los métodos anticuados y hasta violentos del tipo de educación confesional conservadora. Aun así, estaba entusiasmado por haber recibido los textos de enseñanza. Pero a raíz de la muerte de su padre

¹¹² Lorenzo Jaramillo y Jacoba Álvarez con sus 11 hijos; Tarjeta de identidad de Zoila Ochoa, Medellín, 22 de marzo de 1932; Genoveva Uribe Ochoa e Inés Uribe Ochoa, Fotografía Rodríguez, Medellín, en AJM, JJU, SF, caj. 15. Partida matrimonial de Francisco Uribe y Zoila Ochoa [7 de enero de 1885]; Partida de bautismo de Genoveva Uribe, [5 de mayo de 1887]; Partida matrimonial de Teodoro Jaramillo y Genoveva Uribe [15 de febrero de 1904]; Partida de bautismo de Jaime Jaramillo Uribe [22 de agosto de 1916, bautizado el 24 de agosto], 16 de septiembre de 1953; Partida de defunción de Genoveva Uribe [1 de octubre de 1934], en AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 1; Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Yolanda Mora Ortiz, Bogotá, 20 de diciembre de 1942 en AJM, Fondo: Jaime Jaramillo Uribe, Serie: Comunicaciones enviadas y recibidas (CER), caj.17, carp. 4, f. 2. Allí Jaramillo informa que pasará la navidad en “Manizales en casa de [sus] hermanos, habrá pólvora, misa de gallo etc., pero [su] entusiasmo no es mucho”; Tovar, “El pasado”, 4; Jaramillo, *Memorias*, 14.

¹¹³ “Padre he aquí a tu hijo”, *La Prensa*, Bogotá, 9 de septiembre, 1990 en AJM, JJU, Serie: Recortes de prensa (RP), caj. 1, carp. 7, doc. no. 61, f. 55-61.

¹¹⁴ Carta de Teodoro Jaramillo Arango a Eduardo Jaramillo Arango, Pereira, 5 de mayo de 1926 en AJM, JJU, CER, caj.17, carp. 4, doc. no. 1, f. 1-6; Jaramillo, *Memorias*, 16.

en 1931, ya con 15 años, Jaramillo tuvo que suspender sus estudios de bachillerato para buscar trabajo.

Por eso, antes que entregarse tiempo completo a las ideas este joven tuvo que vérselas primero con el mundo del comercio. Desde 1931 se empleó sucesivamente como secretario del médico de Eduardo Uribe, en donde dice haber desarrollado interés por la medicina; como asistente de ventas en una tienda de importados y luego como asistente contable en una tienda de abarrotes donde aprendió tanto a remendar costales como a manejar libros de contabilidad y astucias requeridas para socializar exitosamente. También fue arriero, rajador leña y barrendero. Ese entorno de necesidades hizo que Jaramillo se familiarizara con el mundo del trabajo, con sus esfuerzos y con su ética pragmática, pero también con la osadía, la cual sin duda le dio una impronta singular a su carrera intelectual. Sin duda el liderazgo que tuvo luego en la universidad no hubiera sido posible sin el ánimo aventurero, adaptativo y hasta *empresarial* que se necesita para sacar adelante proyectos colectivos del tipo que sean¹¹⁵. Por lo pronto, Jaime encarnaba al provinciano recursivo: cuando no lo veían los patrones repasaba sus textos escolares. El autodidactismo fue su forma de resistencia ante las adversidades o la falta de estímulos oficiales. Sin embargo, la muerte de su mamá en octubre de 1934, cuando cumplió 18 años, supuso otro punto de inflexión en su vida. Sin ataduras en la provincia era momento de reanudar su estudio formal. ¿Cuál era la ruta? Cabe decir que Jaime quedó huérfano, pero no desamparado: echó mano de sus redes familiares para concluir el bachillerato y entrar a la universidad en el único lugar posible: Bogotá. Sobre su vocación profesional, aunque en la entrevista de Safford él manifiesta que desde joven desarrolló el deseo de convertirse en profesor, lo cierto es que en sus memorias afirma que “desde luego no tenía la intención de hacerme maestro de escuela”. Para ese momento su deseo estaba del lado la medicina o del derecho. Con esta intención en mente en 1935 el joven Jaramillo tomó “[sus] dos o tres vestidos y los zapatos que llevaba puestos, [y se fue a] Bogotá, a aventurarme”¹¹⁶. En esta ciudad lo recibió su abuelo materno, Francisco Uribe Gaviria y varios de sus tíos. Cabe decir que mientras su familia paterna se había arruinado, su familia materna se había enriquecido. Particularmente uno de sus tíos era propietario del mejor hotel de la ciudad, el Claridge y el Country Claridge ubicado en Pacho, y de tres famosos cafés ubicados en el centro de la ciudad: El Victoria, La Paz y El Colombia (este último situado en los bajos de *El Espectador*). Por mediación de su tía Inés Uribe

¹¹⁵ Jaramillo, *Memorias*, 16-18.

¹¹⁶ Jaramillo, *Memorias*, 18-21, 25; Tovar, “El pasado”, 7-8.

Ochoa, este tío le dio trabajo como cajero nocturno en el café Colombia y diurno en el Country Claridge.

Recordemos que los cafés eran los espacios de socialización por excelencia de los intelectuales antes de que se institucionalizaran los saberes. Así que por esta vía Jaramillo entró en contacto con el ambiente del momento, mientras seguía vinculado al mundo comercial, pues a la vez que estudiaba siguió trabajando, ya no solo como cajero, sino como administrador hotelero. En dos cartas que escribió a su novia Yolanda Mora a fines de 1941 y 1942 describía sus rutinas en las dos sedes del Claridge, que apenas le dejaban tiempo para leer¹¹⁷. A nivel escolar Jaramillo podía concluir su bachillerato en la Escuela Nacional de Comercio o en la Escuela Normal Central de Institutores (ENCI), aunque ninguna de las dos le daba acceso a la universidad. Para conseguirlo debía titularse como bachiller clásico y esto se podía en la ENCI al habilitar otros cursos. Por tanto, este fue el lugar elegido para continuar sus estudios al cual pudo ingresar más fácilmente porque su director, Alfonso Jaramillo Guzmán, había sido colega de una de sus tías maestras de Abejorral. Jaramillo hizo el examen de admisión y se mostró más avanzado de lo esperado, por lo cual obtuvo su título de maestro solo dos años después (1935-1937). Al respecto de su estancia en la ENCI, Jaramillo advirtió que la enseñanza aún era rutinaria y memorialista. Por eso la única persona de su elenco que lo marcó positivamente fue María Eastman de Molina (1901-1947) —primera esposa de Gerardo Molina— profesora de literatura, precursora de la narrativa infantil, activista socialista, comprometida con estimular la curiosidad de sus estudiantes. Jaramillo era un joven inquieto y curioso, por eso no demoró en conocer a la generación disidente de Bogotá: de las reuniones extraclase con María Eastman, conoció fuera del aula a Antonio García Nossa, de quien afirma haber sido amigo hasta su muerte en 1982, pese a considerar que podía ser “absorbente y dominante”. Pero cuando fue su profesor en la ENS aprendió de García una nueva metodología de historia económica: investigar productos o procesos nacionales (café, banano, colonización antioqueña) consultando sus propias fuentes (geografías antiguas, anuarios estadísticos, informes de la Contraloría y Ministerios de Industria)¹¹⁸.

¹¹⁷ Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Yolanda Mora Ortiz, Rionegro (Cundinamarca), 6 de diciembre de 1941 y Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Yolanda Mora Ortiz, Bogotá, 20 de diciembre de 1942 en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4.

¹¹⁸ Jaramillo, *Memorias*, 26-27; Martha Herrera y Carlos Low, “Jaime Jaramillo Uribe: la historia, la pedagogía y las ciencias sociales”, *Revista Colombiana de Educación*, no. 71 ([2004] 2016): 410. En una carta escrita a su esposa en 1975 Jaramillo menciona que por esos días había en Sevilla una “invasión de colombianos” historiadores o sociólogos como Jorge Orlando Melo, Germán Colmenares y Orlando Fals Borda, que asistían a un evento sobre “los campesinos en la Rábida”. También había ido Antonio García, cuya compañía parecía incomodar a Jaramillo. Aunque su relación

Aun así, de los socialistas de Bogotá, una figura mucho más influyente en Jaramillo fue Gerardo Molina, con quien tuvo una afinidad evidente y un trato más espontáneo, aunque respetuoso que dio lugar a una amistad duradera. Jaramillo conoció a Molina en sus años como estudiante de la ENCI gracias a que la profesora María Eastman invitaba a sus estudiantes a su casa ubicada cerca del Capitolio Nacional. Por entonces Molina era senador y Jaramillo —autopercebido como de “escasa cultura general, histórica y política”— se refería a Molina —de 30 años— con admiración pues reconocía en él una figura política e intelectual influyente, que además era generoso, pues sin brindaba sin reparos su gran biblioteca personal a los estudiantes. Esa fue la puerta de entrada de Jaramillo a la teoría socialista y marxista. Entre los títulos que Jaramillo, un muchacho de 20 años, conoció mediante esa biblioteca estaban el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels y literatura divulgativa de ideólogos marxistas de la Revolución rusa como Nikolái Bujarin o de Gueorgui Plejánov. Por la biblioteca del Molina Jaramillo se acercó al marxismo americanista, cuyo máximo representante fue José Mariátegui con sus *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana* (1928). ¿Cómo influyeron estos títulos en la experiencia juvenil de Jaramillo? Debemos recordar que este primer contacto con la teoría socialista estuvo mediado por la adaptación que Molina había hecho para sintonizarse con el lopismo. Jaramillo dice que su principal aprendizaje de ese momento fue que el marxismo legitimaba la científicidad de las disciplinas sociales, porque el materialismo era sinónimo de empirismo. Esta función científica atribuida a la filosofía marxista desencadenó en Jaramillo un interés voraz hacia los autores marxistas. Por tal razón visitó más seguido a Molina y compró sus primeros libros: *Historia general del socialismo y de las luchas sociales*, de Moses Max Beer y varios libros de Lenin, incluido *Materialismo y empiriocriticismo*. Fue la época del fervor leninista juvenil¹¹⁹. Ahora, que el vínculo entre Molina y Jaramillo persistiera incluso después de que Jaime abandonara su visión romántica de la Revolución rusa no fue algo fortuito, sino porque siguieron compartiendo espacios: la ENCI, la Universidad Libre y la UN en donde continuaron sus interacciones políticas y también las académico-intelectuales, primero como alumno y profesor, y luego como colegas profesores interesados en institucionalizar una universidad moderna: autónoma, deliberante, pluralista y de racionalidad científica. En la década de 1930 Jaramillo compartió frecuentemente aula, bibliotecas personales y periódicos políticos con

haya perdurado en el tiempo, no tuvo un interés o influencia homogénea en su vida, como sí fue el caso de Molina y Socarrás. Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Yolanda Mora, Lorenzo y Rosario, Sevilla, 7 de octubre de 1975 en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, doc. no. 75, f. 1.

¹¹⁹ Jaramillo, *Memorias*, 30-32. El antioqueño afirma que tuvo un retrato del líder ruso.

Molina, García y Socarrás, consolidando así un tipo de figuración intelectual marcada por dinámicas de interacción homosociales, es decir, de lecturas y reuniones predominantemente masculinas.

En 1936 Gerardo Molina fundó la organización Vanguardia Socialista para captar el movimiento sindical y unificar a los socialistas en torno del proyecto lopista. Antonio García hizo parte del grupo y dentro de él creó la revista *Masas*, cuyos compañeros de redacción fueron Molina y Socarrás. La publicación fue bien recibida por la prensa liberal (*El Espectador*) y comunista (*Tierra*), ya que adhería los principios del lopismo como una forma de servir a la democracia y a la cultura popular¹²⁰. Mientras tanto Jaramillo estudiaba su bachillerato en la ENCI con varios compañeros conservadores. De ahí que en ese momento muchos lo tildaron de “izquierdista”, sobre todo porque fue un actor difusor de la revista *Masas*. La etiqueta no estaba de todo equivocada: como estudiante Jaramillo respondió a su tiempo de una manera moderna, es decir, no reprimió su curiosidad por las nuevas corrientes y sensibilidades, así éstas fueran polémicas. En razón de ello, algunos de sus compañeros de la ENCI solicitaron su expulsión, la cual fue negada porque tanto el director como del vicerrector, Jorge Urrego Bernal, de tendencia liberal, lo respaldaron. De esta manera Jaramillo concluyó su grado e hizo las prácticas como maestro de primaria en escuelas de Bogotá y Girardot¹²¹. En otras palabras, la red socioprofesional —de carácter marcadamente homosocial— que había ido construyendo en Bogotá funcionaba para cuidar su estabilidad, pero también fue la que despertó su sensibilidad política llevándolo al activismo estudiantil de corte socialista; una militancia que a su vez definió su vocación hacia las ciencias sociales y, con ello, su perfilamiento como intelectual moderno: aquel que es *consciente* de que en su quehacer debe resolver la relación entre poder y el conocimiento —a veces como crítica y a veces como práctica—. El joven Jaramillo pasó por la etapa de intelectual militante, sin la cual no habría sido posible su transición y luego consolidación como intelectual profesional, como científico social. La vocación del antioqueño todavía era incierta. Su familiaridad con el trabajo físico y comercial lo habían predispuesto a inclinarse a profesiones técnicas. Él mismo afirma que su aterrizaje en la pedagogía y luego en las ciencias sociales fue resultado más del azar, de estar en el momento, tiempo y compañías oportunas, que de una intención planificada. En el cambio de ese destino tuvo especial

¹²⁰ Núñez, “Marxistas”, 162-164.

¹²¹ Jaramillo, *Memorias*, 28.

influencia su contacto y posterior amistad con el ideólogo y rector de la ENS entre 1937 y 1944, el psiquiatra José Francisco Socarrás.

En una de sus reflexiones sobre las reformas educativas de los años de 1930, Jaramillo afirma que, sin la filosofía socialista no habrían surgido las “nuevas ciencias del hombre” —ahora en su lenguaje aparece inconscientemente también un sesgo de género—, ni la visión humanista donde la pedagogía no debía infundir temor, sino conducir a al estudiante a ser un ciudadano funcional. El nuevo enfoque se basó en la simpatía y la flexibilidad expresada en prácticas que atraerían el interés del estudiante a través de la experiencia y no del castigo¹²². La persuasión se asumió como una actitud pedagógica más eficaz que la imposición. De ahí que las dos herramientas de Socarrás para reclutar el alumnado de la ENS fueran la orientación vocacional y otorgar becas completas. Como alumno de la ENCI Jaramillo fue persuadido por una de estas charlas donde Socarrás afirmaba que el profesorado era la “carrera del porvenir”, sobre todo, el porvenir labrado por la alianza socialista-liberal. Este proyecto requería mano de obra que se ocupara de la administración educativa y de diversificar las disciplinas universitarias necesarias para un país en transformación. Bajo esta mirada Jaramillo se replanteó el que creía era su deseo: *ser simplemente un profesional*¹²³. Sus contactos con Molina, García Nossa y Socarrás lo convencieron del potencial social de la docencia. Pero esta elección tuvo otro motivo de peso: la beca, como estímulo decisivo para Jaramillo que estudiaba y trabaja al mismo tiempo. En esta confluencia de factores azarosos el antioqueño se inscribió a sus 21 años en la ENS. Señal de su vacilante vocación y de lo ajenas que le eran las ciencias sociales es que su primer semestre de 1938 lo cursó en Filología. No obstante Socarrás — que seguía de manera personalizada el desempeño de sus alumnos— fue quien le recomendó pasarse a Ciencias Sociales para que aprovechara mejor sus aptitudes. Jaramillo aceptó el consejo y en ese segundo semestre inició esta especialización de la cual se graduó en 1941¹²⁴. Cincuenta años después haciendo un balance retrospectivo de la reforma de los años de 1930, el antioqueño afirmaba que el impacto de la nueva escuela no fue profundo ni duradera. Para los años de 1980 seguía vigentes prácticas arcaicas e irracionalistas¹²⁵. Por eso recordaba la ENS siempre como una experiencia pedagógica excepcional que si bien no fue consistente sí fue innovadora. Así se refería Jaramillo en 1994 a la gran significación de ese pequeño ensayo pedagógico:

¹²² Jaime Jaramillo Uribe, “La reforma educativa de los años treinta [1988]”, en *De la sociología*, 190-192.

¹²³ Jaramillo, *Memorias*, 37; Herrera y Low, “Jaime Jaramillo Uribe: la historia”, 409.

¹²⁴ Jaramillo, *Memorias*, 37-39.

¹²⁵ Jaramillo, “La reforma”, 194.

Aquí la universidad funcionaba en unas casas viejas donde había unas bancas y la gente iba a oír a unos abogados que hacían discursos, no había bibliotecas, no había profesores de tiempo completo, no había secretarías, no había nada. Por eso la Escuela Normal Superior fue algo excepcional por todas las circunstancias. Tenía biblioteca, laboratorios, gabinetes. La misma magnitud de la escuela permitía hacer el ensayo porque no había muchos estudiantes, unos 150, y por cada promoción de esas cuatro especialidades había más o menos unos 40 alumnos. Allí existía una concepción distinta de lo que debía ser una institución de enseñanza.¹²⁶

Con el paso de Jaramillo por esta institución su red social se enriqueció sustancialmente al entrar en contacto con una masa intelectual crítica y diversa en procedencia y pensamiento. Esta fue la época en que se incorporaron a la ENS los exiliados europeos. De entre ellos Jaramillo destaca a Rudolf Hommes y Gerhard Masur, quienes acercaron a sus alumnos los métodos modernos de la historia política y cultural contemporánea alemana. O al catalán Pablo Vila quien les enseñó la geografía “en vivo y directo” a través de excursiones¹²⁷. Al respecto de esos días, Jaramillo afirmó que desde finales de los años de 1930 estaba interesado en un nuevo tipo de historia, solo que “[él] siempre estuvo solo [...] nadie tenía interés en ese tipo de historiografía y de investigación histórica que yo consideraba se debía hacer”. Sin embargo, es importante no sobredimensionar esa afirmación. En ese mismo testimonio, el antioqueño reconoció que la historia no tuvo un nicho para su institucionalización, era algo de “menor envergadura”¹²⁸. No es que Jaramillo fuera el único estudiante normalista interesado por la historia moderna: en ese momento no podía estarlo de la forma tan definida en que lo insinúa su recuerdo. Jaramillo era un joven de 21 años y que apenas se iniciaba en la lectura de literatura académica. Si acaso estos profesores le brindaron la ocasión para absorber algunos referentes teóricos, pero en ese momento no se reflejó en algo concreto. Su primer texto histórico lo escribió quince años después. Por eso consideramos que en esa etapa estudiantil su creciente inclinación a las ciencias sociales en general —y no a la historia en particular— se debió al ambiente propiciado por el socialismo bogotano, especialmente, a la frecuente compañía política y académica de Socarrás. El médico de Valledupar, socialista y moderno pedagogo, fue quien suscitó en Jaramillo una actitud metódica frente a la vida y el conocimiento, despertando en él la convicción de que las ciencias sociales modernas —de la sociedad de masas— estaban destinadas a reinterpretar los fundamentos históricos de la nación, no como ejercicio erudito, sino como acción política con su conocimiento estas *intervendrían* la transformación de la sociedad nacional.

¹²⁶ Herrera y Low, “Jaime”, 409.

¹²⁷ Jaramillo y Safford, “An interview”, 4; Herrera y Low, “Jaime”, 405; Tovar, “El pasado”, 8; Jaramillo, *Memorias*, 40-41.

¹²⁸ Herrera y Low, “Jaime”, 405 y 411.

Esto quiere decir que la vocación intelectual de Jaramillo fue fruto de su experiencia socialista más que de la lectura o teorización. Su disposición intelectual de esos años no era sistemática o académica: apenas divagaba entre textos divulgativos sobre el socialismo y el movimiento obrero. Jaramillo reconoce que, de entre todos sus profesores, Socarrás fue quien dejó la huella más imborrable. Treinta años después, el alumno describía a su maestro como un intelectual “obsesionado con entender a Colombia”, íntegro, progresista y liberal, no propagandista, sino comprometido públicamente con desentrañar las razones del “atraso cultural” colombiano — atribuido a razones políticas y no raciales— para poder resolver sus injusticias sociales¹²⁹. De ahí que si Jaramillo se convirtió treinta años después en historiador colombiano fue por el ejemplo de Socarrás¹³⁰. Asimismo, Jaramillo afirma que otro influyente aprendizaje derivado de la presencia del médico fue aceptar que la educación tenía un componente disciplinar, no en el sentido represivo-policivo, sino de que la modernidad también era una *in-corporación*, un [disciplinamiento del cuerpo](#), porque al decir de Socarrás —ciertamente racializado, clasista y elitista—: “Colombians don't know how to walk, eat, bathe, or love, and one must teach them how”. Según Jaramillo su maestro decía que a la “gente no había que enseñarle demasiadas cosas sino formarle hábitos y en eso creo que tenía toda la razón [...] no se trata tanto de aritmética y de gramática, sino que a esta gente hay que enseñarle ciertas actitudes”. Socarrás exigía a los futuros maestros que cuidaran sus formas: vestimenta, limpieza, pues concedía al lenguaje corporal gran influencia en la percepción de autoridad por parte de alumnado y este era un factor que sin ser sinónimo de autoritarismo debía

¹²⁹ El rector de la ENS fue nodo importante en la red socioprofesional de Jaramillo porque lo conectó con los actores que desde una mirada interdisciplinar y sin distinción política apoyaron el proyecto estatal liberal de crear un nuevo relato autóctono de la nación colombiana. Un ejemplo de ello fue la participación de ambos en un ciclo de conferencias sobre geografía económica colombiana dictadas semanalmente en el Teatro Colón. Las charlas serían impartidas por ingenieros conservadores como Jorge Álvarez Lleras o Luis de Greiff Bravo, izquierdistas curtidos como el poeta Luis Vidales, o socialistas como Antonio García y Socarrás, quienes llevaron a su alumno, Jaime Jaramillo quizá el más joven de los conferenciantes. “Ciclo de conferencias del Ministerio de Educación, sección de Extensión Cultural”, ca. 1940, recorte de prensa [*El Tiempo*] en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, doc. 25, f. 1

¹³⁰ Entre las razones de su giro vocacional hacia la historia, Jaramillo dijo que: “I opted for history for a variety of reasons: 1. the duty I, as a Colombian, had to know and to make known the history of my country”, Jaramillo y Safford, “An interview”, 11. Así fue descrito en 1945 el médico socialista por la prensa disidente: “Socarrás no es uno de esos advenedizos a la cultura ni a la política. Largos años en la cátedra conmoviendo la apatía de nuestra educación, con los ojos sobre la realidad de la patria, es una nueva especie intelectual desconocida entre nosotros. Es el intelectual militante confundido con su pueblo, peleando hombro a hombro con él en su vanguardia política. [...] Su lucha y su triunfo contra la furia de los primates de la reacción de ambos partidos tradicionales es una victoria popular de vastas proyecciones”. Tal fervor y convicción lo llevaron a radicalizarse pasando del proyecto socialista de la universidad (científica, democrática, autónoma, americanista, estatal y vanguardista) al intento de universidad socialista: la efímera universidad obrera de 1946. Núñez, “Marxistas”, 285 y 302.

estar presente en el aula de clase¹³¹. Dada la constante exposición de Jaramillo al simbolismo de ese tipo de disciplinamiento no puede descartarse su influencia en el éxito futuro al institucionalizar primero la filosofía y luego la historia. Disciplina también es sinónimo de pasar *por el cuerpo, incorporar* una forma y ritmo del hacer que, de acuerdo a lo anterior, se insinúan predominantemente masculinos y alejados de la espontaneidad popular (clasista).

Pero esta *incorporación del disciplinamiento intelectual* no fue la única enseñanza de Socarrás. Las disciplinas sociales necesitaban refrendar su respetabilidad científica ¿Cómo justificar epistemológicamente las ciencias sociales? Con el principio por excelencia del conocimiento moderno: la formalización de una metodología. El modelo sobre el que Socarrás fundó la ENS no fue la pedagogía experimental del belga Ovide Decroly (1871-1932), sino la pedagogía social del filósofo pragmatista estadounidense John Dewey (1859-1952) con su método de proyectos centrado en el trabajo práctico. Aunque los efectos de esa elección intelectual no fueron inmediatos por la inercia de una prolongada educación escolástica¹³² debemos destacar que la inclinación de Socarrás por Dewey familiarizó tempranamente a Jaramillo con el estilo de pensamiento del estadounidense que tendría una presencia más intensa en Colombia en los años de 1960. Por más superficial que hubiera sido el contacto con Dewey, la fuerza de su método experimental dejó marcas en quienes pasaron por la ENS. De hecho, aunque ni Socarrás, ni Jaramillo lo sabían, la propuesta de Dewey fue desde 1940 una de las inspiraciones del giro racional empirista que transformaría en clave técnica la definición y función de las ciencias sociales en el hemisferio después de los años cincuenta. En ese sentido, consideramos que para el Jaramillo estudiante de la ENS tuvo más peso el contacto experiencial e intelectual con el pragmatismo norteamericano del método Dewey inculcado por Socarrás, que las lecturas académicas transmitidas por los transterrados europeos. Por supuesto que sumaron, pero el pragmatismo que le era familiar por su experiencia laboral provinciana. No suena descabellado considerar que ese refinamiento del pragmatismo que vivió con su paso en la ENS fuera determinante para su posterior liderazgo académico, porque

¹³¹ Jaramillo y Safford, “An interview”, 4 y 5; Herrera y Low, “Jaime”, 408. Socarrás tuvo una vida públicamente activa desde su adolescencia. Cursando su bachillerato en el Colegio del Rosario “fue *convictor*. [Un cargo para] la conservación del orden y la disciplina del plantel, usado para aumentar sus dotes ‘naturales’ de liderazgo y autoridad”. Cuando entró a estudiar medicina en la UN se hizo militante del movimiento estudiantil. Llama la atención esta mezcla entre herramientas asociadas a cierto autoritarismo, y su posterior adaptación para ponerlas al servicio de fines progresistas. Núñez, “Marxistas”, 64-65.

¹³² Herrera y Low, “Jaime”, 408-409; Herrera, “La Escuela”, 103 y 112.

institucionalizar disciplinas no solo implicaba aportar nuevas ideas, sino asegurar el sustento metódico del hábito, es decir, una rutina estable de procedimientos¹³³.

Al respecto de la conexión Socarrás/Dewey/Jaramillo debemos indicar un último aspecto. A mediados de la década de 1940 el antioqueño comenzó a publicar en revistas culturales de Bogotá. Fue así como en 1945 apareció en la *Revista de Indias* su reseña sobre *El pensamiento vivo de Thomas Jefferson* escrito por John Dewey (1940). Tener evidencia de la temprana lectura de Dewey por parte de Jaramillo hace más verosímil el argumento de que la influencia del pragmatismo estadounidense fue más profunda de lo que se piensa. El texto de Dewey fue leído en el marco de la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, Jaramillo pretendía revindicar el que él consideraba era el principal valor de la civilización moderna: la democracia, que entonces estaba amenazada por el totalitarismo europeo. Lo curioso es que en este ejercicio de reflexión política Jaramillo no recurrió a la tradición europea, por ejemplo, de la Revolución francesa, sino a la Revolución norteamericana. Confrontó así un prejuicio habitual que consideraba estéril el aporte de EUA “a la alta cultura”. Sin embargo, a través de Dewey, Jaramillo quería mostrar a su público que el pragmatismo estadounidense —insinuado ya en los padres de la patria— era un referente válido y valioso para la lucha antifascista, en la que él estaba personalmente comprometido. Para Jaramillo la lealtad de Jefferson a la democracia, incluso cuando estaba en crisis, lo hacía un referente vigente, especialmente, porque aquel había propuesto que “contra la imperfección de la democracia, más democracia, nunca restricción”. Si el antioqueño publicó esa reseña fue porque con ella creyó aportar al deber de los “pueblos de América de revivir la tradición de progreso, humanismo y auténtica democracia iniciada en Jefferson, seguida por Lincoln y heredada para el siglo XX por Franklin Delano Roosevelt”. Que Jaramillo viera con buenos ojos Roosevelt nos revela su apertura

¹³³ John Dewey fue uno de los ideólogos del pragmatismo como expresión filosófica de la sociedad norteamericana surgida de la Guerra de Secesión. Es por este tipo de pensamiento que se explica la aparición del técnico como tipo intelectual norteamericano por excelencia que surgió de la relación entre economía y educación. Mientras en Latinoamérica el intelectual siempre tuvo presencia institucional por su vínculo con la política, el intelectual norteamericano, que tuvo una vida “penumbral”, solo ingresó a las instituciones cuando la tecnificación agrocomercial e industrial promovió el lucro empresarial y el éxito como principios de vida. Fue entonces cuando se consideró que la ciencia podría aportar al aumento de la productividad y por eso apareció el credo en la vida práctica racionalizada, capaz de aportar métodos para acelerar la producción de conocimiento. De ahí el marcado interés en la investigación, en los laboratorios, en la experimentación en función de la industria. Particularmente para Dewey se trataba inicialmente de un asunto más pedagógico que técnico: lograr la eficiencia de la inteligencia industrial (educar) antes que una eficiencia comercial técnica. Pero en la filosofía de Dewey aún había un trasfondo político porque la educación era protagonista de la democracia. Así, una de las caras del pragmatismo fue exigir la profesionalización del magisterio: solo con estabilidad laboral los profesores podrían ejercer consistentemente su importante labor experimental. Pero la otra cara fue la aparición del técnico, una especie de “intelectual espurio”: el hombre de negocios había entrado en la universidad. Wright, *Sociology*, 35-37, 40, 50, 285, 308, 333, 338-342 y 392.

hacia el modelo de EUA. A través de Dewey, Jaramillo quería mostrar que los estadounidenses sí pensaban, solo que a su manera. Por ejemplo, Jefferson era un hijo del rústico Medio Oeste, pero formado en la lectura de Rousseau, Locke y Montesquieu. Lo que pasa es que el estadounidense no copió el modelo europeo, sino que lo adaptó a la realidad norteamericana. Jaramillo describe ese modelo reinventado como una propuesta antioligárquica del Estado, ya que reclamaba como su fundamento la soberanía popular de un pueblo basado en la libertad, el trabajo y los derechos económicos.

Jaramillo celebra que Jefferson criticara instituciones como la herencia y el derecho natural, ya que simbolizaban la creencia aristocrática en las posiciones vitalicias, pero que no eran más que estrategias del “despotismo de la oligarquía” para perpetuar sus beneficios. A cambio de ello Jefferson proponía que “todo derecho [debía ser] a prueba de razón y moralidad” y en contacto con el pueblo¹³⁴. La línea dominante en la reseña es la identificación de Jaramillo con la interpretación de la democracia como racionalidad estatal fundamentada en la soberanía popular. En ese sentido, la reseña ejemplifica que, efectivamente, el antifascismo latinoamericano corrió paralelo al americanismo (incluido EUA) y al indigenismo como formas de afrontar la crisis humanitaria universal representada por la Segunda Guerra. La revalorización positiva de América en la geopolítica mundial de esos años fue la respuesta a un proceso transnacional en el que la barbarie europea había revelado al continente americano como la última reserva de la civilización y a sus intelectuales como la conciencia crítica de la humanidad¹³⁵. El nacionalismo culturalista (americanista) promovido por los Gobiernos liberales de López y de Santos, con el apoyo de sus aliados socialistas —entre los que se contaron Molina, García, Socarrás, Luis Eduardo Nieto Arteta, y el mismo Jaramillo— no fue solo un proyecto creado por razones locales, sino más bien porque esas dinámicas hacían eco de algo que estaba mucho más allá de sus fronteras. En ese sentido, la conexión de Jaramillo con Dewey a través de Socarrás nos lleva a considerar que el desarrollo de vocación por las ciencias sociales inexistente en su adolescencia, tuvo que ver más entre 1935 y 1941 con la aparición de una sensibilidad social moderna de base socialista que bebió menos del mundo de los libros y más de su acción política cotidiana inserta en un debate ideológico transnacional, que lo llevaron a asumir posturas antifascistas americanistas. De sus años como

¹³⁴ Jaime Jaramillo Uribe, “Thomas Jefferson [Reseña de John Dewey, *El pensamiento vivo de Thomas Jefferson* (Buenos Aires: Losada, 1944)] [1945]”, en *De la Sociología*, 217-219.

¹³⁵ Núñez, “Marxistas”, 142, 188, 193-194.

estudiante no hallamos evidencia de publicaciones, mientras que sí encontramos nuevas pistas sobre su activa participación política —dentro y fuera de la universidad— en calidad profesor. Por tanto, en la emergencia de su vocación como científico social debe concederse mayor atención a esta etapa, propia del intelectual moderno: el intelectual militante. En sus memorias y entrevistas esta experiencia parece algo superficial. No se dedican muchas líneas a ella. Sin embargo, vista en detalle esta fue una faceta que tuvo más peso del atribuido hasta ahora, tanto para el desarrollo de su enfoque colombianista en su trabajo investigativo, como para la construcción de un capital social, diverso, multipartidista e interclase que le permitió transitar hacia el intelectual profesional, una figura con características diferentes, pero que no habría existido sin la apertura política, social e intelectual que su militancia política produjo.

1.4 Jaramillo entre América y Europa: del socialismo marxista al antifascismo democrático como respuesta personal a las reconquistas conservadoras (1941-1948)

La identidad socialista de estos intelectuales surgió de la participación en una organización muy específica: el movimiento estudiantil. Después de 1940, cuando sus integrantes se habían multiplicado y cuando muchos ya se habían graduado apareció un primer intento de separación del liberalismo. Pero esa ruptura no era tanto por el socialismo, sino que, para defender ese liberalismo progresista, ya que hacia 1942 López Pumarejo insinuó que de llegar nuevamente a la presidencia lo haría en la línea de la pausa de Santos. Esta posición fue percibida por los socialistas como un retroceso del pacto Estado-pueblo, una especie de traición, en la medida que esa “pausa” estaba propiciando nuevamente un sistema político oligárquico, es decir, que consideraba como único orden social posible el fundado en el dominio bipartidista, continuando así con la visión excluyente de la época colonial¹³⁶. Para los disidentes el único sujeto de la revolución era el proletariado, por tanto, frente a la crisis nacional e internacional del fascismo, había que pasar a la acción política para llegar a las masas y construir un partido revolucionario: ese partido sería justamente la Liga de Acción Política (LAP). La apertura de este cuarto partido (al lado del Liberal, el Conservador y el Comunista) no fue tanto una evolución ideológica, cuanto una movida táctica: fue la forma en que los socialistas protestaron antes los liberales prometiendo que reforzarían su identidad como ideólogos de la revolución. De ahí que la composición de LAP fuera predominantemente intelectual: juristas, profesores universitarios, estudiantes, artistas, empleados públicos y algunos obreros. Su factor diferencial frente a otros grupos de izquierda radicaba en el protagonismo dado al

¹³⁶ Jaramillo, *Memorias*, 88; Núñez, “Marxistas”, 187, 217. 221, 223-224.

vanguardismo, es decir, al liderazgo intelectual de la revolución, a la necesidad de adquirir un saber especializado para liderarla¹³⁷. El otro principio de LAP era el nacionalismo popular: creían que el fundamento de la nación era el pueblo y no el catolicismo, el castellano y la herencia española como lo afirmaban los conservadores¹³⁸.

De ahí que el programa de LAP estuviera compuesto por acciones inspiradas en el marxismo: era anticapitalista (no lucro individual), anticolonial, antimperialista, antifascista (prodemocrático) y antioligárquico. Como se trataba de elaborar una “épica nacional” los socialistas mostraron que el marxismo, pese a ser una ideología extranjera era plenamente compatible con el proceso emancipatorio nacional, ya que la raíz de la lucha de clases podía verse en la lucha popular histórica contra la opresión, como la ejemplificada por los comuneros. El partido estaba encabezado por Gerardo Molina como director, seguido por Antonio García Nossa en la comisión ejecutiva y por Socarrás en comisión de apoyo¹³⁹. Su influencia no se debió al número de integrantes en sus filas, sino al alto perfil intelectual de sus miembros, quienes creían en que la unidad nacional popular solamente podría construirse con conocimiento científico de la economía, la sociedad, la cultura del país, es decir, de su pueblo. De ahí que LAP tuviera dos estrategias de acción: las ciencias sociales y el marxismo, entendido como su método. “Materialismo científico” fue el nombre que dieron al conocimiento empírico de la realidad para indicar que la teoría no debía imponerse a ella, sino más bien ser su expresión¹⁴⁰. De esta manera apelar al marxismo como base de las ciencias sociales fue la forma en que estos socialistas —hijos de la universidad, ideólogos de ella y creyentes del saber institucionalizado— apostaron radicalmente por el empirismo como base del conocimiento científico: si hay métodos y técnicas para observar la realidad se garantiza la objetividad de su observación porque para llegar a la realidad que se quiere (cambio), primero había que aceptar la existente, como se presenta desde el hecho y no desde el deseo. Este tipo de revolución fundaba la raíz del cambio social en la relación causal entre ciencia, conocimiento y transformación. Desgastado el proyecto reformista liberal, los ahora profesionales que fueron líderes estudiantiles en la ENS y la UN formalizaron su participación política ingresando a partidos oficiales: o bien el Partido Comunista de Colombia (PCC, 1930); o bien en los intentos de partidos

¹³⁷ Núñez, “Marxistas”, 190, 217, 218, 226. Sin embargo, el vanguardismo universitario no hace parte de una interpretación propiamente marxista de la historia. Marx no otorgó un lugar protagónico a los intelectuales.

¹³⁸ Silva, *República*, 226; Miguel Ángel Urrego, “Mitos fundacionales, reforma política y nación en Colombia”, *Nómadas* 8 (1998): 10-18.

¹³⁹ Núñez, “Marxistas”, 218 y 220.

¹⁴⁰ Núñez, “Marxistas”, 38 y 228.

socialistas LAP, Partido Socialista Democrático (PSD) y el gaitanismo. La cercanía de Jaramillo con los disidentes socialistas no fue solo coyuntural o de tipo intelectual. Fue su activa participación política la que creó una identidad intelectual vinculada a las ciencias sociales. Porque el joven Jaramillo no se dedicó tanto a leer libros y estudiar como a participar activamente de la política estudiantil y luego en la política partidista socialista. En sus memorias califica a varios de sus amigos y copartidarios como “simpatizantes del Partido Comunista y admiradores de la Unión Soviética”¹⁴¹.

Como estudiante de la ENS (1935-1941) y luego de la Universidad Libre (1942-1951) Jaramillo integró la Federación de Estudiantes e incluso ocupó un lugar de liderazgo entre sus compañeros. En una anécdota de 1942 afirma que, junto con Alberto Lleras Camargo—líder de la Federación de Estudiantes— hizo moción para que este movimiento apoyara la segunda candidatura de López Pumarejo, pues pese a las suspicacias de otros compañeros, tanto él como Lleras creían que este aún podía representar a la izquierda. En un evento organizado en el hotel de su tío, Jaramillo convocó a López para leerle un “un extenso programa de reformas sociales políticas” recibido amablemente, aunque sin ninguna resonancia en su candidatura¹⁴². La trayectoria política del antioqueño fue oscilante como lo demuestra su triple pertenencia al PCC, a LAP y al PSD, lo cual no es sinónimo de “desorden” político, sino más bien lo contrario: el paso por tres partidos muestra que Jaramillo fue fiel al progresismo/modernización, ya que todos tenían como rasgo común el defender esa aspiración. Efectivamente, socialistas, liberales y comunistas tenían un poderoso punto en común: identificar democracia con modernización —cambio para un futuro mejor—, y fascismo con reacción regresiva —volver a un pasado peor—. Por eso y por la capacidad real que tenía el liberalismo como partido de gobierno para aplicar la modernización, cada intento de independencia socialista fue relativamente efímero: LAP funcionó entre octubre de 1943 y agosto de 1944, mientras el PSD lo hizo desde esta fecha hasta 1946. Ninguno de ellos representó peligro electoral para las elites liberales quienes incluso los miraban con condescendencia por ser intelectuales y no hombres de acción. El Partido Comunista sí vio este intento de separación como una especie de rebelión frente a la verdadera autoridad de la izquierda. Aun así, en la práctica socialistas y comunistas se vieron obligados a unirse¹⁴³. Un fenómeno transnacional contribuyó así a diluir el

¹⁴¹ Jaramillo, *Memorias*, 59.

¹⁴² Jaramillo, *Memorias*, 88.

¹⁴³ Núñez, “Marxistas”, 5 y 8, 145 y 151, 217

intento de diferenciación de la izquierda colombiana. El ataque de Alemania a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviética (URSS) en 1941 demostró que la guerra no era solo entre las potencias europeas: todas las fuerzas democráticas del mundo estaban en peligro. No era momento de separarse, sino de unir a todos los actores progresistas por la defensa de un fin común y mayor: la democracia definida como la capacidad de libre autodeterminación individual y nacional. Recordemos que esta era una izquierda intelectual que valoraba la lucha con la pluma.

El ataque a la URSS reforzó así la autoconciencia de estos como baluarte crítico de la humanidad, quienes por encima de cualquier diferencia de clase o partido debían unirse para cuidar la herencia de la Ilustración. Cuando Jaramillo dice que él y sus amigos eran “admiradores de la URSS” no debe verse en el sentido ideológico de la Guerra Fría, donde ese apoyo significaba la oposición a EUA. El PCC sí era más doctrinario y seguía las directrices de Moscú, pero en este caso, antifascistas no comunistas, comunistas y liberales reconocieron a la URSS como símbolo de la lucha contra el fascismo. Esto no fue obstáculo para que las relaciones de EUA con Latinoamérica aumentaran. En Colombia esto se expresó con más inversión, misiones navales y la participación conjunta en las reuniones de cancilleres que dieron origen entre 1939 y 1942 a la doctrina de seguridad nacional¹⁴⁴. Como en ese momento el único enemigo era el fascismo europeo —aún se desconocían los excesos del stalinismo—socialistas y comunistas colombianos redujeron su antiimperialismo estadounidense e incluso el PCC acogió el browderismo: unir todas las fuerzas democráticas era la premisa¹⁴⁵. Las concesiones ideológicas y la cooperación interpartidista e interclasista estuvieron al orden del día en la izquierda colombiana, aunque eso supuso su fragmentación. Como recuerda Jaramillo él y otros, incluido Socarrás (crítico del PCC) se percataron con esta experiencia de que había opciones menos dogmáticas y radicales para la revolución, lo que llevó a la redefinición de sus ideologías y del nombre de sus partidos después de 1942. Este cambio fue necesario porque la alianza entre socialistas y comunistas por la lucha antifascista resultó especialmente desfavorable para los primeros. Ser confundido con los liberales había sido “positivo”, pero ser confundido con los comunistas fue una de las causas que rompieron

¹⁴⁴Núñez, “Marxistas”, 208.

¹⁴⁵ Earl Browder —secretario del Partido Comunista estadounidense— temiendo otra deformación de la sociedad de masas como la producida por el totalitarismo propuso una especie de revolución moderada. Su premisa era que la convivencia entre capitalismo y comunismo era posible porque la fuerza democrática (capitalismo) asumida como modernización y cooperación entre las clases haría innecesaria la toma revolucionaria del poder por parte de los obreros. Por eso defendía la libre empresa. Núñez, “Marxistas”, 196, 207 y 273.

su ilusión de institucionalizar la izquierda¹⁴⁶. Mientras tanto, entre 1941 y 1944 proliferaron espacios de origen comunista para denunciar a los nazis europeos y contener a quienes consideraban sus representantes locales: el conservadurismo. Así aparecieron organizaciones multilaterales por la solidaridad democrática como el Comité Colombiano de Ayuda a la Lucha del Pueblo Español (dirigido por Baldomero Sanín e integrado, entre otros, por Molina y María Eastman), el Comité de Ayuda a la URSS, y el Frente Antinazi de la Juventud, que contó con la participación de Socarrás¹⁴⁷. Antes de 1941 el cubrimiento local de la Segunda Guerra Mundial se camuflaba en una retórica democrática, quizá porque no se percibía como algo tan cercano. Pero luego de 1941 con el ataque a la URSS, el PCC creó el periódico *Diario popular* para que colaboraran en él no solo los comunistas, sino todos los que quisieran hablar explícitamente en contra del fascismo. Este diario fue el acta de nacimiento del antifascismo como un movimiento intelectual por la ética humana que unió a liberales, socialistas y comunistas colombianos. Así planteó en enero de 1942 sus propósitos:

DIARIO POPULAR es desde hoy una nueva arma de combate contra el nazi-fascismo, un periódico que viene a luchar sin miedo, sin cálculos contra los enemigos quintacolumnistas [los espías fascistas de la República española] de la nacionalidad y la democracia. No será órgano sectario de una agrupación política, sino que aspira a convertirse en el portavoz de vastos sectores de la opinión antifascista.¹⁴⁸

Se selló así la alianza interpartidista antifascista que mezcló al intelectual académico con el militante y el normativo o inconforme, incluso en una misma persona. El académico adquiriría un saber especializado el cual ponía tanto al servicio de su militancia (saber para la acción política partidista) como de la defensa democrática (valor superior humano de la libertad). Esta experiencia fue paradigmática de la circularidad en el intelectual como tipo social moderno, o sea, paradójicamente relacionado con el poder, porque es un intelectual que al mismo tiempo puede ser subordinado, autónomo o rebelde, siendo esta contradicción el fundamento de su naturaleza. Jaramillo participó de esa circularidad como estudiante y luego como profesor de la universidad reformista liberal. 1941 marcó un hito en su vida intelectual: después de una década de estancia en la capital en calidad de estudiante, Jaramillo finalmente dejó de ser un lector anónimo o un líder

¹⁴⁶ Que los disidentes no comunistas apoyaran a la URSS como bandera de lucha fue un arma de doble filo que al final los perjudicó. Los socialistas siempre habían sido más moderados, más reformistas que revolucionarios y si ellos habían adherido el antifascismo no fue porque se identificaran con la lucha comunista, sino porque los nazis eran los enemigos de la democracia. El adjetivo comunista apareció en la opinión pública como algo que despertaba rechazo social. El malestar de Socarrás era evidente, razón por la cual cambió el nombre del partido al que él y Jaramillo pertenecían sustituyendo el adjetivo comunista por el de democrático, con la esperanza de que así resultaran más atractivos a las masas que aspiraban convencer. Jaramillo, *Memorias*, 53, 54; Núñez, “Marxistas”, 210.

¹⁴⁷ Núñez, “Marxistas”, 208-209.

¹⁴⁸ “Propósitos”, *Diario Popular*, 2 de enero, 1942, 2 en Núñez, “Marxistas”, 191.

estudiantil del montón para convertirse en un escritor que sería leído y escuchado públicamente en las tribunas más codiciadas: la prensa política (*Diario popular*), la revista cultural (*Revista Educación*, *Revista Universidad Nacional*, *Revista de Indias*) y en el aula universitaria, pues su exprofesor, y ahora, amigo, benefactor, padrino político y copartidario, Socarrás le abrió las puertas del mundo laboral nombrándolo director del instituto anexo Nicolás Esguerra —donde los normalistas hacían sus prácticas pedagógicas— y profesor de sociología, en la que hasta ese momento había sido solo su casa de estudios: la ENS.

Jaramillo dio así un giro a su participación política: de dirigente del movimiento estudiantil pasó a integrar las filas de los partidos oficiales de la izquierda. En 1941 tuvo acercamientos con el PCC, más porque fue el primer partido que asumió el liderazgo antifascista, que por que compartiera totalmente con él sus principios ideológicos. Los socialistas despertaban suspicacia entre los comunistas: el origen universitario de los primeros era visto como una tara pequeñoburguesa por los segundos¹⁴⁹. Sin embargo, el antifascismo los unió temporalmente por un bien mayor. Fue así como Jaramillo, joven de 25 años, profesor de sociología de la ENS, y exdirigente estudiantil se convirtió en director del suplemento cultural del *Diario popular*, convencido de que el intelectual debía dirigir su talento discursivo a la reivindicación popular como base de la colombianidad, a exaltar la cooperación entre el pueblo y el intelectual para hacer una obra propia “con raigambre en la tierra y en el pueblo, en nuestros problemas, nuestra psicología, nuestra tradición y nuestro paisaje”¹⁵⁰. En ese sentido, su participación en el *Diario popular* contribuyó a despertar una sensibilidad sociológica que iba más allá de lo académico: en ese entonces se repartía entre ser

¹⁴⁹ La composición de los comunistas estaba determinada por criterios ideológicos y tácticos clasistas (inicialmente frentes únicos que enfrentaban a la clase obrera con la gobernante —burgueses y aristócratas—). En primer lugar, los comunistas partían de aceptar una división social del trabajo muy específica en que los intelectuales representaban a los que piensan y los obreros a los que producen, es decir, a los que hacen el trabajo manual. En otras palabras, el comunismo era visto como la estrategia para organizar a los obreros y obreristas independientemente de los partidos políticos tradicionales. La mayoría de sus líderes no ingresaron o no concluyeron la universidad y su principal característica era haber sido trabajadores urbanos o jornaleros del campo. Muchos de ellos trabajaron en el ferrocarril, las petroleras, compañías fluviales y, en menor proporción, en la agricultura. La mayoría participaron en la creación de sindicatos y grupos de trabajadores como la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), la Confederación Obrera Nacional o en acciones de agitación política como las huelgas o tomas campesinas, convirtiéndose algunos en guerrilleros. En segundo lugar, los comunistas tenían una estructura de partido rígida, jerárquica, ortodoxa, masculina e internacionalista que acogía sin cuestionamientos los lineamientos provenientes de Moscú. Por esta razón los intelectuales —pero también otros sectores disidentes como las mujeres— resultaban incómodos pues estos se caracterizaban por la autonomía y la actitud crítica que los hacía resistentes a las obediencia y disciplinamiento exigido por la formación de los cuadros y estatutos del Partido fundado en Colombia en 1930. Núñez, “Marxistas”, 13, 99, 101, 103, 271, 294, 295, 296 y 298.

¹⁵⁰ “Invitación a crear”, *Diario Popular*, 16 de septiembre, 1944 en Núñez, “Marxistas”, 279 y 281.

profesor de Sociología, administrador hotelero, estudiante de derecho, novio de Yolanda y redactor del periódico. En una carta de diciembre dirigida a Yolanda insinuaba cómo eran esas jornadas: "... Mi tardanza en dar señales de vida, pero si vieras, vueltas y más vueltas: viaje a Pacho de cuatro días [Hotel Country Claridge], dos noches de trabajo en el *Diario Popular* con motivo de la huelga ferroviaria..."¹⁵¹. En medio de estas ocupaciones el mayor compromiso intelectual lo asumió con ser profesor de Sociología. En la ENS había aprendido un método de comportamiento, pero el aprendizaje teórico no había sido tan prolijo, razón por la cual sintió que para enseñar debía nivelarse. Lo hizo a base de un feroz autodidactismo que se apoyó, antes que en FCE (mexicana) y Losada (argentina), en la lectura de las traducciones de los alemanes facilitadas entre 1926 y 1936 por la *Revista de Occidente* (dirigida por Ortega y Gasset). Lo curioso de este interés español por la sociología alemana es que fue una reacción antipositivista, una herramienta para luchar contra la ciencia vista como crudo materialismo, por lo que el propósito de la revista con su selección de autores alemanes era reforzar el carácter espiritual, cultural, filosófico antes que empírico de la sociología. Paradójicamente este catálogo —que incluía a George Simmel, Werner Sombart, y Ferdinand Tönnies— fue reclamado por Jaramillo como su referente para darle un giro materialista, modernizador a la enseñanza de la Sociología en Colombia, estancada en funcionar como una historia de las ideas sociológicas.

Quizá esta lectura de Jaramillo tan opuesta a la intención de la *Revista de Occidente* fue posible porque él no defendía una posición reaccionaria; todo lo contrario: tenía una disposición de apertura para absorber todo lo que no había llegado a Colombia por la hegemonía conservadora. Esta voracidad lectora lo llevó a ser ecléctico y aleatorio, por lo que mezcló en un mismo momento tradiciones sociológicas tan diversas como la francesa de Emile Durkheim, la inglesa Robert Morrison MacIver, la italiana de Vilfredo Pareto (más cercana a la economía), o la estadounidense de Thorstein Veblen, a las cuales se sumaron posteriormente los sociólogos alemanes Max Weber y Karl Mannheim¹⁵². A partir de estas lecturas Jaramillo definió la Sociología como el estudio metodológicamente orientado de las agrupaciones humanas en sus relaciones, procesos y conflictos. Pero dos experiencias fueron necesarias para llegar a esa conclusión: asistir en 1945 a un curso del sociólogo José Medina Echavarría facilitado por Gerardo Molina y viajar a Francia a unos cursos

¹⁵¹ Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Yolanda Mora Ortiz, Bogotá, 20 de diciembre de 1942 en AJM, JJU, CER caj. 17, carp. 4, f. 1.

¹⁵² Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006), 109 y 112; Jaramillo, *Memorias*, 95.

de especialización en ciencia política y letras en 1946. Una de las múltiples facetas de la relación Molina → Jaramillo ocurrió durante la gestión rectoral del primero en la UN entre 1944 y 1948. En ese entonces la UN estaba simétricamente alineada con la política de extensión cultural del Gobierno de López Pumarejo. Por eso se abrieron en su campus unos cursos de verano para aprovechar lo mejor del talento internacional en el mejoramiento del pensamiento local. Fue así que por iniciativa de Molina llegaron conferencistas europeos, norteamericanos y latinoamericanos renovadores de las ciencias sociales y de la cultura política de izquierda con representantes adscritos al antimperialismo, al integracionismo americano o el antifascismo. Algunos invitados fueron Leopoldo Zea o Luis Alberto Sánchez. Pero la presentación más sonada fue la de José Medina Echavarría, sociólogo español exiliado en México desde 1939 que fue el principal modernizador de la sociología y teórico de la modernidad en América Latina. Medina perteneció al robusto ecosistema cultural mexicano integrado por el Colegio de México (COLMEX) y el Fondo de Cultura Económica, donde como director de la colección de Sociología del FCE, tradujo a Karl Mannheim y a Max Weber en 1944.

Jaramillo reconoce haber sido beneficiario de ese proyecto pues afirma que sin el FCE no hubiera conocido realmente las ciencias sociales modernas a pesar de ya tener un título universitario¹⁵³. Medina trabajó sistemáticamente por consolidar una cultura científica de las ciencias sociales modernas en Latinoamérica. Esto significa que defendió una posición radicalmente empirista y racionalista, opuesta al ensayismo social aficionado, pues consideraba que la ciencia debía tener un método riguroso que le permitiera solucionar racionalmente los problemas sociales. De ahí que la tradición sociología teórica basada en referente franceses y alemanes, le resultara insuficiente. Fue así como en 1941 con la publicación de *Sociología, teoría y técnica* Medina proporcionó al mundo hispanohablante el primer manifiesto renovador para una redefinición científica de la sociología:

No puede existir ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, es decir, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador [...] no solo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del

¹⁵³ Jaramillo reconoce el impacto de los exiliados españoles en México, ya que la mayoría de ellos fueron los traductores y prologuistas que dieron vida este ambicioso proyecto editorial que trajo al mundo hispanoamericano autores franceses, anglosajones y alemanes de la economía, sociología y ciencias políticas modernas. Jaramillo, *Memorias*, 79 y 96; “De manera que a las ediciones del Fondo debimos nuestro contacto con muchos autores importantes, más que a la promoción de la universidad”, Tovar, “El pasado”, 9. En otro artículo Jaramillo afirmaba que quienes habían “puesto algún granito de arena en la transformación de los estudios, históricos y sociales en Colombia le debemos mucho al FCE”. Para Jaramillo que sus colecciones lo conectaron desde 1945 al pensamiento moderno: conoció por primera vez a referentes de la historia, la sociología y la filosofía como Ranke, Mommsen, Burckhardt, Weber, Meyer, Meinecke, Dilthey o Cassirer. Ver Jaime Jaramillo Uribe, “Génesis de los modernos estudios históricos en Colombia: de la Escuela Normal superior al Departamento de Historia de la Universidad Nacional [1989]”, en *De la sociología*, 125.

día. Sin una técnica, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación no solo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz [...].¹⁵⁴

Para Medina la Sociología debía ser un instrumento orientado a la acción y no a la contemplación o a la repetición de supuestas leyes sociales. En su versión moderna era un saber positivo, empírico e inductivo lo cual implicaba construir una metodología de investigación basada en las técnicas de la observación, la experimentación y la comparación. Este carácter metódico marcaría la diferencia entre el aficionado y el profesional, pues solo este último podía garantizar la rigurosidad del conocimiento, habilitando su aplicación a la realidad, que era el fin último de la investigación. Cabe apuntar que el capítulo medular del libro de Medina —“La investigación social y sus técnicas”— estuvo fuertemente inspirado por la sociología norteamericana para la cual “sin protección académica y oficial” este programa científico sería imposible de consolidar. El referente norteamericano era poco habitual en ese tiempo. Sin embargo, esta mención es importante porque muestra que, aunque fuera tímidamente la UN y Jaramillo tuvieron contacto con la propuesta intelectual norteamericana —que dominaría en la década del sesenta— desde los años de 1940¹⁵⁵. La conferencia de Medina en la UN anticipó ese redireccionamiento.

Por lo pronto, la noticia de su curso regular de sociología en la Facultad de Derecho y su seminario de profundización en sociología de Max Weber fue anunciada en la *Revista Universidad Nacional* describiéndolo como “gran sociólogo” y a su visita como “alto y luminoso acontecimiento”¹⁵⁶. El curso parecía pequeño, pero su impacto fue grande, particularmente, para Jaramillo quien afirma que Medina fue quien le mostró la obra Max Weber, figura que desde entonces se convirtió para el antioqueño en su principal referente teórico —antes que el materialismo marxista o la historiografía francesa—, especialmente, en sus futuros trabajos de sociología histórica (demografía, estratificación social, esclavitud). En las entrevistas concedidas por el antioqueño nunca falta la mención al impacto que tuvo el curso de Medina en su identidad intelectual. De hecho, Jaramillo quiso ser primero sociólogo antes que historiador: “A mí me gustaba la historia, pero nunca había tenido el proyecto de elegirla como especialidad y menos como mi campo profesional”¹⁵⁷. Por eso,

¹⁵⁴ José Medina Echavarría, *Sociología, teoría y técnica* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1941), 8.

¹⁵⁵ Blanco y Jackson, *Sociología*, 28, 32-33; Blanco, “Ciencias”, 613 y 621; Blanco, *Razón*, 164-165; Jaramillo, *Memorias*, 96.

¹⁵⁶ Jaramillo, *Universidad*, 27.

¹⁵⁷ Jaramillo, “Génesis”, 126. En 1984 Jaramillo dijo que: “I did in fact think of devoting myself to sociology. I opted [then] for history for a variety of reasons”, Jaramillo y Safford, “An interview”, 5, 9 y 11; Jaramillo, *Memorias*, 90 y 93. La primera nota al pie de página de “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, *ACHSC*, no. 3 (1965): 21-48 es una referencia a *Economía y Sociedad* de Max Weber.

aunque Jaramillo es reconocido como “padre de la historia”, no debe olvidarse que en esa historia el aporte de la sociología fue medular. La relación con Molina fue la responsable de conectar a Jaramillo con Medina y por esa vía con la sociología weberiana y el método sociológico norteamericano. Otro evento que marcó la trayectoria de Jaramillo fue el viaje a París: este simbolizó su apertura cosmopolita, por la cual reconsideró al marxismo como recurso científico. Tan pronto Jaramillo se graduó en 1941, Socarrás buscó becas para él en EUA¹⁵⁸. Esta no se obtuvo, pero en 1946 el Gobierno francés otorgó a la ENS cinco becas para profesores distribuidas por el rector de entonces, Guillermo Nannetti, quien asignó entre otros a Socarrás (medicina) y Jaramillo (ciencias sociales), quienes viajaron y permanecieron juntos esos dos años. El antioqueño —que cumplía así el tópico intelectual del viaje al extranjero— se inscribió en la Facultad de Letras del Instituto de Estudios Políticos (más “técnico burgués”), donde cursó estudios de fonética francesa y de historia económica con Charles Morazé. Asimismo, matriculó cursos de sociología y fenomenología en la Universidad de la Sorbona (más “bohemia”) con Jean Wahl y Gaston Bachelard; y en el Centro Nacional de la Investigación Científica, donde se reunió con George Gurvitch, sociólogo francés especializado en fenomenología alemana.

De él Jaramillo tenía referencia, pero este acercamiento directo lo llevó a incluir la microsociología en su agenda académica. La beca —administrada por el Ministerio de Relaciones Internacionales de Francia y el Ministerio de Educación— fue vigente entre el 1 de noviembre de 1946 y el 31 de octubre de 1947¹⁵⁹. Aprovechando su estancia en Francia Jaramillo invitó a Socarrás para visitar al Partido Comunista. Viendo su organización, Jaramillo se decepcionó del marxismo como teoría y práctica, por lo que atribuye a ese momento la “extinción” de su interés por esta corriente. Este giro se hizo evidente en su siguiente texto publicado en la *Revista Universidad Nacional*, en el cual secundaba a Gurvitch en su crítica al burdo macroestructuralismo marxista que “simplifica y empobrece la profundidad y diversidad del nosotros que estructura la vida social”. Este texto revela que gracias a su contacto con la sociología de Gurvitch, Jaramillo congenió con ese revisionismo

¹⁵⁸ En 1941 Jaramillo afirmó que: “El último día que pasé en Bogotá estuve conversando con Socarrás. Me manifestó su deseo de que me quedara en Bogotá. También me habló de la posibilidad de una beca en los Estados Unidos. De todo esto no hay nada seguro, sobre todo de lo segundo que es lo mejor”. Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Yolanda Mora Ortiz, Rionegro (Cundinamarca), 6 de diciembre de 1941 en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, f. 1;

¹⁵⁹ Certificado beneficiario de beca en la Facultad de Letras en el Instituto de Estudios Políticos por el Ministerio de Asuntos Extranjeros y Ministerio de Educación Nacional de Francia (en francés), AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 4; Jaramillo, *Memorias*, 101, 104-106; Carta de Jacques Lecompte Boinet, ministro de Francia en Colombia a Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, 1 de agosto de 1946, carta de Olivier Delau, primer secretario de la embajada francesa a Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, 17 de septiembre de 1946, en AJM, JJU CER, caj. 2, carp. 1, doc. 1, f. 2.

fenomenológico que invitaba a considerar no solo las grandes luchas sociales sino la imbricación entre psicología y sociología, para explicar específicamente formas concretas y espontáneas de sociabilidad de los grupos sociales. Jaramillo acogió del concepto de sociogenética para indicar que las formas sociales más complejas surgen de las más simples, como las emociones y sensibilidades de los individuos. Así se entiende que Jaramillo no hubiera tomado la lucha de clases como una herramienta explicativa válida. Por el contrario, fenómenos como el olor, el secreto, el chisme, las emociones, la mentalidad se le presentaron como factores reveladores del funcionamiento social¹⁶⁰. En ese sentido pese a que la militancia de Jaramillo en la izquierda fue activa entre 1941 y 1946 también lo es que la diversificación de sus lecturas académicas de Weber y Gurvitch había fisurado desde 1942 su consideración del marxismo como posible opción de método científico. Siendo subdirector de la revista *Educación* por nombramiento de Socarrás, Jaramillo publicó una reseña sobre *Economía y cultura en la historia de Colombia* escrito en 1941 por el abogado marxista Luis Eduardo Nieto Arteta, reconocido por Jaramillo como pionero de la investigación histórica socioeconómica colombiana. Nieto fue, además, su amigo personal como lo demuestra la perplejidad compartida con varios colegas por su trágica muerte en 1956¹⁶¹.

Pese al mérito de Nieto, Jaramillo consideraba que su método era insuficiente por dos razones. La primera, porque su esquema interpretativo dicotómico (manufactura/latifundio) soslayaba instituciones ajenas a él como la esclavitud y la minería. La segunda, por el “arrebato autoctonista” que negaba el componente europeo de la cultura latinoamericana. Lo paradójico, para Jaramillo, es que Nieto reivindicara ese americanismo desde un método europeo (marxismo), sin percatarse de que forzaba la acomodación de los acontecimientos a una teoría extraña a ellos. Pese a todo Jaramillo calificó el texto como “uno de los mejores ensayos de interpretación histórica” para la historia del pensamiento económico¹⁶². Así se refuerza la hipótesis de que la militancia socialista de Jaramillo en los años de 1940 tuvo que ver menos con su adscripción al marxismo y más con que LAP y el PSD presentaban un programa colombiano antifascista para la segunda posguerra. A

¹⁶⁰ Jaramillo, *Memorias*, 96, 107, 110, 113; Blanco, *Razón*, 11; Jaime Jaramillo Uribe “El estudio de las formas sociales microscópicas en la sociología contemporánea [1948]”, en *De la Sociología*, 9-23.

¹⁶¹ Carta de Danilo Cruz a Cayetano Betancur, 13 de marzo de 1956, Carta de Jaime Jaramillo Uribe a Cayetano Betancur, 14 de agosto de 1956, Carta de Danilo Cruz a Cayetano Betancur, 8 de septiembre de 1956, Carta de Cayetano Betancur a Jaime Jaramillo Uribe, 17 de septiembre de 1956 en ACHUN, Fondo: Cayetano Betancur Campuzano (CBC), Serie: Correspondencia (SC), caj. 6, carp. 5, ff. 37-46.

¹⁶² Jaime Jaramillo Uribe, “Luis E. Nieto Arteta [Reseña de *Economía y cultura en la historia de Colombia*, 1941] [1942]”, en *De la Sociología*, 211-212.

la par que Jaramillo escribía en prensa, estudiaba en la Universidad Libre, asistía a cursos en UN y enseñaba en la ENS, también participó de la actividad no pública de LAP —antes de ser partido fue grupo de estudio tipo seminario sobre textos de teoría económica, política y jurídica— y militó en el PSD¹⁶³. Al respecto un recorte de prensa, escrito en 1945 por la Liga Anticomunista de la ENS, indica la polarización política que se insinuaba en Colombia pues presenta un ataque del liberalismo tradicional contra Socarrás y Jaramillo como “corruptores comunistas” de la juventud:

El doctor Socarrás fue rector de la ENS desde 1937-1944, periodo en el cual regentó, en un principio, aparentemente bajo las ideas liberales. Posteriormente fue miembro activo de LAP, hasta 1944 que decidió ser abiertamente socialista-democrático. Apoyado en su posición de y como catedrático de psicología, explicaba llanamente ante su auditorio ideas comunistas [...] El resultado progresivo de sus actividades se manifiesta en los siguientes hechos: el 10 % de los licenciados salidos de la escuela son comunistas, encauzadores de la propaganda marxista. Si tenemos en cuenta solamente la especialización de ciencias sociales, la cifra sube al 50 %, debido a la cátedra de sociología a cargo de un profesor marxista [Jaramillo...] Durante su rectoría, seguramente, para mayor eficacia de sus actividades propagandistas dentro de la escuela asesoró al licenciado Jaime Jaramillo U. como profesor de sociología en primer año de ciencias sociales y como el director del instituto de prácticas geográficas en el instituto Nicolás Esguerra. Uno de los principales títulos que acompaña al señor Jaramillo es el de ser miembro titular del partido socialista y activo colaborador del *Diario Popular*. Se hace eminente el peligro si consideramos la intervención que tienen los señores Socarrás y Jaramillo sobre los alumnos como profesores encargados de la instrucción. Por lo expuesto se hace necesario el nombramiento de un rector genuinamente liberal para garantizar la mutua colaboración de los sistemas democráticos [...] Como se ve los comunistas aprovechan todas las posiciones que se les regalan para hacer propaganda descarada a sus doctrinas. ¿Cuándo comprenderá el liberalismo el deber en que está de defenderse?¹⁶⁴

Esta afirmación, por un lado, resulta ideológicamente paradójica, y, por otro, sintomática de la crisis que vendría en la universidad. Es paradójica porque los integrantes de LAP/PSD no tenían la radicalidad de los comunistas, de hecho, creían que la convivencia entre socialismo y capitalismo era posible a través de un modelo reformista que respetara la libre autodeterminación de los pueblos (no intervención imperial, ni uso de la fuerza) y que redirigiera la economía capitalista para lograr la justicia social basada en el bienestar público de todas las naciones. Por eso adhirieron la Carta del Atlántico firmada por Roosevelt, Churchill y luego la URSS en 1941, en la confianza de que sería posible una regulación democrática de las relaciones internacionales. Los socialistas no estaban enemistados con EUA y veían en su relación con Latinoamérica un apoyo a los principios de la república liberal, por ejemplo, que las ciencias sociales estuvieran en el centro de la esperanza pública. Se esperaba que así ellas contribuyeran a la comprensión empírica de la sociedad, dejando atrás la irracionalidad, dogmatismo, autoritarismo, sectarismo y especulación¹⁶⁵. Producto del

¹⁶³ Núñez, “Marxistas”, 218-219.

¹⁶⁴ Noticia sobre la denuncia de la Liga Anticomunista de la Escuela Normal Superior a Francisco Socarrás y Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, 9 de abril de 1945, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, doc. 1, f. 1.

¹⁶⁵ Núñez, “Marxistas”, 224 237-238; Blanco, *Razón*, 119-124.

optimismo que trajo la derrota del fascismo se reforzó la idea de que estas ciencias contribuirían a la “planificación para la libertad” pregonada por el sociólogo Karl Mannheim. En un siguiente artículo inscrito en ese marco, Jaramillo reconfirma que su juvenil militancia izquierdista tuvo todo que ver con el antifascismo y poco que ver con el marxismo. En el texto muestra al fascismo como la condensación de todos los males: tiranía, violencia, ausencia de movilidad social entre clases y profesiones, y colonialismo. Siendo lector de Mannheim, Jaramillo argumenta que el fascismo fue resultado de un desfase irracional producto de la angustia colectiva que traen las crisis capitalistas. Advertía que era momento de aprovechar la derrota del nazismo para mostrar que era posible acabar con esas crisis cíclicas peligrosas para la vida social. En una concepción secular, es decir, moderna, de la sociedad Jaramillo considera que como esas crisis no tienen origen divino pueden conocerse y controlarse a través de la economía. Este saber permitiría lograr un balance entre producción y consumo para que la ciencia no fuera sinónimo de sufrimiento, sino de mayor bienestar. Jaramillo señala como referente de sus reflexiones al economista norteamericano Robert Nathan, presidente del comité de planificación de la Junta de Producción de Guerra y quien ocupó a millones de soldados para mantener el ritmo, intensidad y número de empresas durante la II Guerra. Para Jaramillo la experiencia de Nathan era “la mayor prueba del modo de producción capitalista y de una democracia basada en esa economía”.

Por eso creía que la ocupación plena era prerequisite de la democracia: la libertad económica era la condición de posibilidad de la libertad moral. Para Jaramillo había llegado el momento de demostrar a los marxistas ortodoxos que la prosperidad social no se lograría ni con la barbarie fascista, ni con la rigidez comunista, sino con la democracia, o sea, con la reforma modernizadora. Para él no se trataba de destruir el sistema capitalista, sino de probar su elasticidad y, sobre todo, aprovecharla para un mejor porvenir colectivo con dominio de la libertad sobre la necesidad y la escasez, conquistando así la cultura y dignidad humanas. Jaramillo advertía que, aunque el método fallara no había que desesperarse, sino “buscar racionalmente nuevos caminos para que la sociedad se desarrolle”¹⁶⁶. Sin embargo, el cumplimiento de ese destino para las ciencias sociales colombianas estaba lejos de darse. A finales de 1945 la política internacional se había tensionado nuevamente ante las claras pretensiones imperialistas de la URSS. En Colombia, el liberalismo estaba visceralmente dividido y el fortalecimiento del autoritarismo tomó la forma de una

¹⁶⁶ Jaime Jaramillo Uribe, “La ocupación plena, problema central de la economía de posguerra [1945]”, en *De la Sociología*, 3-8.

reconquista conservadora que agudizó el enfrentamiento bipartidista. Por su parte, los socialistas habían fracasado en su intento de captar el apoyo de las masas, lo que llevó a la aparición del gaitanismo como única opción disidente. Jorge Eliécer Gaitán se convirtió en una fuerza avasalladora para sus copartidarios y creó una dependencia absoluta de su figura que impidió la creación de una identidad socialista colectiva para resistir frente a los conservadores que remontaron aceleradamente¹⁶⁷. El conservador moderado Mariano Ospina ganó las elecciones presidenciales para el periodo 1946-1950. Aunque inicialmente estableció un acuerdo de Unión Nacional con los liberales, tal decisión atrajo la oposición de su copartidario, Laureano Gómez. La política colombiana, lejana ya al liberalismo reformista era una bomba de tiempo: se enfrentaban al tiempo liberales y conservadores; liberales y gaitanistas; ospinistas y laureanistas. Esa bomba estalló el 8 de abril de 1948 con el asesinato de Gaitán y el amotinamiento popular que generó en Bogotá. Las masas que habían sido la bandera del liberalismo popular ya no eran el tesoro de la nación, sino un peligro. La unidad política colombiana quedó fracturada, la tendencia popular del liberalismo fue derrotada y la oligarquía liberal se reposicionó nuevamente apostando por la restauración de un orden explícitamente elitista.

Había iniciado el conflicto de La Violencia, primero como un enfrentamiento entre las elites urbanas para luego desplazarse hacia el campo del noroccidente y el nororiente colombiano¹⁶⁸. En este contexto, la UN se convirtió en uno de los principales escenarios de la pugnaz lucha política. Si para los liberales esa institución fue un proyecto suprapartidista que unió a los intelectuales de distintas filiaciones en defensa de la autonomía académica y la ciencia, para los conservadores sería un proyecto partidista antiliberal, antipositivista y confesional que restauró en sus aulas el sectarismo político y religioso. Había iniciado así una guerra bipartidista cultural¹⁶⁹. En 1949 se derrumbó toda esperanza del liberalismo de ganar las elecciones de 1950 por lo que decidió abstenerse de participar. Fue así como llegó a la presidencia el conservador radical, Laureano Gómez, quien lideró una contrarreforma en la UN y en la ENS. A la Ley Orgánica de 1935 de López, Gómez contrapuso su Decreto Reorgánico de 1951 para manipular los mecanismos de

¹⁶⁷ Núñez, “Marxistas,” 264, 270, 329, 334.

¹⁶⁸ Catalina Reyes, “Síntesis política del gobierno de Unión Nacional 1946-1950” (tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, 1985), 202-203 y 211-213; Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, vol. 2 (Bogotá: Cerec - Siglo XXI, 1987), 2: 498. A propósito de la posibilidad de derrocar a Mariano Ospina, Carlos Lleras, líder del liberalismo, decía “Lo que afirma el doctor Montaña Cuéllar puede ser verdad, pero en ese caso, la caída del gobierno significaría el triunfo de una revolución y el Partido Liberal no es revolucionario”, Núñez, “Marxistas”, 356.

¹⁶⁹ Núñez, “Marxistas”, 15 y 364.

composición del personal universitario, por ejemplo, despedir profesores por “razones especiales”. Recordemos que desde 1949 cuando se rompieron definitivamente las relaciones entre Ospina y el liberalismo cobró fuerza la denuncia anticomunista como estrategia para desestabilizar la universidad liberal. El anticomunismo había sido una la bandera de la oposición conservadora desde que perdió su hegemonía en 1930. Pero durante 20 años no fue más que un ruido de fondo. El anticomunismo en este caso no respondía tanto a su sentido político original —aludir a los discípulos de Moscú— sino que fue un marbete usado por los conservadores locales para construir un enemigo público a partir de criterios religiosos, culturales y morales. La principal seña de identidad del conservadurismo colombiano había sido tomar la religión católica como “la única institución garante del porvenir”, por tanto, el anticomunismo cumplía con reunir en una sola palabra todos sus anatemas: lo antinacional, lo antihumano y lo antirreligioso¹⁷⁰. En esa lógica eran antirreligiosas las formas de conocimiento modernas basadas en el racionalismo, el materialismo, el marxismo y la experimentación. En esta batalla universitaria, el anticomunismo era otro nombre para la reacción católica antipositivista. Pero luego, incluso para los liberales, “comunista” se convirtió en un adjetivo negativo.

De ahí que posteriormente fuera instrumentalizado por ambos partidos para combatir a las facciones internas que les incomodaban: los liberales para desacreditar a los socialistas y los laureanistas para difamar a los ospinistas. Por ejemplo, Gómez quiso venderse como mejor candidato presidencial que Ospina acusándolo de tibieza anticomunista porque no había expulsados a todos los *comunistas* de la universidad. Por eso cuando Gómez llegó a la presidencia en 1950 su intervención en la UN fue total: cerró la *Revista Universidad Nacional*, manipuló la lucha por la asignación de directivas (decanos, directores), definió qué corrientes debían seguir los saberes y lideró una persecución arbitraria e incluso ilegal que desembocó en el despido masivo o retiro de profesores acusados de comunismo o de conservadores que no lo secundaron en su posición lesiva de la autonomía universitaria¹⁷¹. Entre los acusados de comunismo siempre estuvieron Molina, Socarrás, García Nossa y Nieto Arteta. Los que tuvieron más suerte lograron convertir el exilio en una oportunidad de posgrado. Ese fue el caso Gerardo Molina, que tan pronto concluyó su rectoría en 1948 se exilió

¹⁷⁰ Diego Jaramillo, *Satanización del socialismo y del comunismo en Colombia 1930-1953* (Popayán: Universidad del Cauca, 2007), 30-31 y 38-39.

¹⁷¹ El modelo político defendido por Laureano era el corporativismo que, inspirado por el franquismo, se oponía al control entre poderes, al multipartidismo y al sufragio universal. Jaramillo, *Universidad*, 73-75; Núñez, “Marxistas”, 363-370, y 387.

para estudiar en Francia hasta 1953¹⁷². Quienes tuvieron menos suerte sufrieron un cruel ostracismo social y laboral que precarizó su vida dejándolos en las antípodas del interés de la República Liberal por emplear en sus instituciones a jóvenes intelectuales. Paralelamente casi la totalidad del personal vinculado al Instituto Etnológico y al Instituto Indigenista de la ENS fue retirada de sus cargos. Que la comunidad de antropólogos haya sido la más vulnerada no es un dato menor: la etnología fue la gran apuesta científica del Gobierno liberal en el ánimo de restituir la dignidad y valor del pueblo como alma de la nación. Sin embargo, luego del 9 de abril de 1948, las elites vieron sus trabajos sobre indígenas y campesinos como la oportunidad para que estos justificaran su lucha violenta. De prestigiosos jóvenes científicos, estos intelectuales pasaron a ser subversivos perseguidos. Muchos de ellos estuvieron totalmente desempleados por dos años o más hasta que hacia 1952 lograron conseguir becas, la mayoría, en universidades estadounidenses¹⁷³. Las emergentes ciencias sociales colombianas habían caído en el descrédito, después de que entre 1930 y 1940 fueron patrocinadas por el Estado y practicadas por sus aliados disidentes como las carreras del futuro. Esta situación nos recuerda que los ritmos de la modernidad no son homogéneos y para entonces la modernización cultural colombiana había pasado de la aceleración a la incertidumbre. ¿Se trataría de una regresión o de un final? ¿O era la etapa transitoria de una crisis reversible?

La situación política entre 1946 y 1950 supuso un cambio en la vida intelectual nacional, porque con la reforma de 1930 y la contrarreforma de 1950 la UN se había convertido en metáfora de la nación. La reconquista conservadora puso en jaque al tipo de universidad secularizada y, sobre todo, precursora de las ciencias sociales empíricas que había surgido de la colaboración socialista/liberal. La herida fue profunda, pero quizá el tejido podría reconstruirse con los retazos que quedaron. ¿Ocurrió así? El rumbo de la trayectoria de Jaramillo a partir de 1948 ofrece algunas respuestas sobre la forma en que la UN afrontó su crisis antimoderna. La adaptabilidad de sus integrantes jugaría aquí un papel fundamental. Jaramillo dio cuenta de esa habilidad desde el momento más temprano de su carrera. Por ejemplo, su adhesión inicial al marxismo no lo hizo por un fervor ciego a una teoría, sino porque en su momento fue la herramienta más lógica para modernizar la universidad. Pero tal compromiso no fue proselitista, sino la fase de un compromiso

¹⁷² Núñez, “Marxistas”, 181, 388-389, 374.

¹⁷³ Fue el caso de Blanca Ochoa, segunda esposa de Gerardo Molina y fundadora del departamento de Antropología en la UN en los sesenta (Universidad de La Sorbona), Milcíades Chaves (Universidad de Columbia), Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez (Universidad de California). Incluso muy transitoriamente de Luis Duque que era conservador (Universidad de Harvard). Núñez, “Marxistas”, 56, 384 y 402.

mayor: con el proyecto de la modernidad cultural entendida como la emancipación del pensamiento. El valor dado por Jaramillo a la libertad es lo que explica su desplazamiento político del marxismo en 1935 al antifascismo en 1945: para él era, incluso, natural ese tránsito porque él no veía el marxismo como un fin, sino como un medio, mientras que el antifascismo sí estaba directamente relacionado con el avance de la secularización, de la autonomía que es la condición necesaria para escribir, pensar e institucionalizar saberes: para ser un intelectual. El contacto con la teoría socialista y la experiencia políticamente militante suscitaron en Jaramillo una vocación que no tenía. Su interés por las ciencias sociales se produjo en la sensibilidad social derivada de su militancia socialista, pero ese fue el punto de partida. Familiarizado con la sociología por obra y luego por teoría, Jaramillo desarrolló desde esta época cierto olfato, pericia y agilidad expositiva que marcaría su trabajo como profesor universitario. ¿Cómo ocurrió esa conversión? Por ahora diremos que a pesar de que Jaramillo fue bastante cercano a varios profesores proscritos durante la reconquista conservadora, él no sufrió mayores daños y siguió su carrera académica y profesional en el seno de instituciones públicas nacionales, conservando una afortunada posición, pero atípica para los practicantes de las ciencias sociales en esos tensos años.

Capítulo 2. Una carrera brillante: tramas sociales y estrategias de racionalidad universitaria durante la reconquista conservadora (1948-1957)

2.1. Una excepción en la contrarreforma conservadora: la supervivencia laboral de Jaramillo entre la distancia de la antropología y la cercanía con la economía (1948-1951)

Entre 1948 y 1954 Colombia se desangró. Luego del asesinato de Gaitán en 1948 y del temor desarrollado por las elites de ambos partidos hacia las masas, los conservadores tomaron el control del país y desencadenaron un pugnaz conflicto social. El reformismo liberal falló en su promesa de superar las tensiones sociales a través de una revolución institucional: no se amplió la clase media, no se redistribuyó el campo, no se secularizó totalmente la educación, aun cuando la universidad fue el lugar donde la revolución liberal estuvo más cerca de cumplirse¹⁷⁴. Rota esta posibilidad el gobierno laureanista se fundó sobre una base sectaria y antiempirista: defender la civilización cristiana contra la barbarie “comunista”, que como vimos era un peligro imaginado, pero en cuya perversa instrumentalización las ciencias sociales fueron desmanteladas y sus practicantes

¹⁷⁴ Pécaut, *Orden*, 2: 487-569; Eric Hobsbawm, “La anatomía de ‘La violencia’ en Colombia”, en *Once ensayos sobre La Violencia* (Bogotá: Centro Gaitán y Cerec, 1985), 11-24; James Henderson, *Modernization in Colombia The Laureano Gómez Years, 1889-1965* (Gainesville: University Press of Florida, 2001), 349-335.

obligados a exiliarse o autoexiliarse. ¿Cómo influyó esta situación en la trayectoria intelectual y profesional de Jaramillo? La llegada a la presidencia del conservador Mariano Ospina en 1946 coincidió con su viaje a Francia, lugar en el que, por cuenta propia fue alejándose del marxismo como filosofía científica. Dado que la beca de su especialización en Francia duró hasta finales de 1947, el antioqueño volvió a Colombia a inicios de 1948. Sobre su retorno Jaramillo afirma que las circunstancias del momento “prevented my going back to teaching and research”, situando a 1952 como el año en que retomó su vida académica¹⁷⁵. La historiadora Ángela Núñez afirma que Jaramillo hizo parte de los intelectuales a quienes tras “retiros temporales o viajes de estudio no se les había permitido retornar [a la universidad]”¹⁷⁶. Esta afirmación es parcialmente cierta. En una carta remitida en enero de 1948 por un funcionario francés, este felicitaba a Jaramillo por “las lecciones que daría en la Escuela Normal, o quizás nuevamente en Francia, donde tus amigos te esperan”. Sin embargo, cuando el antioqueño quiso reintegrarse como profesor de Sociología de la ENS, el rector de entonces, el poeta conservador Rafael Maya le “comunicó, lacónicamente, que la Escuela no tenía nada que ofrecerle”. La ENS pionera educativa solo era para los conservadores “*la bête noir* (bestia negra) de la educación superior”¹⁷⁷. Por eso, desde 1945 ENS fue ahogada presupuestalmente hasta que, en 1951, la institución fue desintegrada bajo el liderazgo del ministro de Educación, el boyacense Rafael Azula, quien eliminó la educación mixta, reintegrando la seccional masculina a su original sede en Tunja, territorio conservador¹⁷⁸. Sin embargo, un testimonio de Jaramillo afirma que fue quizá el giro oligárquico del liberalismo —antes que la restauración conservadora— el principal enemigo del progresismo, es decir, de la modernización y que llevó a la ruina el proyecto reformista:

La prensa desató una campaña de hostilidad, abanderada por los periódicos conservadores *El Siglo*, *La República*, e incluso los liberales —*El Tiempo*—, porque no hay que olvidar que había sectores liberales reacios a cualquier tipo de reforma, a confrontarse con otros tipos de pensamiento. De manera que en ciertos sectores de la opinión pública se fue formando el consenso de que ese [la ENS] era un foco de formación de gente muy peligrosa (entrevista a Jaime Jaramillo Uribe, 5 de septiembre de 1991).¹⁷⁹

Ahora bien, aunque esta arremetida contra la ENS dejó desempleado a Jaramillo este no se mostró desesperanzado. En marzo de 1948 su amigo Gabriel Arango Restrepo, que participaba de la

¹⁷⁵ Jaramillo y Safford, “An interview”, 7. Dice Jaramillo que “[en 1952 tuve] la oportunidad retornar al ejercicio de la docencia, al ambiente de la universidad, al trabajo de profesor [...] la profesión con la cual se identificaba”, Tovar, “El pasado”, 12.

¹⁷⁶ Núñez, “Marxistas”, 374.

¹⁷⁷ Carta de J. E. Ehrhard a Jaime Jaramillo Uribe, París, 9 de enero de 1948, en AJM, JJU, CER, caj. 2, carp. 1, doc. 1, f. 3; Jaramillo, *Memorias*, 117; Jaramillo, “Génesis”, 126.

¹⁷⁸ Herrera, “La Escuela”, 120-124.

¹⁷⁹ Herrera, “La Escuela”, 122.

organización de la IX Conferencia Panamericana (marzo-mayo de 1948), lo invitó a trabajar como corrector en una de sus comisiones. En medio de este evento —del cual surgió la Organización de Estados Americanos (OEA)— ocurrió el asesinato de Gaitán. Entre muchos conservadores, liberales e incluso gaitanistas caló la hipótesis de Laureano Gómez de que Gaitán había sido asesinado por traicionar una conspiración soviética. Esta suposición influyó en el resurgimiento oligárquico del liberalismo y en otro fenómeno que el conflicto bipartidista impedía visualizar: la convergencia entre liberales y conservadores en el anticomunismo, ahora sí en sentido político, que los llevaría a alinearse a favor de EUA durante la Guerra Fría¹⁸⁰. Ese ambiente de suspicacia por la relación entre Gaitán/URSS llevó a que Jaramillo fuera acusado de comunista por un funcionario de la Cancillería y destituido de su cargo en la comisión. Gabriel Arango —organizador del evento— y Jorge Méndez Munévar quisieron renunciar en protesta por la injusticia contra su compañero, aunque Jaramillo se negó a que lo hicieran¹⁸¹. Inmediatamente acudió a uno de sus amigos liberales de la Facultad de Derecho de la UN, Hernando Márquez Arbeláez, quien había sido nombrado por el Congreso como director de la Revisoría Fiscal Nacional de Instituciones Oficiales de Crédito y Fomento. Pese a los sucesos del Bogotazo, el pacto de colaboración entre liberales y Mariano Ospina estuvo vigente entre 1946 y mayo de 1949.

De ahí que en ese periodo los liberales aún tuvieran presencia política, por lo cual Jaramillo se hizo representante estatal al vincularse como director de visitadores para revisar y analizar el funcionamiento de la Caja Agraria, el Instituto de Fomento Industrial, el Instituto de Crédito Territorial y de Vivienda, el Instituto Nacional de Abastecimiento y la Caja Colombiana de Ahorros. Esta experiencia marcó un hito en su carrera porque fue la primera vez en casi quince años de estancia en Bogotá que salió del entorno normalista/socialista. Aunque Jaramillo administró el hotel de su tío algunos años después de licenciarse, su carrera académica y la estancia en Francia reforzaron progresivamente su vocación intelectual. Por eso la vinculación a sus 31 años en la Revisoría entre 1948 y 1950 le brindó en calidad de funcionario público dos experiencias nuevas:

¹⁸⁰ Juan Salgado, “La Guerra Fría llega a América Latina: la IX conferencia panamericana y el 9 de abril”, *Análisis Político* 26, no. 79 (2013): 19-34. En mayo de 1948 la Convención Conservadora creó un Frente Nacional Anticomunista que condicionó su inclusión de liberales a la eliminación de los sectores comunistas dentro de su partido. Núñez, “Marxistas”, 358 y 364.

¹⁸¹ Jaramillo, *Memorias*, 118; Pécaut, *Orden*, 2: 488. Jorge Méndez Munévar fue miembro del Consejo Nacional de Planeación de Alberto Lleras Camargo; asesor de Comercio Exterior de Carlos Lleras Restrepo; director del Departamento de Economía y rector de la Universidad Nacional de Colombia (1967 y 1970); y fundador y director de política internacional en la CEPAL (1963-1965). Academia Colombiana de Ciencias Económicas, “Jorge Méndez Munévar”, <https://shorturl.at/ckoAR>;

recorrer el país —con el sesgo de ser misionero del Estado— y acercarse a la Economía como disciplina y como realidad. Allí conoció a fondo los sistemas de crédito colombianos y se familiarizó con técnicas especializadas como los balances y estados financieros que nutrían los anuarios económicos presentados anualmente al Congreso. Estos insumos le sirvieron también para escribir una historia de las empresas del Instituto de Fomento Industrial¹⁸². Estas herramientas que tenían un fin técnico le sirvieron al antioqueño para formarse como economista autodidacta. Sin embargo, este autodidactismo no fue absoluto, pues en 1942 Jaramillo ingresó a la Universidad Externado de Colombia a cumplir un sueño juvenil: estudiar derecho. Por la incompatibilidad horaria con su trabajo se pasó a la Universidad Libre, en donde se reencontró con Gerardo Molina como profesor de derecho laboral. Aunque en 1943 Jaramillo ya había cursado todas las materias, el entonces profesor debió dedicarse a su cátedra en la ENS, a la beca en Francia y a resolver su situación laboral tras su retorno a Colombia. Por tales razones solo en 1951 concluyó los requisitos de grado que incluían una tesis que trató sobre el primer censo industrial de Colombia de 1945¹⁸³. Esto demuestra que Jaramillo tenía la habilidad de fusionar sus facetas políticas, intelectuales, laborales de una manera creativa, ya que integraba fácilmente a sus proyectos profesionales diversas experiencias, aunque a primera vista no fuera evidente la relación con su creciente vocación académica.

Entre 1948 y 1951 la economía fue su principal disciplina de reflexión y trabajo lo cual se vio reflejado en su producción intelectual del momento: la tesis y los cursos con los que abrió su nueva etapa docente. Si bien Jaramillo no pudo seguir como profesor en la ENS, su vinculación con la universidad se desplazó inmediatamente hacia otro lugar: la UN y la Universidad de los Andes (Uniandes), institución privada fundada en noviembre de 1948 como respuesta a la búsqueda de una “educación neutral” tras los sucesos del Bogotazo. Al consultar los archivos nos percatamos de

¹⁸² Jaramillo, *Memorias*, 119-120; Tovar, “El pasado”, 11.; Fotografía de Jaime Jaramillo en La Guajira, 1950, en AJM, JJU, SF, caj. 15.

¹⁸³ A propósito de la relación entre el pensamiento político, las instituciones educativas y la identidad intelectual de Jaramillo cabe recordar que aun teniendo otras opciones el antioqueño decidió matricularse en las dos universidades privadas liberales creadas como resistencia anticonfesional durante la hegemonía conservadora. La Universidad Externado (1918), estaba más ligada al liberalismo tradicional, mientras que la Libre (1923) lo estaba al librepensamiento de base masona. Núñez, “marxistas” 54. Cabe mencionar que su tesis fue dirigida por Gabriel Escobar Sanín —abogado de derecho comercial y copartidario en LAP— y evaluada por su exprofesor de la Libre, Moisés Prieto, liberal progresista que en los años de 1920 participó del grupo comunista bogotano y del Partido Socialista Revolucionario (PSR) como activo difusor de Marx. “Historia laboral”, 3 y 8; Jaramillo, *Memorias*, 73-75, 93, 94; Jaramillo y Safford, “An interview”, 5, República de Colombia, Universidad Libre, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, alumnos de último año, 1943, en AJM, JJU, SF, caj. 15, Núñez, “Marxistas”, 67, 75 y 85, 220.

que la vinculación de Jaramillo a la UN no ocurrió en 1952, sino en marzo de 1948. En ese momento Gerardo Molina aún ejercía la rectoría, pese a que su posición estaba amenazada, máxime tras su participación entre los “radio-amotinados” del 9 de abril de 1948. Luego de ello renunció a su cargo el 23 de mayo 1948 para exiliarse en París hasta 1953 donde se doctoró y lideró un periódico de oposición al laureanismo¹⁸⁴. Sin embargo, para el momento en que su exalumno, paisano, amigo y copartidario socialista buscó lugar en la UN todavía no había ocurrido el Bogotazo y es posible que interviniera para facilitar su ingreso, siendo pivote para que reanudara su carrera¹⁸⁵. Así Jaramillo logró una plaza como profesor de cátedra, que pese a su discreto peso fue su puerta de entrada para vincularse ininterrumpidamente a la UN hasta 1972¹⁸⁶. Los rectores podían elegir los docentes de cátedra, pero no a los titulares, quienes ganaban esa posición por concurso de méritos legalmente establecido. Aun así, el caso más extremo del autoritarismo de la restauración conservadora fue la expulsión entre 1950 y 1951 de dos maestros de Jaramillo: García y Socarrás a quienes ni siquiera la titularidad los protegió de su expulsión¹⁸⁷.

Con la universidad puesta de cabeza resultó que una categoría docente inferior daba más seguridad laboral, en lo cual cabe considerar que la mayoría de profesores titulares protagonizaron el proyecto universitario liberal. Jaramillo era apenas un profesor de cátedra que no llamaba fácilmente la atención. Ahora, aunque era cercano a Molina, García y Socarrás, quizá los conservadores lo toleraron porque no hizo parte del núcleo de etnólogos de la ENS. Recordemos que la comunidad de antropólogos fue el eje de la persecución anticomunista. En los años de 1930-1940 la etnología alcanzó significativa solidez institucional y asociativa: fue quizá el núcleo disciplinar más visible y representativo de las ciencias sociales modernas promovidas en la ENS. Es llamativo que Jaramillo fuera de los pocos alumnos de esa generación que no vio clase con Paul Rivet, ni se unió al IEN dirigido por él. El antioqueño afirma que en esa época tuvo un desempeño “solitario”:

¹⁸⁴ Núñez, “Marxistas”, 348-352, 384; Universidad Nacional de Colombia, “Nómina de rectores, decanos y directores de Facultades, Escuelas e Institutos de la Universidad Nacional de Colombia. Nómina rectoral 1936-1954”, 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 249

¹⁸⁵ Molina creó la Resolución 49 de 1944 la UN que reglamentó las funciones, horas y prestaciones del profesorado tiempo completo. Con ella duplicó en dos años este tipo docente pasando de 56 en 1946 a 105 en 1948. Jaramillo, *Universidad*, 13, 73.

¹⁸⁶ En la hoja de vida de 1960 se anota que Jaramillo había sido profesor de las Facultades de Filosofía y Letras, Economía y Derecho (Sociología, Historia y Filosofía) entre 1948 y 1960. “Historia laboral”, 13-14, 18, 26, 58, 66.

¹⁸⁷ Socarrás escribió en 1942 un mordaz ensayo psicológico sobre Laureano, “el resentido”, por lo que el revanchismo era personal. La ley del hielo que sufrió a su retorno de Francia en 1948 fue tan inclemente que se recluyó en su casa durante algún tiempo y pensó en dejar el país. Finalmente, no se exilió, pero se autoexilió, pues no volvió a participar públicamente en política, refugiándose en el ejercicio de su profesión, la medicina. Núñez, “Marxistas”, 343, 374-375 y 384; Henderson, *Modernization*, 142.

Realmente yo no tuve grupo. La única persona interesada en los estudios sociales era yo. Con el grupo que mencionan siempre conservé una amistad, entre otras cosas porque fui profesor de Virginia y de Roberto y Darío Mesa. Ellos entraron a la Escuela Normal Superior cuando yo estaba terminando. Formaron un núcleo muy apretado en torno a Paul Rivet, a la etnografía y la antropología. En mi caso la única persona que se interesó por la historia fui yo, entonces no tuve grupo. A ellos el funcionamiento en torno a Rivet y al Instituto Etnológico les dio un sentido más de escuela y de grupo. Yo siempre estuve solo y nadie tenía interés en ese tipo de historiografía...¹⁸⁸

Claramente con estudios sociales Jaramillo se refiere a la historia, y cuando dice que “estuvo solo” fue porque él se distanció deliberadamente. El antioqueño justificó este distanciamiento por una cuestión de “sensibilidad personal”: dijo que sus lecturas marxistas y socialistas lo habían hecho más propenso a interesarse por la “sociedad moderna”, “por el país de ese tiempo”, o sea, por la política contemporánea por lo cual se inclinó a la sociología y la historia, en lugar de las culturas indígenas, que parecían ajenas a ese interés político. Esta opinión resulta algo desconcertante, porque la etnología fue la disciplina científica que mayor legitimidad política dio a la República Liberal. Por tanto, este distanciamiento de Jaramillo podría explicarse por otra razón, por ejemplo, el roce que tuvo con Rivet por opiniones políticas¹⁸⁹. Esta anécdota parece un dato menor, pero nos permite probar dos hipótesis suscitadas por la lectura de sus archivos.

La primera hipótesis es que Jaramillo no tejió una red profesional fuerte con sus compañeros etnólogos —o predominantemente etnólogas—, por ejemplo, Virginia Gutiérrez, Roberto Pineda y Blanca Ochoa¹⁹⁰. Desconcierta, por ejemplo, la desconexión con Virginia, pues no hallamos evidencias de cercanía intelectual, aunque fueron compañeros de estudio en la ENS, profesores de la UN y renovadores contemporáneos de sus respectivas disciplinas. De hecho, las publicaciones fundacionales de ambos aparecieron de forma casi simultánea— *La familia en Colombia: estudio antropológico* (1962) y *trasfondo histórico* (1963) de Virginia Gutiérrez, y *Ensayos sobre historia social colombiana* (1968) de Jaramillo— para responder a preguntas similares como la configuración cultural de la estructura social colombiana¹⁹¹. La segunda hipótesis es que la ausencia

¹⁸⁸ Herrera y Low, “Jaime”, 411.

¹⁸⁹ Jaramillo, *Memorias*, 41-42.

¹⁹⁰ Este distanciamiento fue selectivo, porque Jaramillo sí tuvo relaciones con algunos etnólogos, aunque más personales que intelectuales. Por ejemplo, Yolanda Mora, su esposa era antropóloga. Asimismo, Edith Jiménez y Santiago Muñoz Piedrahíta —compañeros de la licenciatura e integrantes del IIC— fueron sus padrinos de matrimonio. La única excepción al respecto es Luis Duque Gómez —futuro colaborador de Jaramillo— quien siendo de tendencia conservadora perteneció al IIC, pero renunció en 1944 cuando Molina, García y otros socialistas quisieron pasar de la investigación de los indígenas a aplicarla para acompañarlos en sus luchas. Foto anuario profesores y licenciados en Ciencias Sociales de la ENS (1941), en AJM, JJU, SF, caj. 15; Ospina, “La Escuela”, 14; Jaramillo, *Memorias*, 155; Núñez, “Marxistas”, 315-316.

¹⁹¹ En la década de 1970 ambos autores eran influyentes, como lo demuestra su inclusión en la primera colección de la Biblioteca Básica Colombiana que sintetizaría en 40 títulos la interpretación estatal de la cultura nacional. Una reseña clasificó a Virginia como científica social, mientras a Jaramillo solo como ensayista. *Familia y cultura en Colombia se*

de un vínculo fuerte entre los etnólogos y el antioqueño influyó en que su estabilidad laboral no fuera interrumpida en los años cincuenta por el visceral estigma que pesó sobre ellos, lo cual le permitió avanzar de forma discreta, pero constante en su carrera dentro de la UN¹⁹². Estas serían razones verosímiles para explicar que mientras sus compañeros y maestros de generación sufrieron entre 1948 y 1955 marginación laboral y social, Jaramillo, por el contrario, aunque fue expulsado de la ENS logró incorporarse, ascender y ser recompensado por la UN en plena contrarreforma conservadora. A esto hay que añadir que una vez desintegrada la generación de maestros de izquierda y la circularidad político-intelectual entre la ENS, LAP y el PSD, la trayectoria de Jaramillo se basó en nuevas relaciones sociales en las que predominó lo académico por encima de lo político, pues cuando estuvo en el proyecto de la ENS la relación había sido inversa: su rol principal fue ser profesor militante. Desde 1948 no se menciona su participación política partidista. Por el contrario, en este periodo de reacción conservadora Jaramillo multiplicó sus roles: simultáneamente fue funcionario público, investigador, profesor de universidad pública, profesor de universidad privada y estudiante universitario, lo cual evidencia que también se habían diversificado sus vínculos socioprofesionales ([figura 2](#)). Con su llegada a la UN en 1948 Jaramillo cerró la etapa de relación con la generación intelectual socialista (excepto Molina), ya que sus viejos maestros fueron forzados a salir de la escena pública, para abrir otra construida sobre los retazos que quedaron y que quizá se manifestaron en su contacto con los conservadores menos radicales que encontró en su temprana llegada a la UN y al participar de primera mano del experimento fundacional de Uniandes.

¿Cuáles fueron las características de esta incorporación en la UN? En primer lugar, cabe apuntar que, desde marzo de 1948 hasta marzo de 1952, Jaramillo fue docente de cátedra y figuró como “investigador” entre 1948 y 1949 ([tabla 2](#)). En segundo lugar, que no estuvo vinculado a una unidad académica puntual, sino a la Facultad de Derecho, el Instituto de Filosofía y Letras, y el Instituto

muestra como un “libro clásico dentro de la bibliografía científica colombiana”, que fue reeditado por su alta demanda. Por el contrario de Jaramillo no mencionan mayores detalles. Miguel Garzón, “Biblioteca Básica pone en circulación Colcultura”, *El Espectador*, Bogotá, 26 de marzo, 1976 en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, ff. 19-20.

¹⁹² Luego del conflicto bipartidista se registra la amistad de Jaramillo con Milciades Chaves. Cartas de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora y a Lorenzo Jaramillo, Sevilla, 22 de septiembre y 23 de octubre de 1975, AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, ff. 6 y 79; Foto homenaje a Socarrás, 1976-1977 en AJM, JJU, SF, caj. 15. En un evento para condecorar a Yolanda Mora aparecen en su lista de invitados Blanca Ochoa, Roberto Pineda y “señora” [Virginia Gutiérrez]. Este es el único registro sobre ellos, aunque asociado al círculo social personal de Yolanda y no tanto al de Jaramillo. Discursos entrega medalla a Yolanda; lista de invitados entrega 15 de abril de 1997, en AJM, Fondo: Yolanda Mora (YM), Serie: Certificados, diplomas y discursos (SCD), caj. 5, carp. 3; Respuesta encuesta trayectoria Yolanda, en AJM, YM, Serie: Comunicaciones enviadas y recibidas (CERYM), caj. 5, carp. 6, 2-9.

de Ciencias Económicas, en donde enseñó tanto en los semestres más avanzados, como en el año preparatorio. En tercer lugar, los cursos que impartió reflejaban su evolución formativa y profesional: sociología, metodología y economía. La sociología era herencia de su militancia marxista, aunque revisada con los modelos científicos franceses y alemanes. En los cursos de metodología resonaban sus aprendizajes del pragmatismo de Dewey y de la sociología empírica de Medina Echavarría¹⁹³. Por último, la teorización y práctica de la economía fueron experiencias simultáneas gracias a su trabajo en los institutos de crédito. Quizá por esa razón sus empleadores universitarios le encargaron dictar varias veces el curso de economía social. En los archivos se evidencia que su reconocimiento como profesor en esta área no fue algo pasajero, pues en 1951 aparecía en el mosaico que reunía a los profesores y estudiantes último año de economía. Allí apareció a la par de su profesor en la ENS, Antonio García, fundador del Instituto de Ciencias Económicas en la UN durante la rectoría de Molina, y que sería ilegalmente destituido por Laureano en marzo de ese año¹⁹⁴. Por su parte, Jaramillo se adaptó estratégicamente a las circunstancias, aunque sin renunciar a su ética indeclinablemente moderna, siempre defendiendo la secularización como base de la autonomía intelectual. Ahora bien, su concepción de la economía como ciencia funcional del capitalismo fue quizá uno de los factores que le ayudaron a desvincularse de su rol militante, para asumir valores humanos generales, especialmente, la democracia, en lugar de programas partidistas particulares. La economía fue acogida astutamente como estrategia adaptativa —mimética— para no enfrentar un poder con el que había logrado cierto entendimiento y para el cual aceptó trabajar sin comprometerse explícitamente con su ideología. La economía fue vista por Jaramillo en ese momento de polarización como la disciplina social que, por su “explícito carácter técnico”, él intuía que sería “menos propensa a la ideologización” a diferencia de, por ejemplo, la etnología. Esta hipótesis es verosímil al considerar que entre 1948 y 1953 —pico virulento de la contrarreforma conservadora— Jaramillo hizo de la economía su principal nicho de supervivencia laboral e intelectual.

Además, fue la llave que abrió otro nodo de interacción en su red socioprofesional revelando su olfato para percibir el espíritu de la época y, aprovechar su posición de clase —profesor

¹⁹³ Jaramillo afirma que el curso que dictó en la ENS —procesos e instituciones sociales y métodos de investigación— lo repitió posteriormente en la Facultad de Derecho en la UN, aunque no aclaró la fecha ni bajo qué circunstancias. Jaramillo, *Memorias*, 95. El archivo permitió precisarlo y comprender su significado.

¹⁹⁴ Universidad Nacional de Colombia Economía último año 1951, fotografía tipo anuario, en AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 4; Jaramillo, *Universidad*, 43.

universitario de la capital políticamente moderado— para adaptarse rápidamente a él, tranzando con el poder dominante. Fue así como su red se vinculó a la Universidad de los Andes al interactuar con sus dos fundadores: Mario Laserna (1923-2013) y Daniel Arango Jaramillo (1921-2008). En sus memorias el antioqueño insinúa que gracias a Daniel ingresó en 1950 a la Universidad de los Andes como docente de cátedra en un curso sobre geografía económica a “alumnos de un curso especial y transitorio sobre recursos naturales” y luego un curso fijo de introducción a la economía “para alumnos de varias carreras, especialmente de ingeniería”. Arango es descrito por Jaramillo como “el gestor efectivo” de la institución, quien demostraba se podía ser “tan buen poeta y crítico literario como administrador”¹⁹⁵. Daniel Arango se formó bajo la tutela de Jorge Eliécer Gaitán, su profesor de Derecho Penal. Si bien Jaramillo era cercano al liberalismo, lo más probable es que se hayan conocido cuando el antioqueño dirigía el instituto anexo Nicolás Esguerra (1942-1946), ya que Arango fue allí profesor de Literatura¹⁹⁶. Uniandes se fundó en 1948 con un objetivo similar al de la ENS producir las élites del país formadas en la conjunción entre ciencias sociales y naturales con las humanidades. Sin embargo, la forma para llegar a ello era diferente en ambas instituciones: como universidad privada los Andes pretendía desideologizar la educación superior, pues sus fundadores consideraban que, atrapados por un siglo de conflicto bipartidista, tanto las universidades públicas como privadas habían sido hasta ese momento solo un instrumento de batalla política o religiosa. En este escenario, la Universidad de Los Andes se presentó como una alternativa *verdaderamente* secular: su espacio sería neutral, no se subordinaría a las discusiones partidistas, ni confesionales, sino que se dedicaría exclusivamente a resolver necesidades económicas para el desarrollo del país, entre ellas producir otro tipo de profesional: las elites técnicas y empresariales. Jaramillo era consciente de que esta propuesta venía del modelo

¹⁹⁵ Jaramillo, *Memorias*, 149, 155-156. En la hoja de vida de Jaramillo se indica que su primer ingreso como profesor de cátedra en Uniandes fue entre 1952 y 1953. “Historia laboral”, 58.

¹⁹⁶ La relación entre Jaramillo y Arango seguía vigente en 1974. Ese año el Banco de Colombia creó un premio cultural para celebrar su centenario. Entregaría 150 000 pesos a 5 eminentes colombianos en ciencias exactas, ciencias sociales, artes, letras y bienestar social. Daniel Arango fue quien eligió los candidatos para dar “merecido reconocimiento público” a personas talentosas que no fuera tan famosas. Arango designó a Jaramillo en la categoría ciencias sociales, describiéndolo como: “Actual decano de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes, destacado particularmente en filosofía y sociología. Además de estos dos grados tiene el de abogado y pedagogo. Jaramillo, antioqueño de 57 años, es autor de varios libros que son de lectura corriente en el país”. Llama la atención que no se mencione la relación con la UN. El destino del vínculo entre Arango y Jaramillo se prefiguró desde los años cincuenta insinuando el ánimo tecnocrático que tomarían sus carreras. Ambos compartieron estancia en Uniandes y apoyaron la interpretación de la cultura propuesta por un banco. “Adjudican ‘Nobel’ colombiano. 6 premios de artes y Ciencias en Banco de Colombia”, *El Espectador*, 11 de diciembre, 1974, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, doc. 8, f. 12.

universitario estadounidense¹⁹⁷. Este modelo surgió a la sombra de la filosofía pragmática — fermentada y consolidada por los filósofos John Dewey y Charles S. Peirce— la cual dio a la universidad norteamericana su sentido moderno pues se presentó como la mejor alternativa para secularizar a su sociedad dominada por el protestantismo. Sin embargo, el salto de los estudios clásicos tradicionales a las ciencias, la historia y las lenguas modernas no se debió solamente a un sentimiento antirreligioso, sino al cambio en la división del trabajo que trajo la ocupación industrial y empresarial urbana. Esto potenció el ascenso de la clase media, cuya consecuencia fue la diversificación de las labores con un enfoque cada vez menos confesional y cada vez más práctico, es decir, más científico y especializado. Como los principios del pragmatismo son la lógica y el método científico, tal filosofía produjo la expansión de una nueva actitud ante el conocimiento — de hecho, ante cualquier acción— basada en el cálculo y la racionalidad utilitaria por lo cual el comportamiento gerencial no solo interesaba a los cargos directivos, sino a todos los trabajos de la sociedad, incluida la administración y población universitarias. Este diseño moderno de la universidad estadounidense tuvo tres consecuencias correlativas: primera, dedicarse exclusivamente a la formación de científicos, ingenieros, negociantes y otras profesiones *prácticas*; segunda, enfocarse en la especialización de esas profesiones, por lo que priorizó las escuelas posgrado y de doctorado, antes que los centros de pregrado; y, tercero, aceptar la financiación de los industriales y comerciantes antes que los fondos públicos y de sectas religiosas, separándose así de las opiniones y necesidades del protestantismo.

Por tanto, la universidad norteamericana moderna fue producto de la expansiva economía capitalista de EUA. La búsqueda de la secularización fue un propósito compartido con las modernas universidades europeas o latinoamericanas, pero se diferenció radicalmente de ellas por el mecanismo para lograr esas secularización: ser financiadas por la filantropía capitalista. Así aparecieron dos nuevas figuras propias de la cultura universitaria estadounidense: el gestor educativo y los gremios filantrópicos. Su actuación fue clave para la proliferación de los campus, porque los rectores, decanos y directores ya no eran meros preceptores morales o intelectuales, sino, administradores. Para entender este giro hay que considerar la extracción social de ese gestor y su

¹⁹⁷ Jaramillo, *Memorias*, 149; Jaramillo, *Universidad*, 16. Núñez, “Marxistas”, 173. Que las universidades privadas tuvieran intereses particulares, así fuera religiosos era inadmisibles para Arango y Laserna. La adopción del nuevo modelo en Uniandes se debió a que Mario Laserna vivió de primera mano su ascenso como paradigma universitario hemisférico durante la II posguerra. Laserna estudió en Estados Unidos por cuatro años y obtuvo en 1948 su grado en Matemáticas, Física y Humanidades por la Universidad de Columbia (Nueva York). “Homenaje a un visionario”, *gimnasio moderno* (página web), <https://shorturl.at/alCEM>

percepción de la Edad Dorada de las industrias extractivas (petróleo, minería) como una oportunidad estratégica para ese proyecto educativo. La mayoría de estos personajes venían de ambientes rústicos y empobrecidos, es decir, que si querían riqueza tendrían que conseguirla por sí mismos. Por eso el éxito fue el principio sobre el que la filosofía pragmática fundó su concepto de verdad. Para la filosofía trascendental la verdad era un ideal, o sea, una creencia en estándares fijos y abstractos que se aplicaban indistintamente a todas las situaciones. Por el contrario, la filosofía pragmática no mide el valor de la verdad según criterios deontológicos, sino por su eficacia real. La verdad pragmática es el éxito, o sea, una verdad experiencial y no una verdad ideal. De ahí que el trabajo científico en estas universidades se centre en el laboratorio y en la investigación, pues son las expresiones de lo experiencial en la producción del conocimiento. Ya que la acción pragmática no está guiada por la metafísica, sino por la experiencia, esta confía en la capacidad del individuo para influir en su propio destino: si este cuenta con herramientas adecuadas puede autorrealizarse —tener éxito, tener su verdad— sin necesidad de la herencia —ideales—, sino solo de su ingenio personal metódicamente dirigido y económicamente respaldado. Desde finales del siglo XIX los fundadores y rectores de las universidades de Chicago, Harvard, Yale, Columbia o Johns Hopkins estaban convencidos de que los individuos podían mejorar sus oportunidades y su fortuna si perfeccionaban sus competencias vocacionales. Por eso la universidad estadounidense se concibió como un lugar de especialización técnica para el progresivo perfeccionamiento de las carreras profesionales individuales y de esa manera los títulos universitarios adquirieron un importante valor comercial. Los magnates estaban convencidos de que la universidad era una herramienta útil al éxito. Por eso los gestores educativos recurrieron a John D. Rockefeller —magnate del petróleo— o de Johns Hopkins —prestante comerciante de Baltimore— para financiar sus proyectos. La expansión de la matrícula universitaria era, en este caso, sinónimo de la expansión capitalista, de la euforia del lucro.

En 1890 Rockefeller donó un millón de dólares para la Universidad de Chicago, así pasó de ser un modesto instituto baptista, a un centro de posgrado e investigación de talla mundial. La masiva financiación filantrópica fue la regla de este modelo universitario, lo que llevó a que entre 1890 y 1924 los estudiantes universitarios aumentaran un 352 % mientras que la población general apenas había crecido un 79 %¹⁹⁸. La promesa de una universidad totalmente emancipada de la servidumbre

¹⁹⁸ Wright, *Sociology*, 37 40, 45, 49-50, 52-53, 56, 58-60, 105, 240 y 355.

a los poderes político y religioso era compatible con la defensa por parte de Jaramillo de la autonomía intelectual, principal herencia de su época más política. Además, era un modelo que defendía la educación como principal mecanismo de la autorrealización personal, la cual era para Jaramillo un componente esencial de la educación democrática, según da a entender en un artículo de 1947. Allí Jaramillo califica a los medios de comunicación emergentes como símbolo de homogeneización y al individuo como símbolo de creatividad. Aquí individuo no es sinónimo de individualismo —egoísmo y nihilismo— porque el individuo no era el punto de llegada, sino el punto de partida de este programa: sin su emancipación primordial este no podría desarrollar mecanismos como el antidogmatismo que le permitan convivir democráticamente. En ese sentido, Jaramillo afirma que “El hombre del humanismo es hombre dueño de sí”, porque el hombre culto, el hombre científico, es quien piensa a partir de matices. ¿No sería este método humanístico una regresión a la pedagogía tradicional?, ¿no llevaría a una educación aristocrática inaceptable en una sociedad democrática? Frente a la primera objeción Jaramillo afirma que el humanismo, o sea, la actitud racional hacia el conocimiento es una herramienta atemporal. La ciencia admite todo tipo de contenidos precisamente porque tiene un punto de partida universal: el paradigma cartesiano de razonamiento. Frente a la segunda objeción, el antioqueño afirma que antidemocrático fue que los fascistas aplicaran un método educativo diferente a la minoría dirigente y otro a las masas. Por el contrario, el humanismo redistribuiría equitativamente la calidad escolar, siendo garantía de la libertad política de las masas y, por tanto, de la democracia. Para Jaramillo en los métodos educativos se jugaba la “unión entre humanismo, ciencia y democracia”, lo cual asimilaba su pensamiento pedagógico con el eslogan “Democracy for Education, [Education for Democracy](#)” de John Dewey¹⁹⁹. En otras palabras, el individuo sería el eje de la cultura del porvenir porque simbolizaba la razón libremente autodeterminada y a la vez era el beneficiario de ese acontecimiento emancipador.

Las fuentes de Jaramillo para llegar a esa conclusión fueron la revalorización pragmática del individuo (EUA) y la defensa del individuo como muro de contención a la irracionalidad de las masas (Europa). En la época del posfascismo el individuo se situó como sinónimo de razón y libertad, es decir, como base para la realización de una ciencia autónoma y democrática hecha en

¹⁹⁹ Jaime Jaramillo Uribe, “Métodos simplificadores y métodos humanísticos en la adquisición de la cultura [1947]”, en *De la Sociología*, 163-168; Jaramillo fue lector de Ortega y Gasset en varios momentos de su vida. Entre los títulos se incluye su famosa *Rebelión de las masas*. Jaramillo, *Memorias*, 35 y 151; Wright, *Sociology*, 339.

su propio terreno más allá de las acritudes partidistas y confesionales. A su vez esa ciencia recompensaba al individuo brindándole la oportunidad de autoperfeccionarse, de labrar su propio destino y de brindar con su conocimiento un nuevo horizonte a las sociedades heridas por las guerras. Quizá fue en esta esperanza que el antioqueño se vinculó a Uniandes, donde asumió que la docencia no era para formar teóricos o discípulos de un partido, sino para formar profesionales expertos, técnicos experimentales, científicos. Esto lo decimos porque nuevamente su escritura de esos años así lo evidencia, centrada en reflexionar sobre la misión de la pedagogía en el contexto de la transición democrática occidental, y de la reacción conservadora en Colombia. Entre 1950 y 1952, la economía fue la materia prima de sus cursos en Uniandes y la UN. ¿Cómo justificó Jaramillo este interés? Parte de esa respuesta la hallamos en un artículo publicado en 1951, donde imagina la economía como núcleo científico de la futura agenda pública colombiana²⁰⁰. Su argumentación muestra que era un intelectual en transición entre el tipo normativo —defensa de la libertad y la racionalidad científica— y el tipo profesional interesado en las condiciones materiales para hacer ciencia. El texto parte de la realidad económica que siguió a la segunda posguerra señalando que, con la ampliación y especialización del mercado, la consolidación de la industrialización y la expansión urbana, esa realidad no podía interpretarse, ni intervenir con criterios educativos obsoletos. La vida económica colombiana se había modernizado desde los años de 1930, y esto significaba que se había convertido en un objeto de conocimiento, por lo cual la economía debía definir su identidad epistemológica. El mecanismo propuesto por Jaramillo era convertirla en ciencia: tendría técnicas para observar lo particular, establecer relaciones y teorizar. Sin embargo, su misión no se detendría allí pues debía resolver problemas puntuales. Su plan de estudios ideal incluía estadística, contabilidad, idiomas y geografía económica, y poca historia política, porque “los centros de enseñanza económica deberían ser institutos dedicados a la formación de ‘expertos técnicos’, abandonando la pretensión muy loable pero utópica y excesiva de hacer de cada estudiante un ‘economista’”²⁰¹.

Para Jaramillo, un economista teórico era un utopista que quería transformar la organización de los “pueblos atrasados y semicoloniales”. El antioqueño consideraba que esta aspiración era opuesta a la formación profesional: el técnico tiene una concepción lógica de la realidad económica

²⁰⁰ Jaime Jaramillo Uribe, “En torno a la enseñanza de la economía”, *El financiero. Revista Colombiana de Economía y Finanzas* 1, no. 6 (1951): 1-6.

²⁰¹ Jaramillo, “En torno”, 3.

metódicamente observada. Así Jaramillo demostró su interés por desideologizar las ciencias sociales fundándolas en el universalismo metodológico del razonamiento lógico. La combinación entre concepto y técnica empíricos era vista como la mejor alternativa para ordenar la realidad con criterios científicos y no doctrinarios, que distraían la actividad científica de su verdadero propósito. Que la ciencia fuera concebida como conocimiento instrumental y desideologizado precipitó su conversión en técnica. Dentro de las ciencias sociales la economía fue el ejemplo más paradigmático de esa transición. Para Jaramillo esta disciplina debía liderar la formación de una élite técnica —no intelectual— adecuada a la demanda de una economía de mercado en expansión. El carácter tecnocientífico del economista moderno mostró la confianza dada al pragmatismo como baluarte de la racionalidad universitaria en condiciones políticas adversas y anticipó el experto como su tipo *intelectual* por excelencia:

Lo que el país necesita con mayor urgencia en esta esta etapa (...) es un grupo capaz y numeroso de técnicos. Expertos en administración industrial, en control racional de empresas, contadores, gerentes, hombres que dominen con precisión la técnica de los negocios, la organización monetaria y bancaria, que conozcan el mecanismo del comercio nacional e internacional, que sepan analizar la situación financiera de una empresa y enfrentarse a sus problemas de organización. Todo esto es técnica esencialmente y pertenece al dominio del “experto” más que al campo del “economista”.²⁰²

No es casual que fuera durante la persecución conservadora, que Jaramillo consolidara esta interpretación pragmática de la universidad moderna. Fue su estrategia adaptativa de supervivencia: si en ese entonces su trabajo técnico y docente lo acercó a la economía, fue porque quizá —gracias a sus contactos con hombres de elite liberal y conservadora moderada, especialmente, los fundadores de Uniandes— se percató de que, estando fracturada la modernización cultural, tal vez el discurso económico sería el único refugio viable para seguir en la universidad sin ser perseguido, ya que paradójicamente la modernización económica colombiana iba a toda marcha²⁰³. A esto hay que añadir que a diferencia de sus excompañeros etnólogos, Jaramillo no publicó durante los años cuarenta ningún libro que legitimara el liberalismo popular. Esto le facilitó desplazarse durante los años cincuenta hacia una disciplina que no estaba estigmatizada y donde pudo demostrar su neutralidad en el conflicto. A continuación, ese pragmatismo se manifestó de una forma más sutil como interés por la práctica y la lógica empírica en el sentido de que su actividad profesional e

²⁰²Jaramillo, “En torno”, 3.

²⁰³ Henderson resume el período de La Violencia como una surreal combinación entre prosperidad económica y deterioro social: “The country was making great economic strides. Business was booming, coffee prices were rising as never before [...] Yet relations between leaders of the Liberal and Conservative Parties stood at an all-time low, and the Violencia grew worse with each passing day. More than 13 000 citizens perished in the Violencia in 1952”. Henderson, *Modernization*, 355.

intelectual no siguió vinculada a la economía, sino que a sus 36 años transitó hacia la Filosofía. Entonces Jaramillo ya no era el joven que exploraba el mundo con inquietud, ni el recién graduado que buscaba hacerse un lugar laboral con desesperada necesidad. Para el momento en que su carrera dio este salto, Jaramillo había logrado cierta estabilidad que le permitió concentrarse en encarnar de forma sólida y duradera al intelectual académico y su refinamiento como intelectual profesional. ¿Cómo ocurrió ese cambio en su trayectoria? Una vez más sus redes socioprofesionales nos dan de la respuesta.

2.2. El ascenso profesional de un intelectual: Jaramillo entre el germanismo filosófico, la hispanofilia colombiana y la defensa crítica del estudiante universitario (1952-1957)

1952 fue otro punto de inflexión en la carrera de Jaramillo. La historiografía indica que, en este año, Cayetano Betancur decano de la recién creada Facultad de Filosofía y Letras lo llamó para vincularse a ella, dándose a entender que ese fue su primer día en la UN²⁰⁴. El acceso a los archivos nos permitió hilar más fino para explicar las condiciones y el significado de ese momento. Lo primero que debemos apuntar es que desde 1948 el antioqueño era profesor del Instituto de Filosofía y Letras, del cual Betancur era director. Esto explicaría las condiciones de su encuentro inicial y que el llamado fue fruto de una experiencia laboral compartida cotidianamente. Lo segundo es que Jaramillo ya llevaba cuatro años ejerciendo la docencia e investigación. No era cierto que apenas en 1952 retomó el rumbo académico. Pero sí es cierto que, en ese año Jaramillo fue ascendido en la UN de profesor de cátedra a profesor de tiempo completo, lo cual refrendó contractualmente su estabilidad laboral con efectos en su remuneración y, con ello, en sus posibilidades de trabajo intelectual ([tabla 3](#)). De golpe su salario pasó del mínimo a una cifra trece veces mayor a la devengada mensualmente en los años anteriores. Esto significa que su carrera no solo fue respetada en un ambiente tan adverso, sino que además fue recompensada con una remuneración proporcional a su posición como elite intelectual (masculina, no oligárquica, pero tampoco proletaria) ([tabla 4](#)).

La prosperidad material es un factor importante al considerar su experiencia, pues ella permitía patrones de consumo y un estilo de vida que evidenciaban su ascenso social, una movilidad que fue fruto de su trabajo con las ideas, de la educación²⁰⁵. Ahora bien, la referencia a Betancur en textos

²⁰⁴ Jaramillo, *Memorias*, 128. “Corría el año de 1952 cuando el filósofo Cayetano Betancur, a quien Jaramillo conocía personalmente, fue nombrado Decano de la Facultad de Filosofía [...] De este modo, se le presentaba, finalmente, la oportunidad de retornar al ejercicio de la docencia [...]”. Tovar, “El pasado”, 12.

²⁰⁵ No es fortuito que luego de adquirir esta posición Jaramillo se casara con Yolanda Mora Ortiz, su novia intermitente a lo largo de 10 años, desde que se conocieron en la ENS donde él fue su profesor de sociología. Yolanda nació en Bochalema, Norte de Santander, el 13 de junio de 1923. Desde los 12 años vivió en Bogotá para estudiar en el Instituto

y archivos nos muestra que fue el núcleo de las redes socioprofesionales de Jaramillo en esos años. La mayoría de profesores que quedaron en la UN tras la purga laureanista eran como mínimo católicos declarados. Jaramillo se adaptó a esta circunstancia, pues su nueva red estuvo compuesta por los creadores del Instituto de Filosofía y Letras. Aunque, Laureano no lo supo plenamente, este grupo era católicamente heterodoxo, ya que sus integrantes anteponían su rasgo intelectual antes que el católico, para defender la autonomía de enseñanza. La Facultad de Filosofía a la que llegó Jaramillo surgió del Instituto homónimo creado en 1945 en la Facultad de Derecho bajo la rectoría de Molina. Su propósito era modernizar la Filosofía, concebida por sus creadores como el estudio de las ideas fundamentales y como la disciplina encargada de articular las ciencias y las humanidades. Esto porque la Filosofía no era para Molina una entelequia espiritual, sino una herramienta para conjurar el profesionalismo, o sea la excesiva concentración técnica que abstraieran al profesional de su misión social. En ese sentido la Filosofía recordaba que la técnica no era el fin de la educación, sino un medio para mejorar la vida colectiva

Por eso, este grupo de intelectuales provincianos católicos *sui generis* buscaron normalizar la Filosofía, es decir, que no fuera un saber residual, excéntrico o marginal, sino estabilizarlo con sus propias facultades y revistas. Por eso en 1951 Betancur creó *Ideas y Valores*, revista especializada que buscaba cultivar una filosofía contemporánea, ya que el instituto también fue una propuesta contra la filosofía neotomista promovida desde la Regeneración²⁰⁶. Por el contrario, estos intelectuales, a pesar de ser católicos, querían difundir una filosofía secular no basada en autores clásicos o españoles, sino receptiva a Alemania que era la cuna de la filosofía moderna. Esta iniciativa fue liderada por un grupo de abogados que desarrollaron una actividad filosófica autodidacta. Sus integrantes fueron Rafael Carrillo Lúquez (1907-1996), Cayetano Betancur (1910-1982), Danilo Cruz Vélez (1920-2008), Abel Naranjo Villegas (1910-1992) y Rafael Gutiérrez

Pedagógico Nacional para Señoritas y en 1944 se graduó como licenciada en Ciencias Sociales de la ENS. El 28 de marzo y 24 de abril de 1953, Yolanda, de 29 años, se casó por la Iglesia católica y por lo civil con Jaime de 36 años, quien la apoyó para que siguiera especializándose como antropóloga. Yolanda fue su indiscutible compañera de vida, pues estuvieron casados durante 52 años hasta la muerte de ella en mayo de 2005. De esta relación nacieron Lorenzo (Hamburgo, 1955) y Rosario (Bogotá, 1959), quienes llegaron en el momento ascendente de su carrera en la UN. Pasaporte de Yolanda Mora, 17 de noviembre de 1957 y ENS ciencias sociales licenciados 1944 en AJM, YM, Serie: Documentos de identificación (DIYM), caj. 5, carp. 5; Certificado Yolanda Mora Instituto de Señoritas 1936 y *Curriculum vitae* de Yolanda Mora AJM, YM, SCD, caj. 5, carp. 3; Partida matrimonial y Certificado notarial de matrimonio civil de Jaime Jaramillo y Yolanda Mora, en AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 1; Pasaporte de Lorenzo Jaramillo en 1957, AJM, JJU, DI, caj. 3, carp. 4; Jaramillo, *Memorias*, 144.

²⁰⁶ Gonzalo Serrano, “*Ideas y Valores*. Antecedentes, comienzos y tropiezos”, *Ideas y Valores* 70, Sup. 7 (2021): 45.

Girardot (1928-2005)²⁰⁷. En este ambiente de renovación intelectual gravitaron otras figuras como el futuro sociólogo Camilo Torres o Hernando Valencia Goelkel uno de los fundadores de la revista *Mito*, medio de resistencia de artistas y escritores durante la Violencia²⁰⁸. Gracias a su contacto con el derecho, o sea con lo práctico, la identidad intelectual del instituto se nutrió de la fenomenología alemana (Husserl, Scheler, Heidegger) produciendo una filosofía antropológica en la cual el estudio de las ideas no podía hacerse sin considerar relación con el mundo material y contingente de la historia. De ahí que esta filosofía antropológicamente orientada proporcionara legitimidad científica a las “ciencias del espíritu”, ya que mientras existiera lógica y método estas podían ofrecer un discurso riguroso por más provisional que fuera su objeto: la experiencia humana²⁰⁹. La fundación del instituto despertó gran entusiasmo en la comunidad cultural dentro y fuera de la UN. Pero este optimismo se desmoronó con la llegada de los Gobiernos reaccionarios. Aunque Carrillo, Cruz y Betancur eran conservadores y católicos practicantes, eso no significaba que respaldaran incondicionalmente su partido, mucho menos sí interfería en la autonomía de la labor académica, en el respeto que demandaban del poder a esa identidad intelectual.

Ellos pertenecían a una corriente heterodoxa, dialogante del catolicismo, que en ese entonces despreciada, ignorada o aniquilada. Síntoma del alto grado polarización política al interior de la universidad fue que el conservadurismo laureanista rechazó que Rafael Carrillo —director del instituto— enseñara a Hegel, un filósofo protestante, y que junto a Danilo Cruz definieran la Filosofía como ciencia y no como una subdivisión de la teología²¹⁰. En razón de estos hechos los funcionarios laureanistas acusaron a Carrillo y Danilo de ser comunistas, por lo cual el primero fue

²⁰⁷ Jaramillo, *Universidad*, 45-50. A propósito de su conferencia “Las filosofías de las dos post-guerras”, Cayetano fue descrito como abogado de la Universidad de Antioquia (UdeA), exprofesor de las universidades Católica Bolivariana, Javeriana, El Rosario y Libre. Profesor de lógica, filosofía del derecho e historia de la filosofía en la Facultad de derecho de la UN y de Filosofía de Uniandes. Exdecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UN, y fundador de la revista *Ideas y Valores*. Secretaría de Educación de Boyacá, Centro de Divulgación Cultural, ciclo de conferencias culturales, contribución a las festividades patrias 20 y 25 de julio y 6 y 7 de agosto de 1958 en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, doc. 71, f. 6; Núñez, “Marxistas”, 376.

²⁰⁸ En las revistas culturales la polémica escrita expresó la lucha bipartidista entre los intelectuales afines al Gobierno y sus críticos. Paradigmático de ello fue la aparición en 1955 de *Prometeo* —conservatismo— y *Mito* —independientes—. Pese a su línea literaria, *Mito* también se interesó por la “actualidad nacional”. Su momento más político fue el manifiesto a favor de expulsar a Rojas Pinilla. Urrego, “Los intelectuales bajo”, párr. 39-40, 70.

²⁰⁹ Guillermo Hoyos, “Medio siglo de filosofía moderna en Colombia: reflexiones de un participante”, en *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo, 2000), 135.

²¹⁰ Recordemos que tomar partido en estas circunstancias no significa solamente la adhesión a una doctrina política, sino una declaración de intenciones y acciones con respecto a la cultura: si esta debía ser secular o confesional. En junio de 1949 se celebró el “Congreso de los intelectuales nuevos” por la autodenominada “generación de la Violencia” con el fin de oponerse al Gobierno conservador. Entre los participantes se contaron Danilo Cruz Vélez, Indalecio Liévano, Jorge Gaitán Durán, Orlando Fals Borda y Mario Laserna. Jaramillo, *Universidad*, 49.

destituido de su cargo y ambos presionados para dejar la universidad. Sin un destino favorable en la UN, ambos acudieron al recién creado Instituto Técnico de Especialización Técnica en El Exterior (ICETEX) para cursar sus posgrados en Filosofía. Carrillo se fue Heidelberg y Cruz a Friburgo, donde recibió clase del que consideraba el último filósofo de la historia: Heidegger. Ambos estuvieron en el extranjero entre 1952 y 1958, años en los que intercambiaron una copiosa correspondencia con sus amigos en Colombia o Alemania, entre los que se cuentan Gutiérrez Girardot, Nieto Arteta, Betancur y Jaramillo Uribe²¹¹. De hecho, el Gobierno sustituyó a Carrillo por su amigo Cayetano, pues creían que apoyaría la restauración del neotomismo. Pero lo cierto es que Betancur estaba a favor de la corriente alemana y pronto se tornó incómodo para sus empleadores. Hasta ese momento aguantó silenciosamente su inconformidad con la política universitaria, pues sabía que de lo contrario podría ser el fin de su carrera profesional. Antes de revelar su posición fue nombrado primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras creada en enero de 1952 sobre la base del Instituto: fue entonces cuando llamó a Jaramillo a vincularse como profesor de planta en su equipo. Sin embargo, Betancur no toleró más el ambiente y renunció a su cargo en 1953, retornando nuevamente a la universidad en 1954²¹². El ascenso del Instituto a Facultad no fue una acción inocente, sino que fue una estrategia para darle base al proyecto de recristianización universitario en clave hispana y católica. Para 1952 Rafael Gutiérrez Girardot se encontraba en Madrid por cuenta de una beca del Instituto de Cultura Hispánica (ICH) que, pese a ser un organismo del Gobierno franquista, no contaminó la conversación académica con sus amigos colombianos. Entre febrero y agosto de 1952 Gutiérrez fue uno de los principales interlocutores de un Betancur. Su correspondencia ilustra la política educativa transnacional que transformó la orientación intelectual de la nueva Facultad, caracterizada por la hispanofilia.

A nivel local ese ánimo se manifestó en dos estrategias: primero, crear misiones de reclutamiento docente en España y Alemania para traer profesores afines al franquismo o hispanistas con el fin de “sanear” los rescoldos de “comunismo” en la UN. Segundo, priorizar la enseñanza de historia europea y de historia colombiana vista a través de ojos europeos. Como se observa en la [tabla 3](#), cuando Jaramillo ingresó a la nueva Facultad, esa fue la primera vez que, según los registros

²¹¹ La influencia de esta escuela germanofílica fue tan potente que hasta Jaramillo terminó viajó a Alemania, pero en circunstancias menos amargas que las de sus colegas y amigos de la Facultad. Sobre la financiación en el extranjero ver “Carta del acudiente de Rafael Carrillo al gerente del ICETEX, Bogotá, junio 17 de 1958” y “Carta del acudiente de Danilo Cruz al gerente del ICETEX, Bogotá, mayo 24 de 1958”, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5.

²¹² Núñez, “Marxistas”, 368, 375-376; Jaramillo, *Universidad*, 74-75, 77.

disponibles, enseñó Historia, precisamente con un enfoque universalista, si se quiere eurocéntrico. Desde 1952 esta fue la tendencia en los cursos, conferencias, artículos y el libro que produjo durante los años de 1950. Es decir, no fue casualidad que en esta lucha entre filosofía española tradicional y filosofía alemana moderna por la hegemonía intelectual en la nueva Facultad surgiera la historia como un componente clave en la batalla. Durante la República Liberal la historia no fue una disciplina relevante para las ciencias sociales universitarias modernas, siendo administrada por la vetusta Academia de Historia. Etimológicamente la palabra historia tiene que ver con la conservación: conservar el pasado —para los positivistas—, conservar huellas del pasado —para los empiristas—, conservar relatos sobre ese pasado —para los hermeneutas—. Así se entiende que la historia fuera fácilmente instrumentalizada por actores reaccionarios que veían en ella el camino más directo para legitimar la tradición y la herencia como valores de cohesión social. La hispanidad defendida por Franco y por el conservadurismo laureanista pasaba por exaltar la colonización española como el acontecimiento fundacional de una inédita patria espiritual, intercontinental y trasatlántica, que no precisaba de más factores que la tradición compartida de la lengua española y del credo católico. Porque no se trataba de una nación espiritual cualquiera, sino de la nación de los pueblos que habían integrado la Corona española, era el llamado a la realización de una nacionalidad en clave *iberoamericana*, la expresión moderna del Imperio español²¹³. El ICH se promocionó como una institución neutral que buscaba restablecer las relaciones diplomáticas con Latinoamérica a través de la cooperación cultural, pero lo cierto es que su programa propuso una lectura esencialista de la historia española para nada desideologizada, pues definía a esa comunidad imaginada a partir de un pensamiento tradicional trinitario (religión, lengua e historia). De ahí que un componente fundamental de su política cultural fueran los congresos de historia²¹⁴. Esta intersección entre España y Colombia por el hispanismo como un horizonte transnacional para las políticas culturales de ambos países era el que estaba en pugna con el germanismo filosófico que buscaba hacerse a un lugar en el medio colombiano.

Tal fue el ambiente universitario que recibió a Jaramillo y moldeó su carrera como se hace patente en la correspondencia entre Betancur y Gutiérrez durante 1952. Entre otras cosas, estas cartas se

²¹³ “Esa identidad hispánica descansa sobre la convicción de que los españoles desarrollaron en su proceso de formación como imperio, una serie de formas de vida y de cultura propias que los diferencian claramente de otros pueblos del orbe”. Ricardo Pérez, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 15.

²¹⁴ Antonio Cañellas, “Las políticas del Instituto de Cultura Hispánica, 1947-1953”, *Historia Actual Online*, no. 33 (2014): 77, 79, 82.

refieren al ascenso del instituto a Facultad y a la misión colombiana enviada por Laureano a Alemania y España para reclutar profesores. También se menciona la salida de Danilo Cruz a Alemania y que a finales de 1951 el librero Karl Buchholz fundó la Librería homónima con el fin de difundir la cultura alemana. Este fue un importante espacio de sociabilidad para los intelectuales de la Facultad, incluido Jaramillo; tanto así que, en 1960, tres alemanes —Buchholz— y tres colombianos —Carrillo y Cruz— crearon [*Eco. Revista de la Cultura de Occidente*](#) con el fin de “llenar el *evidente* vacío” de la cultura alemana en Colombia. Más que eso, este germanismo siguió representando la protesta intelectual contra el “cerco cultural hispano” que aún resonaba en 1960 pese a que los conservadores ya habían salido del poder²¹⁵. En la carta de enero Betancur tenía esperanza de que “ese año la facultad tendría muy buenas perspectivas de progreso y adelanto”²¹⁶. Pero el entusiasmo no fue muy duradero. Primero, porque consideraba que los aspirantes eran “escasos en número e inteligencia” para un saber “tan exigente” como la filosofía. Segundo, por su decepción frente a la política (o antipolítica) educativa conservadora, pues si la llegada de Roberto Urdaneta en 1951 —supuestamente a remplazar a Laureano por enfermedad— despertó esperanzas, estas se vieron rápidamente defraudadas, especialmente, al constatar que el intento de Nieto Arteta de reincorporarse a la UN fue rechazado. Con desazón Betancur le dijo a su amigo: “Ojalá aún pudiera darse esa libertad de espíritu que se le ocurre a uno tiene que existir donde quiera que traten problemas intelectuales. Pero nuestro partidismo contamina todas las cosas” y por eso “la labor cultural entre nosotros solo proviene de entusiasmos episódicos y epidérmicos”²¹⁷. Con respecto a la orientación de la nueva Facultad había dos polos: el de Nieto reacio al reclutamiento de los

²¹⁵ Con respecto a la creación de *Eco*, los historiadores advierten su relación con la política internacional, pues en la sección de traducciones solo se consideraban materiales de revistas provenientes de “Alemania occidental”. Con este sutil gesto era claro que en el marco Guerra Fría habían tomado partido. Iván González, “Valencia Goelkel y la transformación de la revista *Eco*”, en *Frente Nacional*, 287. Jaramillo se relacionó con *Eco* como autor y como cliente. En los años de 1960 el antioqueño publicó en *Eco* su respuesta al informe Atcon y los dos primeros fragmentos de su libro aún no publicado, pero que la prensa juzgó como un trabajo con severidad científica, documentación exigente e intención crítica. “Pangloss. Temas de nuestro tiempo”, *El Espectador*, 4 de junio de 1961 en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, ff. 4 y 5. Posteriormente en calidad de director del ACHSC siempre incluía Buchholz como una de las cuatro librerías elegidas para su distribución comercial. Las otras eran la de la Academia Colombiana de Historia, Tercer Mundo y la Central. La diversidad y persistencia de estas relaciones muestran que el nodo de su red asociado a la Facultad de Filosofía fue el más duradero e influyente al momento de consolidar su trabajo profesional en la UN. Carta de Jaime Jaramillo sobre solicitud ejemplares ACHSC a Eudoro Díaz Sección de Bienes y suministros UN, Bogotá, 9 de junio de 1967, en ACHUN, AFCH, Sección: Departamento de Historia / Correspondencia enviada 1966-1968 (DHCE), caj. 1034, carp. 38.

²¹⁶ Carta de Cayetano Betancur a Rafael Gutiérrez Girardot en Bogotá, 28 de enero de 1952, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, f. 4.

²¹⁷ Carta de Cayetano Betancur a Nieto Arteta, 5 de marzo y 25 agosto de 1952, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, f. 15 y 51; Carta de Cayetano Betancur a Rafael Gutiérrez Girardot, 7 de mayo de 1952”, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, f. 33.

profesores españoles —sinónimo de franquismo—; y la representada por Gutiérrez Girardot, quien por un interés netamente académico apoyó la misión gubernamental buscando “lo mejor que entre profesores jóvenes hay en la facultad [española]”. Desde un punto de vista ideal, Betancur apoyaba a Nieto, pero siendo pragmático admitía “que las circunstancias justificaban” esa alternativa, siendo la única propuesta por el Gobierno para suplir el déficit de personal docente que él mismo había causado con su persecución. Para llenar ese vacío Betancur —decano de la Facultad— se apoyó en la diligente y entusiasta mediación de Gutiérrez quien desde Madrid fue el más interesado en la llegada de los “intelectuales españoles de modo que puedan beneficiar a la UN mediante el trabajo en una biblioteca filosófica antigua y medieval, aspecto desatendido por el FCE”²¹⁸. De este intercambio se revela entonces la fisonomía de la Facultad en su momento fundacional. Epistemológicamente Betancur la estructuró sobre tres áreas: filosofía, historia universal y gramática. Su propósito a futuro era diversificar el pensum, especializando áreas, por ejemplo, la historia de la cultura. Adicionalmente como era innegable el rezago del alumnado producto de un bachillerato deficiente, se creó el año preparatorio —en el cual Jaramillo dictó cursos—. Tales realidades no fueron ocultadas a los profesores extranjeros: se les advirtió que había una abismal diferencia entre el trabajo en una universidad europea “y el que se realiza aquí. Porque aquí no hay mucha investigación y es labor lenta iniciarla”. A pesar de estas advertencias los tres profesores españoles postulados por Gutiérrez aceptaron la invitación. Fue así como entre marzo y mayo de 1952 llegaron a la UN Tomás Buesa —Filología— Antonio Antelo Iglesias —Historia— y Tomás Ducay —Filosofía—²¹⁹.

Tal fue el panorama con el que Jaramillo se encontró al vincularse a la Facultad de Filosofía y Letras como profesor de tiempo completo en enero de 1952. En sus memorias Jaramillo advierte que la incorporación de los españoles era una estrategia ideológica del gobierno conservador, pero dice que no se cumplió porque ninguno de ellos hizo proselitismo, sino que trabajaron

²¹⁸ Carta de Rafael Gutiérrez a Cayetano Betancur, 25 de marzo de 1952, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 17-29. La omisión de España y de los temas clásicos en el FCE no fue un descuido sí una declaración de intenciones: su interés era modernizar las ciencias sociales latinoamericanas. Precisamente la editorial buscaba alejarse de los referentes clásicos para construir una propuesta intelectual con autores modernos y contemporáneos provenientes de Alemania, Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

²¹⁹ Carta de Rafael Gutiérrez a Cayetano Betancur, 10 de febrero de 1952; de Cayetano Betancur a Rafael Gutiérrez, 15 de febrero y 27 de marzo de 1952; de Cayetano Betancur a Julián Marías, 2 de abril de 1952; de Rafael Gutiérrez a Cayetano Betancur, 29 de abril de 1952, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 5-9, 10-12, 19-21, 25, 32-34. En ese sentido debemos advertir que fue Betancur quien, en calidad de decano, introdujo la historia como una especialidad de la UN. Universidad Nacional de Colombia, “Facultad de Filosofía y Letras”, 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 19

académicamente con probada preparación. Por ejemplo, describe a Antelo —medievalista— como alguien con “una noción clara de lo que debía ser la universidad, aunque su orientación en materia de historia era fuertemente tradicionalista”²²⁰. Sobre su relación con Tomás Ducay volveremos más adelante al referirnos a su cargo como primer decano de la Facultad de Ciencias Humanas en 1966²²¹. En este punto constatamos que Cayetano Betancur y Daniel Arango Jaramillo fueron los dos satélites de la red de Jaramillo entorno de los cuales gravitaron otros actores que compartirían con el antioqueño tanto en la UN como en Uniandes en los años cincuenta. A todos los unía el interés compartido en profesionalizar la Filosofía, una institucionalización que se dio en la lucha entre el germanismo filosófico y el hispanismo, aunque menos como una discusión epistemológica, que como una respuesta indirectamente política por la modernización o la conservatización de la cultura. Ese fue el debate que nutrió el pensamiento de Jaramillo durante sus años en la Facultad, que no fueron menores en su propia profesionalización intelectual. De hecho, así era percibido por la opinión pública en 1961:

Uno de los equipos de investigadores originalmente serenos que con mayor entusiasmo y provecho vienen trabajando en ese sentido, por las ideas en Colombia es el grupo de la revista “Eco”, que se edita desde hace algún tiempo en Bogotá. En esa publicación aparecen frecuentemente artículos y traducción es de Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Jaime Jaramillo Uribe, Carlos Patiño. Son todos jóvenes meditadores, preocupados por la filosofía, la sociología, la historia, la crítica literaria, no “a la colombiana” sino a secas, con valor intemporal. Y tienen un común denominador que los distingue de las generaciones anteriores: el deseo de construir una obra metódica, original, rigurosa [...].²²²

Tres expresiones llaman la atención con relación a la caracterización de Jaramillo: su trabajo *metódico* con las *ideas* de manera *intemporal*, sobre todo porque esta última no es solo un atributo epistemológico, sino un intento por separar la actividad intelectual de implicaciones ideológicas. En la República Liberal el análisis culturalista fue predominante porque había una intención política: colombianizar a Colombia, refundar la nación en la cultura de su pueblo. Pero con la llegada de los conservadores que aspiraban a la nación espiritual iberoamericana este tipo de lecturas fueron proscritas. No interesaban las singularidades, sino lo universal, la tradición común. Este no era un terreno fértil para institucionalizar las ciencias sociales modernas, y por eso tiene

²²⁰ Jaramillo, *Memorias*, 128, 144, 181.

²²¹ Ducay no permaneció ininterrumpidamente en la UN. Según carta de 1956 entre Betancur y Gutiérrez, en medio de una situación de “intrigas” le fue suspendido su contrato. Sin embargo, fue contratado inmediatamente por Uniandes, en donde el año anterior Ramón de Zubiría y Daniel Arango Jaramillo habían fundado su propia Facultad de Filosofía. Allí también fueron convocados Cayetano Betancur y Jaramillo Uribe, cargo al que se incorporó tan pronto llegó de Alemania en 1957 y que ejerció paralelamente a su docencia en la UN. “Historia laboral”, 58; “Historia del departamento de Filosofía”, *Ciencias Sociales Uniandes* (página web), <https://shorturl.at/eEM46>; Carta de Rafael Gutiérrez a Cayetano Betancur, 24 de marzo de 1956, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 9-10.

²²² “Jaime Jaramillo Uribe”, *El Heraldo*, 16 de noviembre de 1961”, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, f. 5.

sentido que la Filosofía fuera la única disciplina admitida por los gobiernos conservadores para representar lo que entonces se nombró como “ciencias del espíritu”.

Que el objeto de conocimiento de las humanidades en esos años fueran las ideas y no el pueblo permitía a los conservadores neutralizar la diferencia al darle al trabajo intelectual un cariz desideologizado, pero también apolítico al estar desprendido de la deliberación pública, de la búsqueda de justicia social en un debate pluralista y no doctrinario. Ya que no había posibilidad de reforzar el análisis culturalista del país, los intelectuales críticos que quedaron en la UN dieron la pelea en el terreno conservador: elegir la corriente de ideas contraria a la que estos querían imponer. Por eso su discreta resistencia fue seguir apostando por la filosofía alemana ya que era el símbolo de una posible secularización de la educación universitaria colombiana. La filosofía en su versión alemana era la ocasión para defender la ciencia empírica. Tener ese vínculo con el empirismo y con un trabajo metódico fue el principal refugio de varios de estos intelectuales hasta que pudieran apoyar la reaparición de las ciencias sociales en la UN en la década siguiente. La trayectoria de Jaramillo es paradigmática de esta dinámica. Pese al ambiente tenso del país en general y de la UN, en particular, al adaptarse a estos requisitos su carrera siguió ascendiendo progresivamente. Ya para 1955 ganaba hasta tres veces más de lo devengado por un funcionario gubernamental promedio. Profesionalización significa que la ocupación se ha mercantilizado y para Jaramillo su actividad intelectual se había hecho rentable: podía vivir mejor que el promedio impartiendo clases historia de la filosofía, historia de la pedagogía e historia de la cultura²²³. Este reconocimiento se hizo evidente en la celeridad con la que fueron asignados cargos universitarios de mayor responsabilidad. Así para 1953 ya había ascendido a profesor de tiempo completo. Adicionalmente a finales de ese año se desempeñó como decano encargado cuando Cayetano abandonó temporalmente la UN. En 1954 recibió su primer aumento del 20 % y fue nombrado director de la revista *Ideas y Valores* que había sido fundada en 1951 en un esfuerzo quijotesco por Cayetano Betancur ([tabla 3](#) y [tabla 4](#)).

²²³ Jaramillo dice que para emprender su tarea en la Facultad hizo un enorme esfuerzo autodidacta. Por otro lado, sobre el origen del curso de historia de la pedagogía Jaramillo lo atribuye al interés del decano Betancur porque los licenciados egresados de la UN también accedieran al escalafón docente, para lo cual requerían prácticas y cursos en pedagogía. Aprovechando que Jaramillo era normalista este le pidió ofertar tal curso, tarea que como vemos en el [tabla 3](#) él atendió. El contenido que allí se impartió fue descrito por Jaramillo como una mezcla entre historia social y económica de Europa, para “mostrar el vínculo entre el cambio de los sistemas pedagógicos y las necesidades sociales e industriales [...] que eso no sucedía simplemente como resultado de unas ideas, sino que dependía también de ciertas exigencias de la vida social”. De este curso se publicó un libro en 1970. Cabe apuntar, sin embargo, que este no fue su primer libro, pues no fue escrito por él, sino que fueron las notas de clase de dos de sus alumnas, las cuales él solo revisó. Óscar Saldarriaga, “*Historia de la pedagogía como historia de la cultura: ¿entre la historia de las ideas y la historia social?*”, *ACHSC* 44, no. 1 (2017): 105; Jaramillo, *Memorias*, 129.

Llama la atención que esta revista naciera y lograra sobrevivir al menos un año en medio de la arremetida laureanista contra los productos culturales modernizadores²²⁴. Luego fue interrumpida entre marzo de 1953 (nos. 7-8) y mayo de 1954, pero tras algunos reajustes políticos reapareció en la decanatura de quien reemplazó definitivamente a Betancur: el poeta conservador Rafael Maya. Dirigía entonces la Facultad el mismo hombre que había desmantelado la ENS y que había liquidado la *Revista de Indias* (1930-1950) que era liberal sustituyéndola por la revista *Bolívar*, órgano oficial de cultura conservadora. De esta manera, la llegada de Maya a la UN demostró que el gobierno —ahora ejercido por el general Rojas Pinilla— persistiría en su cruzada hispánica, católica y antiliberal en la universidad, con lo cual el poeta sumaría a su historial la eliminación de otro bastión de la modernización, pues, aunque *Ideas y Valores* lo era discretamente, es cierto que su apelación a la fenomenología del Husserl —protestante— como origen del título no era algo que agradara a los conservadores. Aunque la reaparición del número doble (9 y 10) para marzo-mayo de 1954 desató el entusiasmo no solo universitario, sino de la opinión pública, la llegada de Maya ha sido calificada por la posteridad como el “acta prematura de defunción” de la revista, pues después solo se publicó otro número doble (11 y 12) junio-octubre de 1954 para volver a desaparecer hasta 1957 cuando fue reemplazada por *Studium*, que aunque se declaraba como la heredera de *Ideas y Valores*, realmente tenía una orientación opuesta a su predecesora: *Studium* se definía más como una revista de humanidades que de filosofía pues defendía los “eternos principios cristiano-clásicos” e insistía en sus “bases latinas e hispánicas” bajo el argumento de que no solo lo moderno merecía atención. Esta publicación estuvo vigente por cuatro años (1960) en los cuales alcanzaron a editarse 10 números²²⁵.

Dadas las circunstancias en que *Studium* apareció se creó una falsa oposición con *Ideas y Valores* que no puede negar la calidad y rigor de los contenidos incluidos en la primera. La diferencia no era científica o disciplinar, sino ideológica, ya que *Studium* se oponía a la modernización —secularización— que *Ideas y Valores* pretendió difundir. Hemos detallado el devenir correlativo entre estas dos revistas y *Bolívar* porque las tres impactaron en la trayectoria profesional e intelectual de Jaramillo en esa década. Mientras la mayoría de sus excompañeros o exprofesores habían sido acallados con un exilio forzado, el antioqueño, inició exitosamente en Colombia su

²²⁴ Carta de Cayetano Betancur a Rafael Gutiérrez, 15 de febrero de 1952” en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 10-12. Aquí Betancur informa que la famosa Revista Universidad Nacional había sido cerrada definitivamente.

²²⁵ Serrano, “*Ideas*”, 45-49.

carrera intelectual que entonces pudo hacer de forma sistemática e institucionalmente respaldada, pese a que la situación general de los medios de comunicación no alineados con el Gobierno tampoco era halagüeña. En una carta de 1956 Betancur informó que la mayoría de periódicos alegaban insuficiencia de fondos. Tal insuficiencia no era económica, sino fruto del bloqueo político alentado por el gobierno conservador de Rojas:

... “Intermedio” que es “El Tiempo” con otro nombre, pero muy quebrantado. Porque donde están pagando magníficamente es en el *Diario Oficial* y en la revista *Bolívar*. Esta última reanuda su publicación próximamente bajo la dirección de Rafael Azula Barrera. No sé si usted estará interesado en dirigirse a estas publicaciones en donde sí creo que estén dotadas de buenos fondos para remunerar.²²⁶

En este ambiente de zozobra política que afectaba a sus amigos, Jaramillo por el contrario encontró las puertas abiertas tanto para expresarse públicamente, como para ser remunerado. Mientras algunos de ellos luchaban contra su precariedad, incluso en Alemania (Danilo con su beca interrumpida), Jaramillo se hizo acreedor de un reconocimiento institucional y social ascendente. Su nombramiento como director de la revista *Ideas y Valores* en febrero de 1954 así lo prueba, pues fue el encargado de relanzar la segunda época de la revista. Llama la atención que trabajara para la decanatura de Maya, pues él fue quien en 1948 lo despidió de la ENS. Pues bien, en 1954 también fue quien lo convocó para retomar la publicación que como vimos fue efímera. Ello no borra el simbolismo de que ambos se hubieran adaptado a las circunstancias hasta el punto de trabajar juntos en un proyecto intelectual. Aunque Jaramillo apenas estuvo un semestre como director y autor de *Ideas y Valores*, su gestión fue celebrada desde que se supo su nombramiento. Llama la atención que una revista universitaria convocara el amplio interés del público, lo que da cuenta de que había cumplido con ser un espacio de difusión que llevara la universidad más allá de sus aulas.

Dos noticias al respecto aparecieron en la edición dominical de *El Tiempo*. Uno de los artículos habló del significado de la Facultad de Filosofía, de la revista y de su nuevo director, Jaramillo para el país. Sobre la revista dice que es un “hecho cultural sustantivo” proveniente de una Facultad que no es una torre de marfil, sino “uno de los institutos de mayor trascendencia de la república”, porque demuestra que en el país había una comunidad que estudiaba “los grandes movimientos del pensamiento universal”, si bien tales estudios estaban destinados a una minoría: el público de elite.

²²⁶ Carta de Danilo Cruz a Cayetano Betancur, Friburgo, 13 de marzo de 1956, Carta de Cayetano Betancur a Danilo Cruz, 8 de septiembre de 1956, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 39-40. Rafael Azula fue ministro de educación en 1951 y el principal ejecutor de la contrarreforma en la UN. Intervino para garantizar que el gobierno universitario quedara en manos totalmente conservadoras y se cerrara el paso a los profesores que no pensarán política y académicamente como ellos. Núñez, “Marxistas”, 373-374.

El artículo definió al “doctor” Jaramillo, como “distinguido filósofo colombiano” idóneo para el cargo, ya que su presencia sería garantía del “rigor científico, el respeto por toda manifestación auténtica del pensamiento y el anhelo de contribuir a formar en Colombia una seria conciencia filosófica”²²⁷. En la otra noticia su autor parte de una consideración similar sobre la destinación a de este tipo de contenidos a una minoría, más valorados “en Europa y Estados Unidos” que en Colombia donde “reina la descomposición mental”. Además de la calidad, Jorge Child destaca la objetividad de la revista entendida como neutralidad política:

... Lo que es más notable estas horas en Colombia, hay libertad de cátedra en sus páginas. No imprime poemas, ni prédicas políticas. Tampoco notas sociales a las notabilidades municipales, departamentales o nacionales. Es una publicación con apresto que no se deja manosear de la plebe intelectual del trópico. Es para unos cuantos y exige esfuerzo como toda faena digna de llamarse cultura.²²⁸

Lo llamativo de estas notas es que celebran la predisposición elitista asociada a los contenidos filosóficos y la participación de Jaramillo en ella. Esta actitud de los lectores de la revista estaba consonancia con el creciente elitismo que resurgió después del 9 de abril de 1948 y que anuló el impulso liberal de reconocer en el pueblo un agente cultural. Mientras tanto, los principales colaboradores en ese año incluyeron a representantes de la elite intelectual hispanoamericana: a Danilo Cruz, Cayetano Betancur, Abel Naranjo, Julián Marías, Juan David García Bacca, Francisco Romero, José Vasconcelos, Alberto Wagner de Reyna, y Jaime Jaramillo Uribe. Hubo mexicanos, peruanos, argentinos y españoles e incluso el sacerdote Ismael Quiles. La mayoría estaban vinculados al catolicismo o a cierta tendencia conservadora. Por eso los contenidos resonaban con esos valores. Así lo evidencian los textos dedicados a esencialismos históricos según la tradición tomista, a profundizar en el idealismo tipo Leibniz o en el orden de la teología católica. Jaramillo no fue inmune a esta atmósfera intelectual.

Para ese momento estaba escribiendo su futuro libro el *Pensamiento colombiano en el siglo XIX*, pero ya que su publicación demoró más de una década, muchos de sus fragmentos aparecieron como artículos en *Ideas y Valores* o en *Studium*. Por lo tanto, la escritura de Jaramillo en esos años no fue ajena al influjo de la filosofía humanista, que en otras palabras quería decir conservadora. Aunque en términos políticos el antioqueño nunca perteneció a esta corriente, sino al liberalismo, su trabajo escrito de los años cincuenta es muy explícito en mostrar su admiración intelectual por

²²⁷ “*Ideas y valores*” [noticia sin procedencia] 1954, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, f. 4.

²²⁸ Jorge Child, “*Ideas y Valores*, sección Leña y fuego”, *El Tiempo*, 26 de septiembre de 1954, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, doc. 4, f. 4.

los ideólogos del conservadurismo colombiano decimonónico: José Eusebio Caro y, especialmente, su hijo Miguel Antonio Caro²²⁹. De hecho, en el segundo número de *Ideas y Valores* Jaramillo quiso demostrar que José Eusebio Caro fue el primer crítico colombiano de la ética utilitaria, en el sentido de que intentó armonizarla con el idealismo e incluso con el teocentrismo tomista. Era como si Jaramillo proyectara su propia posición en los años cincuenta: no luchaba contra los valores humanistas que se impusieron en su entorno, sino que más bien trataba de reconciliarlos con algunos valores modernos, sobre todo la lógica científica como orientadora del trabajo en las “ciencias del espíritu”. Esto lo decimos porque mientras el antioqueño estudiaba la influencia del *ethos* español en la cultura colombiana, también publicó en *Ideas y Valores* varias reseñas sobre la obra de filólogos, epistemólogos tanto metafísicos, como antropológicos y lógicos —la mayoría de origen alemán— con el propósito de afirmar que las “ciencias del espíritu” tenían carácter científico, de manera que no solo estaban a la altura de las ciencias naturales, sino que eran su complemento. Tales fueron las conclusiones que derivó de Ernst Cassirer para quien el problema principal del pensamiento moderno era el del conocimiento; y de Hans Reichenbach, con su interpretación evolucionista de la filosofía que situaba la especulación como una fase pasajera y necesaria en el camino a su forma final: ser ciencia.

Este recorrido por la filosofía de la ciencia le permitió a Jaramillo reforzar su actitud metódica y lógica —experimentada también desde Dewey y Medina Echavarría diez años atrás— como base transversal al ejercicio de varias ciencias sociales en su trayectoria²³⁰. Sin embargo, era sintomático

²²⁹ El primer número de *Studium* (1957) inició con un artículo de Jaramillo sobre la obra de Miguel Antonio Caro y con una sección sobre Gonzalo Jiménez de Quesada. La hispanofilia era evidente y Jaramillo no fue ajena a ella, Serrano, “*Ideas*”, 48. La relación de Jaramillo con Caro fue una marca duradera de su identidad intelectual como lo demuestra su presencia en los eventos conmemorativos de 1986 por el centenario de la Constitución. Entonces, Jaramillo presentó un proyecto titulado “El pensamiento de Miguel Antonio Caro y su influencia en la Constitución de 1886”, que iba a ser publicado por la Universidad de los Andes. Sin embargo, él mismo suspendió la postulación por “razones metodológicas”, siendo revertida la financiación. “Memorando de Isabel Clemente Coordinadora de Comité de Investigaciones Uniandes a Jaime Jaramillo Uribe Departamento de Historia, Bogotá, 12 de diciembre de 1986”, en AJM, JJU, CER, caj. 2, carp. 2, doc. 55, f. 72. A propósito de una conferencia dictada en Manizales en 1980 sobre las corrientes del pensamiento político latinoamericano, un periodista afirmaba que “Miguel Antonio ha sido la gran admiración de Jaime Jaramillo. Eso lo deducimos tanto de los libros como de las palabras del historiador”. El periódico dio a entender que Jaramillo estaba interesado en que se hiciera una historia del pensamiento conservador a la manera en que Molina había hecho la del liberal. El antioqueño reclamaba una mirada analítica y no partidista para mostrar que realmente las divisiones entre partidos no eran tan tajantes. “Hernando Salazar, ‘Latinoamérica: política y economía. La tradición liberal’, *La Patria*, Manizales, noviembre de 1980”, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, doc. 33, f. 26.

²³⁰ En los dos números de *Ideas y Valores* editados en 1954, Jaramillo publicó 7 reseñas, mientras que en las ediciones de 1957 y 1958 de *Studium*, publicó 12. En estos últimos textos se reflejó su reciente estancia en Alemania pues reseñó varios libros editados en Hamburgo, ciudad en la que estuvo por dos años. Los escritos refuerzan la línea teórica que ya venía trabajando en *Idea y Valores*: filosofía de la ciencia alemana en clave de lógica pura, modal y matemática, a la cual se sumaron estudios de historia de la cultura (literatura y arte) en la línea de Johan Huizinga y Hugo Friedrich.

de esos tiempos que en la UN no se hablara de “ciencias sociales”, como fue habitual en la ENS, sino de “ciencias del espíritu”: una interpretación abstracta y homogeneizadora carente de cuerpos, lugares, paisajes, sensibilidades específicas, que además ocultaba los conflictos vigentes que estas humanidades no pretendían resolver, porque se negaban a reconocerlos. ¿Había desaparecido el Jaramillo discípulo de Socarrás, el socialista sociólogo, el economista sensible a la geografía humana de su país contemporáneo? La respuesta es que, en ese momento, sí. Su producción escrita de esos años evidencia que la “colombianización de Colombia” había sido vencida por la exaltación de un universalismo teológico que negaba la autoctonía local para reforzar los lazos espirituales que unían a Colombia con “la verdadera civilización”: la herencia occidental católica en su versión española. Puede que este giro no haya sido ideológicamente premeditado, sino más una estrategia pragmática de adaptación en la que cedió ante algunos requisitos de su entorno para así proteger no renunciar totalmente a su subjetividad (empirismo científico, autonomía, posición social). Parece que la estrategia surtió efecto porque además de las múltiples promociones laborales y de los consecuentes aumentos salariales, la universidad aprobó la comisión para que fuera profesor visitante en la Universidad de Hamburgo entre 1955-1956, la cual fue prorrogada por otro año más. Esta asignación significaba que Jaramillo seguiría devengando sueldo por parte de la UN, mientras enseñaba en Alemania, lo cual le brindaba la comodidad de conservar su estilo de vida y de formarse en otro país sin preocuparse por la urgencia de la supervivencia ([tabla 3](#)), refrendando así su posicionamiento como elite intelectual.

Según Jaramillo su viaje a Alemania tuvo un origen azaroso y espontáneo: con ocasión de la inauguración de un busto de Alexander von Humboldt donado por el Gobierno alemán a la UN, vino Adolf Meiyer-Abich historiador de la ciencia de la Universidad de Hamburgo, quien casualmente inició con él una conservación de la cual resultó el ofrecimiento pasar una temporada en la sección de estudios románicos, subdivisión América Latina de esa institución²³¹. La comisión

Se destaca, también su contacto con la filosofía científica de Karl Popper, especialmente, en *Miseria del historicismo*, como un texto que le ayudó a afinar su interpretación del método en las ciencias sociales. De allí Jaramillo concluyó que era necesario eliminar la creencia en leyes históricas, sociales o del progreso, es decir, reconocer la contingencia humana, para finalmente asumir la historia como una explicación provisional, que, de todas maneras, para elaborarse debía recurrir a la racionalidad del método, identificar las tendencias y reconocer el papel de las instituciones planeadas y no planeadas en la experiencia humana. Jaime Jaramillo Uribe, *Entre la historia y la filosofía* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2002).

²³¹ Jaramillo, *Memorias*, 135. De acuerdo con un informe de 1954 se registró en la Facultad la visita de Rodolfo Grossmann, catedrático de lengua y literatura hispánicas y director del Instituto Ibero-Americano de Investigaciones Científicas de la Universidad de Hamburgo, quien dictó cuatro conferencias para inaugurar el año lectivo: “La ciencia hispanoamericana a través de cuatro siglos”; “Balance espiritual de la América Latina”; “El autor y el público en

aprobada desde rectoría fue celebrada unánimemente por la opinión pública. En el archivo hallamos siete noticias de noviembre de 1954 —un mes antes de su partida— que informaron sobre el “honroso” reconocimiento recibido por Jaramillo. Esto nos indica dos cosas: la primera, que los movimientos de la universidad no solo impactaban en la institución, sino que interesaban a toda la sociedad. La segunda, es que Jaramillo a sus 38 años y con apenas seis años de experiencia docente en la UN había ganado la simpatía de muchos grupos sociales en distintas elites políticas y académicas, aunque entre ellos no se llevaran bien: por ejemplo, la de sus empleadores conservadores en la UN, pero al tiempo la de sus benefactores Danilo Cruz, Rafael Carrillo y Cayetano Betancur, cuya amistad conservó pese a sus exilios o autoexilios por el hostigamiento de esa administración²³². De hecho, entre 1955 y 1956 Jaramillo siguió intercambiando opiniones académicas y políticas con Cayetano y Danilo Cruz. Asimismo, durante su gira de conferencias por el sur Alemania (Marburgo, Mainz, Friburgo y Heidelberg) en octubre de 1956, Jaramillo visitó a Cruz en Friburgo, donde también se reunió con Carrillo y con Mario Laserna, que estaban haciendo estudios de especialización en esa ciudad. Con ellos asistió a una clase de Heidegger e intercambió impresiones sobre el destino político de Colombia en esos años²³³. Pero sumadas a estas simpatías dentro de la UN, es destacable el carisma que despertaba Jaramillo en la opinión pública, como lo demostró el positivo revuelo que causó su viaje a Hamburgo en la prensa y en la diplomacia, pues la embajada de la República Federal de Alemania organizó una “elegante recepción en su honor” en la que participó la colonia alemana en Colombia. El acontecimiento tuvo tanta resonancia porque Jaramillo —a quien los periodistas llaman una de las “figuras más destacadas en el campo de la

Hispanoamérica: esbozo de una sociología Literaria”; “La cultura hispanoamericana: rústica o urbana”. Tanto por la filiación institucional como por los temas tratados lo más probable es que Grossmann haya sido realmente el puente de Jaramillo para llegar a la Universidad de Hamburgo, pues fue él quien organizó las otras giras académicas que este realizó en Alemania. Por su parte Adolf Meyer visitó la UN para impartir tres conferencias sobre filosofía de la biología y concluir el acuerdo de colaboración científica entre esta y el Deutsche Ibero-Amerika Stiftung (Instituto Iberoamericano), aprobado por Acuerdo 114 de octubre 21 de 1954 del Consejo Directivo. Universidad Nacional de Colombia, “Visitantes ilustres”, 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 241.

²³² El conservadurismo logró dispersar el grupo de fundadores de la filosofía moderna en la UN: Carrillo y Danilo se quedaron en estudiando en Alemania por casi siete años. En 1959 Danilo regresó para incorporarse en los Andes. Cayetano, por su parte, se quedó en la UN, pero en los gobiernos conservadores no participó en la Facultad de Filosofía, sino que solo dictó cursos en la Facultad de Derecho. Lamentaba que desde la partida de Jaramillo a Alemania *Ideas y Valores* había quedado en la incertidumbre. Carta de Danilo Cruz a Cayetano Betancur, Friburgo, 25 de mayo de 1955, Carta de Cayetano Betancur a Jaime Jaramillo Uribe, 29 de octubre de 1955, Carta de Jaime Jaramillo a Cayetano Betancur, Hamburgo, 7 de abril de 1955, ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 21-22, 40-42, 43-44.

²³³ Carta de Danilo Cruz a Cayetano Betancur, Friburgo, 20 de octubre de 1956, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 46; Cartas de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Friburgo, 7 de septiembre y 3 de octubre de 1956, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, ff. 14-15v, 20-21. Entre agosto y octubre Jaramillo y Cayetano intercambiaron correspondencia en la que se evidencia la cercanía no solo académica, sino persona entre ellos y sus familias.

cultura contemporánea”— fue el primer profesor o científico colombiano que ocupó una cátedra en una universidad alemana, además por iniciativa de la institución. A esto se añadía la juventud del antioqueño como un factor de valor: para algunos periodistas el antioqueño era representativo de una generación de “nuevos e inteligentes jóvenes investigadores”, “uno de los más altos valores de la inteligencia colombiana joven” que tomaban con “seriedad y responsabilidad el camino de la cultura”, es decir, que dejaban la improvisación del aficionado y asumían el rigor del profesional. Esto quiere decir que antes de ser renovador de la historia, Jaramillo fue visto por el público de su tiempo como ficha clave en la institucionalización de la Filosofía universitaria, entendida entonces como el espacio de trabajo intelectual por antonomasia. “Joven, amable y modesto” Jaramillo fue calificado por la sociedad de los años cincuenta como “uno de los más eruditos y pacientes investigadores de nuestra filosofía”, “profesor de filosofía moderna y jefe del seminario filosofía contemporánea”. Es decir, era identificado como un intelectual profesional porque era ordenado tanto en sus métodos como en su carrera ya que esta no era espontánea, sino que tenía una racionalidad y especialización acorde con sus funciones de docencia, divulgación e investigación. Que Jaramillo era un famoso profesional de la filosofía en esos años lo demuestra que eran públicamente conocidos sus hitos formativos y su trayectoria en la UN iniciada en 1948, donde se lo identifica como director de *Ideas y Valores*, en donde apostó por identificar las relaciones entre el pensamiento americano y el europeo. Además, la publicación de sus artículos en esta revista reveló que estaba escribiendo una historia de las ideas de las grandes figuras del pensamiento colombiano en el siglo XIX como parte de un ambicioso proyecto de *investigación*²³⁴. El optimismo épico con que Jaramillo fue despedido a Alemania —que daba cuenta de su éxito no solo económico, sino social— contrastó con la forma infamante y violenta en que sus excompañeros etnólogos de la ENS, sus maestros socialistas de la UN, y sus amigos filósofos de la Facultad de Filosofía y Letras fueron marginados por el estigma antiliberal y anticientífico del Gobierno conservador.

No había criterio institucional o disciplinar que los salvara, ni siquiera importaba si eran integrantes del conservadurismo: bastaba con que esos intelectuales promovieran *abiertamente* la

²³⁴ José J. Arizola, “En el camino de la cultura”, [noticia sin origen], Bogotá, noviembre de 1954, Honrosa distinción a profesor colombiano, [noticia sin origen], Bogotá, noviembre de 1954, Viaja a Alemania Jaramillo Uribe, [noticia sin origen], Bogotá, noviembre de 1954, Profesor colombiano viaja a Alemania invitado a dictar cátedra universitaria, [noticia sin origen], Bogotá, noviembre de 1954, “Un valor de la filosofía”, *La República*, 25 de noviembre de 1954, Culturales, profesor, [noticia sin origen], Bogotá, noviembre de 1954, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, f. 6, 7, 8, 9, 40.

modernización —materialismo, extranjerismo y populismo, enemigos de la civilización cristiana— para ser expulsados. La carrera de Jaramillo era una especie de flor en el desierto, ¿Azar, carisma, estrategia? Quizá fuera su combinación, en la cual resonaba el pragmatismo —éxito/experiencia como criterio de verdad y lo práctico como criterio de acción— tan afín a la maleabilidad del intelectual moderno. Tales valores estaban presentes cuando dijo que viajaba a Hamburgo para “aprender todo lo que pueda y reunir la mayor *experiencia* posible, para tratar de *ser más útil* a mi regreso”. Lo cierto es que Jaramillo llevó discretamente su estilo modernizador —nunca renunció a su actitud científica expresada en el rigor metodológico, la autonomía intelectual y la probidad empírica—, pero lo aplicó a temas afines al gobierno —fue muy sonado su artículo sobre José Eusebio Caro—, lo que permitió redirigir la atención de sus jefes hacia un discurso (derivado de la investigación) que los dejaba satisfechos, porque a la par que se mostraba metodológicamente objetivo hizo guiños en su contenido a la hispanofilia reinante. De ahí que su transición disciplinar a la historia no pueda desligarse del contacto que tuvo con el tipo de filosofía promovida en la Facultad creada por los conservadores. Decimos esto porque su estancia en Alemania la dedicó a dictar cursos de historia en los cuales diversificó tanto el enfoque como la escala espacio-temporal, en un giro que lo fue acercando al estilo de investigación por el que sería reconocido: Así describía en julio de 1955 su rutina en Hamburgo:

Luego vino mi trabajo en la universidad donde me adjudicaron 7 horas semanales de clase. En los dos semestres [trimestres] dicté dos cursos, uno sobre historia social y económica de América Latina en los siglos XVI y XVII y otro sobre Colombia en el siglo XIX (economía, sociedad e ideas). Además, tuve que dirigir ejercicios de investigación para estudiantes del seminario de lenguas románicas que hacen tesis sobre temas hispánicos.²³⁵

Adicionalmente, el Instituto Iberoamericano de Hamburgo le encargó dictar semanalmente conferencias “para dar una visión de síntesis sobre la historia, geografía, economía e historia de la cultura colombianas y latinoamericanas”. Por iniciativa de Rodolfo Grossmann a finales de 1956 Jaramillo también hizo una gira a otras universidades alemanas (Aachen, Frankfurt, Marburgo, Berlín y Bonn) para impartir conferencias en estos temas, siendo una de ellas sobre “aspectos fundamentales de la sociedad y la cultura en Hispanoamérica”²³⁶. En ese sentido, 1955 y 1956 fueron años fértiles en varios sentidos, pues entonces Jaramillo repartió su tiempo entre dictar clases, escribir conferencias, estrenarse como papá e intentar ser negociante. El estilo de vida

²³⁵ Hamburgo era una ciudad reconocida por su interés latinoamericanista. Jaramillo afirma que la mitad de volúmenes de la biblioteca de su universidad eran de autores hispanoamericanos. Carta de Jaime Jaramillo a Cayetano Betancur, Hamburgo, 4 de julio de 1955, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, f. 43.

²³⁶ Jaramillo, *Memorias*, 140-141.

familiar se apreciaba así cercano a formas modernas, ya que no siguió las representaciones esperadas sobre los roles de género en el matrimonio. Ni Jaramillo, ni Yolanda vieron limitadas sus carreras por la paternidad o maternidad, pues, aunque su hijo Lorenzo ya tenía un año a finales de 1956 lo dejaban con una niñera y su papá pasaba a visitarlo cada fin de semana, mientras su mamá hacía algunos estudios en París²³⁷. Por otro lado, vemos que mientras Jaramillo estudiaba en las bibliotecas, también sopesaba la idea de importar telas de Hamburgo para complementar sus ingresos. Esto quiere decir que el antioqueño no solo era un productor de ideas, sino también un activo consumidor de mercancías que, incluso seguía interesado en el mundo comercial. Si su participación de la clase media se había identificado por su condición de intelectual, también es cierto que sus patrones de consumo lo acercaban a la dimensión económica de esta categoría, ya que revelaban un nivel de vida más holgado que el promedio y que sus excompañeros normalistas que aún para esas fechas sufrían las secuelas laborales de la persecución conservadora²³⁸. Por el contrario, la correspondencia con su esposa evidencia el manejo de dólares en sus finanzas y la disposición de presupuesto para artículos de lujo. Por eso es paradójico que aludieran a la “difícil” situación económica colombiana y al interés de aumentar sus ingresos para evitar “morder su capitalito” ante la insuficiencia de un solo sueldo, pues la contabilidad doméstica mostraba lo contrario, una posición privilegiada: posesión de acciones en Bavaria, Colombiana y Suramericana, un lote y un ahorro de 3000 dólares —equivalentes 7500 pesos—, además de contar con el apoyo de la UN para adelantar su salario y pagar el viaje de regreso desde Alemania²³⁹. Lograr esta

²³⁷ Esto significa que la experiencia de *clase media* en Jaramillo no opuso el bienestar personal —“tranquilidad de clase”— con otros objetivos menos privados, pero igualmente ligados a esa experiencia como la emancipación intelectual. Para otros hombres profesionales de esos años la estabilidad matrimonial era sinónimo de una vida doméstica y burocrática monótona que reducía la posibilidad de asumir posturas políticas radicales que implicaban “conocer y caminar el país”. Quizá porque Jaramillo ya había sido estudiante militante en su juventud y porque el giro del movimiento estudiantil llegó cuando tenía 50 años, fue ajeno a estas lógicas de tal manera que pudo vivir sin mayor contradicción su experiencia *clase media* sentimental y familiar, ya que no entorpeció, sino que más bien complementó su evolución intelectual y la de su esposa, creando, un tipo de familia *armónica*, moderna para todos sus integrantes. Ahora, tal redistribución fue posible porque las tareas del hogar no se atribuyeron a la esposa, mamá y antropóloga, sino que se desplazaron a una empleada del servicio doméstico. Ricardo López, “‘Una democracia musculosa’. Identificaciones profesionales, lucha de clases y la radicalización política de la clase media en Bogotá, 1958-1965”, *Contemporánea: historia y problemas del siglo XX* 5, no. 5 (2014): 59; Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora y Lorenzo Jaramillo, Sevilla, 27 de noviembre de 1975, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, f. 83.

²³⁸ Paradigmático fue el caso de sus padrinos matrimoniales: Edith Jiménez y su esposo Santiago Muñoz —ambos compañeros de la ENS— quienes desde el 9 de abril de 1948 fueron despedidos de las instituciones oficiales, quedando marginados laboralmente por varios años. Tuvieron que “rebuscar” su subsistencia con oficios artesanales hasta que él fue contratado en 1955 por una compañía de seguros. Pilar Muñoz, “Edith Jiménez de Muñoz: *manos que nunca descansaron*”, *Baukara*, no. 3 (2013): 165-166.

²³⁹ Cartas de Jaramillo Uribe a Yolanda Mora, Hamburgo, 15 de octubre, 19 de noviembre y 28 de noviembre de 1956, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, ff. 23, 30-31, 33-34.

estabilidad material no hubiera sido posible sin que la UN remunerara sus ideas, incluso en una administración conservadora, con la cual él procuró congeniar temáticamente. Esta afinidad temática es un factor crucial para entender el éxito de su carrera, ya que ella explicaría el elitismo eurocéntrico que tomaron sus reflexiones, investigaciones y cursos de historia de la filosofía contemporánea e historia de la cultura que produjo en Colombia y Alemania durante los años de 1950. Ese elitismo cultural se camufló en una concepción humanista de la universidad que buscaba reivindicar los valores del espíritu por encima del excesivo especialismo técnico. Tal fue la mirada que Jaramillo planteó públicamente 1953 en su ponencia “La filosofía en Colombia”, dictada en un ciclo de conferencias de la Biblioteca Nacional organizadas por su Facultad, de la cual era decano encargado en ese momento. Bajo la dicotomía “civilización material” y “alta cultura” el antioqueño advierte que la rigurosa y científica filosofía europea les permitió desarrollar a su países una cultura fuerte, mientras en Colombia dominaba el crudo materialismo. De ahí que se preguntara cuál era la función moderna de la universidad: por un lado, admite que su primera tarea es la de producir profesionales, pero, por otro añade que también producir ciencia, siendo esta “lo único perenne en individuos y naciones”, lo que no se vende. Por tanto, el objetivo de la conferencia era evaluar la utilidad de la filosofía *en* Colombia para revertir su asimetría cultural frente a Europa. Para buscar la respuesta Jaramillo hizo un balance: ¿cuál era la tradición filosófica colombiana? La utilitarista afín a liberales como Rojas y Samper y la hispanista/tomista defendida por Miguel Antonio Caro, a quien Jaramillo llamó “la personalidad intelectual más sólida del país”, por haber combatido el relativismo al fundamentar la ciencia en un valor perenne —honestidad— en lugar de lo contingente —utilitarismo y el placer—. ¿Cuál era el sentido de esa tradición? En esta respuesta resuena, al menos teóricamente, el Jaramillo sociólogo pues reconoce que su misión no era juzgar tales ideas, sino conocerlas contextualmente, porque “la historia de las ideas no explica la historia”. En esta conferencia asegura que la raíz de los procesos ideológicos está en la materialidad de las relaciones sociales. A partir de allí aventura una explicación sobre la “inmadurez política” de los pueblos latinos frente a los anglos. Para él este fracaso latino radicaba en el predominio de unas ideas, de una filosofía rígida, excesivamente teórica que llevó a la forma extrema del idealismo: el sectarismo.

Por eso invitó a combatir esa fragilidad política expresada en los ismos (partidismo, clasismo —aunque implícitamente él era clasista—) con el desarrollo de un pensamiento que no descansara en las grandes figuras, sino que partiera de la unión entre una clase dirigente sólida y el pueblo que era

la “reserva inagotable de sus conductores”²⁴⁰. Pero esta alusión a lo *popular* parece más retórica, pues la ciencia se presenta regularmente en sus reflexiones como un valor *espiritual* que, con la sociedad de masas (del pueblo podría decirse), siempre parece amenazado. Por eso habla de “alta cultura” para diferenciarla de la cultura de masas, atribuyendo a la universidad la misión de preservar la primera. Tal mirada elitista universidad fue ligeramente matizada en la conferencia “Renacimiento de la universidad alemana” dictada en 1957 en el Instituto Colombo-Alemania. Jaramillo inicia con la siguiente pregunta: ¿cómo explicar el prestigio social del profesor universitario alemán? Porque su tradición universitaria había sido científica por antonomasia: las ideas más creativas la sociedad alemana surgían de la ciencia producida en la universidad y no de la ideología, o sea fuera y en contra de la universidad como en Francia. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial había herido ese legado científico de Humboldt: la ideología nazi había contaminado la autonomía que lo sustentaba. La reconstrucción espiritual de la universidad era la gran tarea alemana de la posguerra y, de hecho, la gran tarea de la sociedad contemporánea que debía preguntarse ¿cómo relacionar investigación, enseñanza y formación? O en otras ¿cuál es la misión de la universidad desde la segunda posguerra? De Ortega y Gasset —muy leído en Alemania— Jaramillo rescata que presentara el debate sobre el “especialista de bárbaro”, pero descarta la solución propuesta por él porque partía de separar profesión, ciencia, y cultura, priorizando esta última. La pregunta de Jaramillo era más compleja que eso: ¿cómo asumir el vínculo entre investigación (creación), profesión (práctica) y formación/cultural general (transmisión/tradición) en la época técnica, de la especialización y la sociedad de masas? Su respuesta es que ciencia no es solo investigación (creación), ni cultura es solo información (tradición), porque la ciencia es la combinación no excluyente de creación y tradición. Así Jaramillo plantea una sugerente definición de la universidad como el espacio de *tensión* (y no armonía) entre revolución y tradición.

Tensión que el modelo universitario alemán había modulado a través de la síntesis entre formación general y especializada y en la aceptación de que la tradición/información era insuficiente para entender la realidad porque no “puede dar imagen del mundo quien no haya contribuido a crearla”²⁴¹. En este punto la irrestricta universidad humanista defendida por Jaramillo en 1953, que

²⁴⁰ Jaime Jaramillo Uribe, “Tradición y tareas: la filosofía en Colombia”, *El Tiempo*, 22 de noviembre de 1953, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, f. 3.

²⁴¹ Jaime Jaramillo Uribe, “Renacimiento de la universidad alemana [1957]”, en *De la Sociología*, 169-174.

priorizaba la cultura clásica como forma esencial de ciencia, dio paso a una visión más moderna en tanto no omitía el papel de la investigación como manifestación científica y la necesidad de profesionalizarla en esa complementariedad fértil con la tradición. En su conferencia de 1953 Jaramillo caracterizaba la enseñanza universitaria colombiana como “afilosófica”, es decir, enfocada en lo material y técnico. La masificación y su lógica de producción serial eran vistos por él como un problema más que como una solución: “Para progresar materialmente se necesitaban centenares de técnicos, pero hacerlo espiritualmente requería pocos hombres, uno solo bastaba para dar categoría cultural a una nación”. Es decir, la investigación filosófica era leída como un concepto moral-metafísico y no como profesión. Era un intento por contrarrestar la disrupción de las masas, pues estas habían roto la identificación entre clase y cultura (la alta cultura aristocrática y la *incultura* proletaria), creando así un conflicto típicamente moderno en el intelectual: pertenecer a la *sociedad* de masas, pero a la vez tener cierta aversión a la *cultura* de masas²⁴². Tal visión elitista de la educación era compatible con la institucionalización de la filosofía, porque solo las minorías estaban capacitadas para practicarla universitariamente. Ahora bien, en la conferencia de 1957, Jaramillo no insistió tanto en ese elitismo cultural, sino en la función de la filosofía como paradigma del pensamiento científico, es decir, para mostrar que la ciencia era un instrumento capaz de superar la tradición sin romperla. Este fue un manifiesto ideológico implícito: la preferencia del antioqueño por opciones reformistas de cambio en detrimento de las revolucionarias, un método que no solo fue afín a los conservadores, sino que lo sería en los años del Frente Nacional. Pese a esta posición ambigua frente a la masificación y, por tanto, el pueblo, se evidencia en Jaramillo la permanencia del legado antifascista incorporado en su momento militante: la indeclinable defensa de la autonomía intelectual. Tanto en 1953 como en 1957 Jaramillo advierte que la filosofía, creación de “cultura superior”, dependía “del vagabundaje intelectual”. Por eso, los Estados que lograran equilibrar su tarea institucional con la espontaneidad intelectual serían los aliados de la tradición creativa occidental.

Con la figura del filósofo Jaramillo no definió un tipo específico disciplinar, sino el paradigma epistemológico del intelectual humanista: espíritu libre por excelencia, conciencia de los problemas antes que de las respuestas acabadas porque “el espíritu que no interroga deja de ser espíritu”. Con

²⁴² La burguesía no se identifica con la alta cultura, de ahí que la cultura de masas asociada con su emergencia sea la producida industrialmente, por las industrias culturales. Ante este desajuste de las jerarquías, la respuesta orteguiana autodefensiva fue el elitismo: que los intelectuales reclamen su destino de salvar a la masa irreflexiva, ser su guía. Edward Shils, *Los intelectuales y el poder* (Buenos Aires: Tres Tiempos, 1976), 20-21.

tal actitud este tipo intelectual no tendría enemigos, ni hostilidades porque lo encauzaba hacia un sano antidogmatismo²⁴³. En esas afirmaciones Jaramillo parecía estar describiéndose a sí mismo, pues una disposición de esa naturaleza fue la que le permitió sobrevivir en la universidad conservadora: no aceptaba todas sus ideas, pero sabía mostrarse neutral en las polémicas. Era la realización de una ideología que no parecía ideología. Esta referencia a su propio ejercicio investigativo de esos años revela otro elemento afín al conservadurismo: la interpretación eurocéntrica de la historia. Tal mirada fue evidente en su trabajo intelectual de esos días dedicado a identificar la recepción y adaptación en el pensamiento local de las doctrinas europeas (española, inglesa, francesa) en la configuración posindependencia del Estado colombiano. Que ese contrapunto decimonónico con Europa existió es un hecho innegable, pero al observar otros escritos del antioqueño se vislumbra que esa forma de mirar la relación entre América y Europa fue más que una conclusión empírica, era sobre todo una postura ideológica: eurocentrismo. En 1953 Jaramillo participó de dos eventos en los que manifestó esta inclinación: el Congreso de Filosofía (Quito) y la conferencia dictada en la Biblioteca Nacional²⁴⁴. A esto se suma la reseña publicada en marzo de 1954 en *Ideas y Valores* sobre el libro *América como conciencia* publicado en 1953 por Leopoldo Zea —filósofo mexicano del latinoamericanismo integral—; la conferencia “El *ethos* español como ideal” que inauguró el seminario de estudios romances de 1955 en el Centro de estudios Intelectuales de Iberoamérica de la Universidad de Hamburgo; y la conferencia “Los fundamentos espirituales de América del Sur” dictada en Maguncia, Alemania en 1956²⁴⁵. En ellos Jaramillo hizo una diatriba contra el autoctonismo americanista como principios rectores de la identidad continental. Ese americanismo se fundaba en la sospecha de la herencia colonial española, percibida como un elemento extraño que disminuía la “independencia mental americana”.

Ante ello, Jaramillo se pregunta qué tipo de relación positiva podía establecerse con el pasado indígena “precolombino”, pues consideraba que el recurso a una singularidad totalmente

²⁴³ Jaime Jaramillo Uribe, “Obligaciones del pensamiento: la filosofía en Colombia”, *El Tiempo*, 29 de noviembre de 1953, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, f. 1.

²⁴⁴ Sobre esta participación quedó un informe dirigido al entonces decano Cayetano Betancur que fue publicado en la revista *Bolívar*, que era el órgano de difusión del Ministerio de Educación conservador. Cabe apuntar que en 1953 Jaramillo también publicó en esta revista otro capítulo de su obra en curso: “Romanticismo y utopismo en el pensamiento colombiano del siglo XIX”. Jaramillo y Safford, “An interview”, 14.

²⁴⁵ “Die geistigen Grundlagen Südamerikas”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, Maguncia, Alemania, 9 de febrero de 1956”, “Spanischs Ethos als Leitbild” [Nota de prensa alemana sin procedencia], febrero de 1955, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, ff. 10 y 41. La conferencia de 1957 fue publicada como “Caro y Alberdi: dos posiciones frente al problema de la orientación espiritual de América”, en *Studium*, Jaramillo y Safford, “An interview”, 14.

desvinculada de Europa era la máxima expresión de un relativismo ajeno al rigor intelectual y que desorientaba la educación retrasando la formación de una elite intelectual basada en el universalismo científico. La ciencia era la única capaz de combatir la fragmentación de todos los “ismos”. Jaramillo no desconocía la existencia de singularidades y contextos americanos, pero para él estos no debían ser el punto de llegada del pensamiento filosófico, sino el de partida, porque la cultura era integracionista: aspiraba a lo universal y no a lo particular. Y si bien Hispanoamérica tenía un “cruce con lo negro e indígena”, su base era el derecho romano, el castellano y la religión, la herencia cristiano-española que brindaba un suelo común a todo el subcontinente. Por eso Jaramillo reconoce como única tensión espiritual hispanoamericana la que se dio entre modelos europeos y no entre Europa e indígenas: la oposición entre el materialismo anglosajón (Alberdi en Argentina) y el catolicismo español (Caro en Colombia). La llegada del movimiento indigenista a ese debate fue posterior, siendo calificado por Jaramillo como un “romanticismo político y social”. En este escenario la misión filosófica para un “continente adulto” era impedir la pérdida de esa herencia que conectaba Hispanoamérica con Occidente. El *ethos* español, la cultura hispano-cristiana era mostrada por Jaramillo como la esencia indiscutible del desarrollo intelectual y la identidad iberoamericana en el siglo XIX. En ese sentido, la tarea atribuida a la filosofía en el siglo XX no era corresponder al indigenismo emergente, sino asimilar los valores técnicos, la visión anglosajona (progreso material) sin anular los valores tradicionales (civilización cristiana). Uno de los argumentos de Jaramillo contra el indigenismo como filosofía identitaria era su anacronismo: las culturas precolombinas no tenían el sentido vivo que tuvo para sus portadores. Pero este anacronismo era intencionalmente selectivo: porque el Imperio español que fue el cordón umbilical de América con Occidente también era ya un fenómeno del pasado, por más vistosos que fueran sus legados (religión y lenguaje). Además, también era anacrónico negar los procesos de transculturización entre indígenas, africanos y españoles, y, desconocer su existencia del presente de la nación, como si se hubieran extinto.

Por eso sostenemos que esta historia de las ideas no fue un trabajo investigativo neutral, sino revelador de una ideología, en este caso el europeísmo filosófico. Esto significaba que Jaramillo usó las palabras “filosofía” y “ciencia” como herramientas para subsumir en su universalismo, en su espiritualidad unitaria, las divisiones que se dan en la materialidad. Esta perspectiva permitía armonizar a las elites con las masas, haciéndolas convivir en esa patria espiritual homogeneizadora —que ocultaba los conflictos de esas masas compuestas, entre otros, por afros e indígenas—

además porque esas elites filósofas serían sus guías. Por estas características este programa de investigación fue plenamente compatible con la política cultural de los gobiernos conservadores entre 1950 y 1957, razón que explicaría la excepcionalidad de la trayectoria de Jaramillo en la UN. Así, los años del joven socialista y del sociólogo forjado en el apasionado colombianismo cultural de Socarrás parecían lejanos frente al prestigioso profesor de filosofía. Haber construido un trabajo científicamente justificado y orientado por el europeísmo filosófico le permitió a Jaramillo llevar a cabo una discreta resistencia para permanecer en una universidad de tintes dogmáticos sin renunciar, o más bien para defender activamente un valor moderno esencial: la autonomía universitaria. A pesar de que Jaramillo fue respaldado por todas las administraciones conservadoras —incluso Rojas Pinilla— pudo permitirse actuaciones políticas parcialmente críticas frente a esos gobiernos en las cuales asumió una clara apuesta por valores modernos representados en la libertad y el bienestar de la juventud universitaria. Habiendo sido en el pasado un activo dirigente estudiantil, Jaramillo se puso del lado de los estudiantes cuando los excesos del Gobierno los llevaron pasiva y activamente hacia la muerte. La ocasión para su resurgimiento como intelectual normativo se dio con la masacre ocurrida en 1954 en el primer aniversario de Rojas en el poder. Durante el periodo Gómez-Urdaneta (1950-1953) ocurrieron dos fenómenos negativos para el orden público: primero, la asfixiante toma de la institucionalidad a manos del clientelismo conservador; y segundo, el recrudecimiento de la violencia con niveles de letalidad exorbitantes que hicieron insostenible la crisis política. Ante la imposibilidad de una resolución dialogada entre los partidos que la causaron, sus elites negociaron un acuerdo con las Fuerzas Armadas representadas por el general Gustavo Rojas Pinilla, para que diera un golpe de Estado el 13 de junio de 1953. Se eligió a un militar porque se creía que ese rasgo le daría neutralidad política: no sería identificado con ninguno de los dos partidos tradicionales, sino con su profesión. De ahí que personas de diferentes credos políticos —excepto comunistas y laoreanistas— aceptaran que este recurso a la Fuerza Pública no contradecía, sino que propiciaba la reconquista democrática²⁴⁶.

Incluso Jaramillo afirmó que el 13 de junio “abrió una perspectiva promisoriosa y existían justas razones para pensar que sus efectos llegarían también a la Universidad”²⁴⁷. Lo militar en ese

²⁴⁶ Antonio García, exmaestro y amigo de Jaramillo, fue un caso paradigmático de esa asunción aparentemente contradictoria entre democracia y militares, máxime por su adscripción socialista. El argumento con que justificó su apoyo a Rojas fue que la dictadura en sí no era revolucionaria, pero sí propició una coyuntura revolucionaria que permitiría golpear a la oligarquía para retomar los intereses populares. Núñez, “Marxistas”, 394-395.

²⁴⁷ Jaime Jaramillo Uribe, “La universidad: a propósito de la tragedia”, *El Tiempo*, 11 de junio de 1954.

contexto no era sinónimo de autoritarismo, sino de sana despolitización. Rojas representó así una tercera fuerza neutral propuesta por las elites como una estrategia transicional para estabilizar al país en el corto plazo. Ahora bien, aunque Rojas fue pensado como una solución pasajera, este ganó tanta popularidad que resultó elegido democráticamente como presidente para el periodo 1954-1958. En su gobierno anticomunista y populista realizó programas de asistencia social e infraestructura que devolvieron a la población la esperanza de restaurar un gobierno popular. Sin embargo, de ahí en adelante aparecieron otros sucesos que, sumados a su popularidad entre las masas, alertaron a las elites tradicionales de revertir esa estrategia: su imagen pacificadora podía tornarse autoritaria en cualquier momento. Si con Laureano hubo un ánimo represivo, con la presidencia de Rojas esa actitud se intensificó, como lo demostró su decisión de cerrar uno de los periódicos liberales de mayor circulación: *El Tiempo*. Así lo evidencia una carta entre Betancur y el liberal Carlos Sanz, donde en medio de su perplejidad política teorizó sobre la razones del éxito de Rojas:

El conservatismo recibió un golpe mortal al no permitir el gobierno que se reunieran la constituyente. Sin embargo, este hecho no ha determinado, oposición a fondo. El partido liberal sufrió otro golpe mortal con la clausura de *El Tiempo*. Ese hecho ha producido gran desazón, pero no por un afecto inexistente al periódico, sino porque tal medida significa la represión de la libertad de criticar al gobierno a la que somos tan adictos los colombianos. Pero, tal clausura no ha producido la conmoción que habría creado hace un año. Ello debido quizá a la prosperidad económica y a que las gentes no ven hoy en el posible encuadramiento de los partidos, más salida que una guerra civil. El receso está operando por efecto de un “golpe de opinión” y no de una imposición del gobierno o de las directivas políticas. La buena economía permite a la gente trabajar con rendimientos para el Estado sin que este por lo mismo tenga que coaccionar demasiado a los ciudadanos. Tan poco importa lo que haga el Estado cuando no toca el bolsillo de la ciudadanía.²⁴⁸

En este escenario, Jaramillo reapareció políticamente en razón de la masacre estudiantil del 8 y 9 de junio de 1954²⁴⁹. La violencia física fue la gota que derramó el vaso en una serie de fenómenos autoritarios de clientelismo y negligencia dentro de la UN, que lesionaron no solo su desempeño como primer centro científico del país, sino que vulneraron los derechos de “diez mil estudiantes que constituían lo mejor de la patria, que por años habían presenciado impotentes el atropello a

²⁴⁸ Carta de Cayetano Betancur a Carlos Sanz de Santamaría en París, 21 de septiembre de 1955 en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 30-32.

²⁴⁹ El 8 de junio se conmemoraba la muerte del estudiante Gonzalo Bravo Pérez asesinado por carabineros en 1929. Cada año los estudiantes marchaban al cementerio para recordarlo, pero ese año Rojas ordenó al alcalde de Bogotá prohibirlo. Los estudiantes no acataron la orden y cuando volvieron a la UN seguidos por una patrulla militar, la tensión en el campus creció hasta que dada la orden de desalojo por el rector se oyó un disparo que alcanzó Uriel Gutiérrez, estudiante de medicina y filosofía. Al día siguiente 3000 estudiantes de distintas universidades marcharon para exigir justicia y en medio de las escaramuzas otro disparo generó una estampida que recibió a mansalva los disparos de las Fuerzas Armadas dejando un saldo de 8 estudiantes muertos. José Abelardo Díaz, “Una fecha trágica: 8 y 9 de junio de 1954”, *Credencial Historia*, no. 398 (2023).

todos los valores”²⁵⁰. En 1954 Jaramillo era el representante profesoral de la Facultad de Filosofía, lo cual quiere decir que tampoco había sido tan ajeno a la política universitaria mientras era docente. Acorde con su espíritu democrático y autonomista, la noticia de la masacre estudiantil no lo dejó indiferente y asumiendo su rol de intelectual normativo, de conciencia crítica intolerable a la injusticia, intervino públicamente a través de dos tipos de acciones: publicando un artículo de opinión en un periódico de circulación nacional e integrando una comisión universitaria que se reunió con el presidente Rojas Pinilla. El artículo apareció en *El Tiempo* para rechazar la masacre y a su vez denunciar los sistemáticos atropellos cometidos durante años por los gobiernos conservadores contra el estudiantado. Ello daba cuenta de la desafortunada politización de la UN, del sectarismo “anticientífico” y “antinacional que la había convertido en botín burocrático con el que se pagaban favores políticos entre conservadores. En un tono dolido, el antioqueño advierte que la masacre solo era la cara visible de fenómenos de larga duración que habían socavado la estabilidad de la UN desfigurando sus fines científicos y morales como centro “destinado a formar sus clases dirigentes”. Llama la atención que Jaramillo afirmara haber denunciado en otras columnas las anomalías que se venían presentando, especialmente, bajo el gobierno de Laureano. De hecho, se refiere a su Decreto Reorgánico como el inicio de una política autoritaria que destruyó los dos principios de la universidad moderna: la autonomía, al acabar con el cogobierno y el equilibrio de poderes; y su objetividad científica, al establecer y justificar su política de “tierra arrasada” que llevó a la destitución arbitraria de profesionales expertos sustituidos por personas sin interés en la cultura y el estudiantado, pero afines al Gobierno.

En ese contexto la llegada de Rojas en junio 1953 fue vista por Jaramillo con optimismo, el cual se rompió al constatar que en la UN siguió la política “antidemocrática” prolongando un gobierno universitario impopular y desconectado del estudiantado. La primera decepción fue en 1953 durante las elecciones del consejo directivo de la UN, cuando el ministro de educación manipuló la situación

²⁵⁰ Jaramillo, “La universidad”. El movimiento estudiantil de la UN tuvo su última huelga en junio de 1952, pues a partir de allí el Gobierno las prohibió y nombró a un militar como administrador de las residencias estudiantiles. Desde entonces el ministro de Educación, Lucio Pabón, intentó desarticularlo al crear la Federación de Universitarios Colombianos (FUC) como mecanismo para satisfacer la sociabilidad estudiantil, pero sin los reclamos de autonomía y libertad. En julio de 1954 el movimiento estudiantil renació bajo la forma Federación de Estudiantes Colombianos (FEC) para oponerse a la dictadura de Rojas en clara respuesta a la masacre de junio. El Gobierno culpó de la masacre a los estudiantes, a los comunistas o a las fuerzas enemigas (laureanistas) que querían desprestigiar el Gobierno, pero el informe final, reveló que solo se hallaron balas de fusil, armas administradas por efectivos militares. Núñez, “Marxistas”, 379-380; Miguel Beltrán, “La Federación de Estudiantes Colombianos (FEC) y las luchas universitarias bajo la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla”, *Cardinalis*, no. 10 (2018): 19-21.

para reelegir a sus representantes, muchos vinculados a las administraciones conservadoras anteriores, burócratas más interesados en la nómina, que en la ciencia. La segunda decepción fue que en ese año murió un estudiante por falta de auxilios médicos, sabiendo que sus compañeros habían reclamado la construcción de una clínica y de más residencias; peticiones que habían sido ignoradas por este gobierno. Para Jaramillo la masacre no podía ser una escena más de ese paisaje descompuesto, sino un llamado de atención a reelaborar una política universitaria que tuviera como base el bienestar estudiantil: para recuperar su confianza había que restituir la autonomía, el cogobierno, la estabilidad laboral y elegir meritocráticamente los profesores. Jaramillo impugnaba así la imagen de la UN como “una fábrica muerta de profesionales” convertida en trinchera política y burocrática, e invitaba a restaurar su destino trascendental de ser “el más alto cuerpo espiritual de la nación”²⁵¹. Tal invitación no fue retórica: Jaramillo dio ejemplo de acción como representante de la Facultad de Filosofía en una comisión interfacultades que durante una hora y cuarenta y cinco minutos se reunió con el general Rojas Pinilla y el ministro de Educación, Daniel Henao Henao para “plantearle los principales problemas de la universidad y pedirle una pronta solución de los que estiman los comisionados de urgente necesidad para la marcha normal del primer centro del país”. En los detalles se apunta como prioridad “plantearle al jefe de Estado el problema vital de la universidad consistente en la designación del rector como hecho primordial para el sosiego de dicha entidad y evitar algunas divisiones [...]”²⁵². Adicionalmente, Jaramillo aprovechó su puesto como director de *Ideas y Valores* para dar visibilidad a los eventos del 8 y 9 de junio. Aunque en las noticias sobre esta revista los periodistas solo mencionaron sus contenidos académicos, e incluso insinuaron que su valor radicaba en “no incluir prédicas políticas”, lo cierto es que en el segundo número de 1954 (11-12) bajo la dirección de Jaramillo —último hasta 1962—, este publicó los documentos oficiales relativos al asesinato de Uriel Gutiérrez el 8 de junio: primero, el Decreto 1801 de 9 de junio de 1954 de Rojas Pinilla en que lamentó el hecho declarando tres días de duelo nacional; y segundo, la resolución de la Facultad de Filosofía por la cual se otorgó póstumamente

²⁵¹ Jaramillo, “La universidad”; Universidad Nacional de Colombia, “Facultad de Filosofía y Letras”, 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 17.

²⁵² “Los profesores se entrevistaron con el presidente ayer” [noticia sin procedencia, junio 1954] en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, doc. 5, f. 5. Los otros profesores de la comisión fueron el médico obstetra José del Carmen Acosta Villaveces, el médico salubrista Pedro Eliseo Cruz, exministro de salud, que atendió a Gaitán durante su atentado y Gustavo Maldonado representante de la Facultad de Ingeniería. A raíz de los sucesos del 8 y 9 de junio el rector Julio Carrizosa fue remplazado sucesivamente por Abel Naranjo, amigo de Jaramillo e integrante de la Facultad de Filosofía; por el coronel José Manuel Agudelo, muestra de la respuesta defensiva del Gobierno; y desde agosto por el médico Jorge Vergara Delgado, quien estuvo hasta febrero de 1957, lo cual evidenció que el diálogo con los profesores tuvo algún efecto. “Apéndice. Rectores de la Universidad en el periodo 1954-1964”, en *Frente Nacional*, 383.

el doctorado en Filosofía y Letras a Uriel, estudiante de penúltimo año siendo “el más aventajado alumno de su curso”²⁵³.

Que Gutiérrez perteneciera a la Facultad de Filosofía pudo influir en que Jaramillo le diera visibilidad en la revista. En todo caso las acciones del antioqueño con relación a los hechos de junio, deja ver que su figura reflejaban la tensión paradigmáticamente moderna entre el intelectual y el poder, pues por un lado, en su carrera docente trabajó exitosamente bajo los gobiernos conservadores, y en su actividad académica asumió una orientación teórica de historia de las ideas que, intencionalmente o no, lo hizo congeniar con ellos —validar el hispanismo cristiano como sustrato de la identidad americana, sumado a su obstinado interés en Miguel Antonio Caro—. Pero, por otro lado, los archivos muestran su activa participación administrativa en la universidad como una forma de reactualizar su faceta política en la cual la defensa de la libertad científica heredada de su juvenil antifascismo era un valor innegociable. Haberse perfilado como intelectual académico en medio un contexto reaccionario le reveló a Jaramillo el inevitable conflicto de ese rol: por un lado, podía asumir una función crítica y creadora (para la teoría), pero sí se descuidaba podía ser simplemente un agente de propaganda. Jaramillo redireccionó astutamente esta dificultad a su favor: en lo académico mostró afinidad con los conservadores, pero en lo práctico fue crítico de su arbitrariedad y dogmatismo. A la manera de un hábil funambulista el antioqueño pudo proteger su carrera profesional sin renunciar a ciertos valores de justicia social, con lo cual mostró otro rasgo atribuido a los intelectuales modernos: el desapego a los ideales, que en Jaramillo tomó la forma de un contundente pragmatismo. A los intelectuales modernos se les ha definido como grupo intersticial, inestable, que “flota libremente” y es propenso al “vagabundeo ideológico” suscitado por la educación universitaria que recibieron. Efectivamente, el paso por la universidad les permite percatarse de más de una perspectiva para un problema, siendo consecuencia de ello la maleabilidad de sus posiciones. Su política es heterodoxa pues su filiación no se hará al costo de renunciar a la movilidad e independencia que son su patrimonio²⁵⁴.

²⁵³ Serrano, “*Ideas*”, 47.

²⁵⁴ Mannheim, *Ideología*, 137, Bourricaud, *Los intelectuales*, 50. “The apparent lack of social identity [...] Let him join parties, but with the point of view which is particularly his [...] His affiliations must not become a source of selfabnegation, but added occasions for critical analysis. Bureaucratic machines are well able to create the [...] conformity they need, but to survive in the long run they also must use critical judgment which the controlled mind does not produce”. Los intelectuales son ese tipo de mentes no subyugadas. Karl Mannheim, *Essays on the Sociology of Culture. Collected Works Volume Seven* (Nueva York: Routledge, [1956] 2003), 170.

Sin duda, esta adaptabilidad fue un rasgo característico de Jaramillo que influyó para que por más adversas que fueran las situaciones o más diferentes que fueran sus interlocutores, siempre encontrara la forma de conectar evitando la marginación propia y la anulación del otro. Así lo demuestra en una respuesta a su ansiosa esposa desempleada: “No hay que dejarse amilantar o desesperarse, no podemos aferrarnos a las cosas. Cambiar de ambiente es duro, pero hay que estar dispuesto a hacerlo. Yo lo sentí cuando dejé la UN... Hay que hacerles frente a las situaciones. Resolver ese problema psicológico con coraje”²⁵⁵. Esto lo mencionamos porque Jaramillo fue un defensor comprometido de la autonomía intelectual, pero a la vez fue lo suficientemente flexible como para negociar con los poderes que inevitablemente participarían en institucionalización del conocimiento. Tal negociación la hizo hábilmente con el poder político, pero ahora queremos indagar por su relación con el poder económico, ya que con uno y otro el antioqueño demostró — a través de sus acciones— ser consciente de que la autonomía total del intelectual era una fantasía. Tal aceptación se hizo patente nuevamente en la última fase de su carrera en la UN, cuyo tránsito fue marcado por un cambio político transnacional que transformó radicalmente la cultura intelectual hemisférica al reactivar el interés por las ciencias sociales como una respuesta al afán por la eficiencia técnica, pero también como una manifestación velada de la voluntad antinsurgente propia del contexto de la Guerra Fría, que hizo de la profesionalización uno de sus principales instrumentos y de la inclusión de la universidad en la economía de mercado su imagen más característica.

Capítulo 3. ¿Es el intelectual una clase social? Un profesional de la cultura en el contexto de la planificación universitaria (1958-1966)

3.1. De la modernidad a la modernización: el panamericanismo intelectual entre la filantropía norteamericana y el patrón internacional desarrollo

La fase final de la carrera de Jaramillo en la UN se dio en el marco de un acuerdo gubernamental bipartidista. Mientras tanto a nivel mundial caía el optimismo inicial de la segunda posguerra: esta no supuso la paz, sino la competencia entre dos modelos de modernidad por la hegemonía política y cultural mundial: el capitalista estadounidense — estabilidad basada en las clases medias— y el comunista soviético —redistribución de la justicia social por el proletariado—. Estados Unidos se había enfocado en “apoyar” a Europa para ganar su adhesión, pero el triunfo de la Revolución cubana en 1959 redirigió el foco de su atención a Latinoamérica. En este contexto la estrategia

²⁵⁵ Cartas de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Sevilla, 17 y 22 de septiembre de 1975, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, ff. 67-69v, 71-72v.

bélica por la dominación fue sustituida por la estrategia social y cultural²⁵⁶. ¿Cómo se relacionó Colombia con esta *Guerra Fría (GF)*? Desde 1950, los gobiernos conservadores de Gómez y Rojas se habían involucrado apoyando a EUA. Incluso Laureano, profascista y antiimperialista, moderó sus filiações y envió tropas a Corea para congraciarse con los norteamericanos con quienes compartía un interés mayor: el anticomunismo, al cual luego se unió también la elite liberal²⁵⁷. Desde esos años las relaciones de las elites colombianas con Estados Unidos se multiplicaron y prefiguraron la dirección que tomarían en los años sesenta en su alianza con el Frente Nacional (FN). Para algunos investigadores el FN ha sido visto como la reactivación del reformismo liberal de los años cuarenta, especialmente de la reforma Molina y la importancia que este dio a las ciencias sociales²⁵⁸. En los años de 1960 hubo un reposicionamiento favorable de estos saberes, pero fue un fenómeno continental, que desde los años cincuenta había reorganizado sus condiciones a través de varias instituciones interamericanas que las normalizaron en un nuevo sistema cultural y de educación superior²⁵⁹. Una consecuencia de la segunda posguerra fue el cambio del ecosistema intelectual occidental por la nueva procedencia geográfica de sus referentes conceptuales y metodológicos. Estados Unidos había sido el gran triunfador de la Segunda Guerra. Con su territorio intacto y una economía en crecimiento fue la única potencia capaz de reconstruir de Occidente, una oportunidad que no desperdició para tomar también el liderazgo geopolítico. Así, bajo un argumento antibelicista creó en 1945 la Organización de Naciones Unidas (ONU), en realidad una herramienta ideológica, que demostró cómo el mayor peso político estadounidense se tradujo en mayor peso intelectual: por eso desde 1947 la sociología norteamericana —racionalismo empirista y técnico anticipado como el método del porvenir por José Medina— se convirtió en el paradigma epistemológico de las ciencias sociales occidentales sustituyendo a los sociólogos franceses y alemanes como referentes²⁶⁰.

²⁵⁶ Álvaro Tirado, *Los años sesenta. Una revolución en la cultura* (Bogotá: Penguin Random House, 2014), 59 y 70, 76, 80; Lorenzo Delgado, “Presentación. Modernización y globalismo”, *Historia y Política*, no. 34 (2015): 15.

²⁵⁷ Eduardo Sáenz, *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002), 44.

²⁵⁸ Este parentesco con el liberalismo lopista se ha establecido además por su composición, ya que los dos presidentes liberales, Alberto Lleras y Carlos Lleras “fueron de las audacias menores de treinta años participaron activamente del primer gobierno López”. Jaramillo, *Universidad*, 68 y 82.

²⁵⁹ Blanco y Jackson, *Sociología*, 29.

²⁶⁰ John Fousek, *To lead the free world: American nationalism and the cultural roots of the cold war* (Chapel Hill: University of North Caroline Press, 2000), 7-36; Edward Shils, “Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology”, *Daedalus* 99, no. 4 (1970):760-825; Blanco y Jackson, *Sociología*, 30.

¿Cuáles fueron las características de este nuevo paradigma de la ciencia social en clave norteamericana? Que se fundó en dos conceptos político-intelectuales: planificación y desarrollo, los cuales a su vez surgieron de la crisis del liberalismo ante la llegada de las masas. Para Estados Unidos ni el fascismo, ni la revolución eran respuestas a esa crisis. De ahí que sus agentes acudieran a la noción de “planificación democrática” para indicar la capacidad de controlar las fuerzas productivas y organizarlas racionalmente para la libertad. Desde entonces la modernidad no era solo racionalizar la economía, sino también las relaciones sociales, lo cual creó la necesidad de un conocimiento objetivo de esa sociedad para poder intervenirla racionalmente²⁶¹. De ahí que las ciencias sociales, encargadas de esa tarea, brindaran a sus practicantes un prestigio social proporcional a su grado de utilidad pública. Mientras tanto los gobiernos conservadores colombianos llamaron a estos saberes “ciencias del espíritu” como un acto ideológico que así las reducía a ser saberes contemplativos/teóricos que recurrían a la nostalgia para legitimar la conservación de sus privilegios y la negación del conflicto social. Por el contrario, para el paradigma norteamericano el saber social no era una ciencia pasiva, sino una práctica para un tipo de acción específico: la planificación social, con lo cual las nuevas ciencias sociales adquirirían la función del cálculo y la previsión²⁶². El modelo estadounidense —claramente basado en la filosofía pragmática— pretendía demostrar que el inevitable trasfondo práctico, o sea político, de la ciencia no disminuye su objetividad porque esa apuesta política no era con lo particular (partido), sino con valores universales (la modernidad), especialmente, con la racionalidad que estaba llamada a combatir el relativismo e idealismo. De esta manera las ciencias sociales se ponían a la par de las ciencias naturales en tanto ambas eran disciplinas probabilísticas y no relativas que garantizaban la objetividad de sus conclusiones²⁶³.

Era claro que los resultados de unas y otras serían siempre provisionales, pero también que estos se lograban de la misma manera: por un método lógico sostenido por prácticas empíricas e inductivas previamente definidas y reunidas por la comunidad de conocimiento en un sistema de reglas y

²⁶¹ Blanco, *Razón*, 117-119. Las masas urbanas fueron un actor inédito de la historia occidental. Su presencia suscitó desconcierto y temor en los defensores de un orden capitalista. En ese contexto, las ciencias sociales se comportaron como verdaderas tecnologías de poder. Se creía que sus lecturas sobre este nuevo sujeto histórico lo neutralizarían y evitarían, por ejemplo, que fuera instrumentalizado por grupos socialistas y, al contrario, suscitaría su adhesión como aliados estratégicos para reproducir la modernización capitalista. Óscar Calvo, *Urbanización y Revolución en América Latina. Santiago de Chile, Buenos Aires y Ciudad de México (1950-1980)* (Ciudad de México y Bogotá: El Colegio de México - Universidad Nacional de Colombia, 2023), 15-32.

²⁶² Blanco, *Razón*, 117-119.

²⁶³ John Dewey, *La reconstrucción de la filosofía* (Buenos Aires: Planeta - Agostini, [1920] 1987).

protocolos de control consensualmente compartido. Así las ciencias sociales pragmáticas debían transitar de una actitud epistemológica especulativa/filosófica a una experimental, cuya consecuencia sería convertir a la investigación en su actividad principal por oposición a la divagación casi literaria propia de los ensayistas, filósofos y tratadistas sociales²⁶⁴. El declive de este tipo de productores de ideas —que proporcionaban a sus sociedades interpretaciones de sí mismas— llevaría al ascenso de otro tipo para ese fin: el científico social. Su discurso no saldría de la imaginación, sino del uso de técnicas especializadas para la recolección masiva y sistemática de datos a los cuales aplicaría una conceptualización interdisciplinar para formular correlaciones y comparaciones rigurosas. El modelo metodológico norteamericano de ciencias sociales buscaba así naturalizar un patrón de trabajo intelectual basado en la convergencia entre investigación cualitativa y cuantitativa cuya expresión institucional por excelencia sería el instituto de posgrado²⁶⁵. Heredero del pragmatismo filosófico norteamericano, el concepto de planificación social se impuso como razón práctica para justificar la renovada importancia pública que adquirieron las ciencias sociales. Pero, ¿para qué se quería planificar? Porque era el mecanismo para alcanzar el desarrollo. Estados Unidos era un país económicamente exitoso cuya eficiencia se medía en indicadores de productividad, situándose la pobreza como indicador para medir el “atraso” de los demás países. ¿Por qué EUA se interesó en el “atraso” ajeno? Porque en ese momento convergieron tres fenómenos que alertaron su alarma anticomunista: la descolonización de varios países; la difusión del comunismo como alternativa para combatir la pobreza; y el triunfo de la Revolución cubana. Para que el comunismo no se expandiera debía asegurarse el crecimiento económico de los países empobrecidos y descolonizados²⁶⁶. Convertida la economía de estos en un tema político de EUA, sus agentes remplazaron la palabra industrialización por la de desarrollo para indicar que en el crecimiento económico no solo intervenían factores económicos, sino sociales y culturales.

Con el fin de abordar esa “nueva realidad” la ONU dividió unilateralmente al mundo en tres niveles de desarrollo: países industrializados del primer mundo, potencias socialistas, y países del tercer mundo o subdesarrollados²⁶⁷. Este esquema revela la autoconciencia de sus ideólogos sobre el

²⁶⁴ Blanco, *Razón*, 123-125; Blanco y Jackson, *Sociología*, 46-47; Blanco, “Ciencias sociales”, 609.

²⁶⁵ Blanco, *Razón*, 191; Immanuel Wallerstein, coord., *Abrir las ciencias sociales* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1996).

²⁶⁶ Blanco, *Razón*, 205; Arturo Escobar, *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo* (Bogotá: Norma, 1998), 72-73.

²⁶⁷ André Fontaine, *Historia de la guerra fría* (Barcelona: Caralt, 1970), 13; Escobar, *La invención*, 95-111. Latinoamérica estaba en la última categoría.

desequilibrio causado por la colonización en la división internacional del trabajo afectando negativamente a los países colonizados. Por eso los agentes norteamericanos buscaban desesperadamente eliminar las “fricciones impuestas por los continuos problemas coloniales”²⁶⁸. En el marco de la GF, la pobreza fue para estos organismos más que un hecho, una oportunidad ideológica: la de promocionar los valores capitalistas como medios idóneos de rehabilitación social, arrogándose ellos la posición de guiar a los países “subdesarrollados” en su camino de hacerse económicamente competitivos bajo el argumento de que su asistencia era objetiva y altruista²⁶⁹. En este escenario aparecían las ciencias sociales como los saberes que, por un lado, debían *diagnosticar* con precisión el estado de esas sociedades y, por otro, combatir el atraso de las más estancadas, demostrando así que podrían desarrollarse con un esfuerzo planificado²⁷⁰. Pero esta asistencia científica no era neutral o, más bien, esa neutralidad encubría su carácter político: bajo el halo técnico proscribía otros proyectos políticos de potenciación económica (comunismo). El desarrollo era un tema ideológico porque fue el concepto base de la teoría de la modernización. Tal teoría se preguntaba por qué los países subdesarrollados no se habían modernizado. Modernidad parece una palabra neutral. Pero en la segunda posguerra, más que en un *fenómeno* de progreso, la modernización representó la *idea*, la *expectativa* de cómo esa modernidad *debía* desplegarse. Para los organismos estadounidenses ese deber ser era el desarrollo planificado en detrimento del desarrollo revolucionario. Esto quiere decir que la revolución y la modernización compartían el mismo propósito: el cambio social para superar las deficiencias materiales y culturales de las sociedades, pero diferían en el ritmo para conseguirlo.

Contra la visión disruptiva del comunismo soviético Estados Unidos contrapuso una gradualista de etapas controladas. Lo que buscaba la modernización era lograr un cambio social integral, pero que no comprometiera la estabilidad política²⁷¹. Para que esta intervención a favor del desarrollo en los países subdesarrollados fuera exitosa, la teoría de la modernización enfatizó la importancia de considerar en los diagnósticos las variables no económicas del devenir económico. En esta

²⁶⁸ La expresión es de W. W. Rostow economista, asistente de la Comisión Económica para Europa de la ONU (1947), autor de *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* preparado entre 1950 y 1960. Principal ideólogo de la teoría de modernización. “Modernización estatal, militares y clase media. Colombia en las décadas de los 50 y 60” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2020), 55.

²⁶⁹ Harold Wilson, *The war on world poverty: an appeal to the conscience of mankind* (Londres: Gollancz, 1953), 95, 51-111.

²⁷⁰ Carlos Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas”, *Prismas* no. 2 (1998): 75-94.

²⁷¹ Michael Latham, *Modernization as ideology: American Social science and “Nation Building” in the Kennedy era* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2000), 5; Blanco, *Razón*, 206.

representación ideal, la sociedad moderna era aquella que se oponía a la sociedad tradicional para llegar a la consolidación democrática a través del desarrollo²⁷². Ese tránsito de lo tradicional a lo moderno fue visto como un guion en el que las sociedades modernas eran “industriales, urbanas, individualistas, democráticas y seculares”. Con esta tipificación la teoría de la modernización mostraba que la situación económica de un país no podía evaluarse solo desde los modelos macroeconómicos, sino atendiendo la experiencia histórica total de las sociedades que revelaba los condicionantes sociales, políticos, culturales e institucionales del desarrollo: sistema político, estructura social, composición de las elites, educación y demografía. En esta teoría el desarrollo fue concebido como el punto final dentro de un esquema coherentemente ordenado de interacción entre esas variables: si hay urbanización, a su vez habrá industrialización, y a su vez, diferenciación social y a su vez, democratización. Los organismos estadounidenses estaban convencidos de que esta lógica podía trasplantarse sin dificultad a los países “subdesarrollados”, pues creían que su diferencia con EUA no era de naturaleza, sino de un ritmo más lento en la consecución de ese desarrollo y por esta vía de la democracia²⁷³. De la racionalidad pragmática a la planificación para el desarrollo según la teoría de la modernización, tal es la secuencia que explica el paradigma metodológico creado acorde con el propósito político asignado a las ciencias sociales, así como la relevancia pública que estas adquirieron como nueva base de la cultura intelectual hemisférica. Que los factores no económicos estuvieran en el centro de la pregunta por el desarrollo llevó a que en este paradigma las ciencias sociales fueran interdisciplinarias, proponiendo un diálogo permanente entre sociología, economía e historia, si bien se atribuyó a la sociología el liderazgo de esa comunidad intelectual que posicionó al sociólogo y luego a los economistas e historiadores como representantes de saberes expertos. Fue esta perspectiva la que llevó al “descubrimiento socioeconómico de América Latina” en los años sesenta²⁷⁴.

²⁷² Marcela Rojas, “La Alianza Para el Progreso en Colombia”, *Análisis Político* 23, no. 30 (2010): 95.

²⁷³ Pocos años después este optimismo desarrollista fue cuestionado por ser una conceptualización excesivamente idealista, pues las sociedades receptoras de la teoría de la modernización confrontaron la armonía de un modelo perfectamente congruente con realidades heterogéneas, en las que, por ejemplo, podría haber urbanización, pero no industrialización, o avance social con atraso económico. La constatación de tales contradicciones dio paso a la teoría de la dependencia para explicar el fracaso de la combinación desarrollo/modernidad y su posterior escisión. Albert Hirschman, “Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo”, *El Trimestre Económico* 47, no. 188(4) (1980); Blanco, *Razón*, 206, 209-213.

²⁷⁴ Ese descubrimiento fue insinuado por el liberalismo colombiano de los años treinta y cuarenta cuando sustituyeron la explicación biologicista/racista del atraso por una socioeconómica, alusiva a las condiciones materiales de la población. Su programa científico y de intervención fue innovador, pero fugaz al ser interrumpido por la llegada de los conservadores en 1946.

Pero esa teorización debía aplicarse *in situ*. Por eso los agentes estadounidenses propiciaron la adopción de este patrón de desarrollo en la cultura intelectual y el sistema universitario de los países “subdesarrollados”. Para ello usaron dos mecanismos: primero, impulsar la institucionalización de este tipo de ciencias sociales y, segundo, profesionalizar a los científicos sociales. El objetivo era crear una nueva elite intelectual planificadora y tecnificada —que aún no existía, porque fue fugaz y de pequeña escala en la república liberal e inexistente en la conservadora— para que ejecutara esa agenda política que tenía en la investigación social uno de sus pilares. Por eso no fue fortuita la aparición simultánea de centros internacionales de enseñanza e investigación social con la de centros de planificación y desarrollo, ya que los primeros estaban al servicio de los segundos²⁷⁵. Así fue como surgió un ambicioso e innovador ecosistema de instituciones transnacionales en el continente americano para profesionalizar las ciencias sociales al legitimar su monopolio epistemológico frente a ensayistas y filósofos sociales, justificado en su estatuto de ciencia empírica que daría solución racional a los problemas sociales. Tal institucionalización se manifestaría en las universidades de cada país a través de las siguientes acciones: reformas curriculares, unificación del vocabulario disciplinar, actualización bibliográfica y creación de unidades académicas dedicadas exclusivamente a la investigación²⁷⁶. Con ese objetivo en mente, los organismos internacionales primero se abocaron a crear las elites intelectuales: reclutando profesores, coordinando actividades curriculares intercontinentales y entrenando alumnos. Este ecosistema fue liderado por la ONU, de la cual surgieron instituciones más representativas para el caso latinoamericano: el Departamento de Ciencias Sociales de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (Unesco, 1946), que, como espacio exclusivamente dedicado a las ciencias sociales, legitimó oficialmente su estatuto científico independiente de las ciencias naturales.

La División de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana (en breve Organización de Estados Americanos, OEA, 1948); la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 1947); la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS) ambos de 1958. La División de la OEA lideró el trabajo en América Latina “por ser esta una región en la cual [las ciencias sociales] han evolucionado de forma más lenta que otras disciplinas”. Sus actividades fueron constantes, de manera que en 1951

²⁷⁵ Fousek, *To lead*; Blanco, *Razón*, 206.

²⁷⁶ Blanco y Jackson, *Sociología*, 30.

se lanzó el primer número de su revista, dirigida por Theo R. Crevenna, donde se definió el perfil de las ciencias sociales continentales. Por su parte, la CEPAL fue el principal centro teórico-doctrinario para desentrañar los obstáculos sociales, culturales, económicos e históricos del desarrollo latinoamericano y proyectar una ciencia que permitiera avanzar en ese cambio planificado²⁷⁷. De los seminarios organizados desde 1952 por Ciencias Sociales de la Unesco surgió —en una conferencia interamericana celebrada en Brasil en 1956— FLACSO, ejemplo paradigmático del nuevo modelo, pues era un instituto exclusivo para posgrados, lo que demostraba el afán de estos organismos por especializar las ciencias sociales y por hacer del instituto de investigación el espacio de producción y sociabilidad por excelencia en este modelo intelectual²⁷⁸. Ahora bien, transversal a la operación de estas instituciones estadounidenses de origen estatal fue el papel de ciertos actores privados decisivos para su financiamiento: las fundaciones filantrópicas estadounidenses Ford y Rockefeller que fueron piedra angular de la universidad norteamericana moderna. Su participación en este proceso transnacional fue fundamental pues la mayoría de universidades latinoamericanas no tenían fondos, ni personal calificado para la magnitud de las tareas exigidas según esta racionalidad que demandaba laboratorios y dispositivos costosos. Así quedó en evidencia la debilidad estatal local para instaurar las universidades desarrollistas por lo cual se transfirió gran parte de esta responsabilidad a los agentes del asistencialismo estadounidense, no sin generar inquietudes: ¿este patronazgo científico era neutro o la filantropía era una nueva forma cultural del imperialismo? La pretensión del Gobierno estadounidense con su política desarrollista era, efectivamente, influir en Latinoamérica.

Por eso la pregunta con respecto al dinero no es sí impactó o no, sino cómo lo hizo y cómo influyó en la jerarquización disciplinar que surgió en la disputa por la financiación. Visto desde nuestro tema, esto significaba que la autonomía intelectual ya no se tensionaría solo con el poder político

²⁷⁷ José Medina Echavarría, el recordado referente metodológico de Jaramillo, integró la CEPAL desde 1952 hasta su muerte en 1977, fortaleciendo aún más su posición como líder de la nueva generación de científicos sociales modernos. Theo R. Crevenna, “The social sciences in the organization of American states”, *International Social Science Bulletin* 4, no. 3 (1951): 5-7.

²⁷⁸ Themistocles Cavalcanti, “Round Table on the University Teaching of the Social Sciences in South America”, *International social science bulletin* 8, no. 2 (1956), 3-4. La representación colombiana en el comité directivo de CLAPCS y FLACSO fue el jesuita, antropólogo, estudioso de temas afroamericanos y profesor de la Universidad Javeriana, José Rafael Arboleda. Blanco y Jackson, *Sociología*, 34; Wright, *Sociology*, 338. Jaramillo no participó directamente de estas instituciones transnacionales, sin embargo, orbitó estas dinámicas en su creciente contacto intelectual con sus figuras más representativas. Ya vimos su antecedente con Medina y ahora también con Arboleda, citado en la bibliografía de su artículo “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII”, *ACHSC*, no. 1 (1963): 3-62.

como ocurrió en los años cuarenta y cincuenta, sino también con el poder económico una variable indispensable desde entonces para producir ciencia social profesional. Las organizaciones filantrópicas y técnicas estadounidenses fueron un eslabón clave para que estas disciplinas finalmente se institucionalizaran en América Latina. No es fortuito que eso ocurriera en el continente desde finales de los años cincuenta y no antes: entonces no existían los recursos, ni las lógicas que fueron su condición de posibilidad²⁷⁹. ¿Cómo se conecta todo esto con la trayectoria de Jaramillo? En primer lugar, porque en su cruce con estas dinámicas internacionales surgió la concepción y producción del que fue su primer y único libro, en sentido estricto y como autor individual. Esta aclaración es importante porque el primer libro que Jaramillo publicó fue *Historia de Pereira* en coautoría con Juan Friede —investigador independiente— y Luis Duque Gómez —excompañero normalista y arqueólogo. El libro fue encargado en 1963 por un privado que convocó a los “verdaderos intérpretes del pasado” para celebrar el centenario de la ciudad. Pese a ser reconocido como “autor de textos de historia, sociología, literatura, filósofo y ‘schollar’ (sic)”, Jaramillo no se sintió a gusto con este texto apurado: solo tuvo tres meses para escribirlo y aunque Pereira era la ciudad de su infancia no la había estudiado. Su tratamiento de los temas fue superficial, aportando solo 18 % del contenido del texto²⁸⁰. Por eso él mismo no lo consideró representativo de su identidad intelectual.

De otro lado, sus *Ensayos sobre la historia social colombiana* son también una compilación de cuatro artículos publicados en revista en los años sesenta. Casi la totalidad de su obra escrita —incluso investigaciones— fue producida y publicada inicialmente como artículos razón que los llevó a nombrarlos como “ensayos”. Por eso la posteridad afirma que Jaramillo fue un desacertado editor de su propia obra, ya que las elecciones que tomó dan la imagen de una obra fragmentada,

²⁷⁹ La disposición filantrópica de grandes capitales privados para la educación superior fue el rasgo central de la tradición universitaria estadounidense sobre la cual se fundó desde finales del siglo XIX un modelo universitario moderno aparejado en la filosofía pragmática de la eficiencia productiva y la actitud gerencial ante el conocimiento. Para más detalles sobre la conversión del magnate petrolero John D. Rockefeller en patrocinador de la nueva universidad norteamericana ver Wright, *Sociology*, 58-59. Sobre la presencia de las fundaciones Ford y Rockefeller en la UN durante los años sesenta, Tirado, *Los años*, 226-227, 355. Sobre la relación entre financiación e imperialismo cultural, Juan Blois y Pedro Morcillo, “Dominación, resistencia y política: donantes foráneos y ciencias sociales en América Latina”, *Estudios Sociológicos* 41, no. esp. (2023): 11-31.

²⁸⁰ Esta investigación fue financiada por la filial pereirana del Club Rotario, organización filantrópica estadounidense. Duque elaboró una etnohistoria de los quimbayas y Friede aportó documentación primaria. Ramírez, “Historias”, 285, 288-291. El libro fue reseñado positivamente por James J. Parsons (1915-1997), geógrafo culturalista estadounidense, autor de la *Colonización antioqueña en el occidente colombiano* y admirado por Jaramillo, que calificó el texto como “good cultural history, not the conventional sort of personal adulation one tends to associate with Latin American local history”. “*Historia de Pereira*. By Gómez, Luis Duque, Friede, Juan, and Uribe, Jaime Jaramillo. Pereira, Colombia, 1963. Club Rotario de Pereira. Bibliography. Pp. 410”, *Hispanic American Historical Review* 45, no. 1 (1965): 174.

tautológica o, en ocasiones, incoherente²⁸¹. Por el contrario, *El Pensamiento Colombiano en el siglo XIX*, su único libro concebido como tal, ha sido celebrado por la crítica como su obra fundacional dada la unidad temática propuesta y su innovación metodológica. Por un lado, el objeto del texto era más bien clásico: las ideas liberales y conservadoras en disputa por la construcción del Estado colombiano en la posindependencia. Pero, por otro, el tratamiento era novedoso: concebir la formación del pensamiento político colombiano como un fenómeno de cultura y no solo explicable por variables políticas. Para ello hizo un contrapunto de las ideas políticas colombianas con la cultura filosófica europea, organizando su argumentación en torno a la premisa de que “no hay filosofía colombiana, sino filosofía *en* Colombia”. Al respecto, se destaca el minucioso análisis conceptual aplicado a los materiales empíricos colombianos²⁸². Aun así, la historiografía identifica algunas limitaciones en esta propuesta, pues pese a su voluntad de considerar los factores materiales de las ideas, Jaramillo tendió a sobrestimar las explicaciones superestructurales. El antieuropeo reconoció sus desaciertos en *El pensamiento* y demandó acciones revisionistas a sus premisas²⁸³. Este famoso libro nació de una iniciativa extranjera que puso a Jaramillo en la órbita del modelo norteamericano de cultura intelectual en su momento fundacional.

El Pensamiento colombiano en el siglo XIX surgió de una propuesta del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) (México), que sería financiada por la Fundación Rockefeller. El IPGH fue creado en 1928 como parte del panamericanismo concebido entonces como un marco de cooperación comercial y diplomático intercontinental. Su propósito inicial fue coordinar estudios

²⁸¹ Betancourt, *Historia*, 162 y Cataño, prólogo a *De la Sociología*, xxi. Los artículos producidos entre 1950 y 1960 constituyen la materia prima de sus libros. Todos fueron compilaciones de tales textos, lo cual explica que estos aparecieran consecutivamente entre 1963 y 1970. Estos son *Entre la historia y la filosofía* (Bogotá: Revista Colombiana, 1968) compuesto por artículos publicados en *Ideas y Valores*, *Studium* o *Eco* derivados a su vez del plan de trabajo de *El pensamiento*. Así mismo incluía “Valoración e influencia de Rousseau en Colombia”, que fue un capítulo de 30 páginas solicitado por la UNAM para un libro conmemorativo. En una carta enviada a su esposa, Jaramillo afirma que el libro saldría en septiembre y que su “trabajo les pareció excelente” a los mexicanos quienes le pagaron por él 100 dólares, 1300 pesos. Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Bogotá, 8 de agosto de 1962”, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, f. 43; *Historia de la pedagogía como historia de la cultura* (Bogotá: UN, 1970), cuyo origen detallamos en el [capítulo 2](#). En 1989 publicó *Ensayos de historia social, Tomo II, Temas americanos y otros ensayos* en una coedición Tercer Mundo/Unianandes que según Cataño es el principal ejemplo de su desafortunado criterio de autoedición.

²⁸² Safford, “An interview”, 2; Unianandes, *Doctorado*, 8-9; Melo, “Los estudios”, 25-26; AGN, *Jaime*, 26; Betancourt, *Historia*, 162-168, 174; Cataño, “Historia intelectual”, 75-79 y 81-82; Bonnett, “La historia”, 88-89.

²⁸³ Saldarriaga, “*Historia*”, 114-119; AGN, *Jaime*, 20-21; Cataño, “Jaime Jaramillo”, 74-76; Bonnett, “La historia”, 90-94. De Ahí su invitación a fortalecer la archivística provincial y a cultivar las historias más sensibles a la dialéctica de lo particular. En 1987 compartió su opinión sobre *El pensamiento* y él afirmó que para entonces “probablemente lo escribiría de una forma diferente”, especialmente atendiendo la crítica de su “discípulo e historiador muy distinguido, Jorge Orlando Melo” quien cuestionó la ausencia de un mayor énfasis entre las ideologías y los intereses de grupo, de clase. Entrevista a Jaime Jaramillo Uribe por Jorge Emilio Sierra Montoya en AJM, JJU, CER, ff. 1-14.

geográficos para definir las fronteras americanas. Pero su misión fue evolucionando según cambió el rol de Estados Unidos tras la segunda posguerra. Así, el programa propuesto en 1947 en la primera reunión de la comisión de historia, creada en México un año antes, daba cuenta del interés estadounidense por acelerar la institucionalización de las ciencias sociales. La comisión se planteó, entre otros objetivos, patrocinar investigaciones, siendo su primer proyecto “preparar y editar una ‘Historia de América’ con la cooperación de los países americanos”, para lo cual creó cuatro comités: movimiento emancipador; historia de América y revisión de textos; archivos; folklore²⁸⁴. La adhesión del IPGH a la dinámica transnacional de desarrollo se confirmó al ser absorbido por la OEA en 1948, con la justificación de brindarle más oportunidades de financiación. Animada por esta conexión, la Comisión de Historia obtuvo en 1951 el apoyo de la Fundación Rockefeller, con lo cual dio más cuerpo a la propuesta lanzada en 1950 de elaborar una interpretación de síntesis de la historia americana que no fuera un recuento de hechos, sino una lectura de los procesos culturales continentales y de cómo estos expresaban la conciencia de sus países de ser parte de los “pueblos de Occidente”, definiéndose también allí los criterios para establecer su periodización y reclamando la necesidad de un “Programa de Historia de América Latina en los siglos XIX y XX”²⁸⁵. En 1952 esta agenda fue comentada por la American Historical Association coordinada por Arthur P. Whitaker, representante por Estados Unidos en la Comisión de Historia, quien refinó esa periodización²⁸⁶. El propósito de fondo del proyecto era precisar si se podía hablar de unidad histórica americana: ¿había unidad en la historia americana o una historia común de las Américas? Pronto se cuestionó cualquier posibilidad al alegar que la existencia de dos tipos de colonización (inglesa y española) produjo dos sociedades americanas diferentes e irreconciliables (la del norte y al del sur). En esta polémica se presentó como alternativa conectar las historias nacionales en su común pertenencia al Hemisferio Occidental, si bien primero habría que hacer esas historias

²⁸⁴ Alexander Betancourt, “El Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el proyecto de la historia de América, 1928-1960”, en *¿Tienen las américas una historia común? Herbert E. Bolton, las fronteras y la “Gran América*, coords. Horacio Crespo, Andrés Kozel y Alexander Betancourt (Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2018), 217-218, 228-231.

²⁸⁵ Dada la cercanía del IPGH con el COLMEX, se aprovechó el seminario impartido allí por el venezolano Mariano Picón (1901-1965) sobre “Formas culturales e ideologías hispanoamericanas durante el siglo XIX”, en la que ofreció pistas para hacerlo. A partir de su enseñanza se consolidó el esquema típico de una historia americana dividida en periodo indígena, periodo colonial y periodo nacional. Betancourt, “El Instituto”, 233-234, 236-237.

²⁸⁶ Independencia; naciones americanas; variaciones entre países; y época revolucionaria. Betancourt, “El Instituto”, 239-240. Arthur Whitaker (1895-1979) historiador de Harvard, beca Guggenheim de 1929. Sus temas fueron la historia intelectual hispanoamericana y la frontera hispano-estadounidense colonial en Florida. En los años sesenta integró el Latin American TaskForce, grupo de consultoría convocado por Kennedy para diseñar la Alianza para el Progreso. Rojas, “La Alianza”, 95-96.

locales²⁸⁷. Mientras el debate continuaba, los comisionados se abocaron al objetivo inicial: identificar los valores para una potencial unidad americana. En ese contexto Jaramillo recibió en 1951 una carta de Leopoldo Zea (1912-2004), profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y principal ideólogo del latinoamericanismo. Zea tomó la iniciativa de escribirle al antioqueño refiriéndose a él como “querido amigo”, si bien lo hizo en calidad de presidente del nuevo comité creado en la Comisión de Historia del IPGH, el de Historia de las ideas:

Una vez más vuelvo a escribirle para hacerle una proposición que creo no va a negarse. Se trata de hacer una historia de las ideas contemporáneas en su país. Podríamos llamarle la “historia de las ideas de los últimos cincuenta años”. Será un libro cuya finalidad tendrá que ser la *intercompenetración [sic] de nuestros países*. Para ello se procurará situar las ideas de su país en relación con aquellos otros en que alguna forma tiene una especial influencia sobre Colombia y situarlo además *dentro de este movimiento, del cual usted toma parte, que se está extendiendo por toda la América Hispana*. Sería un libro de unas 200 o 250 páginas. Para ello, estoy en posibilidad de ofrecerle un contrato-beca de 1000 dólares [...] Dicha cantidad ha sido obtenida de la Fundación Rockefeller [...] También quiero agregar a usted, que, dada la índole de este trabajo y mejor comprensión entre nuestros países, la Fundación Rockefeller tiene un especial interés en que sea de un *amplio carácter objetivo para que no se hieran susceptibilidades políticas o religiosas*, cosa que no tengo que indicar a usted, pues ya es conocido su amplio criterio por los trabajos anteriores.²⁸⁸

En esta carta se establecieron las condiciones y plazos para el pago de la beca: entregar mensualmente un informe de avance y el proyecto final, máximo un año después de iniciar el contrato en enero de 1952. Si el trabajo concluía antes igualmente se pagaría el total prometido. En ese año la beca total de Jaramillo equivaldría a 2500 pesos colombianos, los cuales fueron puntualmente consignados por el Banco Nacional de México entre febrero y noviembre de 1952. En ese contexto la beca Rockefeller fue un gran incentivo ya que entonces se repartía entre las cátedra de UN y Uniandes y la redacción en *El Liberal*, ganando acaso 1800 pesos anuales²⁸⁹. Por tal razón solicitó un aumento de la asignación, pero fue imposible porque Rockefeller dio un monto fijo para esta prueba piloto de cuyo rendimiento dependía la renovación de futuros contratos. De ahí que Zea enfatizara en lo indispensable que era para la Fundación “que el trabajo tuviera relación con el resto de América y el conjunto de naciones”²⁹⁰.

²⁸⁷ Propuesta por el historiador estadounidense Herbert E. Bolton. Betancourt, “El Instituto”, 238, 241-242.

²⁸⁸ Carta de Leopoldo Zea (IPGH) a Jaime Jaramillo, México, 6 de noviembre de 1951, en AJM, JJU, Serie: Contratos (CO), caj. 1, carp. 3, f. 1. Otra carta revela que el contacto con Jaramillo se originó en la amistad común de Zea con Danilo Cruz y Rafael Carrillo, como líderes de las facultades de Filosofía en sus respectivas universidades. Carta de Leopoldo Zea (IPGH) a Jaime Jaramillo, México, enero de 1952”, AJM, JJU, CO, f. 3

²⁸⁹ Escribía una columna miscelánea donde dice haber mejorado su agilidad e imaginación en la escritura. El periódico cerró en 1952, supuestamente por problemas económicos. *Memorias*, 88 y 120-121.

²⁹⁰ Carta de Leopoldo Zea (IPGH) a Jaime Jaramillo, México, 23 de noviembre de 1951, en AJM, JJU, CO, caj. 1, carp. 3, doc. 2, f. 1.

En enero de 1952, Jaramillo recibió el contrato para hacer una investigación sobre “las ideas en los últimos cincuenta años de la Historia de Colombia, cuyas conclusiones deberán ser presentadas en forma de ensayo desarrollado en modo continuo”. Con respecto a las contrapartidas, en el archivo de Jaramillo solo hallamos el informe de junio de 1952, donde afirmaba estar estudiando las ideas políticas, económicas y sociales con base en la información derivada de periódicos, revistas, memorias de ministros y obras de los pensadores colombianos más destacados —encabezados por Miguel Antonio Caro—. Advirtió sobre la adquisición de su propia biblioteca compuesta por las colecciones Samper Ortega de Autores Colombianos (100 volúmenes) y Cultura Popular Colombiana del Ministerio de educación (200 volúmenes), de cuya “sistemática” lectura extrajo un estado del arte, y textos de historia de las ideas del continente para “efecto de comparaciones”²⁹¹. Hacia agosto de 1952 Jaramillo solicitó a Leopoldo una prórroga con el fin de ser “lo más exhaustivo posible”, pero este le indicó que el plazo máximo era febrero de 1953 para “entregar a tiempo los cinco trabajos a la Rockefeller, de lo contrario se suspenderá la entrega de las becas para el próximo año [...] esta ayuda es una prueba que nos da la Rockefeller, si fracasa todo se irá por la borda”. A pesar de estas advertencias, el antioqueño no logró adaptarse a ellas, pues en 1954 aún no lo había entregado, si bien los demás textos tampoco fueron tan puntuales²⁹². Desde 1952 Jaramillo había adquirido más compromisos con la UN lo cual explicaría el retraso. En todo caso para 1955 la escritura del texto aún hacía parte de su rutina en Hamburgo:

De otro lado sigo trabajando en la elaboración de mi ensayo sobre el siglo XIX en Colombia, ya tengo terminada totalmente la primera parte de las cuatro que lo compondrán referente a lo que yo llamo la evaluación de la herencia española: el problema de la orientación espiritual del país una vez producida la Independencia. Las otras tres partes referentes al pensamiento político, económico y filosófico las tengo avanzadas y en todo caso sea como sea bien o mal, pienso terminar todo el trabajo en el curso de estos tres meses para enviarlo a México.²⁹³

El manuscrito de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* fue enviado en julio de 1956 a México. En ese momento el secretario del IPGH informó a Jaramillo que el FCE había publicado justamente ese año en su colección Tierra Firme los dos primeros libros del proyecto: *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX* de Arturo Ardao y *El pensamiento boliviano en el siglo XX* de Guillermo Francovich. Aunque las directivas del IPGH afirmaron que el trabajo los “había satisfecho mucho”, no se dijo

²⁹¹ Cartas de Javier Malagón (IPGH) a Jaime Jaramillo, México, 22 de enero, 14 y 28 de febrero, 29 de marzo, 6 y 31 de mayo, 30 de julio de 1952; Contrato de honorarios entre le IPGH y Jaime Jaramillo, 22 de enero de 1952, AJM, JJU, CO, caj. 1, carp. 3, ff. 4-11; Jaime Jaramillo, Informe de trabajo, Bogotá, 15 de junio de 1952, en AJM, JJU, CER. 2, carp. 5, ff. 1-2.

²⁹² Carta de Leopoldo Zea a Jaime Jaramillo, México, 25 de agosto de 1952 y 6 de abril de 1954, en AJM, JJU, CO, caj. 1, carp. 3, ff. 12 y 14.

²⁹³ Carta de Jaime Jaramillo a Cayetano Betancur, Hamburgo, 4 de julio de 1955, en ACHUN.

cuando se publicaría, sino que solo invitaron a Jaramillo al seminario de historia de las ideas que se celebraría a finales de 1956 en Puerto Rico, pero al cual este no asistió pues estaba en Alemania. Esa fue la última comunicación recibida por el antioqueño con relación a la edición de su libro por el IPGH²⁹⁴. Entre las razones para ello pudo estar la dilación en su elaboración. En este proceso Jaramillo demostró adquirir los hábitos del historiador (sistematizar información, conocer la tradición, comparar), pero no logró llevarlos al ritmo *eficiente* de universidad norteamericana al que estaba acostumbrado su patrocinador, la Fundación Rockefeller. También pudo ser porque el contenido no se ajustó a los parámetros acordados: el proyecto pedía una investigación sobre el siglo XX enfocando la relación de cada país americano con sus vecinos continentales. Pero el libro de Jaramillo no cumplió con la temporalidad y abordó el vínculo de figuras colombianas con la filosofía europea. De todas maneras, que esta iniciativa quedara a medias no era algo excepcional. Pasó con el programa del IPGH para una gran historia americana, pues en 1960 había prospectos, pero pocas obras. En esta aspiración obró en contra la especialización de la historia en cada país pues el relato se fragmentó en historias nacionales que cada vez hicieron más difícil construir una historia continental²⁹⁵. Sin embargo, Jaramillo no quedó proscrito del IPGH. De hecho, fue nombrado en 1965 como representante colombiano del IPGH en la asamblea celebrada en Guatemala a mediados de ese año, para lo cual la UN le dio una comisión paga de 275 dólares (2475 pesos) (tabla 5). De este evento Jaramillo recuerda las maniobras políticas del “director perpetuo” del IPGH, Silvio Zavala, para neutralizar en las asambleas las críticas a la política norteamericana sobre Latinoamérica, ya que “Estados Unidos era el principal y casi único financiador del instituto”. Tal apreciación nos deja ver cómo después de la Revolución cubana de 1959 se intensificó el antiimperialismo entre algunos sectores universitarios que, en el caso colombiano, llevó, a constantes fricciones entre el Gobierno, las autoridades universitarias y el movimiento estudiantil por la presencia de misiones norteamericanas en el campus²⁹⁶. Jaramillo, por su parte, seguiría vinculado a esa institucionalidad universitaria influida en muchos frentes por la política estadounidense, lo cual no significaba domesticación automática. Así en 1966 fue nombrado representante colombiano de la Comisión de Historia del IPGH. Por esa vía se reveló que “el padre

²⁹⁴ Carta de Ernesto de Latorre a Jaime Jaramillo, México, 14 de julio y 7 de agosto de 1956, en AJM, JJU, CO, caj. 1, carp. 3, ff. 15 y 16; Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Hamburgo, 4 de diciembre de 1956, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, f. 35. En sus *Memorias*, 131, Jaramillo atribuyó la suspensión de la publicación del libro a la falta de presupuesto, pero ya vimos que sus condiciones fueron estipuladas desde el inicio.

²⁹⁵ Betancourt, “El Instituto”, 243-244.

²⁹⁶ Jaramillo, *Memorias*, 164-165; Tirado, *Los años*, 354-358.

de la nueva historia” tenía trato amistoso con la Academia Colombiana de Historia, lo cual muestra que la división entre novedad y tradición en el saber histórico no era tan tajante, sino que, siguiendo el espíritu de la época, *capitalizó* los aportes de una y otra bajo el principio de *integración*, objetivo explícito del IPGH²⁹⁷. Por lo tanto, aunque Jaramillo no consolidó su relación editorial con el Instituto, sí lo hizo desde otros roles que moldearon su perfil como profesional universitario fuertemente institucionalizado; un proceso marcado entonces por la lógica estadounidense²⁹⁸. No obstante, la trayectoria de *El Pensamiento colombiano en el siglo XIX* nos permite identificar los contornos y límites de esa influencia en la universidad colombiana, evidenciando que esta no era absoluta, ni omnipotente. El libro surgió de la financiación estadounidense y, por tanto, sería un eslabón del panamericanismo concebido en los años cincuenta como la filosofía promovida por Estados Unidos para la integración continental, la cual invisibilizaba las diferencias y conflictos entre los países, para priorizar una imagen de solidaridad que beneficiaba a todo el hemisferio. Sin embargo, Jaramillo no asimiló esa mirada panamericana y se centró en el caso nacional enfocando exclusivamente en los legados centroeuropeos que lo impactaron. Por eso terminó profesando más bien un hispanoamericanismo, que como vimos fue su respuesta a un hecho nacional: la llegada de un Gobierno conservador que cifraba en España y el cristianismo su política y la identidad del país. La beca estadounidense fue el punto de partida, pero tuvo más peso en su experiencia concreta de escritura el contexto local, pues con esa versión hispanista logró simpatizar con su entorno más inmediato del cual derivaba su salario cotidiano.

En ese sentido, el hecho de no haber abordado el siglo XX también puede ser signo de prudencia estratégica pues era la época de la violencia bipartidista y abordar ideas políticas en ese contexto pudo haberlo comprometido en polémicas doctrinarias, aunque no fuera su intención. En todo caso, el manuscrito del libro estuvo guardado por siete años hasta que el director de la editorial jurídica Temis decidió publicarlo. La primera edición apareció en 1964 con una recepción que Jaramillo

²⁹⁷ Ese año su colega Luis Duque Gómez era el presidente de la Academia. Con él intercambió correspondencia para invitar a Colombia a la conmemoración continental por el primer centenario de Rafael Altamira y el cuarto de fray Bartolomé de las Casas, símbolo del indigenismo. El evento contaría con la colaboración del IPGH, la UN y el Instituto de Cultura Hispánica (España). Carta de Jaime Jaramillo a Luis Duque, Bogotá, 12 de abril de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37, doc. 098

²⁹⁸ Aún en 1978, en el marco del proyecto de Historia General de América del IPGH, Jaramillo fue elegido por el coordinador del periodo colonial, Ricardo Zorraquín, para redactar el capítulo de economía colonial; invitación que declinó porque entonces era embajador de Colombia en Bonn, Alemania. Carta de Guillermo Morón a Jaime Jaramillo, Caracas a Bonn, 6 de marzo de 1978, en AJM, JJU, Serie: CER, caj. 2, carp. 1, f. 100-105; Carta de Jaime Jaramillo a Guillermo Morón (IPGH), Bonn, 25 de enero, 1978”, en AJM, JJU, CER, caj. 2, carp. 5, f. 45.

juzgó discreta en los medios domésticos —*El Espectador* y *Eco*— a diferencia de las revistas especializadas norteamericanas, donde, según él, tuvo mejor acogida. En sus *memorias* menciona dos reseñas²⁹⁹. Allí da más visibilidad a la que en un tono elogioso califica el libro como “balanceado, objetivo y reflexivo” a la altura de Leopoldo Zea o de José Luis Romero, porque no es un ensayo político de militante en la lucha entre liberales y conservadores, sino un trabajo histórico con orden lógico comprensible no solo para los lectores colombianos³⁰⁰. La otra reseña es la de su exprofesor, Gerhard Masur, quien le reclama sobredimensionar la relación entre Husserl y la idea de una racionalidad no empirista en Miguel Antonio Caro. Al leer directamente el texto vemos que el juicio es mucho más duro porque de las tres partes que componen el libro — evaluación de la herencia de la española, fuentes europeas para un Estado moderno³⁰¹; ideas filosóficas— Masur juzga como valiosa la primera, sugerente la segunda, débil la tercera. En conjunto la valoración no es positiva porque al estar organizado temática y no cronológicamente el libro da una impresión de repetición, de estancamiento y lo más grave es que su objeto de estudio, los debates intelectuales, parecen haberse dado en “un vacío espiritual, sin referencia a la realidad colombiana”. Para Masur no hubo éxito en el intento de combinar historia de las ideas e historia social. El libro fue más filosófico que histórico por tomar las ideas en abstracto y exagerar la capacidad real de los letrados colombianos para absorber todas las ideas europeas recibidas. En ese sentido, aunque Jaramillo tuvo contacto con Masur en la ENS, no se evidenció en este texto la asimilación de su enseñanza³⁰². Esta evaluación valida la hipótesis de que la inclinación de Jaramillo hacia la historia estuvo menos influida por su experiencia juvenil en la ENS y más por su vinculación con la Facultad de Filosofía en donde bajo los Gobiernos conservadores la historia fue vista como “ciencia del espíritu” (abstracta) y no como ciencia social (material).

Esto cambiaría ligeramente con el acuerdo bipartidista del Frente Nacional (FN) que puso fin a la restauración conservadora. En ese momento, la discusión religiosa ya no fue central, pues el FN se

²⁹⁹ Jaramillo, *Memorias*, 132. La procedencia de una de ellas es errónea. Por lo demás no son reseñas comparables ya que una fue publicada en 1965 y la otra en 1976 por la reedición del libro de 1974.

³⁰⁰ G.A.B, “*El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. By Uribe, Jaime Jaramillo. Bogotá, 1974. Librería Editorial Temis. Index. Pp. 420. Paper”, *Hispanic American Historical Review* 56, no. 4 (1976): 696-697.

³⁰¹ Aunque esta sección promete observar los avatares de una concepción liberal (utilitarista) del Estado colombiano, la verdad es que dedicó un 30 % de su contenido a los conservadores José Eusebio Caro y, a su hijo, Miguel Antonio. Para Jaramillo este fue el “héroe silencioso” de la posindependencia, pues ofreció las respuestas más sensatas para la racionalización moderna del Estado. Cataño, “Historia intelectual”, 76.

³⁰² Gerhard Masur, “*El Pensamiento Colombiano en el Siglo XIX*. By Uribe Jaime Jaramillo. (Bogotá: Editorial Temis. 1964. Pp. xvi, 464”, *The American Historical Review* 71, no. 1, (1965): 346-347, <https://academic.oup.com/ahr/article-abstract/71/1/346/69902?redirectedFrom=fulltext>; *memorias*, 131.

enfocó en desarrollar lo común entre ambos partidos: avanzar en el mejoramiento de las condiciones materiales de la sociedad como una forma de combatir los conflictos derivados de su precariedad y, por esa, vía anular el atractivo de Cuba. Mencionamos ello, porque una tercera reseña de *El Pensamiento* —no mencionada por Jaramillo— nos permite ver las resonancias políticas del libro, aunque no fueran intencionales. El texto fue publicado en 1965 por el conservador Silvio Villegas (1902-1972)—, en un tono más político que académico. La reseña introduce el perfil de Jaramillo destacando que era de “limpio y claro linaje”, pero empobrecido por lo que “su disciplina para el estudio y su firme carácter” los derivó del “meritorio esfuerzo personal” con que logró salir de esas dificultades. Sobre su imagen pública Villegas decía que “tan docto como modesto”, Jaramillo “apenas si es conocido en los medios intelectuales del país, ajeno como es a la lisonja, a la propaganda y a la política [...]”, una afirmación retórica porque desde 1954 ya era un intelectual famoso, en incluso en 1963 participó de la serie radial “La universidad y la nación” transmitida por la emisora cultural de amplia recepción, *HJCK*³⁰³. Villegas hacía esto para insistir en la neutralidad política de Jaramillo quien por su consagración a la “filosofía perenne” permanecía ajeno al “dañino dominio de los valores políticos y económicos”. Por esta razón, el caldense define *El Pensamiento* como el primer estudio a fondo de la cultura colombiana hecho de “forma objetiva, extraña a todo perjuicio religioso y filosófico” que analiza los fundadores de la república dándoles “su exacta valoración”. El propósito central de la reseña era llegar a la descripción que hizo Jaramillo de Rafael Núñez, visto por Villegas como la gran figura del siglo XIX porque logró reconciliar técnica (inevitable era del progreso) y ciencia (orden cristiano) entendiendo que su conjunción era necesaria para las decisiones políticas. El reseñista decía que, pese a las acusaciones de “escéptico y voluble”, Núñez “dejó la obra más afirmativa de nuestra historia”: la Constitución de 1886 y el Concordato. A continuación, la reseña se enfoca en otras figuras tratadas por Jaramillo que, a inicios del siglo XX, siguieron el legado de la cordura de Núñez: eliminar la cuestión religiosa de los partidos, cuyo sectarismo distraía de su verdadero objetivo: hacer a la reforma social.

En su balance sobre la contemporaneidad Villegas dice que, a excepción del intento de López Pumarejo por modificar el Concordato, no se había mezclado religión y política. Esto es paradójico si consideramos la base confesional de la reconquista conservadora. Pero, precisamente el objetivo

³⁰³ “La universidad y la nación: septiembre de 1963. entrevista a Jaime Jaramillo Uribe, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional/Carlos Medellín”, *Señal memoria*, archivo sonoro, colección: cultura y sociedad, Bogotá, HJCK, 1963, signatura: HJCK-DGW-073651-01-SER001CPTDGW, duración 00:27:07, <https://shorturl.at/st458>

de Villegas al reseñar el libro de Jaramillo era instrumentalizarlo políticamente: reivindicar con él la existencia de una tradición política conciliadora, a veces no tan evidente, pero que para el caldense quedaba claramente ilustrada en la investigación del antioqueño sobre Núñez. Villegas quería mostrar que sin el factor religión, los partidos eran más parecidos de lo que pensaban, lo cual traía “orden, progreso y paz” porque sus integrantes reconocían que “hay conservadores de izquierda y liberales de derecha”. Ahora podían sentarse a tratar los problemas legislativos y fiscales de la reforma sin que fuera difícil ponerse de acuerdo. En otras palabras, el FN era el culmen de la evolución partidista, la cual habría sido imposible si sus predecesores ideológicos (mostrados por Jaramillo) no hubieran tendido el “puente sobre el abismo” que logró tal síntesis dialéctica. En su polémica contra los “marxistas-leninistas” el reseñista buscaba probar que la reforma lograda por el acuerdo de las elites daría los frutos que ellos atribuían a la revolución³⁰⁴. De esta manera, Villegas usó el libro de Jaramillo para proponer una justificación histórica a la filosofía política del FN. Indirectamente el antioqueño quedó marcado por la política contemporánea. ¿Pero fue tan indirecta tal relación? La respuesta es que no, porque esta coyuntura incidió significativamente en su trayectoria tanto en los contenidos, como en la morfología que tomó su carrera profesional.

3.2. Jaramillo como emprendedor académico: caminos institucionales de una cultura universitaria pragmática y antioligárquica de las clases medias

La confluencia entre el FN y la política internacional estadounidense fue terreno fértil para las personalidades pragmáticas. Jaramillo era una de ellas. Lo demostró como huérfano provinciano que con su *esfuerzo personal* consiguió dos títulos universitarios convertidos en su principal *capital* para vivir por su cuenta. Gracias a ellos logró atravesar *exitosamente* la transición liberal, la reacción conservadora y ahora la reforma fretenacionalista. El optimismo es una característica básica de la filosofía pragmática. Tal optimismo fue otro rasgo personal de Jaramillo que influyó decisivamente en su identidad intelectual, razón por la cual en esta época encarnó un tipo específico que llamaremos *intelectual pragmático*³⁰⁵, cuya característica básica es su inevitable relación con

³⁰⁴ Silvio Villegas, “Un libro de Jaime Jaramillo Uribe. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 8, no. 10 (1965): 1471-1483.

³⁰⁵ El optimismo es una actitud propia de sociedades que, como la norteamericana de inicios del siglo XX, estimulan la movilidad social. El optimismo surge de creer que hay un tipo de ocupaciones (especialmente, el trabajo de la inteligencia) en donde el esfuerzo propio lleva a un mejoramiento personal. Así lo planteó desde los años treinta el filósofo John Dewey, quien incluyendo lo social en esta ecuación pragmática, asignó una misión política al optimismo: creer en el progreso, era creer en el triunfo de la inteligencia y en que ese triunfo restituiría la vida comunitaria, democrática extraviada con la migración del campo a la ciudad. Por ahora, nos interesa enfatizar en el optimismo

el concepto modernizado y modernizador de clase media —propio del paradigma político de la segunda posguerra— al combinarse su posición como intelectual (estilo de pensamiento), con las acciones permitidas por ella (consumidor privilegiado) y la identidad social que una y otras propiciaron sobre él (profesor universitario). En este punto, Jaramillo se diferenció de sus maestros (Molina, Socarrás) y de varios amigos que asumieron el tipo intelectual del inconforme, por lo cual a veces fueron pesimistas o, en el caso más extremo, llegaron al suicidio como su amigo Nieto Arteta. Por el contrario, el antioqueño mantuvo a nivel personal, pero, sobre todo, profesional un inquebrantable optimismo que fue robustecido con la llegada del FN. Durante los años de Rojas Pinilla, sus compañeros de la Facultad de Filosofía eran bastante pesimistas sobre el destino del país. Jaramillo se mostraba públicamente solidario con esa percepción. En una carta enviada a Cayetano Betancur manifestó su preocupación por la absurda tragedia de Cali y las posibles “consecuencias espirituales” que eso tendrían en su inminente retorno a Colombia. Por su parte, Betancur calificaba la situación política como “anárquica... El hecho es que para la filosofía y la alta cultura nada de lo que pueda ocurrir es propicio”. En estos intercambios su amigo Danilo Cruz también dejó ver su desazón:

Por aquí estuvo Jaime Jaramillo, vino a despedirse. Se le terminó el contrato en Hamburgo y tiene que regresar a Colombia. Hablamos mucho de Ud. De nuestros paseos por la Selva Negra: bosques oscuros, valles idílicos, arroyos frescos... En medio de ese paisaje hablamos con tristeza de Colombia, tan fea, tan primitiva, tan inhospitalaria, pero Jaime tiene que regresar. Yo tendré que regresar también algún día. Eso no tiene escapatoria. Ese es nuestro mundo.³⁰⁶

Sin embargo, mientras con sus amigos Jaramillo se mostraba solidario en su justificada zozobra política (Cruz y Carrillo sí fueron perseguidos) en el ámbito privado se explayaba en su habitual optimismo, enriquecido entonces por el panorama de conciliación que se insinuaba y que según sus estimaciones auguraba un alivio al país. Así lo declaró a su esposa:

En Colombia parece que la situación no va mal, por lo que he podido observar en los periódicos, el Gobierno reunió la constituyente y Lleras Camargo resolvió asistir. También asiste un buen número de laureanistas (que ahora son los mejores aliados de los liberales) entre ellos Álvaro Gómez, el hijo

derivado del éxito personal a través del esfuerzo de la inteligencia, pues fue el tipo de experiencia que tuvo Jaramillo. Wright, *Sociology*, 354-355.

³⁰⁶ Carta de Jaime Jaramillo a Cayetano Betancur, Hamburgo, 14 de agosto de 1956; Carta de Cayetano Betancur a Jaime Jaramillo, Bogotá, 17 de setiembre de 1956; Carta de Danilo Cruz a Cayetano Betancur, Friburgo, 20 de octubre de 1956, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, ff. 38, 42-43, 46. La tragedia de Cali fue la explosión en el centro de la ciudad de varios camiones con dinamita el 7 agosto de 1956 que dejó 1300 muertos, 4000 heridos y daños por 100 millones de pesos. Para esa fecha Rojas se sentía presionado y había anunciado el lanzamiento de una tercera fuerza política para defenderse, pero ya el Frente Civil que pensaba en derrocarlo también había tomado forma en julio de ese año con la firma del pacto de Benidorm por Laureano Gómez y Alberto Lleras. Por eso la explosión tuvo connotaciones políticas, en tanto el oficialismo lo catalogó de conspiración. César Ayala, “La explosión de Cali: Agosto 7 de 1956”, *Credencial Historia*, no. 117 (1999). Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Friburgo, 7 de setiembre de 1956, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, f. 15.

de Laureano. Parece que han discutido, que han pedido informes, realizado debates, hasta sobre los negocios del presidente [Rojas] y esto naturalmente ha permitido rebajar la tensión.³⁰⁷ En el momento de esa carta ya se había instaurado el Frente Civil, antecedente del Frente Nacional (FN), como estrategia de las elites políticas para salir del régimen militar. ¿Cuáles fueron las características de este nuevo sistema político y cuáles fueron sus consecuencias para la universidad? El FN (1958-1974) fue presentado por la élite política colombiana de los Partidos Conservador y Liberal como una oportunidad para pacificar la violencia política que estalló el 9 de abril de 1948. El acuerdo bipartidista fue la respuesta a un conflicto que parecía infranqueable, pero cuya resolución permitiría insertar a Colombia en el camino de la modernización. Los líderes del Partido Liberal, Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo, consideraban que el atraso colombiano explicaba en gran medida la persistencia de ese conflicto, máxime después del fracturado intento de reforma social por López Pumarejo en los años treinta³⁰⁸. Los Lleras creían que para rehabilitar el tejido social desgarrado por una década fratricida era indispensable que el Estado interviniera en el mejoramiento de las condiciones de vida. Por eso, estos dirigentes sintonizaron fácilmente con la teoría de la modernización promovida por EUA. En su interés por resolver su violencia interna, el Gobierno colombiano terminó conectado con la disputa internacional por los modelos de modernidad (estadounidense o soviético), tomando partido a favor de la hegemonía anticomunista estadounidense³⁰⁹. Esto significaba otorgarle a la democracia un lugar central en la organización sociopolítica de los países que acogieran este modelo. En el contexto de la segunda posguerra la democracia se planteó menos como un concepto electoral (ejercicio de ciudadanía) y más como un concepto ideológico: la democracia era un proyecto total para reorganizar vida individual y colectiva después de la guerra. En otras palabras, se convirtió en un tipo de orden —de dominio, de autoridad— que al basarse en los valores de la razón y la libertad configuró un sutil mecanismo de jerarquización social que por su pretendida eficacia y objetividad era aceptable y debía defenderse a toda costa, incluso a través de la fuerza. Esta reconceptualización de la democracia por el imperialismo estadounidense de posguerra es lo que explica su compatibilidad con el FN, pues tanto este acuerdo como la modernización democrática estadounidense fueron pensados como estrategias

³⁰⁷ Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Hamburgo, 6 de noviembre de 1956, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, f. 26v.

³⁰⁸ Javier Duque, “El plebiscito de 1957 en Colombia. El pacto de élites y su refrendación popular”, *Revista Criterio Libre* 19, no. 35 (2021): 252-268; César Ayala, “Frente Nacional: acuerdo bipartidista y alternación en el poder”, *Credencial Historia*, no. 119 (1999); Latham, *Modernization*, 48-51; Catalina Muñoz y María del Carmen Suescún, “Memorias de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia”, *Revista de Estudios Sociales*, no. 41 (2011): 160-166.

³⁰⁹ Stephen Rabe, *The killing zone. The United States Wages Cold War in Latin America* (Nueva York: Oxford University Press, 2012), 85-113.

que permitieran rehabilitar *controladamente* sociedades oprimidas por la violencia y la irracionalidad. Por eso es importante enfatizar el origen elitista del acuerdo del FN, pues más allá de acepciones doctrinarias, las elites conservadoras y liberales se dieron cuenta de que compartían intereses *conservadores*, en el sentido de que querían *conservar* su estabilidad y sus privilegios tradicionales, pero sin que las masas se alteraran por ello. ¿Cómo neutralizarlas sin recurrir nuevamente a la violencia, sino más bien a la persuasión? Aprovechando las herramientas creadas por su aliado, Estados Unidos, puntualmente la teoría de la modernización que era el disfraz económico de una expectativa política: el desarrollo era un instrumento para consolidar la democracia como un nuevo tipo de orden —planificación de la libertad— en sociedades que superaban el fascismo o que enfrentaban la agitación emergente de las revoluciones o la violencia. En otras palabras, la modernización económica, el progreso material —reclamado por los Lleras como el primer paso en la pacificación nacional— era un eslabón más de la modernización política³¹⁰. Como las elites políticas colombianas querían conservar su jerarquía, pero sin lucir autoritarios, esta identificación entre modernización y democracia, facilitada por Estados Unidos, resultó muy conveniente porque esa democracia no significaba ampliar la ciudadanía, o sea los mecanismos de participación pública popular, sino institucionalizar un orden jerárquico que se autojustificaba exitosamente. Un ejemplo de esa jerarquización subrepticia que supone la modernización —que no modernidad— fue el representado por Álvaro Gómez, hijo de Laureano, quien en un curso impartido en la UN en 1957 justificó la existencia del Frente Nacional en que era una herramienta necesaria para *conservar* “el sagrado derecho a la continuidad” prefigurando así el trasfondo elitista que tendría la reforma universitaria fraguada en la unión del FN y la Alianza para el Progreso (APP) y aclimatada por este tipo de elites democráticas o, en otras palabras, encubiertamente conservadoras³¹¹.

En este contexto aparece un concepto clave de la teoría de la modernización que permitiría aplicar satisfactoriamente esta visión del poder, especialmente, en una Colombia traumatizada por la división social. Es el concepto de clase media que aquí no es un categoría ni demográfica, ni sociológica, ni económica, sino política³¹². Recordemos que dada la naturaleza de la segunda

³¹⁰ Blanco, *Razón*, 211.

³¹¹ Juan Guillermo Gómez y Selnich Vivas, *Historias, desaciertos e investigación en Colombia* (Medellín: Unaula, 2015), 76-77; Álvaro Gómez, “El derecho a la continuidad”, en *La nación ante la universidad: curso académico organizado por la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá: Antares, 1957), 138-146.

³¹² Cierta historiografía ha utilizado esta categoría para nombrar la “extracción social” de varios actores de los movimientos revolucionarios armados y desarmados de las décadas del sesenta y setenta. Unos han asumido que el destino de las clases

posguerra (totalitarismo, desfase irracional de las masas) la pregunta por el poder y por su estabilidad fue la obsesión de la política y la ciencia social estadounidense. Tal inquietud fue espoleada por la súbita radicalización política que generó la Revolución cubana, por lo que urgió aún más comprender qué significaba vivir en democracias *modernas*, es decir, cómo instalar un poder jerárquico en sociedades libres o sea democráticas sin que este fuera percibido como autoritarismo y sin que el control ejercido trajera cambios disruptivos —totalitarios o revolucionarios—: “¿Quién debía gobernar a quién en tales democracias? ¿Cuál era el papel de las clases sociales en ese escenario?”. Ante tales interrogantes las agencias internacionales de investigación y planificación afirmaron que la respuesta para un Gobierno “adecuado” estaría en introducir un catalizador en la estructura social biclasista que producía la lucha entre la clase capitalista (oligarquía) y la clase proletaria (masas). Era hora de convocar el papel político —armonizador y no subversivo— de las clases medias. El razonamiento tras esa conclusión fue el siguiente: la sociedad moderna era la sociedad democrática y la sociedad democrática era la compuesta por tres clases sociales: oligarquía, clase media y masas. Por eso, uno de los temas predilectos de las ciencias sociales bajo el paradigma estadounidense fue el de la clase media³¹³. Lo primero que concluyeron las investigaciones de los académicos norteamericanos al respecto es que la clase media estadounidense “no era igual” a la de Latinoamérica. En Estados Unidos la “revolución de *las* clases medias”³¹⁴ había producido “naturalmente” *una* sociedad de clase media. ¿Cómo explicar que, aunque hubiera *sectores medios* latinoamericanos sus países siguieran siendo “subdesarrollados”, antimodernos? La Revolución cubana mostró una de las razones: la desviación de estos sectores de *su función esencial* que era la armonización social y no su agitación³¹⁵. La clase media debía transmitir y sostener “la estabilidad política, la independencia económica y la armonía

medias es unirse a los sectores subalternos y otros las han tomado como las principales aliadas de la oligarquía en la contrarrevolución. Que su significado se ubique en polos tan opuestos indica que la clase media no es una categoría apriorística, un dato natural, sino un concepto y una experiencia históricas. López, “Una democracia”, 45-46.

³¹³ Ricardo López, *La clase invisible: género, clases medias y democracia en Bogotá* (Bogotá: Universidad del Rosario - Crítica, 2022), 80-87, 126, 147.

³¹⁴ La expresión revolución de clase media fue usada por el Gobierno lopista de los años treinta para validar las reformas sociales y atraer la cooperación laboral de los disidentes socialistas. Se constata así que la noción de clase media ya había sido usada en el discurso político colombiano para legitimar jerarquizaciones sin despertar recelo social. Sin embargo, para estos liberales, la clase media no estaba *diferenciada*, o más bien estaba llamada a *unirse a* la masas de campesinos y obreros urbanos. Por tanto, no eran la clase protagonista, sino un sujeto popular más. No había desaparecido el sistema social biclasista.

³¹⁵ Vista en conjunto la situación de Colombia en los años cincuenta no fue excepcional, sino que, según la observación estadounidense, hizo parte de la “viciada politización” que experimentaba el continente en esos años representada por las reformas de guatemaltecas, el populismo argentino, la Violencia colombiana y la Revolución cubana. López, *La clase*, 80-87, 126-127 y 147.

social”, es decir, debía ser la *clase* que por su *neutralidad* conjuraría la conflictividad social, propiciando un cambio no disruptivo (modernización). Los agentes norteamericanos —y por extensión algunos Gobiernos del FN— creían que con esta nueva reestructuración social protagonizada por las clases medias lograrían dos objetivos políticos sin recurrir a la violencia: neutralizar el comunismo (no tendría integrantes); y, naturalizar un modelo gubernamental sin lucha de clases, origen de todo conflicto social³¹⁶. La clase media normalizaría el hecho de que la democracia era un orden meritocrático, y, sobre todo, jerárquico, pero deseable: la jerarquía moderna era necesaria porque clausuraba un orden social antimoderno, o sea, antihumano, antitécnico, despótico, inexperto, violento y particularista. La misión ideológica de la clase media fue *conservar* la existencia de una elite —indicando que los integrantes de una sociedad no son iguales y algunos tienen el privilegio de dirigir a los demás—, pero sin despertar sospechas antidemocráticas, porque la clase media era la clase de la racionalidad técnica, cuya universal objetividad hacía ese orden socialmente aceptable. Entre la oligarquía aristocrática —antidemocrática por su anacronismo e inexperiencia— y las masas “ignorantes y resentidas” —antidemocráticas por su irracionalidad— se situó la clase media —o sea la *elite modernizante*— para propiciar la estabilidad al educar a la oligarquía y pacificar a las masas. Ahora bien, según los diagnósticos académicos norteamericanos los sectores medios latinoamericanos eran “imperfectos”, “bastardos”, es decir, prepolíticos, feudales, radicales, polarizados, racialmente heterogéneos.

Por el contrario, una clase media auténtica debía ser políticamente racional, profesional, objetiva y racialmente homogénea. La pregunta de los agentes extranjeros fue ¿cómo lograr la evolución de estos *sectores* hacia un *clase* media “auténtica” en medio de taras biológicas (diversidad racial) e históricas (oligarquías feudales) que parecían irreversibles? A través de la educación institucionalizada y profesionalizada. En esa medida, aparece un tercer concepto que a través de este interés local por el liderazgo de la clase media en la modernización unió de forma explícita las políticas universitarias del FN con las políticas asistenciales técnicas y financieras del Gobierno

³¹⁶ En ese sentido entendemos el interés del FN en incorporar esta “táctica”. La clasificación triclase fue pensada por los ideólogos norteamericanos como fórmula de una sociedad democrática para la segunda posguerra, pero el gobierno local adaptó su principio al caso nacional: si la clase media pacificaría las clases sociales luego de un conflicto internacional con mayor razón lo haría para un conflicto social local y, sobre todo, conjuraría hacia el futuro el odio que había dado pie a la violencia de mediados de siglo. La clase media se situaba más allá de la irracionalidad de las masas, pero también de la violencia oligárquica, dirimiendo así los conflictos de una sociedad feudal basada en el antagonismo de dos clases. Por eso debía liderar el tránsito a la modernidad pues conocía el pasado, pero actuaba con miras al futuro para no ser esclavo de él. John J. Johnson en López, *La clase*, 147-148.

estadounidense descritas en la primera parte de este capítulo. Nos referimos al concepto de profesionalización. Profesionalizarse a través de la educación superior se convirtió en el principal marcador de estatus y diferenciación social de la clase media, frente a la oligarquía y las masas. Consecuencia de esta lógica fue la emergencia de un imaginario según el cual la carrera universitaria es la máxima aspiración individual en una sociedad democrática, o sea, moderna pues la “educación es la mejor herencia”, porque con ella “se llega a ser alguien en la vida”³¹⁷. Las profesiones dejaron de ser sinónimo del mundo laboral, para convertirse en una estrategia política. La profesionalización de la sociedad fue el principal mecanismo asumido por los organismos norteamericanos —y en su adaptación local por algunos Gobiernos del FN— para crear en la clase media “genuina” latinoamericana, que se concretaría bajo una tipología muy específica: la *clase media profesional*. De ahí se entiende la creciente identificación entre clases medias y democracia, donde democrático alude a la libre capacidad de autodeterminación, sin que esa libertad sea absoluta. Efectivamente, la sociedad de clase media/democrática es aquella que no eliminó los privilegios, sino que reconfiguró la forma en que estos serían adquiridos, creando así la ilusión de que se ampliaría su accesibilidad. Se eliminaron sí los privilegios de la vieja oligarquía, es decir, los antimodernos que se transmitían por herencia, para dar paso a los privilegios modernos, o sea los obtenidos a través del esfuerzo personal consumado como perfeccionamiento profesional³¹⁸. En este escenario cobraron protagonismo las ciencias sociales —que son por y para estas clases— y los intelectuales asociados a ella, convertidos ahora en un tipo profesional más dentro de esta asimilación de la clase media como discurso político, que explica el interés estadounidense por institucionalizar estos saberes.

Ahora bien, para que las personas se identificaran libremente (sin violencia) con este proyecto de profesionalización de la sociedad había que ser persuasivos con el lenguaje. Por eso fue tan importante el uso de la palabra *clase*, en lugar de *sector* o peor aún, de *casta*. Esta fue una observación perspicaz del sociólogo estadounidense T. Lynn Smith quien teorizó las clases medias colombianas en los años 1950³¹⁹. El concepto de casta era muy similar al de oligarquía tradicional, ya que refería la discriminación social violenta propia de las formas coloniales del poder basadas en la herencia y el uso de la fuerza. Por el contrario, la noción de clase media reivindicaba una

³¹⁷ López, “Una democracia”, 51.

³¹⁸ López, *La clase*, 152.

³¹⁹ El texto de Lynn hizo parte del proyecto de clases medias dirigido por Theo Crevenna (sociales de la OEA).

jerarquización que por ser modernizante se autocalificaba como legítima ya que estimulaba la movilidad social por voluntad propia, siendo la profesionalización su mecanismo de consecución más exitoso³²⁰. Ahora bien, sin el impulso dado a cierto tipo de educación superior no habría sido posible que estas personas se pensarán a sí mismas como integrantes de la clase media³²¹. ¿Cómo se relacionaba este *enclasmiento* con la universidad, la profesionalización y esto, a su vez, con las exigencias políticas democráticas? Ser de clase media, equivalía por defecto a ser un profesional y tal profesión se había obtenido a través de un título universitario³²². Ese título abría las puertas para conseguir cierta solvencia económica cuyo nivel de éxito material explica, en parte, la ausencia de un interés particular en la clase media, pues si los profesionales tenían resueltas sus condiciones materiales podrían incorporar su rasgo ideológico característico: la neutralidad³²³. Dado que los profesionales no luchaban contra el hambre, ni para conservar privilegios aristocráticos, su perfil público debía distinguirse por el desapego político. Como la clase media es una clase estable para sí misma —llevando esa estabilidad a las demás clases— no necesita participar *públicamente* de batallas ideológicas para resolver sus necesidades, porque ya las ha resuelto *privadamente* gracias a su profesión, la cual no es solo una vocación, sino ante todo una empresa comercial. Es por ello que los profesionales pueden ocuparse de los intereses universales, pues sin distracciones partidistas individuales se concentran en las acciones que les permiten liderar/gobernar adecuadamente como son prepararse científicamente, disciplinarse técnicamente y reforzar su autocontrol emocional³²⁴. Los profesionales se erigieron como la elite del privilegio cultural y en esa medida estaban llamados

³²⁰ López, *La clase*, 142.

³²¹ López, *La clase*, 170; López, “Una democracia”, 52.

³²² La creciente importancia social del título universitario desembocó en la aparición del credencialismo como otro criterio de estratificación social. Este fenómeno se dio bajo el presupuesto de que más educación traería igualdad de oportunidades y mejores empleos. Tal fue, de hecho, la ilusión del Estados Unidos de la APP y de la Colombia del FN. Por tales razones, ellos apostaron por la institucionalización y profesionalización de la educación, en una dinámica donde el diploma garantizaba la posesión del capital cultural que daba a los profesionales su posición social privilegiada. ¿El aumento en los niveles de educación produjo tasas similares o superiores de movilidad social? Esa es otra historia. Por lo pronto, nos interesa mostrar que desde la dictadura de Rojas el hombre de letras había quedado obsoleto ante el credencialismo como legitimador del discurso intelectual: ya no era suficiente con saber, sino que había que probar ese saber. La credencial condicionaba la credibilidad, era la prueba del tránsito entre el aficionado y el profesional. Una carta de Gutiérrez Girardot es ilustrativa de la marginación sufrida por el intelectual *desacreditado*: “... Me da noticia de mis diligencias en busca de ayuda para poder terminar mis estudios y me sentí desfallecido. Mi última petición se la hice a Rojas Pinilla por medio de una carta, a la cual él no contestó, aunque oralmente se negó a prestarme ayuda porque le disgusta que yo no tenga un diploma”, Carta de Rafael Gutiérrez a Cayetano Betancur, Friburgo, 8 de diciembre de 1954, en ACHUN, CBC, SC, caj. 6, carp. 5, f. 17; Randall Collins, *The credential society. An historical sociology of education and stratification* (Nueva York: Columbia University Press, [1979] 2019), XI.

³²³ “Lo que se procuraba era contratar *profesionales “adecuadamente políticos”*, y no apolíticos como se continúa argumentando entre historiadores, sociólogos y antropólogos”, López, *La clase* 162. Énfasis de la autora.

³²⁴ López, *La clase*, 144, 171

despolitizar las sociedades que salían de las guerras (mundiales, civiles). Sin apasionamientos políticos y enfocados en formarse en una racionalidad pragmática podrían eliminar los resentimiento de clase entre oligarquía y proletariado, creando un ambiente de paz fértil para la productividad industrial e intelectual³²⁵. En suma, por estas razones la clase media, puesta en la cúspide social pacificaría la vida colectiva bajo el dominio de la razón alejando de una vez y para siempre a sus sociedades de los desastres ocasionados por las luchas partidistas. El esfuerzo político por crear ese un nuevo profesional surgió de la teoría de la modernización estatal, cuya ética permeó la concepción de la educación superior y, particularmente, de las ciencias sociales. Esta nueva racionalidad transvasada a la universidad hizo que la dirección de estas no se diera por un criterio intelectual, sino por uno administrativo que encarnaba la racionalidad práctica de los profesionales/clase media. Las consecuencias de ello para las ciencias sociales hemisféricas, pero en esa medida también colombianas, fueron de dos tipos. La primera consecuencia fue epistemológica, ya que como ocurrió con los liberales colombianos de los años treinta, se priorizó la antropología culturalista reforzada con la sociología rural por dos motivos: primero, porque eran *disciplinas* que brindaban herramientas prácticas para *disciplinar*, no solo la producción de conocimiento, sino las emociones de los sujetos³²⁶; y segundo, porque había que *diagnosticar* a las otras dos clases sociales con el fin de intervenir (planificar) sus realidades, consolidando aún más el liderazgo de la clase media en ese sistema democrático de dominación. Por eso esta nueva ciencia social recusó de la escritura humanista, entregada a las veleidades estéticas, pues estos saberes estaban lejos del espíritu letrado y cerca de la eficiencia pragmática del experto. Esto explica su lenguaje cada vez más especializado y la preferencia por formatos expositivos esquemáticos y contundentes como los informes, las bases de datos, los presupuestos y los proyectos de investigación, que desde entonces serían la seña de identidad de esas nuevas ciencias sociales. La segunda consecuencia fue sociológica, ya que se produjo una nueva elite intelectual compuesta por dos tipos representativos: los consultores y los “próceres de las ciencias sociales”, término que se refiere a los científicos sociales colombianos que hicieron posgrados en el exterior —sobre todo, en Estados Unidos— y que retornaron para transmitir estas nuevas corrientes entre sus colegas y

³²⁵ López, “Una democracia”, 53.

³²⁶ Aquí recordamos a Socarrás cuando cifraba en ese objetivo la primera tarea del normalista. Según esta visión, tanto en los años cuarenta como en los años sesenta, la primera misión atribuida a las ciencias sociales antes que transmitir información era consolidar una especie de proceso civilizatorio, o sea, la normalización de una disciplina autorregulada del cuerpo para facilitar la convivencia colectiva, a la manera en que relata el sociólogo alemán Norbert Elias en *Proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. [Ver capítulo 1](#).

llevar a cabo el proyecto de modernización. Fue una manera de retomar — aunque con nuevos matices y objetivos — el proyecto que habían iniciado treinta años atrás los liberales colombianos para conocer la nación cultural, es decir, la cultura de las masas urbanas producidas por la migración campesina. A diferencia de los liberales, el redescubrimiento científico de la cultura colombiana en los años sesenta de dos culturas: la oligárquica y la campesina. La reaparición del enfoque culturalista de las ciencias sociales partió de que la teoría de la modernización afirma que sociedad y cultura son variables inseparables para evaluar el grado de desarrollo. De ahí que a cada clase social se le atribuyera una cultura propia. Estos científicos sociales creían que con estos diagnósticos socioantropológicos de la oligarquía y de las masas rurales podrían ser modernizadas. La oligarquía al propiciar el tránsito de sus elites rezagadas afincadas en la cultura del apellido y la tierra, a una cultura democrática, es decir, del *hombre promedio* y donde la importancia del capital económico en la diferenciación social retrocedía ante el protagonismo del capital cultural/humano. Con respecto a la cultura campesina, la modernización se daría al suscitar en ellos (no imponer) su propio autodescubrimiento, aplazado hasta entonces por la combinación de “un hábitat abrumador” y una herencia colonial paternalista que enquistó en ella un desprecio inconsciente a la riqueza, creando una “cultura de la carencia” que impidió a sus integrantes ser autoconscientes y por tanto autogobernarse racionalmente. Por el contrario, los participantes de las ciencias sociales creían que al tender un puente de comprensión no *sobre*, sino *con* las masas estas lograrían su “mayoría de edad” produciendo así sujetos económicos y sociales plenos. La clase media profesional estaba autoconvencida de que crearía una oligarquía renovada al lado de una masa trabajadora racional, cumpliéndose en ese cambio el anhelo de una reconciliación definitiva entre ellas³²⁷.

³²⁷ López, *La clase*, 167, 171, 179-183; Loaiza, “Los intelectuales”, 92-93. La expresión “próceres de las ciencias sociales” es de López, 167. Estos próceres fueron representativos de una elite intelectual moderna que descubrió la nación cultural campesina, o sea multirracial, multirregional, no a través de una militancia con movimientos indígenas o afros, sino porque se especializó en el extranjero para ofrecer una conceptualización científica culturalista sobre estos grupos. Entre las figuras colombianas destacan, entre otros, Guillermo Nannetti, Orlando Fals Borda y Virginia Gutiérrez de Pineda, con quienes Jaramillo tuvo o tendría contacto. Entre las figuras latinoamericanas está el brasileño Gilberto Freyre. La mayoría de estos investigadores se embebieron de la antropología cultural de Franz Boas (1858-1942), quien saldó el embrollo positivista de la existencia de las razas: existían representaciones raciales, es decir, como prejuicio, no como realidad. Según testimonio de Jaramillo y el obituario que dedicó a Freyre, se revela que este fue un referente fundamental para su faceta como historiador social, particularmente, siendo inspiración con su *Casa grande y senzala* del artículo “Esclavos y señores”. El antioqueño definió a Freyre como “teórico de la democracia racial”, declarándose su “lector, discípulo y deudor intelectual”. Por tanto, aunque Jaramillo no hizo un posgrado en Estados Unidos, participó de su cultura intelectual a través de este tipo de mediaciones. Jaime Jaramillo, “Para recordar a Gilberto Freyre”, *El Tiempo*, 30 de agosto de 1987, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, doc. 15; Betancourt, *Historia*, 169; López, *La clase*, 204.

Este era el guion. Que se cumpliera con tal coherencia es otra historia que corresponde a los años de 1970. Por lo pronto, nos interesa conocer los términos del discurso subyacente a las políticas estadounidenses de asistencia técnica y financiera que fueron un componente insoslayable de la retórica y prácticas de las autoridades en la UN en los años sesenta. ¿Cómo se insertó Colombia y su universidad en esta dinámica de la modernización democrática? Lo primero que debemos decir es que Colombia no fue un caso excepcional. Lo segundo, es que el modelo de ciencias sociales y de estructura social triclase no fue *impuesto* por Estados Unidos. Se trató más bien de que sus política internacional coincidió con los intereses del FN. La rehabilitación del país tras la violencia bipartidista como eje de su programa político había sido concebido previamente de forma autónoma y se iba a aplicar, aunque no hubieran existido las herramientas extranjeras. Solo que este apoyo permitió refinar conceptualmente su objetivo final: crear una sociedad colombiana de clase media, una sociedad de profesionales. De ahí que Colombia fuera el más entusiasta promotor en el continente de estas políticas, especialmente, a través del primer presidente del FN, Alberto Lleras Camargo, quien concibió la universidad como el principal aliado para que la sociedad colombiana traumatizada por la violencia comprendiera la importancia de la democracia como valor fundamental para el arreglo de la vida colectiva³²⁸. Su vinculación con el programa de la Alianza para el Progreso (APP) y su afinidad con el presidente John F. Kennedy fue paradigmático de la adopción de este modelo de modernización que, aunque tomó la forma de políticas sociales de desarrollo no produjo una redistribución de la riqueza, sino que legitimó con la nueva elite cultural, con la clase media profesional la discreta continuidad el privilegio —solo que un poco más diversificado— como forma de organización social³²⁹. En 1959, o sea antes de sellar la colaboración colombo-estadounidense por el desarrollo, Lleras dirigió una carta pública a los profesionales recordándoles su misión de “reconquistar la vida, la dignidad y la democracia”, en tanto por su profesión ellos podrían establecer un “diálogo pacífico entre los muchos [pobres] y los pocos [viejas elites]”³³⁰.

³²⁸ Alberto Lleras “Education for democracy”, 1965, en Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), Bogotá-Colombia, Catálogo: Alberto Lleras Camargo, Fondo: Documental, carp. 47, doc. 625. Resuena la premisa ideológica del pragmatista John Dewey sobre la función sustancial de la educación en las sociedades democráticas. Ver [capítulo 1](#).

³²⁹ Mientras la Revolución en marcha de los años treinta intentó reivindicar a las masas y concebirlas sin intervención como sus pares, durante el FN elitismo no fue realmente cuestionado entre sus líderes. Alberto Lleras “Moral power for peace”, 1965, en BLAA, Catálogo: Alberto Lleras Camargo, Fondo: Documental, carp. 47, doc. 626

³³⁰ López, “Una democracia”, 49

Por eso insistimos en que esta cooperación internacional más que una imposición fue una intersección de objetivos comunes, pero autónomos de Colombia y EUA por *desarrollar y administrar el factor/capital humano*, como lo evidenció la temprana fundación en 1958 de la Escuela Superior de Administración Pública (OEA y ONU), del Departamento Administrativo de Planeación y del Departamento Administrativo de Servicio Civil, organismos de formación y selección para crear una nueva conciencia del profesional como servidor democrático³³¹. Esta lógica administrativa —que con su planificación racional aceleraría la rehabilitación social buscada por el FN— fue llevada del Estado a la universidad y a las ciencias sociales impartidas allí en tanto herramientas priorizadas para irradiar esa racionalidad a toda la sociedad. Por ejemplo, el poeta Jorge Gaitán Durán —fundador de la revista *Mito*, bastión del intelectual humanista durante la violencia— admitía que el estudio de la realidad colombiana por “científicos, técnicos, especialistas y planificadores” —para él clara reivindicación de los ensayos investigativos de los años cuarenta— era una forma de protestar contra “el terror e intolerancia [de la violencia] que destruyeron nuestras posibilidades de estudio e investigación”³³². Pero como se indicó en el inicio de este capítulo, tales ideales pedagógicos necesitaban recursos económicos y asistencia técnica para cumplirse. Tales estímulos se dieron con el intercambio colombo-estadounidense formalizado con dos hitos en marzo 1961: el lanzamiento de la APP y la publicación del diagnóstico “La universidad latinoamericana: clave para un enfoque de conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina” por el consultor y asesor de Cultura Organizacional de la UNESCO, Rudolph P. Atcon, pero cuya elaboración —que incluía experimentos de reforma universitaria en Honduras y Chile— había iniciado desde 1950, siendo ejemplo y síntesis de la política educativa insinuada por la APP³³³. Ambos acontecimientos impactaron en la carrera de Jaramillo: por un lado, definieron las condiciones en que se dio su participación universitaria en la UN durante los años sesenta; y por otro, lo convirtieron en un intérprete de esa política universitaria estadounidense³³⁴.

³³¹López, *La clase*, 153-154 y 167; Rojas, “La Alianza”, 104.

³³² Porque el examen de esa tragedia (la violencia) era “fase indispensable para toda solución. Pero precisamente la violencia nos ha arrebatado los instrumentos y conocimientos con los cuales deberemos emprender este proyecto de salud. No existen los datos que se necesitan para fundar una política”. Jorge Gaitán, *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo en Colombia* (1959) en Gómez y Vivas, *Historias*, 130-131.

³³³ Rudolph P. Atcon, “La universidad latinoamericana: clave para un enfoque de conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina”, *Eco: revista de la cultura de Occidente* t. XVII 1-3, nos. 37-39 (mayo-julio, 1963): 9 y 165.

³³⁴ Jaime Jaramillo Uribe, “Observaciones al informe Atcon sobre las universidades latinoamericanas”, *Eco: revista de la cultura de Occidente* t. XVII 1-3, nos. 37-39 (mayo-julio, 1963): 170-186.

¿Cuáles fueron las condiciones para la reforma y el funcionamiento de la universidad en donde se dio esta actuación? Cuando John F. Kennedy llegó a la presidencia en enero de 1961 se propuso concretar la política de apoyo a la “revolución de la clase media” latinoamericana, la “revolución de las Américas”, como una forma de contrarrestar la propaganda cubana en el continente. Para ello formó el Latin American Task Force un grupo de asesores expertos cuyo diagnóstico produjo el programa de ayuda externa para la estabilización política y el desarrollo económico planificado latinoamericano llamado APP y formalizado el 13 de marzo de 1961 en la reunión de Punta del Este (Uruguay), el cual aceleraría la modernización entendida como el logro de “niveles máximos de bienestar, con igualdad de oportunidades para todos”³³⁵. Se trató de un proyecto ambicioso construido sobre la autopercepción de Estados Unidos como exitoso reconstructor de Europa, si bien se advirtió desde el inicio que su misión en Latinoamérica era incitar e impulsar, pero no resolver *todo* lo que el diagnóstico había identificado. Los países debían aportar sus propios recursos. Los fines de la APP eran económicos, pero se lograrían por medios sociales: aumento en tasas de crecimiento, ingreso, industrialización, producción agrícola y reforma agraria, vivienda, salud pública y educación. Este último concretado en el Plan Decenal de Desarrollo, cuyo propósito era erradicar el analfabetismo para 1970 y elevar la calidad educativa en todos los niveles. En sentido estricto la APP era un programa de financiamiento crediticio con fondos públicos y privados materializado burocráticamente a través de la OEA, la CEPAL, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y la Asociación Internacional del Desarrollo (AID)³³⁶. ¿Cómo se determinó la distribución de los montos entre los países? Apenas superado por Brasil, Colombia fue el segundo país en recibir la mayor ayuda financiera de EUA, pues entre 1962 y 1969 obtuvo préstamos por 761.9 millones de dólares, de los cuales 40 millones se invirtieron en educación, destinándose 23 millones para la universidad³³⁷.

Esta asignación se debió en gran parte al liderazgo y credibilidad del primer presidente del FN, Alberto Lleras, quien convencido del proyecto democrático de profesionalización de la sociedad tomó acciones estratégicas para que Colombia fuera elegida como principal laboratorio de la APP en la modernización hemisférica. El Gobierno colombiano asimiló rápidamente el principio básico de Punta del Este que era la planeación, o sea la organización racional de la vida en el largo plazo.

³³⁵ Gómez y Vivas, *Historias*, 78; López, *La clase*, 127; Rojas, “La Alianza”, 95-96.

³³⁶ Rojas, “La Alianza”, 96-97, 112; Gómez y Vivas, *Historias*, 79-82

³³⁷ López, *La clase*, 133; Aline Helg, “La educación en Colombia, 1958-1980”, en *Nueva historia de Colombia*, tomo IV (Bogotá: Planeta, 1989), 4: 138.

En ese sentido, Colombia fue el primer país del continente en incorporar el plan de desarrollo como mecanismo de acción política: así surgieron el Plan General Decenal de Desarrollo (1960-1970) y el Plan Cuatrienal de Inversiones, que eran requisitos de la APP para desembolsar los préstamos. Colombia se mostró ante EUA como un caso ejemplar, al convertir la planificación en una política de Estado, que fue aplicada desde entonces por los siguientes Gobiernos³³⁸. Sin embargo, la trayectoria local de la APP fue irregular porque el desempeño económico colombiano también lo fue debido a la caída del café y a un sistema fiscal ineficaz. La renovación del crédito estadounidense fue negada en los momentos de mayor crisis económica pues EUA argumentó que no podía destinar los recursos de un programa intercontinental de desarrollo para resolver los problemas inmediatos de liquidez de un solo país. Es decir, el apoyo existió, los préstamos se invirtieron, pero el balance general no fue tan satisfactorio como se esperaba cuando Lleras Camargo y Kennedy sellaron su alianza. Ese entusiasmo inicial sobredimensionó la capacidad colombiana para cumplir con los plazos exigidos por EUA, pero también la capacidad estadounidense de controlar el cambio social local neutralizando la inestabilidad, pues la inestabilidad económica fue un hecho inocultable en los años sesenta³³⁹. Frente a los ideales de la APP, la realidad colombiana se mostró más incontrolable, inarmónica y costosa de lo deseado. En este sentido, el rumbo local de la APP ejemplifica la principal característica de la modernización colombiana durante los años sesenta: que en el papel se crean expectativas elaboradas, formalmente “adecuadas”, ejemplares, pero cuyo cumplimiento fue cuestionado al chocar con la realidad. Lo particular, es que pese a constatar sus limitaciones materiales, el discurso persiste con una terquedad simbólica llevando a que ese ambicioso proyecto se realice de forma intermitente en prácticas, momentos y liderazgos puntualmente localizados. Esto nos recuerda que la modernidad como fenómeno no fue algo homogéneo, aunque esa haya sido la pretensión de la modernización como ideología de esa modernidad.

O más bien, la modernización fue una idea que produjo experiencias diversas, inesperadas, demostrando así que ningún individuo o institución son plenamente modernos o arcaicos³⁴⁰. Como veremos a continuación esto también ocurrió en la reforma desarrollista de la UN jalonada más por el deseo que, por la capacidad real de ejecución, aunque la fuerza discursiva de ese deseo fue tan

³³⁸ Rojas, “La Alianza”, 101, 111.

³³⁹ Rojas, “La Alianza”, 105 y 112.

³⁴⁰ Loaiza, *Poder*, 272.

potente que, pese a las dificultades económicas, las palabras de ese proyecto transnacional tuvieron un decisivo peso performativo. Palabras como razón, planificación, desarrollo, integración, armonización, factor humano y clase media crearon en la universidad expectativas, experiencias e identidades modernas parcialmente desplegadas a través de la institucionalización de las ciencias sociales y de la profesionalización de sus practicantes en el marco de una reconceptualización de la universidad en clave administrativa. Esta etapa de normalización —más sistemática que en los años cuarenta y cincuenta— no podría entenderse sin ese trasfondo de asistencia técnica, que a su vez surgió del discurso proporcionado por el ecosistema intelectual y burocrático de la OEA, UNESCO y CEPAL, y canalizado localmente a través de ciertas políticas sociales patrocinadas por la APP que acercaron ese modelo de modernización a las autoridades colombianas. Ahora se detallarán las características del discurso transnacional de reforma universitaria, cuyo símbolo internacional fue el diagnóstico de Atcon y el nacional la Ley 65 de 1963 orgánica de la UN que respaldó la gestión reformista del rector José Félix Patiño Restrepo (1927-2020). Esta reforma fue una huella de Atcon en Colombia, pero también la continuidad de un programa modernizador local que lo precedió y que fue diseñado por el primer rector de la UN durante el FN, Mario Laserna, familiarizado desde finales los años cuarenta con la filosofía pragmática, integradora y políticamente neutral del modelo universitario norteamericano³⁴¹. La consecuencia de que ese modelo dominara la cultura occidental fue sintetizada por Horkheimer y Adorno: “La cifra se convirtió en el paradigma de la Ilustración”. Tal es el trasfondo de la reforma propuesta por Atcon, ya que la universidad fue concebida como un medio para lograr el desarrollo, es decir, el cambio económico “democrático”, que llevaría a la economía de mercado para racionalizar (planificar) los recursos usándolos con eficiencia.

Según esta filosofía, la clase media también participaba de la democratización económica no solo como consumidora, sino conceptualizando al nuevo sujeto económico definido por oposición a una

³⁴¹ Laserna fue parte de la elite conservadora no en sentido político, sino sociológico que armonizó la política frentenacionalista con la “revolución de las Américas”. Gómez y Vivas, *Historias*, 76. Según el discurso de la clase media, Latinoamérica no estaba capacitada para producir sociedades democráticas por sus propios medios, ya que sus países no se desprendieron del patrón colonial, aristocrático, de autoridad en la posindependencia. Por esa “insuficiencia histórica”, John Johnson afirmó que el militar moderno sería el principal representante de la clase media latinoamericana, pues su tutela, aunque transitoria, sería indispensable para propiciar con su distintiva *disciplina* el tránsito democrático. ¿Cómo era posible combinar democracia y militares? Porque eran militares modernizados, o sea, *profesionales*: eran un tipo más de la clase media. Mientras esta clase fuera sinónimo de democracia y viceversa, no importaba qué forma tomara (funcionarios, intelectuales o militares) la democracia *siempre* estaba garantizada. En Colombia, un apóstol de la modernización *disciplinadamente* guiada fue Laserna, quien defendió explícitamente la “dictadura para el desarrollo”, incluido el imperialismo estadounidense, como recurso legítimo de los sectores medios locales para normalizar “política y socialmente a las ‘clases tradicionales’ que urgían de ella para [experimentar] el debido proceso de democratización”. López, *La clase*, 121-124.

oligarquía pasiva, que sería remplazada por la proactividad del capital humano³⁴². Este término redefinió la noción de trabajo que dejó de verse como una actividad exclusivamente física, del gesto mecánico, para exhibir su faceta intelectual por la vía de la creatividad: este nuevo sujeto tiene iniciativa, es emprendedor, es innovador y es práctico. De hecho, está obligado a serlo porque en la sociedad democrática el privilegio natural (apellido, herencia) no tiene valor, así que, para ganarlo, el sujeto acude a sí mismo, al esfuerzo personal, a hacerse competente para ser competitivo en el acceso al privilegio. La noción de capital humano y de competencia es heredera de la visión anglosajona de las relaciones sociales que rechaza el individualismo extremo, supeditando la libertad individual a la democracia, es decir, al servicio comunitario de manera que sus miembros cooperan para dar y recibir equitativamente. Esta modalidad de vida colectiva era opuesta a la hispanoamericana del despotismo y las prebendas aristocráticas otorgadas a pocos individuos³⁴³. Según Atcon la universidad democrática no negaría la protección y seguridad individual. Pero que el individuo fuera exitoso dentro de la universidad —o sea justamente remunerado— no sería resultado de ningún *privilegio de nacimiento*, sino exclusivamente de la excelencia, de la competencia, es decir, de la *producción individual*, donde producción no es erudición abundante, sino producción de un “servicio útil al progreso” de la comunidad. Esta referencia comunitaria es fundamental porque este individuo solo puede ser competente en tanto sus prerrogativas individuales se subordinen a una acción grupal que ha predeterminado racionalmente un objetivo común, ya que el individuo no será más importante que el “esfuerzo cooperativo de muchos al servicio de todos”. Ser competente académicamente implicaba entonces una pedagogía de la exigencia porque el “proceso democrático” *exige* la formación de una “ciudadanía experta, bien informada [no ignorante] y competente”³⁴⁴. Pero este rechazo al individualismo particularista no

³⁴² López, *La clase*, 206 y 242-245.

³⁴³ Gómez y Vivas, *Historias*, 83. El optimismo pragmático era un componente de la noción de capital humano usada por la economía *democrática* para convertir discursivamente el trabajo afectivo/intelectual en una forma de capital, con lo cual se quiso eliminar el antagonismo entre capitalista (patrón) y empleado, puesto que siendo dueño de su inteligencia el empleado también era dueño de un capital, el humano, el cultural: trabajar no sería sinónimo de explotación, sino de acumulación de capital, invertir en sí mismo (formarse) era expandirlo. López, *La clase*, 243-246. Para Dewey esa inteligencia, núcleo del capital humano, tenía, sin embargo, inicialmente una misión política: recomunalizar las sociedades urbanas. Dewey convocaba a una especie de corporativismo urbano para rehabilitar los vínculos comunitarios de base rural fracturados por la migración a la ciudad: “The statement of intelligence itself takes on a character which to be fulfilled must correspond with a homogeneous, individuated community world which is to be (re-)instituted. This recommunalization is the basic political intention of Dewey's thinking”. Mills, *Sociology*, 355. De ahí que en los años sesenta con una economía de mercado consolidada, se entienda la transformación del corporativismo urbano en corporativismo empresarial y este, a su vez, en referente de relacionamiento social, no solo en las empresas sino en la sociedad y, particularmente, en la universidad.

³⁴⁴ Sincronizado con la teoría de las clases medias, Atcon equiparaba competencia a profesionalismo. El privilegio, o sea el éxito individual en una universidad democrática consistía en obtener una remuneración justa, mas no igualitaria.

era moralismo, sino una respuesta económica al problema sociológico de la masificación urbana. Atcon buscaba una universidad viable en la “era colectiva y de la producción en masa”, que dada la magnitud de sus dinámicas no podía satisfacer caprichos individuales —como sí ocurría en las formas feudales de relacionamiento—, sino que tenía que ser estratégica porque los recursos son limitados³⁴⁵. Planificar su administración era fundamental para que la universidad democrática/profesional/de las clases medias cumpliera su reto político —pasar de la institución elitista a una de masas—; técnico —del monopolio de las facultades profesionalizantes al instituto de investigación—; y económico, —participar del comercio de ideas y productos para el desarrollo nacional—. En síntesis, eliminar el particularismo era la condición para lograr el “máximo producción con el mínimo de inversión” y el “máximo de conocimiento en el mínimo tiempo”. Integración y armonización no eran, por tanto, solo conceptos científicos, sino, ante todo, administrativos. Centralizar la responsabilidad administrativa al integrar currículos, áreas de conocimiento y personal era una estrategia de optimización para crear bloques de objetivos comunes más eficientes que un cúmulo de intereses (facultades, cátedras, investigaciones) particulares dispersas. Atcon define la universidad como una “empresa colectiva” y, por tanto, al rector como gerente. ¿Qué significa esto? Que puede delegar el poder en su equipo porque racionalmente se han preestablecido objetivos comunes que no responden a intereses privados. Tal es la lógica subyacente al concepto de departamento, unidad que agrupa al personal y los currículos de un área del conocimiento por esa previa conceptualización lógica y funcional a los intereses generales³⁴⁶.

En ese sentido, la universidad democrática no es la universidad de la razón filosófica, sino de la razón presupuestal que se optimiza para responder a las masas urbanas: no es el lugar de los intelectuales excepcionales, sino de muchos ciudadanos que serán útiles a su comunidad. Esta universidad exige a sus profesores y estudiantes que se apersonen de la responsabilidad adquirida con la sociedad que los financia³⁴⁷. Esa preocupación económica fue la que moldeó la nueva misión universitaria y sus respectivas actividades. Para Atcon la universidad no transmitiría el pasado, sino

Para Atcon no se podía pagar lo mismo a un incompetente del privilegio de nacimiento que a un competente hecho en la experticia socialmente justificada. Por eso Cuba aparece como ejemplo de lo que podía salir mal cuando el fracaso universitario era atribuido a razones materiales, negándose a aceptar que fue por falta de racionalidad, o sea, por incompetencia. Atcon, “La universidad”, 99-102, 136-140.

³⁴⁵ Atcon, “La universidad”, 25.

³⁴⁶ Atcon, “La universidad”, 37-38, 51, 75, 145, 146, 167; Gómez y Vivas, *Historias*, 85.

³⁴⁷ Atcon, “La universidad”, 161, 99, 110, 116, 158,

que “moldearía el porvenir” siendo un “instrumento de innovación con oportunidades para todos”. Por eso, su paradigma académico sería la investigación entendida como el descubrimiento metodológico, serio, sereno, ordenado, disciplinado, lógico, objetivo y riguroso de nuevas verdades con la condición de que fueran socialmente útiles³⁴⁸. Esto porque su financiamiento tenía un origen colectivo y, por tanto, su fin también debía serlo. Es decir, la investigación no respondía a la caprichosa vocación individual, sino que era un producto socialmente regulado, en el que cada individuo respondía por su compromiso puntual dentro de un plan de acción grupal por un objetivo común. Para Atcon la investigación de la universidad profesional debía iniciar por “crear un espíritu de grupo y consagrar una metodología científica”³⁴⁹. Cumplidos estos deberes, el investigador tenía derecho a especializarse a nivel de posgrado y, sobre todo, a vincularse laboralmente en la universidad con dedicación exclusiva y tiempo completo con un salario “apropiado”. Atcon advertía que los bajos salarios de las universidades latinoamericanas —que forzaba a los profesores a repartirse entre varios trabajos reduciendo así su calidad científica— eran fruto de una actitud feudal ante el dinero, pues para la oligarquía, que basaba sus privilegios en la posesión de tierra, este era algo accesorio. La estabilidad financiera de los profesores era factor fundacional de una universidad de investigación³⁵⁰. En esa medida, vemos que, basada en el concepto estadounidense de *recurso* y de *comunidad democráticos*, la reforma de Atcon era una cruzada contra el particularismo y el despilfarro en la universidad: de ahí que su énfasis estuviera en la potenciación del “factor humano” y no del “factor material” como correspondía a una universidad que jalonaba “el progreso continental”.

Es decir, como el desarrollo educativo era núcleo y reflejo del desarrollo socioeconómico de la nación el deber de la universidad en este escenario era “suministrar el potencial humano *calificado*”

³⁴⁸ Atcon, “La universidad”, 61, 104, 137, 158, 114.

³⁴⁹ Atcon, “La universidad”, 109-117. La universidad de la sociedad de masas no enseña todo (acumula hechos), sino que brinda herramientas para que el egresado siga aprendiendo en la práctica fuera del aula. Aun así, Atcon reconoce que hay un “genuina elite intelectual que escapa de la masa refugiándose en el nivel posdoctoral”. Pero como es la excepción y no la regla, sus condiciones no son la medida para el modelo general, 145.

³⁵⁰ Atcon, “La universidad”, 81-85. Para Atcon el salario en una sociedad democrática no solo se medía en términos de supervivencia, sino de consumo. El sueldo de una vida apropiada para la clase media universitaria debía permitir el ahorro, el aseguramiento y la diversión. Partiendo de ese criterio y una vez hechas las conversiones, concluyó que el salario devengado por los profesores latinoamericanos resultaba insuficiente en cualquier parte del mundo. Un profesor instructor estadounidense ganaba 6400 dólares anuales, mientras que el titular (máxima categoría) 14 000. En América Latina ese mismo profesor solo recibía 1200 anuales. Atcon, “La universidad”, 83. Considerando los datos de la [tabla 5](#) y una tasa de cambio del dólar de 6.7 pesos en 1961, vemos que Jaramillo devengaba 5640 dólares anuales, lo cual apenas lo acercaba al salario del instructor estadounidense. Aun así, estaba por encima del promedio latinoamericano para un titular y por encima de muchos sectores económicos en Colombia.

y no cualquiera, sino “el factor humano *local*, porque el desarrollo del continente, dependía del desarrollo de sus propias gentes”, generando una fuerza innovadora que le daría al país su verdadera autonomía³⁵¹. Esta concepción de la autonomía evidencia un *desajuste histórico* de esta reforma con respecto a las anteriores: era la primera vez que Latinoamérica daba la espalda al legado de Córdoba (1918). Esta reforma se había enfocado en definir los derechos y obligaciones de la universidad con relación al poder político. Derechos, porque su gran reclamo era la autonomía entendida como libertad *de* enseñanza y el cogobierno, es decir, la participación equitativa y horizontal de profesores y estudiantes en el manejo de su destino, que además suponía la no intervención de poderes externos en sus decisiones: tanto el Gobierno local como, sobre todo, el extranjero, por lo que también era antimperialista. Las obligaciones estaban dadas por su tarea como asesora del Estado (no de la comunidad, sino de la institución estatal) y en promover un extensionismo popular. Tales fueron los supuestos que inspiraron la reforma universitaria lopista de los años cuarenta³⁵². El desajuste histórico reside en que la nueva reforma ignoraba deliberadamente este antecedente y en que las elites políticas e intelectuales colombianas, conociendo su historia, decidieron recibir el nuevo modelo³⁵³. Considerar a Córdoba era recordar la agitación que le dio vida y las elites del FN compartían con EUA el interés de neutralizar cualquier fuente de conflictividad apostando por la ideología-sin-ideología o como dice Atcon la política “sin demagogia”, porque la politiquería era el origen de las prebendas oligárquicas.

Por eso para Atcon la verdadera autonomía no era la libertad de enseñar, sino la autonomía financiera por eso recomendó la conversión de las universidades estatales en fundaciones privadas desvinculadas del servicio civil³⁵⁴. Él estaba convencido que esta era la única manera de lograr la

³⁵¹ Por eso dice que la educación no es un lujo de países desarrollados, sino el primer paso para que cualquier país se desarrolle. En ese sentido, el factor humano “es la mercancía más escasa”, pero una vez conseguida, “hacia el resto”. Atcon, “La universidad”, 4-20, 134, 141, 154 y 163.

³⁵² Núñez, “Marxistas”, 64-65.

³⁵³ El líder de la reforma de la UN en los años sesenta, Patiño, expuso en su informe que los estudiantes opuestos a su propuesta de modernización acudían a banderas anacrónicas, por ejemplo, al Córdoba de 1918. Ellos debían aceptar que esa reforma fue la respuesta a una situación concreta: el “ascenso de una poderosa clase media” argentina que enfrentaba una universidad dogmática, colonial, monástica, que exigía oponerse a esa autoridad que estancaba la sociedad. Patiño reconoce que Córdoba dejó legados vigentes como la autonomía, el bienestar estudiantil, y la orientación social de la universidad, pero que sus métodos y actitudes de rebeldía no se necesitaban, ni podían importarse indiscriminadamente, menos en una época con demandas y autoridades tan diferentes. José Félix Patiño, *Informe del rector al Consejo Superior Universitario. Hacia la Universidad del Desarrollo. Bases de una política de reforma universitaria. Parte I* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1965), 50-51.

³⁵⁴ Atcon, “La universidad”, 162 y 158. Atcon tenía en mente la universidad norteamericana que nació de la mano del empresariado. Este tipo de universidad privada era totalmente ajena a Latinoamérica donde tal cooperación era inexistente. Su uso complicaría el rumbo de la universidad colombiana en los años setenta, porque al ser subvencionada

neutralidad política que no significaba desvincular a la universidad de los problemas nacionales, sino de los problemas partidistas que la distrajeran de su propósito que era estabilizar y desarrollar al país “por encima de la pasión cotidiana de la vida pública”. Para Atcon —y luego los presidentes del FN y rectores de la UN— solo la universidad neutral era la verdadera universidad nacional ya que su respetabilidad pública la obtenía de su “real autoridad, real conocimiento y real imparcialidad”³⁵⁵. Atcon aceptó que el cambio social era inevitable, de hecho, reconocía que era necesario porque la existencia de oligarquías y relaciones feudales en la universidad era un *statu quo* inadmisibles. Pero Atcon profesaba el credo de la modernización: creía que el cambio universitario planificado y sin violencia era viable si tomaba la forma de una “*revolución institucional*”, que sería liderada por “ingenieros o reorganizadores institucionales” y “educadores profundos” quienes debían ser innovadores y flexibles para adaptarse fácilmente y enfrentar sin violencia las resistencias a ese proyecto modernizador³⁵⁶. Siguiendo esta nomenclatura quizá Jaramillo pueda ser calificado como uno de esos emprendedores institucionales. Por lo pronto, sabemos que fue lector y comentarista del texto de Atcon, ambos publicados en *Eco*, la revista editada por sus colegas de la Facultad de Filosofía³⁵⁷. Inicialmente Jaramillo lanza una réplica a la afirmación de Atcon sobre la composición del profesorado y sobre los estudios generales³⁵⁸. Pero en general valida sus propuestas y concuerda en que los “negativos” rasgos culturales hispanoamericanos —raza e historia— influyeron en que la universidad estuviera desintegrada.

Una de las primeras declaraciones del estadounidense es que la universidad latinoamericana era una institución de elites, de una oligarquía académica: esto porque las aristocracias empobrecidas canalizaron su deseo de prestigio en el título universitario, que así remplazó la función del título nobiliario. Pero el antioqueño afirma que desde la reforma de López Pumarejo y la consecuente aparición de nuevas profesiones (agronomía, economía, química) los docentes ya no venían de las

por el Estado profundizó al elitismo, al convertirse aquel en servidor de intereses particulares, precisamente lo contrario a la pretensión de Atcon, Gómez y Vivas, *Historias*, 127-129.

³⁵⁵ Atcon, “La universidad”, 63-69.

³⁵⁶ Atcon, “La universidad”, 135, 149-154 y 156.

³⁵⁷ Los otros artículos incluidos en el número muestran que la universidad era la principal pregunta cultural de la época. Fiel a su orientación *Eco* redirigió la discusión hacia la propuesta universitaria alemana.

³⁵⁸ Para Jaramillo los estudios generales tenían sentido en la sociedad norteamericana que tendía al especialismo y “la falta de expresión personal”, pero no en la latinoamericana donde había exceso de curiosidad y de expresión individual lo cual llevaba a la dispersión e individualismo. La UN padecía, de hecho, sobreabundancia de materias, como si la universidad tuviera que enseñar “todo” y no solo lo básico. Esto llevaba al error de medir la eficiencia pedagógica por la cantidad y no por la calidad. Jaramillo coincidía con Atcon en que la universidad era punto de partida y no llegada: “no es un saber acabado, sino una herramienta de trabajo”. Correspondía a cada persona perfeccionarse afuera “por su propio esfuerzo y su propia actividad”, Jaramillo, “Observaciones”, 177, 180-182.

“viejas clases dirigentes”. Según Jaramillo “la composición social del profesorado universitario, a no dudarlo, proviene hoy de la clase media colombiana”. Asimismo, añade que la UN había modernizado sus categorías docentes, las cuales no eran nominales, sino indicativas del grado de estabilidad económica del profesor. Lo que sí reconoce es que la magnitud del profesorado titular todavía era insuficiente y por tanto era débil su consciencia de grupo³⁵⁹. Del mismo modo Jaramillo reconoce que la racionalidad organizativa planteada por Atcon era perentoria en la UN, porque el particularismo que dominaba las relaciones en la universidad produjo “esa dispersión catastrófica” llevando “a un uso poco racional [en costo y tiempo] de los recursos financieros” que podría corregirse al centralizar los esfuerzos. El antioqueño reconoce que por la inercia de ese particularismo fracasó el intento reciente de departamentalización en la UN, ya que las facultades preferían conservar sus prebendas burocráticas antes que fusionarse bajo criterios científicos del conocimiento y racionales de la administración³⁶⁰. Pasando al tema del estudiantado, Jaramillo presenta una posición no considerada por el estadounidense y otra en que esencialmente lo apoya. Retomando su persistente preocupación por el bienestar estudiantil, el antioqueño critica los horarios sobrecargados que ignoraban la realidad de muchos estudiantes colombianos quienes al tiempo eran trabajadores: tal fue su propio caso. Para Jaramillo la centralización racional de los currículos y su consecuente flexibilización no era un simple movimiento administrativo, sino *democrático*: el reconocimiento a la *diversidad* de experiencias estudiantiles. Por eso hizo una sugerente recomendación inspirada en el ejemplo de la URSS: masificar la educación superior nocturna y por correspondencia como verdadero signo de la igualdad de oportunidades³⁶¹.

Por otro lado, Jaramillo estaba de acuerdo con Atcon en que la universidad era un instrumento de cambio controlado por lo que su misión central no era transmitir los valores de un grupo, sino capacitar al individuo “para transformarlos si fuere necesario”. En ese sentido, cuando Jaramillo afirma que la reforma no era tanto un asunto técnico “como moral” concedía en que el éxito de la racionalización universitaria —fundada en la noción de capital humano— dependía de racionalizar

³⁵⁹ Elitista en el sentido de que solo 4 de cada 10 000 latinoamericanos tenía un título universitario. Atcon, “La universidad”, 21-30; Jaramillo, “Observaciones”, 171-173.

³⁶⁰ Jaramillo, “Observaciones”, 174-177. Cada carrera creaba su propia burocracia en lugar de funcionar a partir de servicios comunes racionalmente establecidos.

³⁶¹ Estados Unidos era el país del “desarrollo”, de la riqueza, de ahí que Atcon no fuera sensible a este tipo de fenómenos. Por otro lado, que Jaramillo tomara al “enemigo” de Estados Unidos como su referente es indicador de su actitud pragmática como base de una pensamiento antidogmático: no defendía sectariamente ningún bando, sino que tomaba de cada lugar los elementos que fueran *útiles* a su *experiencia* inmediata. En ese caso la URSS era paradigmático porque un tercio del estudiantado se formaba así. Jaramillo, “Observaciones”, 178-179.

primero la psicología individual, de disciplinar sus pasiones como paso previo a la profesionalización de las relaciones sociales. En este punto, observamos qué tan permeado estaba Jaramillo por el discurso de la modernización como orden democrático, cuando afirma que la jerarquización no era un fenómeno reaccionario, ni antidemocrático, ni ideológico, sino un principio existencial que daba lugar a la responsabilidad entendida como interiorización del principio de autoridad. Por eso Jaramillo identificaba como rasgos del estudiante universitario moderno la capacidad de “*selfgovernment*, de autodomínio”, que permite aceptar la jerarquía como símbolo de la disciplina necesaria para producir un saber riguroso. Precisamente Atcon habla de la necesidad de una “autoridad calificada” para formar estudiantes competentes porque no había sucedáneo del trabajo duro en el aprendizaje. Por eso la universidad no podía seguir siendo condescendiente con ellos, sino más bien enseñarles a subordinarse: era la única manera de disciplinar su cuerpo y pensamiento, para que produjeran ciencia seria, objetiva y rigurosa. Atcon veía el cogobierno como símbolo de esa condescendencia que había arruinado a la universidad, porque la presencia estudiantil en su dirección equivalía a tener un espía. Al respecto añadía que “por su negativa rebeldía revolucionaria el estudiante se había convertido en una fuerza negativa dentro del orden social”. Que los estudiantes gravitaran en torno a la política partidista (eslóganes y antimperialismo) y no entorno al estudio (debate argumentado) era, para Atcon, evidencia de su inmadurez, pues si los jóvenes aborrecían la disciplina era porque no la interpretaban *racionalmente*, sino desde el “dramatismo emotivo” de no buscar la ciencia, sino mártires y héroes³⁶². Jaramillo, por su parte, no desconoce los aportes del movimiento estudiantil, pero advirtió que al hacerse “excesivamente” político había “creado un ambiente de desconfianza y temor”. Con el fin de reencausar estas emociones y desarrollar en los jóvenes el sentido de disciplina propuso una polémica solución: el servicio militar³⁶³. Jaramillo afirmaba que la vida universitaria no era compatible con el liderazgo en la plaza pública. Por el contrario, el estudiante y el profesor requerían del “derecho a la soledad” para producir ideas. Implícitamente coincidía así con Atcon en asumir la neutralidad política como el valor que permitiría a los estudiantes dejar de ser fuerza beligerante para ser fuerza productiva: esa era la consecuencia del disciplinamiento de la emoción a través de la razón³⁶⁴. Tal fue el marco,

³⁶² Atcon, “La universidad”, 87-96, 103-106; Jaramillo, “Observaciones”, 182-183.

³⁶³ También daba cuenta de la sintonía de Jaramillo con el discurso de la profesionalización de la sociedad que permitía incluir a militares e intelectuales en el mismo saco: el de la clase media, o sea, de la nueva democracia.

³⁶⁴ Jaramillo, “Observaciones”, 184-186; Atcon, “La universidad”, 158. La retórica del funcionalismo integrador fue persistente en Jaramillo, pues en 1966 afirmó que el servicio militar era una institución social *equiparable* a la universidad. Es decir, no solo servía para disciplinar, sino que era en sí un “espacio democrático de socialización”, propicio a la interacción interclase, donde sin importar si se era “obrero, burgués, campesino o noble” todos *compartían*

discursivo, ideológico y formal en que se dieron los cambios de la UN desde 1958 y durante los años sesenta. Las rectorías del matemático/filósofo Mario Laserna (1958-1960), del ingeniero Arturo Ramírez (1961-1962) y del médico José Félix Patiño (1964-1966) fueron cruciales para aclimatar estos principios, si bien tanto Ramírez como Patiño afirman que solo fueron continuadores del proyecto iniciado por Laserna nombrado estratégicamente por Alberto Lleras³⁶⁵. De ahí que en ese momento se concibiera una reforma universitaria que tras la violencia debía hacer esta institución “verdaderamente moderna”, pragmática, o sea democrática a la manera norteamericana: de la racionalidad planificadora para la optimización de los recursos; de la clase media para la armonización social; y de la independencia política que desvincula la ciencia del particularismo partidista y religioso.

Lo paradójico es que esta reforma se dio en una época de inestabilidad económica y radicalización del movimiento estudiantil, lo cual no fue obstáculo para la consolidación del discurso de restauración democrática que se manifestó en prácticas intermitentes y liderazgos individuales, siendo, por ejemplo, Jaramillo uno de esos “jefes modernos” más sobresalientes. Este calificativo no se debe solo a que fue el “creador del departamento de historia”, sino a que participó en distintos momentos y roles de la red de poder que ejecutó esta reforma ([figura 3](#)). Si Jaramillo ha llegado a

una *misma responsabilidad*: se daba así una armonización social. Para Jaramillo educación y servicio militar eran mecanismos más efectivos que la redistribución del ingreso para crear consciencia y cohesión nacional, porque eran espacios de unión y no de división: fomentaban la solidaridad y la tolerancia, o sea una ética filosófica y no proselitista que jalónaría una “reforma evolutiva no violenta”. Según esta propuesta, el Ejército no era solo un instrumento de defensa, “sino de acción cívica”, si bien para que esto se cumpliera primero debía modernizarse, es decir, “incluir a los sectores educados, con hábitos de conocimiento” (profesionales), en los cargos rasos. De esta manera lo militar se convertiría a la par que la universidad en eje de transformación social, útil a las reformas de esos años. Jaramillo demuestra así su creencia en que la profesionalización de la sociedad era efectivamente un nivelador democrático. “La necesidad de instituciones integradoras. Ponencia presentada por Jaime Jaramillo Uribe en el Encuentro Liberal de Rionegro (Antioquia)”, [noticia sin origen, sección Tercer Mundo], noviembre-diciembre de 1966, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4. Esta convicción se hizo presente en otros espacios. Por ejemplo, en 1968 como director del Departamento de Historia apoyó la propuesta del teniente coronel (r) Guillermo Plazas Olarte de dictar un ciclo de conferencias sobre “Aspectos militares de la guerra de Independencia”. Plazas era integrante de la Academia de Historia y había publicado en 1960 un artículo en la sección estrategia e historia de la *Revista Fuerzas Armadas*. Carta de Jaime Jaramillo a Mario Latorre, Bogotá, 18 de noviembre de 1968, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37, f. 1.

³⁶⁵ Laserna fundó Uniandes en noviembre de 1948 como respuesta la radicalización desencadenada en abril por el bogotazo. Fue su rector entre 1953 y 1954, siendo Lleras su sucesor entre 1954 y 1955. En la UN su gestión fue polémica. Laserna afirmó explícitamente que “el momento más importante de (su) vida fue cuando decidí que en Colombia cabía un sistema universitario de inspiración anglosajona”, lo cual atrajo la oposición del lauranismo y de la izquierda antimperialista. Laserna era conservador ospinista, pero fiel a su credo de neutralidad universitaria no asignó cuotas burocráticas lo que le valió la enemistad de varios copartidarios. Por otro lado, el movimiento estudiantil se opuso a su afán de “norteamericanizar” la UN y por eso sufrió dos huelgas. Ante las presiones de izquierda y derecha, Laserna renunció a dos años de estar en el cargo. Clara Sánchez, “Antecedentes de la Reforma Patiño Universidad Nacional (1954-1964)”, en *Frente Nacional*, 359, 361, 368, 370, 372, 374-375; Tirado, *Los años*, 337; “Mario Laserna: un hombre universal”, *Mario Laserna uniandes* (página web), <https://shorturl.at/fgrzK>

ser reconocido como “renovador de la historia” es porque su carrera profesional lo perfiló como intelectual pragmático, rasgo fundamental para liderar la institucionalización de las nuevas ciencias sociales, si bien ese fenómeno solo era una parte de la modernización universitaria y una parte de la participación de Jaramillo, mucho más amplia, en la reconceptualización moderna de la UN. Como veremos a continuación, la correspondencia institucional revela que en los años sesenta Jaramillo se destacó por su contribución como ideólogo de la universidad, interesado por definir su naturaleza, sus misiones, su orientación y su organización formal. Quizá por ese carácter de intelectual pragmático, el antioqueño escribió poco, porque manifestó sus ideas sobre todo a través de *acciones educativas*, que nos recuerdan su base y su título normalista. Así lo demuestra el progresivo aumento de su remuneración y la diversidad de cargos y roles que en este marco reformista: decanaturas, direcciones, la representación del profesorado, vicerrectoría, fundar una revista de historia científica, ser comisionado de eventos académicos internacionales; ser investigador y obtener la titularidad, docente, todo lo cual daba cuenta de la exitosa trayectoria y culminación de su camino intelectual como carrera profesional ([tabla 5](#)). Así el antioqueño aparece como símbolo paradigmático de la profesionalización del intelectual, es decir, del sujeto que vivió de las ideas. En este caso, de sus ideas sobre la misión de la universidad en general, y luego, de sus ideas sobre la forma de hacer ciencia social, en particular. Aunque Jaramillo llegó a decir que la “abrumadora carga administrativa” le impidió escribir más no es como si hubiera sido obligado a asumirla³⁶⁶. Más bien los hechos indican que fue su elección comprometerse con un ser intelectual que no era solo para saber, sino saber para hacer, el tipo de acción atribuida a los políticos. Sin embargo, Jaramillo no fue político del partidismo, pero sí de la política universitaria. Fue un modernizador o, en términos del discurso administrativo de la educación en boga, fue en toda propiedad, un emprendedor académico. Si Jaramillo había logrado atravesar exitosamente la etapa conservadora, defendiendo en la universidad ciertos valores modernos en medio de una reacción antimoderna, con mayor razón en esta etapa políticamente conciliadora —aunque entre elites— no tuvo dificultades para adaptarse y experimentar el privilegio que su carrera académica le brindaba en términos de dinero y popularidad dentro y fuera de la universidad al ser identificado cada vez más como un intelectual *democrático*: pluralista, racional, escéptico y conciliador rasgos que cultivó desde su época en la ENS y que en los años sesenta le permitieron consolidarse como intelectual profesional, en otras palabras, como otro eslabón de la clase media democrática según

³⁶⁶ Jaramillo, *Memorias*, 168.

lo evidencia su compromiso por discurso, obra y práctica con la modernización de esa educación que le había permitido ascender socialmente, desde la orfandad y el anonimato provinciano a la figuración pública del científico social urbano, mediante su conversión por el signo de esos tiempos en capital cultural ([tabla 5](#) y [figura 3](#))³⁶⁷. Era este hombre de 42 años hecho en la experiencia de los distintos tipos de universidad colombiana del siglo XX —todos *a su manera* fruto de la modernidad— el que recibió en 1958 al representante del FN en la UN, Mario Laserna, apenas de 35. Desde la matanza de estudiantes en 1954 varios sectores plantearon la necesidad de una reforma que despolitizara la universidad. El inicio de ese camino se dio en 1957 cuando la Junta Militar que reemplazó a Rojas redefinió legalmente a la UN como “una entidad autónoma, apolítica, que tiene por objeto alcanzar los altos fines de la cultura mediante exaltación de los valores en que se basa la civilización cristiana y lograr la investigación científica... la formación profesional respetando el espíritu del pueblo católico”³⁶⁸. Ese mismo estatuto eliminó el Consejo Directivo Universitario y creó en su lugar la Consiliatura —sin peso estudiantil— “para evitar la preponderancia de grupos o partidos en su gobierno”.

Sin embargo, la dirección real de la universidad estaría en manos de la rectoría apoyada en las tres secretarías (docente, académica y administrativa) y el procurador síndico (tesorero), si bien el Consejo Académico era quien presentaba las ternas de las secretarías, aprobaba el presupuesto y creaba unidades académicas³⁶⁹. Así se trató de estabilizar la crítica situación de la UN, pues entre 1954 y 1964 tuvo 21 rectores, muchos de los cuales renunciaron a causa de la violencia estudiantil. A esto se sumó la inestabilidad fiscal que llevó al extremo de considerar su cierre o privatización, lo cual fue evitado por Pedro Gómez Valderrama, ministro de Educación y principal promotor de la Ley 65 de 1963, que dio cuerpo a una nueva reforma que mal que bien, mantuvo la institución a

³⁶⁷ Finalizando la década del cincuenta el carisma de Jaramillo trascendía las diferencias partidistas, generando esa imagen de pacificador, de elemento democrático. A propósito de una conferencia en Pereira el autor de una nota le atribuyó a Jaramillo las características del intelectual de clase media: “Espíritu superior... abandonó la ciudad sin otro bagaje que su entusiasmo y el capital ya visible de su talento. Frente a la simulación cultural, adoptó el propósito de realizar el destino de su vida como una vocación por el cultivo de las ideas. El pueblo que aspira a un nuevo humanismo para lo cual es menester una reorganización de la sociedad tiene en Jaramillo uno de sus guías, aunque no comulgamos con el total de su *idearium* (sic)”. El autor reconoce que la estructura universitaria es opuesta al activismo provinciano (política) que estancaba intelectualmente a esas ciudades. Alexis, “Jaime Jaramillo Uribe”, [nota de prensa sin procedencia, ca. 1957], en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, f. 24.

³⁶⁸ “Decreto Legislativo 136 de 30 de abril de 1958. Por el cual se expide el Estatuto Orgánico de la Universidad Nacional de Colombia”, 274, <https://shorturl.at/mpq07>

³⁶⁹ “Decreto Legislativo 136”, 275.

flote³⁷⁰. Sin embargo, estas dificultades no impidieron la formulación de entusiastas proyectos que imaginaron la UN transformada en la influencia del modelo universitario, científico y sociológico estadounidense. Bajo esa aspiración Laserna fue elegido como su rector en 1958, sobre todo, por “su valiosa experiencia con Uniandes, ejemplo para Colombia del uso inteligente [en la universidad] de los recursos y las personas más capacitadas”³⁷¹. Mientras tanto el Consejo Académico había elegido como su secretario académico a Jaramillo, una decisión que, según él, le tomó por sorpresa, pues era tomada por profesores de varias facultades. Esto refuerza el argumento sobre su popularidad en la institución, pero también afuera como lo evidencia el hecho de que la noticia de su elección para este cargo apareció en prensa nacional diciendo que era “muy conocido en los medios universitarios”³⁷². De manera que su colaboración con Laserna sería muy estrecha. En todo caso, la relación entre ellos ya tenía una década e inició cuando Jaramillo fue profesor de cátedra en los Andes en los años cincuenta y se reforzó en Alemania donde se encontraron mientras Jaramillo era profesor y Laserna estudiante de filosofía³⁷³. El antioqueño acompañó como secretario a su amigo todo el tiempo que duró rectoría, entre el 17 de noviembre de 1958 y el 30 de junio de 1960 (tabla 5), lo cual significó un contacto cotidiano, cuya influencia en el futuro líder de la institucionalización de ciencias sociales no puede despreciarse.

Un ejemplo de la convergencia de ambos en la política pacificadora frentenacionalista fue cuando Jaramillo quiso restituir a la UN la función de representar “la confluencia de la tradición cultural y política del país”, es decir, de la política entendida como comunidad cultural y no como proselitismo, al proponer la entrega del doctorado *honoris causa* a López Pumarejo “creador de la UN moderna” en un homenaje “verdaderamente nacional, sin matices partidistas”. Jaramillo afirma que su propuesta fue aceptada por Laserna “con su habitual disposición para considerar las iniciativas de sus colaboradores”. El evento se celebró en 1959 y contó con la participación, entre

³⁷⁰ Sánchez, “Antecedentes”, 363. Antes del plebiscito de 1957 el porcentaje de presupuesto nacional dedicado a la educación era de 5.9 %, después del plebiscito subió a 10 % y en 1962 a 15.1 %. Tirado, *Los años*, 328. Sin embargo, hay que tener en cuenta que solo una parte de esa cifra estaba destinada a la educación superior.

³⁷¹ Así calificaba el rector Félix Patiño en 1965 a quien consideraba no solo su predecesor en el cargo, sino su directo referente ideológico en la reforma. Patiño, *Informe*, 31.

³⁷² Jaramillo, *Memorias*, 149; “Nuevo Secretario y Síndico en la Universidad Nal.” [nota de prensa sin procedencia], 19 de noviembre de 1958, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4.

³⁷³ Sánchez, “Antecedentes”, 370. Laserna aparece como persona de referencia en la hoja de vida de Jaramillo de 1960, “Historia laboral”, 58. En 1956 Laserna y Jaramillo se encontraron en Friburgo para visitar a Danilo Cruz. Allí Laserna les contó que entonces planeaba quedarse un año o más en Heidelberg donde tenía familia y apartamento. De ello el antioqueño concluyó que el proyecto de estudiar “filosofía” en Alemania “[se había hecho] un poco más serio de lo que nosotros habíamos pensado”. Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Friburgo, 7 de septiembre de 1956”.

otros, de Laureano Gómez —invitado por Jaramillo—, y el presidente Alberto Lleras simbolizando así la reconciliación posconflicto en una celebración “emotiva y memorable”³⁷⁴. La persistente cercanía de Jaramillo a Laserna también quedó demostrada porque fue su único acompañante a la Tercera Conferencia Mundial de la Asociación Internacional de Universidades celebrada en México entre el 6 y 13 de septiembre de 1960. Su visita fue registrada por al menos tres periódicos mexicanos, incluido *Excelsior*, uno de los de mayor circulación, donde el antioqueño apareció en primera plana. La conferencia contó con 400 delegados de 65 universidades de Brasil, Argentina, Canadá, Francia, Alemania Occidental, Sudán, Birmania, Vietnam y la URSS, destacándose la fuerte presencia de universidades católicas. Una noticia afirma que el “doctor” Jaramillo fue quien propuso enfocar del debate a partir del conflicto entre ciencia (técnica especializada) y humanismo (valores humanos), para tratar temas “urgentes y controversiales” sobre la función pública de la universidad en relación con la masificación de la educación superior. Esto trajo preguntas sobre la cobertura universitaria y los métodos de selección del estudiantado, de donde se concluyó que democratización no equivalía a ampliación indiscriminada de cupos, sino a implementar un criterio meritocrático de selección, es decir, de diferenciar no por clases, sino “de las inmensas masa humanas, a los individuos de mayores méritos”. En cierto sentido, esto llevó a que entre los congregados predominara el criterio humanista basado en un concepto excesivamente perfeccionista del mérito³⁷⁵. Este congreso, que no contó con la presencia de EUA, nos muestra lo distantes que estaban las propuestas de este evento del “sur global” del modelo norteamericano que inspiró la rectoría de Laserna, la cual buscaba crear una universidad para las masas, es decir democrática, pero donde democratizar no significaba *masificar* el número de estudiantes, sino *diversificar* los talentos, el tipo de personas recibidas.

En el informe sobre su primer año de gestión, Laserna dijo que buscaba “obtener una mayor eficacia en las inversiones materiales y los esfuerzos espirituales” convencido de que la función de la universidad era ofrecer formación técnica (profesional) y conciencia cívica para la “orientación y manejo de los destinos nacionales”. En ese sentido, logró eliminar la sobrecarga horaria e iniciar la redistribución integrada de las áreas del saber por afinidad temática como prototipo de las facultades

³⁷⁴ Jaramillo, *Memorias*, 152-153; Alfonso López, “Discurso pronunciado en la Universidad Nacional, 1959”, en *Alfonso López*, 127-136. Este fue su último discurso público pues murió 6 meses después en Londres.

³⁷⁵ “Seis misiones universitarias llegaron ayer”, *Excelsior*, México D.F. 3 de septiembre de 1960, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, f. 2; “Eventos del siglo XX” [noticia sin procedencia sobre Congreso de Universidades], México, septiembre de 1960; “Destacados representantes de la cultura universitaria nacional y extranjera visitan el Fondo”, [noticia sin procedencia], México, septiembre de 1960 en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 4, f. 9 y 35.

y departamentos modernos. Pese a estas proyecciones, la inercia particularista que mencionó Jaramillo en su comentario a Atcon impidió que estas se cumplieran fácilmente³⁷⁶. Ahora, aunque el plan de Laserna se quedó más en el papel es importante mencionar sus principios, porque fueron la base de la reforma que sí aplicó Patiño. La semilla que los conectó a ambos fue el propósito de “evitar el despilfarro del capital humano” para lo cual era indispensable modernizar urgentemente la universidad, es decir, hacerla antioligárquica y democrática, que no igualitaria, pero sí diversa y racionalmente optimizada. Por eso en ambas versiones de la reforma (1959 y 1964) la planificación se presenta como el principal mecanismo de democratización de la UN. ¿Qué significa esto? Apropriadose del lenguaje que usaron los sociólogos norteamericanos para clasificar a Latinoamérica, Laserna y Patiño definieron a la universidad que encontraron como aquella dominada por relaciones sociales “semifeudales, como un parásito de la sociedad” y no como su servidora. Esto era notorio, en primer lugar, por la base social del alumnado y del profesorado: elites tradicionales estancadas en el *statu quo* que bloqueaban el tránsito “a la sociedad profesional”. Para estos dos rectores era inadmisibile que la UN fuera el centro de formación de clases dirigentes “con modelos y compromisos anacrónicamente tradicionales”. Para esta visión democrática el problema, sin embargo, no era la existencia de elites sino el tipo predominante. El tono de las declaraciones de Laserna y Patiño demuestra que pretendían planificar el tránsito de una elite oligárquica a una democrática, o sea profesional, inaugurándose así la etapa de las elites modernizantes.

Particularmente, a la UN le correspondía formar “dirigentes nacionales con una conciencia *dinámica* y una aptitud cultural y técnica”, pues su obligación era la “de figurar a la vanguardia de un reajuste progresista y más igualitario de las estructuras sociales” convirtiéndose en “centro de investigaciones y asesor natural de las grandes empresas de cultura, desarrollo económico, social y tecnológico”³⁷⁷. Al momento de la reforma Patiño (1964) Colombia tenía uno de los coeficientes de matrícula universitaria más bajos en el continente, situación ya denunciada por Laserna quien intuyó que “el número de gentes incorporados anualmente a los cuadros técnicos nacionales está muy por debajo de las necesidades reales”. Por eso era necesario “triplicar, cuadruplicar el número

³⁷⁶ Laserna había imaginado la distribución de la enseñanza en tres bloques: Ciencias Biológicas, Ciencias Físicas/Matemáticas y Ciencias Sociales y de la Cultura, a las cuales sumaría una Facultad de Artes y Ciencias para dictar formación preuniversitaria. Sin embargo, este tipo de unificación solo se logró con Patiño. Sánchez, “Antecedentes”, 361.

³⁷⁷ Patiño, *Informe*, 25, 43-46. La última frase fue pronunciada por Alberto Lleras en un mensaje al Congreso en 1961, 44.

de individuos capacitados para promover el desarrollo nacional”³⁷⁸. Esto significa que la modernización consistía en producir masivamente profesionales, mas no en ofrecer un acceso masivo a la educación. Ni para Laserna, ni para Patiño la democratización entendida como ampliación de la base social del estudiantado era un asunto de número, sino de diversificar el concepto de talento, ampliándolo para que la vocación de más y más personas fuera útil al sistema. Ese era el sentido de hacer una universidad antioligárquica, o sea, para el “hombre promedio”. Tanto para Laserna como para Patiño la admisión no podía ser ilimitada y masiva porque desbordaría la capacidad docente real. Para ellos cantidad no equivalía a calidad: “No comparto el criterio de que una universidad buena es aquella en que hay un gran número de fracasos (muchas admisiones)”. Una masificación de ese tipo solo llevaría al despilfarro de los recursos y al bajo rendimiento social³⁷⁹. Pero hablar de “hombre promedio” no era sinónimo de validar la mediocridad o premiar la incompetencia, sino de fijar unos “niveles mínimos para que cada individuo dentro su máximo esfuerzo y utilización de sus capacidades logre el título”. Democratizar era renunciar a la visión humanista defendida por el Tercer Congreso de Universidades, porque esa basaba su funcionamiento en el individuo excepcional. Por el contrario, la democratización para Laserna y Patiño significaba abandonar un criterio estándar y perfeccionista de excelencia que era inadecuado para medir vocaciones profesionales heterogéneas.

Era una ideal que producía profesionales perfectos, pero quizá inútiles al estar desconectado de las “tendencias y necesidades del mercado profesional”. Según Laserna los países “más productivos eran aquellos donde el hombre promedio encuentra una manera de ser útil” y en Colombia “ese hombre promedio se había descuidado”, sabiendo que era la necesidad más urgente, pero también la “más fácil de sistematizar”³⁸⁰. Se hace así evidente la impronta del discurso democrático, como base de la modernización aplicada a la UN: Laserna y Patiño luchaban contra el individualismo del genio al defender que una organización universitaria moderna, o sea democrática, se centraba en el trabajo colectivo. Por eso que había que establecer una política universitaria de las mayorías basada en una división social del trabajo (incluido el trabajo intelectual) en función del desarrollo. En esto

³⁷⁸ Mario Laserna, *Informe del rector 1959* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1960), 5, Patiño también incluyó en su definición del “desperdicio de talento” a la deserción estudiantil, fenómeno que buscó corregir, ya que tenía una alarmante tasa del 50 % Patiño, *Informe*, 26; José Félix Patiño, *La reforma de la Universidad Nacional de Colombia 1966. Informe del rector volumen II* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1966), 13. Las tasa de matrícula eran las siguientes: Estados Unidos 35 %, Argentina y Uruguay 10 %, Colombia 1.8 %.

³⁷⁹ Laserna, *Informe*, 4; Patiño, *Informe*, 45-46.

³⁸⁰ Patiño, *Informe*, 46; Laserna, *Informe*, 4.

consistió la democratización de la universidad para las dos rectorías: no en aumentar la cantidad, sino en consolidar la calidad y diversidad de lo existente a través de una administración racional, centralizada. Esto se vería reflejado en dos acciones: primera, ajustar los cupos de admisión a la capacidad de la universidad (no en masa) y segundo, una vez admitidos los estudiantes “hacer el máximo esfuerzo para que todo individuo con una *capacidad promedio y con deseo serio de trabajar*, reciba un entrenamiento adecuado para que pueda ser útil en algún nivel profesional utilizable dentro de los mecanismos de producción y desarrollo nacionales”³⁸¹. Ahora bien, la universidad era un centro de ideas, pero su producción masiva requería dinero. Por eso Laserna acudió desde 1959 a las Fundaciones Ford y Rockefeller para que respaldaran su plan de desarrollo, sin embargo, al renunciar en medio de estas negociaciones quedaron suspendidas. Su sucesor, Ramírez Montúfar (1960-1962) recurrió a los préstamos del BID, cuya entrega estaba condicionada al cumplimiento de tres requisitos: crear una oficina de planeación, una Facultad de Ciencias y una Facultad de Ciencias Humanas. Ramírez solo satisfizo el primero. Por eso, en 1963 el ministro Gómez Valderrama viajó a Estados Unidos para retomar estos acuerdos los cuales fueron esenciales para que Patiño pudiera finalmente aplicar esta reforma entre 1963 y 1966³⁸², la cual fundó en dos palabras que serían “nuestra religión”: desarrollo, como objetivo mensurable; e integración como mecanismo para lograrlo. ¿Qué era modernizar? Hacer de la universidad una institución integrada que se convirtiera en instrumento de desarrollo. En este contexto la integración sería un parámetro de organización para todas las variables y escalas: académica, docente, currículos, física, financiera, entre estamentos y, sobre todo, de la universidad con la comunidad.

La palabra desarrollo indicaba que la educación universitaria no era solo un derecho, sino un mecanismo de progreso colectivo que debía tener impacto en “la acción social, incrementando el rendimiento integral de aquellos a quienes educa”. Por eso el desempeño de la universidad no se podía valorar a partir de simples discursos, sino con indicadores mensurables³⁸³. En ese sentido, su informe mostró el grado de éxito de la reforma, que a diferencia de sus compañeros logró ejecutarse más sistemáticamente en su gestión. ¿Por qué? Porque Patiño diseñó una campaña para tratar que tanto estudiantes como profesores se identificaran con esa política reformista³⁸⁴. En este escenario

³⁸¹ Laserna, Informe, 5; Patiño, Informe, 45.

³⁸² Sánchez, “Antecedentes”, 363, 372, 378.

³⁸³ Patiño, Informe, 18-22; Patiño, La reforma, 10. Fue el primer de un rector de la UN en incluir vez una serie de balances estadísticos, diagramas y gráficos para mostrar el estado de su reforma

³⁸⁴ Sánchez, “Antecedentes”, 360; Patiño, Informe, 51-57.

enfrentar la negligencia docente fue el mayor reto. Los profesores se identificaban más con sus facultades que con la universidad, y la integración significaba que perderían sus prerrogativas para entregarse a una forma de trabajo colectiva desconocida y en la que no veían beneficios. Por eso entre 1964 y 1966, el intento de integración administrativa —que originó la institucionalización de varias disciplinas sociales— fue voluble: hubo facultades, departamentos y carreras efímeros porque la intención de armonización profundizó las tensiones que había entre las facultades, siendo la organización de las ciencias sociales una de las más problemáticas pues la competencia entre sus “facciones” llevó a que en solo un año (1965-1966) se disputaran su existencia en la Facultad de Ciencias Sociales, la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas, y finalmente en la Facultad de Ciencias Humanas³⁸⁵. Nuevamente el proyecto modernizador era elocuente en el papel y fracturado en la realidad. Contra el interés de Atcon y Laserna por combatir el particularismo, paradójicamente, la reforma tuvo que recurrir a él en su versión positiva: dependía de las iniciativas individuales — y no grupales como correspondía a la universidad profesional/democrática— de los pocos profesores que creían en el potencial de esta modernización. Jaramillo fue un caso de esos. Él colaboró activamente en esta caótica sucesión de negociaciones institucionales y de disputa por el reclutamiento intelectual para consolidar la reorganización de las ciencias que según el modelo norteamericano asumido era prioritaria, pero localmente fue accidentada. Jaramillo no fue un obstinado de los intereses individuales, sino más bien predispuesto a la tarea integradora, asumiendo así el carácter funcionalista propio del intelectual moderno y modernizador³⁸⁶.

Durante las rectorías de Laserna y Patiño, Jaramillo convivió sin fricciones en las Facultades de Filosofía y Letras, de Economía y los prospectos de Ciencias Humanas y Sociales. Su intercambio receptivo y dialogante encontró complicidad en algunos compañeros que compartían ese espíritu —más cooperativo que competitivo— de trabajo interdisciplinar entre las ciencias sociales. En este

³⁸⁵ Milder García, “La construcción de un contexto interno como política universitaria: el caso de la política de diálogo en la Universidad Nacional de Colombia, 1964-1966”, *Sociedad y Economía*, no. 15 (2008): 203; Zoraida Arcila, “Ciencia y compromiso social. La instauración de la Sociología en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 1959-1970” (tesis de doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – México, 2017), 155 y 157. Tan pronto inició la reforma el decano de la Facultad de Ciencias Económicas amenazó con renunciar si no respetaban su autonomía; todo el personal de la Facultad de Derecho dimitió; y Luis Duque Gómez dejó la decanatura de la Facultad de Ciencias de la Educación ante la decisión de Patiño de fusionarla con la de Ciencias Humanas, Arcila, “Ciencia”, 156.

³⁸⁶ En ese sentido la teoría de las clases medias se conecta con la de las elites culturales: según esta las modernas se diferencian de las tradicionales porque tienen la función de ser agentes modernizadores: actores estratégicos en la producción y reproducción de un orden social viable. Es una visión funcionalista del intelectual que cifra su identidad en su rol como integrador social. Edward Shils, *Los intelectuales en las sociedades modernas* (Buenos Aires: Tres Tiempos, 1976), 19; *Los intelectuales en los países en desarrollo* (Buenos Aires: Tres Tiempos, 1976)

punto sus redes al interior de la universidad producían un robusto tejido de relaciones sociales, profesionales e intelectuales: este lugar era sin duda el centro de su sociabilidad, por encima de cualquier opción informal ([figura 3](#)). La mayoría de nodos de su red en esta época eran figuras del poder universitario con lo que se dimensiona la influyente participación de Jaramillo en el proceso de institucionalización de las ciencias sociales general —y no solo de la historia— fruto de una lectura local del modelo hegemónico de cultura trasnacional, que bebía de la filosofía pragmática estadounidense referencias para la organización institucional e intelectual (dominada por el paradigma de la sociología funcionalista). Muchos de sus vínculos habían iniciado de forma privada, pero ahora revelaban todo su impacto público, pues le permitieron interactuar con los procesos e ideas de ese ambiente, dejando también una impronta notoria en su estilo de pensamiento. Partamos entonces de que Laserna, fiel a su inspiración norteamericana, patrocinó la creación en 1959 del Departamento de Sociología en donde se cruzaron científicos sociales como T. Lynn Smith (1903-1976), Orlando Fals Borda (1925-2008), Luis Ospina Vásquez (1905-1977), Gerardo Molina, José Rafael Arboleda (1916-1992), Cayetano Betancur, Abel Naranjo, y Jaramillo Uribe. En calidad de ministro de Educación, Naranjo (1959-1960)³⁸⁷ promovió la creación de este Departamento y auspició para su inauguración la visita de Lynn Smith, teórico de la clase media latinoamericana y asesor del Ministerio de Agricultura colombiano quien dictaría algunos cursos en el nuevo departamento por invitación de sus líderes en ese momento: Fals Borda (discípulo de Lynn) y Luis Ospina. Fals Borda había sido profesor de las Facultades de Filosofía y Letras (1956-1957), Psicología (1957-1958) y Ciencias Económicas (1958-1959), cuyo primer decano fue Ospina Vásquez (1952)³⁸⁸, quien apoyó a su amigo Fals brindándole un espacio en su Facultad para que sellara la autonomización de la Sociología. En medio de estas interacciones, Jaramillo también se hizo amigo de Ospina por el cual no escondía su admiración y deuda intelectual³⁸⁹. Ahora bien,

³⁸⁷ Naranjo también era de Abejorral y había acompañado a su paisano por varios años en la Facultad de Filosofía. Adicionalmente en 1961 fueron incluidos simultáneamente en calidad “notables intelectuales doctores” como miembros correspondientes de la Academia Colombiana de Historia. En ese sentido, la ruptura de Jaramillo con la tradición histórica local no fue absoluta y, de hecho, aunque la Academia no fue su plataforma de expresión y trabajo, los diálogos con ella no estaban ausentes de su trayectoria. “Noticiero cultural. Académicos [noticia sin sin procedencia] 10 de febrero de 1961, en AJM, JJU, RP, caj. 1, carp. 7, f. 5.

³⁸⁸ Arcila, “Ciencia”, 83, 86, 94-95 y 106. De hecho, cuando la Facultad de Sociología ya llevaba un tiempo de consolidada Lynn Smith siguió teniendo vínculos académicos con ella pues aparece a cargo del curso teórico “seminario de organización social rural” para el año 1964, 114.

³⁸⁹ Dice que hasta caminaban juntos por la ciudad. Jaramillo, *Memorias*, 150-151. *Industria y Protección en Colombia* fue calificada por el antioqueño como “extraordinario”, “pionero de la historia” por su ejemplar criterio “histórico, renovador y analítico”, ejemplo de “la perspicacia, amplitud de visión y plasticidad intelectual” de Ospina. Según Jaramillo, como fue escrito en los años treinta, este libro anticipó la interpretación desarrollista representada luego por O. Lewis y W. W. Rostow sobre los factores no económicos de la modernización. Esta apreciación puede matizarse, porque Ospina estudió

el líder indiscutible de este proceso fue Fals Borda quien circuló entre varias unidades académicas hasta que fundó el Departamento del cual fue director entre 1956 y 1961, momento en que asumió la decanatura hasta 1964 de la nueva Facultad de Sociología que existió entre 1961 y 1966. Haciendo eco de su talante modernizador, Fals centralizó al máximo los esfuerzos intelectuales para consolidar esta “empresa”. Así, para establecer el primer pensum del Departamento reunió al Comité de Sociología de la Comisión Colombiana de la UNESCO, de la cual él era presidente y que incluyó, entre otros miembros, a Abel Naranjo, Gerardo Molina, Cayetano Betancur y José Rafael Arboleda. En esa medida, Fals Borda valoraba el esfuerzo colectivo tanto en el presente como hacia el pasado, pues reconoció que la transición de la “sociología de escritorio” a la sociología empírica no se hizo en el vacío histórico, sino que contó con “precursores del pensamiento social moderno”, entre los cuales identificó a Jaramillo, es decir, lo ubicó del lado de la tradición, crítica, sí, pero no aún de la renovación contemporánea, si bien con su invitación al nuevo proyecto permitiría que participara de ella también³⁹⁰. Fals Borda había trabajado en la Facultad de Filosofía hacia finales de los años cincuenta, por lo que probablemente allí conoció a Jaramillo, a quien reclutó como profesor del Departamento y luego Facultad de Sociología según se indica en su plan de cátedra para 1960-1964. De esta manera, veinte años después de su experiencia normalista Jaramillo volvió a impartir cursos de sociología, pero con una orientación diferente ya que trataría las relaciones entre historia y sociología, lo que demuestra su cercanía cada vez más notoria con la primera. Ahora bien, en este Departamento el modelo epistemológico era predominantemente estadounidense.

Por el contrario, el antioqueño fue un tipo de sociólogo en extinción: el de los referentes europeos decimonónicos, pues se mantuvo fiel a la tradición hermenéutica alemana, por lo que a nivel teórico parecía más un humanista, aunque en la práctica seguía siendo el intelectual profesional, pragmático, en tanto participaba colaborativamente en la reorganización institucional inspirada por la teoría de la modernización. Debemos recordar que la mayoría de los líderes en este Departamento eran jóvenes e iniciaban sus carreras, mientras que Jaramillo a sus 45 años era un hombre

en EUA en los años cuarenta y su libro se publicó en 1955. En lo que sí tiene razón Jaramillo, es que el libro pasó desapercibido hasta los años setenta, precisamente porque “la penuria de nuestras ciencias sociales” no había creado el público para él. Jaramillo, “Luis Ospina Vásquez. Historiador de la economía nacional”, *Travesías*, 423-431.

³⁹⁰ Siguiendo su rol de emprendedor académico Fals se apoyó financieramente en las fundaciones Ford y Rockefeller y reclutó a intelectuales con visión interdisciplinar como Virginia Gutiérrez. Por otro lado, a Jaramillo lo incluyó dentro de los pioneros del siglo XX orientados “hacia la búsqueda de la verdad histórica y social”, como también lo hicieron Nieto Arteta, Naranjo, Molina o Rafael Bernal. Arcila, “Ciencia”, 87-88, 94, 96, 106.

experimentado que, de alguna manera, representaba ya cierta tradición, pero que era capaz de convivir armónicamente con la novedad. En ese sentido, su programa de Sociología en la UN se dividió en dos líneas: la primera, introducción al conocimiento histórico, que basada en las ciencias del espíritu al estilo Dilthey daba más un aire a filosofía de la historia; y la segunda, relaciones entre historia y sociología, dividida a su vez en tres enfoques: primero, “lo social como fenómeno histórico”, apoyado en el sociólogo conservador Hans Freyer; segundo, sociología de la cultura y el conocimiento en la perspectiva de Karl Mannheim; y tercero, la controversia entre funcionalistas e historicistas según la óptica de Charles Wright Mills, para quien la sociología no debía subordinarse a la historia, sino al contrario, lo que llevó al estadounidense a simpatizar con la historia social inglesa por su fuerte inclinación empirista³⁹¹. Llama la atención la heterogeneidad de los autores alemanes usados por Jaramillo, pero también la total ausencia de referentes colombianos o latinoamericanos. Esto puede explicarse porque Fals Borda se ocupó de ellos, como también de Max Weber. Asimismo, fue novedoso constatar con la referencia a Wright su apertura a la sociología norteamericana, demostrando que esta era “irresistible” en esos años incluso ante su sólido y prolongado europeísmo conceptual. Por eso decimos que la relación de Jaramillo con la institucionalización del conocimiento fue más allá de la historia. Por ejemplo, en esta época su vínculo con la Sociología de la UN era públicamente reconocido, pues una noticia de 1962 lo presentó como “doctor” encargado del seminario de extensión universitaria que cursaría por un mes sobre el tema “historia y sociología” impartido en dos líneas: relaciones entre sociología e historia y contrastes de la historia social colombiana: casos de Santander y Antioquia³⁹². Ahora bien, fue en estos años que el antioqueño tuvo un respiro administrativo para retomar su trabajo investigativo como lo demuestran las comisiones aprobadas para ir a los archivos de Popayán y Pasto ([tabla 5](#))³⁹³.

³⁹¹ Arcila, “Ciencia”, 115-116. Otros referentes fueron Collingwood (idea de la historia) y Meinecke (historicismo). Es llamativa la elección de Freyer, quien fue abiertamente nazi. Quizá Jaramillo no conoció tal detalle o quizá realmente se guió solo por criterios académicos y no doctrinarios. Para Freyer (nazi) la sociedad industrial era el objeto de la sociología. Por otro lado, el alemán criticó la sociología empírica estadounidense defendiendo la necesidad de producir un análisis teórico del conjunto social. Su definición de sociedad como “formación social cuya unidad consiste en una tensión de dominio entre grupos heterogéneos” constituyó junto con la de tipo ideal de Max Weber la base conceptual del artículo de Jaramillo, “Mestizaje”, 21-22.

³⁹² “La Facultad de Sociología de la Universidad Nacional anuncia el 4.º seminario de extensión universitaria”, en AJM, JJU, RP, caj 1, carp. 7, f. 6. El seminario duraría 8 sesiones dictadas lunes y viernes de 8 a 9:30 de la mañana.

³⁹³ La comisión de Popayán se ejecutó en 1962 y la de Pasto en 1963. El propósito de esta segunda visita fue consultar los archivos departamental y eclesiástico de la ciudad por ser fuentes primarias para su trabajo sobre demografía y problemas sociales en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII, “Historia laboral”, 65. Esta comisión nutrió, sin duda, el artículo sobre ese tema que apareció en el *ACHSC* en 1964 y que prometía una segunda parte. Allí nunca fue publicada, pero parece que fue remitida al extranjero como “Cambios demográficos y aspectos de la política social española en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, en *Instituciones del siglo XVIII en América* (Quebec, 1973), Jaramillo y Safford, “An interview”, 15.

No fue casual que mientras Jaramillo participaba de la nueva Facultad de Sociología —aunque estaba adscrito a la de Filosofía— diera un giro intelectual desde la Filosofía y la historia de las ideas a la historia social científica. Científica porque era empírica al recurrir a la prueba documental como base de su intersubjetividad. Social, porque hizo de la sociedad su objeto³⁹⁴. Pero la configuración de esa nueva orientación no hubiera sido posible sin que a ese esfuerzo individual se correspondiera un trabajo de socialización que, en el paradigma de la modernización, está representado por las revistas especializadas. Fue así como en 1963, Jaramillo creó el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)*, con lo cual selló su liderazgo en la iniciación moderna, o sea universitaria, de la historia³⁹⁵. Ahora, que Jaramillo cerrara con esta disciplina su amplio recorrido en las ciencias sociales y humanas era, según su propia interpretación evolucionista de estas disciplinas, la consecuencia natural del proceso, pues para él la historia era la ejercicio científico de síntesis social definitivo³⁹⁶. En términos de contenido las investigaciones del antioqueño lo consagraron en esos años como representante de la sociología histórica porque aunque su utillaje conceptual era de base europea no fue inmune al impacto de la sociología empírica que lideraba la cultura intelectual en la era del desarrollo: aunque no fuera de forma directa sus contactos en la Facultad de Sociología le permitieron embeberse un poco del culturalismo antropológico según la interpretación latinoamericana de Gilberto Freyre y de José Rafael Arboleda.

³⁹⁴ Mientras Yolanda hacía trabajo de campo antropológico en Atlántico y Jaramillo se quedó en Bogotá investigando y cuidando a sus hijos, los esposos intercambiaron cartas en las que se evidencia la actualidad de una remozada sensibilidad sociológica en el antioqueño, pues cuando su esposa le pidió consejos para su investigación etnográfica él le recomendó, por ejemplo, observar el tipo de lenguaje coloquial usado, involucrarse con los cuentos populares, identificar cómo se insinuaban las jerarquías sociales y bajo qué mecanismos se manifestaban las dinámicas de agresividad y conflicto, señalando como posibilidades sociológicamente conceptualizadas al chisme, la envidia, la difamación o el desprecio. Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Bogotá, 1 de agosto de 1962, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, ff. 41-42.

³⁹⁵ Silva, “El Anuario”; Archila, “El Anuario”. Jaramillo fue su director durante los cinco primeros números publicados entre 1963 y 1969 con una interrupción de cuatro años entre las ediciones 4 y 5. Por eso, el alcance inicial de la revista debe ser medido en justa proporción, dada su precariedad financiera, ya que su tiraje de 1500 ejemplares compartía presupuesto con *Ideas y Valores*, siendo la asignación anual para ambas de \$ 25 000. Desde su fundación las quejas sobre retrasos y agotamiento presupuestal fueron habituales. Carta de Jaime Jaramillo a decano de Ciencias Humanas, 25 de agosto de 1966, en ACHUN, AFCH, Serie: Departamento de Historia / Correspondencia enviada y recibida ACHSC 1966-1997 (ACH), caj. 1034, carp. 24; Carta de Saúl Botero (secr. redacción) a Mario Latorre (decano), 5 de julio de 1967, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 38.

³⁹⁶ Por lo menos es la razón que da al evaluar retrospectivamente su decisión de identificarse con la historia consciente de que su vocación inicial fue por la Sociología: “I opted for history for a variety of reasons [...] 2. my conviction that only on national history could I do research based on primary sources; 3. the certainty that history is the academic discipline of synthesis par excellence and one that offers a better knowledge of social reality than any other discipline”, Jaramillo y Safford, “An interview”, 11. De ahí que su trabajo histórico fuera más empírico y sociológico que filosófico, como afirma Betancourt al observar que Jaramillo no fue un teórico de la historia. Betancourt, *Historia*, 162.

Así se entiende que pasara de estudiar ideas a caracterizar históricamente la sociedad colombiana adecuándose así a la mirada desarrollista (la historia y la sociedad determinan el estado económico de un país) propia de la teoría de la modernización. Que este escenario político transnacional influyó en esa transición intelectual se evidenció porque en 1958 Jaramillo hizo pública su primera interpretación sociológica de Colombia. Inspirado en Weber y repasando primero los patrones de poblamiento rural y urbano el antioqueño propuso dos tipos regionales *ideales*: el costeño de la sociedad marítima y el andino subdividido en bogotano, antioqueño y santandereano. Pero la intención no era solo describir, sino mostrar que esas diferencias regionales eran formas *concretas* de un *particularismo cultural* que, al impedir la *integración* en un tipo nacional, imposibilitaba el funcionamiento democrático en España y Latinoamérica predispuestas en esa lógica personalista a la política autoritaria. ¿Cuál era la solución? Que los “observadores del alma americana” (como llama a los científicos sociales aún con dejo filosófico, humanista) reconozcan que había un tipo *espiritual* propio de la América hispana que ofrecía homogeneidad democrática: el criollo o mestizo, que no era la suma, sino un “un tipo antropológico nuevo” resultado de la fusión “entre el estilo de *vida* español y la herencia *espiritual* de la cultura indígena”³⁹⁷. En este sentido, la interpretación histórica de Jaramillo sí fue visiblemente influida por el discurso democratizador de las clases medias, pues recusar el determinismo biológico es una postura moderna por excelencia, de hecho, la que hace posible creer en el cambio planificado —si bien crea otra escala de racialización—. La diversidad étnica latinoamericana suponía un obstáculo a este propósito. Por eso el mestizaje entendido como categoría sociocultural y no fisiológica fue la solución: podía ser mestizo, por tanto, clase media quien incorporara los atributos, la cultura mestiza, es decir de la “homogeneidad racial” y la racionalidad que darían coherencia al sujeto requerido por la democracia.

Pero el paso previo a esta conversión era el diagnóstico, por eso la zonificación de corte etnográfico y la subsecuente jerarquización regional fueron instrumentos fundamentales para todas las ciencias sociales modernizadas (incluida la historia): las elites intelectuales debían conocer de forma cada vez más especializada esas subculturas —que al no ser un destino biológico podían moldearse—, para transformarlas exitosamente junto con otras elites profesionales y consolidar así el desarrollo culturalmente condicionado: el cambio de pensamiento e imaginario cambiaría el patrón de acción

³⁹⁷ Jaime Jaramillo Uribe, “Notas para una interpretación de Colombia [1958]”, en *De la sociología*, 53-62. El artículo fue publicado originalmente en el periódico liberal *La Calle*.

en general, y de acción económica en particular³⁹⁸. En su faceta de historiador Jaramillo participó en estas lógicas transnacionales de dos maneras. Por un lado, como delegado de la UNESCO en 1968 para identificar archivos sobre la “población negra colombiana”. Pensando históricamente Jaramillo tomó como punto de partida lugares relacionados con la esclavitud: las ciudades de Barbacoas (Pasto) y Cartagena (Bolívar) a cuyos alcaldes remitió un cuestionario donde preguntaba si contaban con archivos civiles, notariales o eclesiásticos que contuvieran información colonial, cuáles siglos predominaban en la documentación, si conocían expedientes sobre esclavos y qué tan organizados y accesibles eran los repositorios (tipo de conservación, existencia de índices)³⁹⁹. Por otro lado, con tres de los cuatro artículos que publicó en el *ACHSC* (1963-1965 y 1969), en los que pasó de tratar individuos (políticos letrados) a enfocarse en grupos sociales (afroamericanos, indígenas) y sus dinámicas coloniales: esclavitud, demografía y diferenciación social. ¿Por qué la colonia? Porque en esos años la UNESCO y la CEPAL promovieron unas ciencias sociales basadas en cierto evolucionismo culturalista sobre el desarrollo, es decir, en que este se conseguía siguiendo unas etapas lógicas desde el feudalismo al capitalismo, pero que en los países sometidos por los imperios se desviaba debido a la experiencia colonial (deriva cultural) lo cual explicaba su subdesarrollo (estancamiento económico). La posteridad ha juzgado estos artículos compilados en 1968 por la UN bajo el título *Ensayos sobre la historia social colombiana* como la obra histórica más significativa de Jaramillo por cuanto consolida una metodología interdisciplinar que sentó las bases de la historia cultural en Colombia⁴⁰⁰.

Tal replanteamiento teórico evidencia que el antioqueño estaba la frontera entre dos formas de abordar las ciencias sociales: una mezcla entre la sociología alemana de cultura e insinuaciones de la sociología empírica norteamericana sintetizada en una historia de las mentalidades, puesto que, exhibiendo una mirada moderna, Jaramillo concibe la cultura como moldeadora del cambio social. De ahí que estos textos aborden la significación que tuvieron las instituciones sociales —familia, matrimonio, dinero, cultura científica, demografía, tecnología, raza, hidalguía, dinero,

³⁹⁸ López, *La clase*, 206-212. Este tipo de caracterización fue el que llevó a cabo Virginia Gutiérrez en sus estudios de etnografía empírica y luego de antropología histórica sobre familia, cultura y miscegenación en Colombia, con el explícito respaldo institucional y financiero del Departamento de Sociología liderado por Fals Borda, Arcila, “Ciencia”, 87.

³⁹⁹ Carta de Jaime Jaramillo al alcalde de Cartagena y al alcalde de Barbacoas, 15 de febrero de 1968 en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 39. Parece que estos esfuerzos se concretaron pues tres años después apareció en Europa “Fuentes para el estudio de la población negra colombiana”, en UNESCO, *Fuentes para el estudio del Negro y de las culturas negras en America Latina* (Bruselas, 1971). Jaramillo y Safford, “An interview”, 14.

⁴⁰⁰ Bonnett, “La historia”, 89 y 94-96; AGN, *Jaime Jaramillo*, 26; Rodríguez, “El nombre”, 75; Betancourt, *Historia*, 168; Saldarriaga, “Historia de la” 115; Uniandes, *Doctorado*, 35

estratificación social o alimentación— para los grupos de la sociedad colonial. A pesar de lo anterior, este enfoque cultural no caracterizó a la historia profesional en su etapa fundacional, de la cual Jaramillo apenas fue un destello. Sus estudiantes fueron realmente quienes lideraron ese proceso en los años setenta implicándose también en lógicas transnacionales, entonces dominadas por la teoría de la dependencia que era un cuestionamiento a la teoría del desarrollo. Estos historiadores no eran aliados de la modernización, sino más bien sus críticos: no querían armonizar, sino reclamar a las metrópolis su responsabilidad en la precariedad de los países dependientes. Por eso sus preguntas no fueron sociales, ni culturales, sino económicas específicamente por el problema agrario surgido de la formación capitalista fraguada en la intervención colonialista de España desde el siglo XVI. Hermes Tovar, Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo o Jesús Antonio Bejarano fueron el rostro de la renovación historiográfica definitiva, en cierto sentido una forma científicamente justificada de protesta social. Contra los propósitos de Atcon, Laserna y Jaramillo, la historia se profesionalizó como historia económica al calor de la radicalización política, pues algunos de sus representantes retomaron conceptos marxistas —modo de producción y lucha de clases— para construir su interpretación histórica, demostrando que concebían la historia como un proyecto político mientras sus compañeros advirtieron que esa estrategia iba en detrimento del rigor metodológico. Incluso Jaramillo cuestionó en los años ochenta lo reduccionista de ese enfoque que opacaba la precisión conceptual teórico y política⁴⁰¹. La historia económica tenía un ánimo más beligerante. Por el contrario, Jaramillo con su sociología histórica y cultural demostró su afinidad con la modernización, con la opción democrática que buscaba los puntos de conexión antes que los de división en las dinámicas de cambio.

Por eso la retórica de las clases medias fue en él experiencia, identidad, pero también estilo de pensamiento, fundamento de su propia teorización social, que, con la idea de mestizaje sociocultural, proyectaba hacia el pasado el cumplimiento de una teoría con consecuencias para el presente: el mestizo de ayer había prefigurado a la clase media de hoy, sobre todo por representar la vanguardia de los valores antioligárquicos: no anacrónicos, no violentos, no irracionales, no pasiva (afeminada) no fragmentados étnicamente. Los postulados de su nota reflexiva de 1958 se refinaron y legitimaron —por la prueba del archivo— en sus artículos de investigación sobre población indígena (1964) y mestizaje (1965) en la época colonial que consolidaron su imagen de

⁴⁰¹ Betancourt, *Historia*, 177, 181-183, 185, 189, 193, 196, 199, 203.

Colombia como una nación fundamentalmente mestiza, que así transitaría fácilmente a su versión moderna como sociedad de clase media, es decir, carente de la “pusilanimidad de la oligarquía”, pero a la vez de la “pasividad del indio” y lo “primitivo del afro”. En ello consistía la “teoría de la democratización racial”, nombre con que Jaramillo designó el trabajo realizado por Gilberto Freyre (1900-1987) para la sociedad colonial brasileña, el cual fue inspiración de su propia producción intelectual en los años sesenta⁴⁰². Paradójicamente muchos comentaristas han visto el acercamiento historiográfico de Jaramillo a los indígenas, afrodescendientes y mestizos como un antecedente de los estudios afrocolombianos e indigenistas⁴⁰³. Es cierto que hasta ese momento la Academia Colombiana de Historia monopolizaba la producción institucional del relato histórico en el país y que por las fechas de su fundación (1902) estos grupos no figuraron allí. Sin embargo, en los años cincuenta y sesenta esa situación había cambiado, pues la Academia contaba entre su nómina a la historiadora y antropóloga estadounidense Kathleen Romoli y al amigo de Jaramillo, Juan Friede, quienes habían diversificado sus sujetos históricos, fijando una creciente atención en los indígenas. En ese sentido, el antioqueño no habría sido disruptivo, sobre todo, porque en términos de demografía “marcó elementos de continuidad con los historiadores académicos”⁴⁰⁴. Aun así, ¿supuso su abordaje de estos grupos alguna reivindicación? Su artículo sobre el “volumen y densidad” de la población indígena pretendía abordar un “desatendido problema” de la historia social nacional.

Para refrendar su objetividad presentó en las primeras páginas un aparato crítico compuesto por archivos y cronistas. Sin embargo, la elección misma del siglo XVI como punto de partida reactualizó su sesgo europeísta: dio a entender que el “ser nacional” iniciaba en la colonia, es decir, con la invasión europea, desconociendo con ello la existencia previa de comunidades nativas e invisibilizando a las sobrevivientes⁴⁰⁵. En este contexto, se suponía que la cifra ofrecería neutralidad

⁴⁰² Jaime Jaramillo Uribe, “La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores: primera parte”, *ACHSC*, no. 2 (1964): 239-293; Jaramillo, “Mestizaje”; Betancourt, *Historia*, 171-172; López, *La clase*, 156 y 204-207.

⁴⁰³ Jaramillo y Safford, “An interview”, 2; Uniandes, *Doctorado*, 9 y 36; Tovar, “La colonia”, 73-78; Riveros, “Perfiles”, 109; Silva, “El Anuario”, 34-35; Rodríguez, “El nombre”, 71-75; Betancourt, *Historia*, 168-170, 174-175; Cubides, “Jaramillo”, 43-44; Bonnett, “La historia”, 95-96; Jorge Orlando Melo, *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas* (Medellín: Secretaria de Educación Antioquia, 1996), 72.

⁴⁰⁴ Friede de hecho fue pionero de la etnohistoria colombiana, pues incursionó en ella desde los años cuarenta, lo cual le valió ser acusado de comunismo por los conservadores de mediados de siglo simplemente por demostrar con fuentes de archivo los abusos perpetrados por la Iglesia católica a los indígenas durante la colonia. Núñez, “Marxistas”, 385-386; Herrera, “La demografía”, 57.

⁴⁰⁵ Herrera, “La demografía”, 56-57.

interpretativa. Pero la estimación de Jaramillo fue tan discreta (ni 840 000 indígenas) que resultaba inocultable el peso ideológico subyacente. El mismo Juan Friede lanzó una indirecta en el siguiente número del *ACHSC* convocando urgentemente al afianzamiento de la “etnohistoria” como correlato de la “historia blanca” la cual, apegada a la cronología de la Conquista, revelaba en esa demografía tan moderada su desinterés por los indígenas⁴⁰⁶. Ahora bien, esa distancia de Jaramillo hacia lo nativo no era nueva: estuvo en su reticencia hacia la etnología de la ENS y en su humanista historia de las ideas que rechazó el autoctonismo como base de la identidad americana, declinado a favor de la herencia española que la vinculaba con Europa. En este caso los métodos fueron distintos, pero con igual resultado: desestimar las singularidades entendidas como potenciales factores desintegradores, desestabilizantes de una anhelada nacionalidad democrática. Por tanto, la instrumentalización de la demografía colonial no pretendía crear un discurso antindígena, sino mostrar que hubo un “acelerado, intenso y completo” proceso de mestizaje neogranadino haciendo que su proporción fuera tempranamente amplia. En otras palabras, que la población colombiana tendía históricamente a la homogeneidad, esto es, que podía ser democrática o sea jerárquicamente pacífica.

Jaramillo advierte que el mestizaje fue un proceso algo azaroso y no tanto un deseo de los españoles, pero ya que ocurrió, invitaba a valorar las consecuencias positivas de su efecto socialmente dinamizador: que Colombia adquiriera desde la colonia una estructura social “más flexible, nacional y orgánica”, que por lo menos eliminaba de los factores diferenciadores existentes (economía, cultura) al factor racial, facilitando su potencial integración futura⁴⁰⁷. Ahora bien, el artículo “Mestizaje y diferenciación social” en el que redondeó estas conclusiones es más simbólico de la relación de Jaramillo con la retórica democrática/clase media de la modernización universitaria por

⁴⁰⁶ Juan Friede, “Algunas consideraciones sobre la evolución demográfica en la provincia de Tunja”, *ACHSC*, no. 3 (1965): 5-19. Los alumnos de Jaramillo Germán Colmenares (1969), Darío Fajardo (1969), y Hermes Tovar (1970) cuestionaron las discretas cifras de su maestro. Los dos primeros explicándolas por errores metodológicos y Tovar por razones ideológicas: el desprecio hacia los dominados y su anulación para insertarlos en la historia de los dominadores, la europea. Pero es actitud moderna por excelencia la receptividad ante la crítica argumentada. Jaramillo reconocía la provisionalidad de sus conclusiones y, más que eso, al admitir que este debate se diera en el *Anuario* da cuenta de que predicaba tal racionalidad con el ejemplo. Así treinta años después corrigió sus propias cifras, cuadruplicando el cálculo. Herrera, “La demografía”, 60-61.

⁴⁰⁷ Jaramillo, “Mestizaje”, 23-24. Sin embargo, el Friede de los años sesenta y la arqueología de los años ochenta demostraron que los indígenas fueron, de hecho, el grupo mayoritario de la sociedad colonial. Herrera, “La demografía”, 63. Otros investigadores también han visto el entusiasmo por el mestizaje sociocultural como una estrategia para invisibilizar sin muchos cuestionamientos “la importancia del múltiple del aporte indígena y afroamericano en la conformación de las sociedades latinoamericanas (y de su país, en particular)”. Jaime Eduardo Jaramillo, “Jaime Jaramillo-Urbe y el camino de la historiografía profesional en Colombia”, *El Aleph*, no. 175 (2015), <https://shorturl.at/FDRW8>

cuanto en ese texto no solo propuso su propia teoría legitimadora del papel nivelador de los sectores medios, sino que mediante él obtuvo en 1966 la máxima categoría docente: profesor titular, consagrándose así —con un artículo sobre los antecedentes históricos de la clase media— como integrante de la nueva clase media en el tipo del intelectual profesional, como elite cultural, medida por su influencia en los auditorios y por su remuneración superior ([tabla 5](#)). En agosto de 1964, la Facultad de Filosofía y Letras postuló a Carrillo y Jaramillo para ser profesores titulares. Sin embargo, el antioqueño declinó porque entonces no podía cumplir con su requisito: presentar una investigación inédita. Aprovechando la descarga administrativa, el nuevo estatuto docente de Patiño y la conclusión del artículo sobre mestizaje, Jaramillo hizo la solicitud de titularidad en 1966 justo antes de ir al Segundo Congreso Internacional de Historia de América (Buenos Aires). Estando allí su esposa le comunicó que se había enterado informalmente sobre el éxito de la postulación. Tres días después “Mestizaje y diferenciación” fue aprobado por su jurado, Luis Duque Gómez —viejo conocido de Jaramillo— ratificándose la vigencia de su titularidad en enero de 1967⁴⁰⁸. Por estos motivos algunos investigadores han visto esta nueva historia como un proyecto político, no a la manera de la militancia marxista de los setenta, pero sí de la modernización para el desarrollo, que fue el *leitmotiv* del oficialismo en los años sesenta, lo cual convertía a sus intelectuales en el tipo “oficioso” monopolizando el discurso histórico para adaptarlo a los intereses del Estado que, en este caso, llevó a asumir la historia como la “disciplina que analiza el cambio social”⁴⁰⁹. Un cambio que bajo el signo modernizador tenía en el mestizo la representación del dinamismo, mientras en los nativos la del estancamiento.

Por ello ese mestizo prefiguró hacia el presente a los legítimos líderes de ese cambio según la ideología modernizadora en su adaptación latinoamericana: una clase media no solo profesional, sino también mestiza, siendo ese el tipo social de cosecha propia capaz de liberarse de las ataduras de su pasado biológico (tara indígena) y cultural (tara oligárquica), si bien el cuestionamiento oligárquico no tuvo un desarrollo historiográfico tan contundente en Jaramillo (las viejas

⁴⁰⁸ Carta de Jaime Jaramillo a Yolanda Mora, Buenos Aires, 5 de octubre de 1966; Carta de Yolanda Mora a Jaime Jaramillo, Bogotá, 8 de octubre de 1966, en AJM, JJU, CER, caj. 17, carp. 4, ff. 49 y 50. La solicitud de promoción docente podía iniciarla un decano, un director o el profesor interesado “Historia laboral”, 42. A propósito de su gira al Cono Sur Jaramillo propuso visitar la Universidad de Concepción (Chile), uno de los experimentos de Atcon, para hacer un informe especial sobre su modelo de universidad departamentalizada. Carta de Jaime Jaramillo al decano de Ciencias Humanas, Bogotá, 29 de agosto de 1966; Carta de Jaime Jaramillo al decano y consejo directivo de Ciencias Humanas, Bogotá, 30 de septiembre de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37.

⁴⁰⁹ Herrera, “La demografía”, 66-67; Loaiza, “Los intelectuales”, 91.

oligarquías fueron los sujetos de *El Pensamiento*), como sí lo había hecho en su teorización sobre la universidad. En todo caso se constata que el antioqueño asimiló intelectualmente este discurso de la clase media, heredero de la segunda posguerra, como una clara repuesta desde y para su tiempo: no se trataba de una diatriba contra los indígenas, sino de producir ciencias sociales útiles al posconflicto mundial y local. Era en defensa de la paz (eco de su juvenil espíritu antifascista) que sus ideas justificaron la homogeneidad étnica como fundamento de armonía social. El inevitable correlato de esta convicción fue, entonces, su intensa actividad institucional para modernizar la producción del discurso social, es decir, diferenciar al aficionado, cuya imaginación es libremente caprichosa, del profesional cuya imaginación es metodológica e institucionalmente controlada. Después de las revoluciones burguesas, en la modernidad, el conocimiento tiende a institucionalizarse, a reclamar formas asociativas para materializarse. En tales espacios resuena el gremialismo artesanal (con sus prácticas y jerarquías consensualmente establecidas), es decir, la necesidad de recomunalización secular en la acelerada urbanización que desintegra a los sujetos en un extremado individualismo. Durante el siglo XIX y hasta 1930 tal sociabilidad intelectual latinoamericana fue informal: periódicos, salones, tertulias, academias, cafés, grupos de lectura, agasajo, la vida bohemia⁴¹⁰. Entonces la escuela formal tuvo poco impacto en la existencia y renovación de ambientes intelectuales. Pero, la segunda posguerra, que respondió al totalitarismo y las revoluciones con una cultura intelectual pragmática y con la teoría de la modernización como ideología para la democracia, posicionó a la universidad como el instrumento estratégico para moldear la inteligencia, es decir, reclutar y formar a las elites modernizantes —clases medias profesionales— por ser aquella la institución de la razón (planifica, integra, controla) para la razón (jerarquización social pacífica).

Siendo esencialmente una respuesta a la masificación urbana la magnitud del reto era enorme, lo cual exigía usar eficientemente los recursos: por eso las ideas ya no tendrían un valor intrínseco, sino monetario. Su jerarquización estaría determinada por el mercado. La universidad ya no era solamente un centro de *creación de ideas*, sino un centro de financiamiento y provisión logística para *producir las que fueran más útiles* al desarrollo comunitario: su misión era moldear presente y futuro, de ahí el énfasis en la investigación —entendida como respuesta al mercado o sea al interés colectivo— y también en la noción de cultura organizacional que consideraba el ordenamiento

⁴¹⁰ Altamirano, “Introducción”, 13.

institucional de la ciencia el punto clave para planificar según criterios mercantiles y no intuiciones individuales la distribución de su financiación. Fue en ese ánimo de *razón y ración* que la universidad fue redefinida como una empresa cultural. Tal fue el trasfondo de la “revolución institucional” diseñada para la UN por Laserna (1959) y concretada por Patiño (1964). La palabra institucionalización solo se normalizó en la jerga universitaria tras absorber la idea de cambio social gradual promovida por la teoría de la modernización. El grado de influencia que tuvo ese marco retórico transnacional vía FN explica en gran parte que la formalización de las ciencias sociales colombianas se haya consolidado en ese momento y no antes. Institucionalizar no era solo el proceso intelectual de diferenciación de un saber frente a los adyacentes, sino ante todo la forma en que se haría y la consecuencia que generaba: producir capital humano calificado (profesionales competentes) como retorno de inversión de la sociedad que los financiaba. Institucionalizar era entonces la emancipación del conocimiento a través del poder del siglo: el dinero. Atcon llamó “revolución institucional” a la racionalidad que materializaba esa autonomización disciplinar de una manera planificada, pragmática, mensurable y rentable, creyendo que la autonomía y estabilidad financiera libraría a la universidad de la dependencia política. Así, la institucionalización es el conjunto de estrategias organizativas que coordinan los esfuerzos colectivos para que cada disciplina establezca un proyecto académico, es decir, defina su patrón de trabajo científico y permita la exclusividad ocupacional de sus practicantes para la producción sistemática de ideas especializadas que se difunden a través de revistas científicas. Esto permite que las disciplinas compartan la misma racionalidad metodológica y administrativa, pero funcionen diferencialmente acorde con sus temas y conclusiones, siendo esa diferencia públicamente visible.

En otras palabras, institucionalizar es el ordenamiento —a la manera de una división social del trabajo— por el que una actividad deja de ser subsidiaria de otra permitiendo a sus practicantes dedicarse a ella en tiempo completo e identificarse socialmente con su respectiva profesión: en ese principio de exclusividad radica la diferencia entre aficionado y profesional⁴¹¹. Que las ciencias sociales se institucionalizaran significó que los intelectuales se profesionalizaron, devinieron científicos sociales, es decir, que la inteligencia no era solo un fenómeno cultural, sino también económico: su reconocimiento surgía de la acreditación universitaria que lo remuneraba

⁴¹¹ Shils, “Tradition”, 778; Wright, *Sociology*, 47; Blanco y Jackson, *Sociología*, 38.

proporcionalmente a tal reputación⁴¹². Pero mientras la institucionalización enfatizaba en el origen y destino colectivo de la producción de conocimiento, es decir, que no era artesanía individual también es cierto que se valió de los jefes de escuela, de los emprendedores culturales que gracias a su carisma personal tuvieron la suficiente fuerza aglutinadora en torno a espacios, ideas, protocolos y prácticas intelectuales para transmitir y legitimar entre compañeros y estudiantes la lógica grupal, asociativa indispensable del trabajo científico *moderno* o sea planificado y socialmente significativo⁴¹³. Jaramillo fue uno de esos emprendedores pues su compromiso institucional con la UN estuvo imbricado a su trabajo intelectual como científico social. Por eso, 1963 fue un año importante de su carrera pues fundó el *ACHSC*, publicó su primer artículo de sociología histórica, recibió aumento, fue designado representante docente y mano derecha del rector —Hernando Morales (marzo de 1963-mayo de 1964)— en una comisión permanente *ad honorem* como subproducto de la reforma de Laserna para elaborar los planes de reorganización administrativa, académica y docente buscando “la reducción de gastos, sin lesionar la marcha de la institución” ([tabla 5](#)). La resolución de su creación se publicó en un periódico de amplia circulación nacional, evidenciando la atención pública que suscitaban tanto la UN, como el antioqueño en relación con ella. La comisión se encargaría de una actividad propia de los nuevos tiempos: *diagnosticar* la dedicación, funciones, contratos, nomenclatura y criterios de selección del personal; el estado de los archivos y de las publicaciones; las formas de calificación; y el bienestar estudiantil. Asimismo, lideraría los prospectos de autonomía económica evaluando el control y ejecución presupuestal de las unidades académicas en estrecha colaboración con la oficina de planeación⁴¹⁴. Es muy probable que los hallazgos de esta comisión hayan sido la materia prima de las estadísticas históricas publicadas por Patiño en su informe sobre el avance de la reforma.

Recordemos que este ejerció la rectoría entre junio de 1964 y finales de 1966, momento en que logró convencer parcialmente a una reticente comunidad universitaria de aplicar los cambios. Ese proceso interno de aclimatación cultural de la reforma fue liderado por la Facultad de Sociología —La disciplina matriz del modelo estadounidense— ya que sus jefes de escuela, Orlando Fals

⁴¹² Federico Neiburg y Mariano Plotkin, comps., “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, en *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (Buenos Aires: Paidós, 2004), 15-27.

⁴¹³ Blanco y Jackson, *Sociología*, 38-39, 41-42; Blanco, *Razón*, 51-52 y 226-228.

⁴¹⁴ “Economía de gastos hará la universidad. Comisión permanente para tal fin crea el rector”, *El Tiempo*, 11 de abril de 1963. Los otros integrantes de la comisión eran los profesores Gustavo Perry, Rafael de Zubiría y el estudiante consiliario, en *AJM, JJU, RP*, caj. 1, carp. 4, doc. 11, f. 14.

Borda y Camilo Torres Restrepo (1929-1966) creían en el proyecto reformista uno de cuyos propósitos era diversificar las ciencias sociales lo cual se manifestaría en la apertura de nuevos departamentos en esas áreas. Este no fue un proceso lineal, sino de sinuosos proyectos que pasaron en el papel por sucesivas “derogaciones o modificaciones”. Por ejemplo, la primera propuesta de Sociología fue crear la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas para integrar “racional y prácticamente” las de Sociología, Filosofía y Psicología reunidas en los departamentos de Antropología, Filosofía/Humanidades, Historia y Geografía, Lingüística y Filología, Lenguas Modernas, Psicología y Sociología, con una sección de investigación compartida. Entre 1964 y 1965 hubo un ciclo de tensas negociaciones que ocasionaron disputas personales y entre disciplinas, ya que su posicionamiento en la nueva jerarquización administrativa era una competencia por los recursos que *parecía* una competencia por la identidad disciplinar. Fue ese contexto el que propició las condiciones para la aparición de la historia como carrera, que para entonces aún no estaba definida, ni tampoco se había creado su departamento, como afirma la historiografía sobre el tema, pues entonces solo existía la sección de Historia de Colombia y América adscrita a la Facultad de Filosofía y Letras⁴¹⁵. En agosto de 1965 los roces con la Facultad de Psicología llevaron a proponer una Facultad de Ciencias Sociales que la excluyera y en cuyo remplazo se incluyera a la sección de historia. En septiembre Fals presentó ante el Consejo de la Facultad de Sociología un memorando confidencial sobre dicho traslado acordado en pacto verbal con los profesores, alumnos y el director de la sección, Jaramillo, quien dio el aval con su ánimo siempre colaborativo, nunca conflictivo⁴¹⁶.

Esta Facultad expediría el título de Licenciado en Ciencias Sociales con mención en antropología social, geografía, sociología, sociopsicología o trabajo social. Mientras tanto, para inicios de 1966 Patiño ya había avanzado en otras reformas siendo sus mayores logros racionalizar la estructura universitaria al pasar de 27 unidades con 32 cerreras en 1964 a 16 unidades con 54 carreras en 1965; elevar un 45% el cupo de ingreso; crear los museos de historia natural y arte moderno; e inaugurar

⁴¹⁵ Jaramillo, *Memorias*, 180-181; Tovar, “El pasado”, 13; Betancourt, *Historia*, 208; Tirado, *Los años*, 272; Ortiz, “...el discurso”, 37-38. Según Patiño la organización universitaria se distribuía así: la facultad era la unidad académica fundamental de la universidad, encargada de regular cada carrera. El departamento era la unidad científica para pregrado, posgrado e investigación, dependiente de una facultad, aunque debía servir a varias carreras, incluso si eran de otras facultades. El instituto era un organismo de investigación y, eventualmente, de posgrado, compuesto exclusivamente por profesores comisionados para investigar. A través de él debían colaborar varios departamentos de distintas facultades para favorecer la interdisciplinariedad y la diversificación de fuentes de financiación. La sección era la unidad más pequeña de la universidad, la subdivisión de un departamento o instituto, es decir, la cátedra modernizada. Era una categoría exclusivamente académica, sin funciones administrativas. José Félix Patiño, *La universidad en cifras, 1961-1966. Informe del rector volumen III* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1966), 34-35.

⁴¹⁶ Arcila, “Ciencia”, 153-155.

una biblioteca central, todo “sin necesidad de nuevas construcciones”⁴¹⁷. La mención a la biblioteca es importante porque hasta ese momento cada unidad creaba la suya generando repetición temática y sobrecostos. Aquí Jaramillo aparece nuevamente vinculado a la reforma pues redactó y pronunció el discurso de su inauguración en la semana universitaria de 1964, donde celebró este ambicioso proyecto de “organización técnica que modernizaría los servicios” al diversificar las salas de lecturas, traer hemeroteca, recursos audiovisuales y habilitar horarios extendidos. Jaramillo afirmaba que la biblioteca era “un laboratorio, un taller del presente” más necesario que nunca porque creía que el liderazgo pedagógico del libro estaba amenazado por los medios masivos de comunicación. Por otro lado, el texto alude a la cooperación interinstitucional técnica y financiera que hizo posible su conformación⁴¹⁸. Ahora bien, el cierre de la actividad modernizadora de Jaramillo en la UN se concretó en su interés interdisciplinar por las ciencias sociales ya que aprovechando el reacomodo que estas experimentaron durante esos años solicitó en 1966 la creación del departamento y del instituto de Historia, y también de la carrera de bibliotecología en lo posible dentro de una escuela de archivística, un plan que ya había remitido a rectoría y a la oficina de planeación en 1965. Inspirado en los pregrados homónimos de la UdeA y de la UNAM (México), Jaramillo reenvió su programa a la nueva Facultad de Ciencias Humanas donde detalló duración, cantidad de personal docente requerido para iniciar, intensidad horaria, composición del pensum en relación con otras ciencias sociales y un presupuesto anual de 400 000 pesos considerando que los docentes devenguen 7000 pesos mensuales (salario de titular). El antioqueño sugirió dos formas de crear la carrera: abrir desde cero una licenciatura de cuatro años o abrir una especialización de dos años para los licenciados en filosofía, sociología o ciencias de la educación de la Facultad, de manera que el pensum tuviera un 75 % de “materias de cultura general” y 25 % de la especialidad.

Desde un punto de vista intelectual, Jaramillo consideraba más coherente la segunda opción ya que la labor del “experto bibliotecólogo” no era de catalogación mecánica, sino un cargo directivo que requería un criterio razonado en las ciencias sociales. Convencido del valor de la bibliotecología, el antioqueño utilizó la carta de recomendación como mecanismo de fortalecimiento del “capital

⁴¹⁷ Patiño, *Informe*, 26 y 73.

⁴¹⁸ Jaime Jaramillo Uribe, “Función de una biblioteca central [1964]”, en *De la sociología*, 187-189. Se agradeció al Gobierno estadounidense, a las embajadas de Dinamarca y Argentina y al Instituto de Cultura Hispánica. A nivel nacional destacó la participación, entre otros, del Instituto Caro y Cuervo, Biblioteca Luis Ángel Arango, Academia Colombiana de Historia y Editorial Tercer Mundo.

humano”. Fue el caso de Margarita Amaya de Heredia, su exalumna de Filosofía, exbibliotecaria de la UN y entonces docente instructora de griego quien había iniciado un comisión *ad honorem* para especializarse en bibliotecología en Estados Unidos. Jaramillo arguyó que la financiación de esa comisión no solo sería útil para ella, sino para la nueva biblioteca y la futura carrera. La Facultad fue indiferente a su solicitud, pero él no se rindió, pues seis meses después aún reclamó las becas prometidas por la fundación Ford a la biblioteca central UN para estudiantes que fueran a EUA a especializarse en esa materia. Pese a estos esfuerzos, la carrera no se concretó y desconocemos que pasó con la solicitud de Amaya. Sin embargo, ambas situaciones evidencian que un rasgo característico de Jaramillo fue su indeclinable compromiso con el bienestar estudiantil, manifestado en esa etapa como generosa mediación para que su alumnado tuviera más y mejores oportunidades de especialización académica y empleabilidad. Así lo confirmó posteriormente su insistente intervención por sus dos alumnos de Historia, Jorge Orlando Melo e Isabel Sánchez que iniciaron posgrados en EUA y Chile, respectivamente⁴¹⁹. Mientras tanto la formación de la Facultad de Ciencias Humanas intensificó las tensiones con Economía, Educación y Derecho quienes se oponían al liderazgo de Fals Borda, es decir, a su pretensión de unir las ciencias sociales y humanas por razones intelectuales y no políticas. Así que muerto Camilo Torres en 1966 y anteponiendo los intereses colectivos de la ciencia, a los suyos o de otros, Fals Borda renunció sus puestos directivos en la UN y se fue como profesor visitante a Estados Unidos para acabar con la polarización en que se vio envuelto por una absurda lucha de poder.

De esta manera “dejó el camino libre” a Tomás Ducay, anterior director del Departamento de Humanidades, quien aspiraba a la nueva decanatura y creía que Fals era su competencia. Fue este polémico contexto el que dio origen en marzo de 1966 a la Facultad de Ciencias Humanas pues con

⁴¹⁹ Carta de Jaime Jaramillo a Tomás Ducay y a Consejo Directivo, 20 de agosto de 1966 en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37; Carta de Jaime Jaramillo a directora de la biblioteca central, 23 de febrero de 1967 en carp. 38. Jaramillo insistió al decano y al vicerrector por una comisión paga para el instructor Melo, su “mejor alumno de la antigua Facultad de Filosofía”, que estaba en la University of North Carolina especializándose en historia de América. El apoyo había sido negado porque solo aplicaba a docentes de tiempo completo, pero Jaramillo apeló a las nuevas reformas con el fin de conseguirla demostrando su necesidad “para el progreso de la Facultad” y evitar contrataciones extranjeras, porque la intención de esta rectoría era perfeccionar al personal colombiano. Carta de Jaime Jaramillo al decano, 9 de agosto de 1966, en caj. 1034, carp. 37; Carta de Jaime Jaramillo a Tomás Ducay (decano), 20 de enero de 1967 en caj. 1034, carp. 38. Aunque en 1968 el panorama no era alentador, también hizo lo propio para extender la comisión de Sánchez quien cursaba el doctorado en Historia de América en la Universidad de Chile en el Centro de Investigaciones dirigido por Eugenio Pereira Salas, amigo de Jaramillo, con quien medió informalmente para que su alumna obtuviera la beca de dos años. En este mensaje también aparece Hermes Tovar, pero al estar adscrito al Departamento de Humanidades Jaramillo no intercedió por su comisión de posgrado. Carta de Jaime Jaramillo a Gonzalo Jiménez (director división investigación y docencia), 10 de febrero de 1968, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 39.

la salida de Fals finalmente hubo acuerdo para formalizarla reuniendo las áreas de sociología, antropología, geografía, trabajo social, filosofía, filología, historia, educación, economía y psicología, bajo la también controvertida decanatura de Tomás Ducay⁴²⁰. Por eso llama la atención que Jaramillo aparece en los escenarios de cooperación intelectual u organizacional, pero no en las frecuentes disputas que esta también causó. En ese sentido, la capacidad adaptativa entrenada durante la hegemonía conservadora priorizando el interés científico parece haberle sido útil también para enfrentar futuras situaciones polémicas, por ejemplo, a Ducay⁴²¹. Asimismo, cuando Jaramillo estaba en posiciones directivas las asumía desde el interés de clase media, del intelectual profesional, que es el desinterés en lo particular, o sea, el interés en el bien colectivo. Un ejemplo de esta actitud desprendida del poder como ambición personal fue la elección del decano de la Facultad de Filosofía y Letras en 1964 iniciando la rectoría de Patiño. Por un lado, Jaramillo — integrante del Consejo de Facultad y representante profesoral— lamentó la exclusión de Cayetano Betancur del listado, porque había hecho “una generosa y desvelada labor como su fundador, profesor por 15 años y decano por dos periodos”.

De otro lado, Cayetano se mostró inconforme ante la solicitud del representante estudiantil, Hermes Tovar, de excluir la candidatura de Jaramillo, pues para su colega y amigo el antioqueño era “una persona esclarecida” que llevaba “vinculado tantos años a la facultad y [había sido] uno de los fundadores del Instituto de Filosofía que dio origen de ella”⁴²². Sin embargo, Jaramillo no fue

⁴²⁰ Arcila, “Ciencia”, 155-157. Ducay fue calificado como símbolo de la mezquindad burocrática universitaria, como “disimulado intrigante”, por un decepcionado Rafael Gutiérrez quien ignorante de tales intereses recomendó llevarlo a la UN en los años cincuenta, pero que cuando quiso recibir su ayuda resultó defraudado, pues el español le negó toda posibilidad de vincularse a la universidad. Juan Guillermo Gómez, “‘A Colombia no pienso volver’: anotaciones sobre el intelectual inconformista Rafael Gutiérrez Girardot”, en *El problema del modernismo*, Rafael Gutiérrez Girardot (Medellín: Universidad de Antioquia, 2017), 14.

⁴²¹ Este ánimo conciliador base de su actitud autocrítica fueron rasgos persistentes en su personalidad pública. Por eso no estaba prevenido a la revisión de su obra. En una entrevista hecha veinte años después se dijo que para algunos “sus textos estaban un poco superados” y que eran “demasiado conservadores en sus concepciones”. Al respecto, Jaramillo concede que “esas observaciones probablemente tuvieran razón”, a lo que añadió que “toda obra histórica, como toda obra científica debe considerarse provisional y susceptible de ser superada”, siendo “la satisfacción del trabajador científico y en particular del historiador ver que su obra es superada por sus discípulos o sus sucesores”. “No estoy matriculado en ninguna escuela”: Jaime Jaramillo por Jorge Emilio Sierra Montoya, entrevista, marzo de 1987 en *AJM*, *JJU*, *CER*, caj. 2 carp. 5, 14 ff.

⁴²² “Historia laboral”, 62-64. Jaramillo afirma que, por defender la neutralidad de cátedra, es decir, no mezclar docencia y política lo “cobijaba entonces la sospecha de ser una persona de derecha”, *Memorias*, 186. Sin embargo, refiere a Tovar como uno de sus estudiantes reconocidos por profesionalizar la historia en los años setenta, siendo “tolimense de temperamento brioso, que ha sido, por excelencia, lo que llamamos ‘historiador de archivos’”, *Memorias*, 182, y agudo crítico de su propuesta de demografía indígena. A pesar de esto y de estar inscrito en el Departamento de Humanidades, este lo incluyó entre los profesores del prospecto de Departamento de Historia, del cual Tovar sería director en 1974. Proyecto de formación del departamento de Historia, de Jaime Jaramillo al decano, 25 de agosto de

elegido, en parte, por la oposición de un estudiante suyo. Este es un episodio ejemplar de su actitud ante la divergencia: aceptar los mecanismos colectivos de decisión, sin polemizar caprichosamente. Por otro lado, también nos permite, primero, redimensionar el impacto de Jaramillo en la institucionalización filosófica en Colombia y, segundo, afirmar que la institucionalización de la Historia se dio como un proceso de diferenciación frente a la Filosofía, pues fue la Facultad en la operó desde 1952 hasta enero de 1966, como lo evidencia su propia trayectoria. Ahora, desde que el antioqueño fundó el *ACHSC* en 1963 allanó el terreno para *ensayar* la emancipación de la Historia bajo su liderazgo aprovechando la nueva reforma. Lo llamativo es que Jaramillo ha sido identificado por la posteridad con este proyecto institucional que fue el más accidentado y breve de su carrera ya que lo asumió en el umbral de su jubilación legal cumplida en 1966 por la edad (50 años) y en 1968 por tiempo trabajado (20 años), haciéndose efectiva en septiembre de 1969⁴²³. En otras palabras, la institucionalización de la Historia en Colombia no fue iniciada por un joven utopista, sino por un experimentado profesional de la cultura que al tener su estabilidad material garantizada no estaba sesgado en las mezquindades del poder político o económico: Jaramillo cumplía así la premisa del intelectual profesional, de clase media que era ser un observador desapasionado y un mediador desinteresado de los intereses netamente científicos. Por esa razón su liderazgo en este último proceso en la UN redondeó su autoidentificación y reputación como científico social.

Fundada la Facultad de Ciencias Humanas en 1966 el antioqueño hizo dos movimientos como emprendedor académico de la Historia: en abril volvió a mencionar al rector Patiño asuntos del futuro Instituto de Investigaciones Históricas (la primera vez fue en 1964) y en agosto presentó al decano Ducay el prospecto del nuevo Departamento de Historia. Justificándose en el interés del rector de pasar de la universidad de enseñanza a una de investigación “particularmente en torno a los problemas colombianos” Jaramillo propuso un ambicioso proyecto investigativo y editorial

1966 en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37; Memorandos programación cursos de Hermes Tovar a Margarita González, Abel López y Darío Mesa, 24 de julio de 1974, carp. 39.

⁴²³ Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, “Decreto 1848 de 1969 del 4 de noviembre, por el cual se reglamenta el Decreto 3135 de 1968”, art. 68, <https://shorturl.at/sxNP5> En 1969 Jaramillo fue relevado por su exestudiante Víctor Álvarez en la coordinación del Departamento. Pero considerando “la plenitud de sus calidades intelectuales” la UN lo invitó en julio de 1970 a dictar el curso “Introducción a la historia”. Él aceptó como profesor titular de medio tiempo por lo cual devengaría salario y pensión reforzada con prima antigüedad. No obstante, en junio de 1971 se retiró definitivamente de la universidad pública e inició otra larga carrera en la Universidad de los Andes ([tabla 5](#)). “Historia laboral”, 9-12, 27, 28, 32, 46; Carta de Víctor Álvarez a Eugenio Barney, 1 de octubre de 1969 en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37; Jaramillo, *Memorias*, 207.

sobre historia social y cultural colombiana. El antioqueño estaba convencido de que la publicación era el correlato indispensable de la investigación, por eso una parte del Instituto era crear la “colección testimonios sobre Colombia”, que incluiría libros de viajeros, compilaciones documentales y reediciones de historiografía colombiana. Entusiasmado por la promesa de financiación, Jaramillo hizo un acuerdo informal con la embajada sueca para hacer una primera traducción. Pero en la carta a Patiño expresó su “profunda desilusión” al saber que la facultad retiró los 300 000 pesos preasignados “bajo el argumento comprensible, pero desconcertante de la falta de fondos”. La reorganización institucional implicaba jerarquizar las necesidades investigativas para distribuir los recursos según una racionalidad de la rentabilidad y aunque Jaramillo intentó justificar la importancia de la historia nacional, parece que la UN no lo veía así⁴²⁴. Pese a esta desidia institucional en plena efervescencia reformista, Jaramillo presentó nuevamente su detallado prospecto del Instituto de Investigaciones Históricas. Al respecto llama la atención que lo nombrara “Instituto Restrepo y Groot” evidenciando que la concepción de la historia promovida allí no sería tan disruptiva. Según Jaramillo se trataba de “honrar la memoria de los dos primeros historiadores que tuvo la república” de manera que, pese a su contacto reciente con la sociología moderna en sus trabajos de historia colonial, para él la nación estaba representada por hombres, mestizos de la elite conservadora. Esa relación más bien afirmativa hacia la tradición se refuerza porque se propuso la vinculación física, directiva y financiera del Instituto con la Academia Colombiana de Historia, pues el comité encargado de elegir al director tendría dos representantes de dicha Academia, dos profesores de Historia de la UN y el coordinador de estudios históricos del ministerio de Educación, dándole al Instituto un tono oficialista que se entiende en su lucha por conseguir financiación⁴²⁵.

En ese sentido lo moderno del Instituto radicaba en su organización formal, especialmente en términos del personal obligatoriamente colombiano que sería seleccionado por su competencia (título en Filosofía o carreras afines a la historia), remunerado justamente y especializado en sus funciones. Además del plan editorial revelado a Patiño, también se precisaron claramente las líneas

⁴²⁴ Jaramillo arguyó que el presupuesto general de la universidad era de 2 000 000 de pesos, que por tanto habría lugar para financiar la Historia. La fallida traducción fue *Viaje por Colombia: 1825 y 1826* de Carl August Gosselman. Carta de Jaime Jaramillo a José Félix Patiño, 14 de abril de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37.

⁴²⁵ Por su parte, el FN, buscando la racionalización de recursos, expidió la Ley 49 de 1958 que eliminó a la Academia como institución asesora del Estado por lo cual la había financiado durante 56 años. Convertida en entidad privada la institución quedó desamparada públicamente, pero con herramientas para que sobreviviera en la economía de mercado, esto es, “vendiendo” enseñanza a través de contratos como el que propuso Jaramillo con el Instituto. Alexander Betancourt, *Historia*, 71-73.

investigativas: historia económica y social (instituciones); historia de la cultura (artes, educación); historia de las ideas; e historia política, militar y diplomática. Para su ejecución se solicitaron 186 000 pesos anuales destinados a pagar al personal científico compuesto por cuatro investigadores que debían ser profesores asociados en dedicación exclusiva (1000 o 2000 pesos mensuales) y cuatro asistentes de investigación (750 pesos mensuales), que serían entrenados en “paleografía, técnica del trabajo científico y metodología de la historia”, antes de ser nombrados⁴²⁶. En ese sentido, para febrero de 1966 o sea antes de la decepción presupuestal de abril, Jaramillo consideró la asignación otorgada por el plan cuatrienal de la UN dentro del plan de desarrollo del Departamento de Historia y, por tanto, del Instituto que sería uno de sus pilares. Tanto fue el entusiasmo que entonces postuló como su primer investigador al “doctor Gerardo Molina, antiguo profesor y exrector de la Universidad”, quien se había ofrecido colaborar con el Departamento y que inauguraría el instituto con una de historia de las ideas en Colombia en el siglo XX⁴²⁷. De esta manera se evidencia la perdurable conexión entre Jaramillo y su maestro Molina, quienes a pesar de haber tomado rumbos políticos relativamente diferentes aún se veían como pares intelectuales en la investigación histórica del pensamiento político y en la modernización de las ciencias sociales, experiencia en que Molina lo precedió y cuyo valor Jaramillo claramente reconoció al vincularlo desde el criterio de la competitividad en la institucionalización de la Historia. Sin embargo, esta detallada planificación no era suficiente para garantizar el éxito del proyecto, pues su racionalidad enfrentó o bien arraigadas actitudes clientelares o bien nuevos intereses económicos que lo frustraron. Aun así, Jaramillo siguió buscando apoyo institucional incluso con pruebas de “rendimiento”.

Por ejemplo, aunque en 1967 el Instituto seguía en el papel, Molina le presentó a Jaramillo su plan de trabajo con dieciséis puntos tentativos titulado “El liberalismo colombiano en el siglo XX” que era el fragmento de “una investigación más amplia sobre la evolución de las ideas en Colombia en el siglo XX del que participarían otros profesores vinculados a la UN”. El programa de Molina cubría la historia del pensamiento liberal a partir de coyunturas políticas nacionales (guerra de los mil días, Revolución en Marcha, Violencia, Frente Nacional) e internacionales (revoluciones rusa y mexicana, España, New Deal, Guerra Fría) y de las ideas políticas de algunos liberales (Rafael

⁴²⁶ Jaime Jaramillo Uribe, “Memorándum sobre un Instituto de Investigación Histórica”, ca. 1966, en AJM; JJU, CER, caj 2, carp. 5, 3 ff.

⁴²⁷ Carta de Jaime Jaramillo al decano y consejo directivo Facultad Ciencias Humanas sobre contratación de Gerardo Molina, 24 de febrero de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37.

Uribe Uribe, Alejandro López, Alfonso López Pumarejo, Franklin Roosevelt, Jorge Eliécer Gaitán, MRL, Carlos Lleras Restrepo) para comprender fenómenos sociológicos e ideológicos propios de ese siglo a partir de la relación del liberalismo con el poder como la industrialización, el obrerismo, la dictadura y el ascenso de las clases medias, cerrando con un apartado reflexivo y de discusión denominado “perspectivas”. En 1968 el Instituto continuaba aplazado, pero parece que la contratación de Molina sí se efectuó pues en todo caso Jaramillo informó que a inicios de año este le presentó “la primera parte de su investigación sobre temas de historia. Deduciendo por ese fragmento que su trabajo marcha normalmente”. De hecho, este programa fue el origen de los tres tomos de *Las ideas liberales en Colombia* publicadas inicialmente por la UN en 1970, 1974 y 1977 con sucesivas ediciones ante su gran demanda⁴²⁸. Es decir, la obra intelectual más representativa de Molina fue el único éxito del fracasado intento de Instituto de Historia ideado por Jaramillo. Además de esto, el hecho es simbólico porque concretó una inesperada línea de continuidad entre alumno y maestro que se unieron por el reformismo universitario de los años cuarenta y que abrieron el camino a la historia universitaria en el reformismo universitario de los años sesenta. Molina no fue solo un antecedente de esa historia, sino que en su vínculo con Jaramillo participó directamente de su renovación. Esto muestra que el antioqueño estaba convencido de la importancia del trabajo colectivo promovido por la cultura organizacional de la institucionalización. Por eso, aunque el Instituto no se realizó, Jaramillo logró concretar parcialmente su intención con el Departamento de Historia —adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas— posesionándose como su director el 14 de julio de 1966 para liderar la conformación del profesorado; la reorganización de licenciaturas y cursos; y la distribución de las secciones que serían tres: historia de Colombia y América; historia general de la civilización; e historia del arte⁴²⁹.

A los posibles profesores los clasificó jerárquicamente considerando qué tan directa era su relación intelectual y administrativa con la enseñanza de la historia. El primer grupo refería los más cercanos

⁴²⁸ En febrero de 1966 y luego de 1967 Jaramillo solicitó contratar a Molina por un año como profesor especial del instituto con un sueldo de titular con dedicación medio tiempo. Carta de Jaime Jaramillo al decano de Ciencias Humanas, 15 de febrero de 1967; Plan de trabajo presentado por el dr. Gerardo Molina para investigación, 3 de abril de 1967 en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 38; Carta de Jaime Jaramillo a Mario Latorre (decano) sobre avance Molina, 4 de junio de 1968 en carp. 39. En el prólogo de su obra Molina afirma que “cuando en 1966 iniciamos esta investigación no supimos que llegara a ser tan exigente laboriosa y complicada”, *Las ideas liberales en Colombia, tomo 3 de 1935 al Frente Nacional*, 10.^a ed. (Bogotá: Tercer Mundo, 1990), 7. Sobre las fechas de publicación ver el prólogo de Jorge Orlando Melo a la quinta edición de la obra completa publicada en 2005 por la Universidad Libre.

⁴²⁹ Carta de Jaime Jaramillo a Santiago Fonseca Martínez (decano facultad de Agronomía), 17 de julio de 1966; Estudio sobre la posibilidad divisional del Departamento, de Jaime Jaramillo a Tomás Ducay, 5 de noviembre de 1966 en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37.

a la disciplina por lo cual impartirían historia económica, historia del arte, historia moderna e historia de Colombia. Eran nueve profesores “doctores”, la mayoría dedicación exclusiva o tiempo completo. Cuatro de ellos serían trasladados del Departamento de Educación, uno de Humanidades, uno de Economía y dos de Filosofía. En el segundo grupo estaban cinco profesores “licenciados” del Departamento de Humanidades —dos de dedicación parcial y una mujer— estudiantes de Jaramillo a quienes nombra sus discípulos y que estaban interesados en la historia de la cultura, por lo cual dictarían historia de Colombia, historia antigua y moderna, humanidades e historia del arte. El tercer grupo estaba compuesto por seis arquitectos de la Facultad de Artes —tres de tiempo parcial incluida otra mujer— que acordaron con su dependencia ser miembros asociados del nuevo Departamento para impartir historia del arte y urbanismo. Entre las necesidades intelectuales y técnicas “indispensables” para la especialización de la disciplina, Jaramillo recomendó traer un experto en historia colonial de América —cargo para el que contactaría en Estados Unidos a su amigo Juan Friede— y un paleógrafo —que buscaría en España, Chile o Argentina—. Con respecto a los cursos ofertados por el Departamento de Historia solicitó revisar los requerimientos de las tres licenciaturas de los tres departamentos en que se impartían —licenciatura en ciencias sociales mención geografía e historia (Educación), licenciatura en historia (Filosofía), licenciatura en sociología (Sociología)— para centralizar espacios, horarios y profesores⁴³⁰. Ahora bien, antes de esta propuesta ya había iniciado el traslado presupuestal desde la Facultad de Filosofía para las actividades pedagógicas planeadas por el Departamento antes de julio de 1966. Por ejemplo, los 3000 pesos que Jaramillo consiguió allí para una salida de campo arqueológica a San Agustín (Huila) por 4 días.

A esto se sumó la solicitud de 3000 adicionales en el rubro “revistas y equipos audiovisuales” para pagar al artista Pablo Gamboa 270 filminas de arte prehispánico y colonial que nutrirían el archivo de historia de Colombia iniciado en su trabajo desde la Facultad de Filosofía. Esto porque la Facultad de Ciencias Humanas había recibido 5000 invertidos en una grabadora para el Departamento de Lenguas. Aun así, a lo largo de ese año Jaramillo agregó solicitudes como la compra de mapas históricos (Denoyer-Geppert Science Company) o las necesidades bibliográficas

⁴³⁰ “Proyecto de formación” en ACHUN, carp. 37. Los principales profesores del Departamento serían Armando Suescún, Francisco Gil Tovar, Fernando Guillén Martínez, Ernesto Jara, Horacio Rodríguez, Eugenio Barney, Darío Mesa, Jaramillo y Antonio Bergmann, alemán, cofundador de librería Buchholz y colaborador de *Eco*. Los estudiantes de Jaramillo enlistados como profesores fueron Víctor Álvarez, Juan Posada, Hermes Tovar, Germán Rubiano e Isabel Sánchez. En cinco años Patiño logró duplicar el profesorado en dedicación exclusiva ([figura 4](#)).

para 1967 que sumaban 60 000 pesos: 20 000 para 200 libros nacionales, 30 000 para 300 libros extranjeros y 10 000 para suscripción a revistas⁴³¹. De estos documentos se desprenden dos observaciones. La primera, el activo diálogo entre historia y arte para diversificar los materiales didácticos de la primera incorporando formatos visuales, cartográficos y plásticos que expresan el interés de la nueva historia científica por la experiencia social del espacio y la materialidad. La segunda, es que intelectualmente era deseable integrar varias especialidades en una unidad, pero en la realidad esto aumentó la presión financiera entre ellas, generando una jerarquización de las ciencias sociales basada en la racionalidad pragmática (utilidad social, o sea rentabilidad). La competencia era tan aguda que finales de ese año se justificó la solicitud bibliográfica del Departamento de Historia por su utilidad para las Ciencias Sociales en general, lo que autorizaría tomar parte de los fondos especiales del Departamento de Sociología, que había recibido más atención de la universidad⁴³². Jaramillo intentó atraer esa atención para el Departamento a su cargo siendo un juicioso planificador, por ejemplo, presentando un plan cuatrienal “bastante completo y realista” (1967-1970), cuyo principal propósito era crear la licenciatura definitiva en Historia científica, para lo cual se describieron sus necesidades y expectativas: becas de especialización para estudiantes y profesores; dotación de biblioteca especializada; y creación del Instituto de Investigación y de un posgrado. Siguiendo la lógica de la época Jaramillo presentó cifras (en últimas expresión de la demanda, del mercado) para argumentar sus propuestas. Lo primero a considerar es que el Departamento no tenía una carrera propia, sino que ofrecía cursos de historia a varios Departamentos, siendo ya poco demandada en filosofía, donde había nacido ([tabla 6](#)).

Por eso Jaramillo propuso establecer una nueva licenciatura en Historia que sintetizara la ofertada en Ciencias de la Educación (combinación de geografía, economía y derecho) y la impartida en Filosofía (licenciatura en Filosofía mención historia que combinaba idiomas clásicos, sociología y etnología). Efectivamente sobre el estado de la disciplina histórica en la UN en 1966, se observa que la licenciatura en Ciencias Sociales tenían un enfoque más genérico de la historia, mientras que la licenciatura de Filosofía evidenciaba el trabajo de especialización y tecnificación disciplinar que ya venía realizando el antioqueño, pues además de la muy europea historia de la civilización

⁴³¹ Anticipo para una excursión y Traslado presupuestal por \$3 000, cartas de Jaime Jaramillo a decano de Ciencias Humanas, 5 de julio de 1966; Adquisición de dos colecciones de mapas, de Jaramillo a decano, 25 de agosto de 1966; Carta de Eugenio Barney (director encargado) a Tomás Ducay (decano), 7 de octubre de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37.

⁴³² Envío de lista de obras de Historia, de Jaramillo al decano de Ciencias Humanas, 15 de noviembre de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37.

(antigua, medieval, moderna, contemporánea), ya había cursos de prehistoria y etnohistoria de América y Colombia; historia colonial de América disgregada por siglos (XVI, XVII, XVIII); seminario de etnología y etnografía colombiana y americana; filosofía de la historia; historia del arte europeo; historia del arte colombiano e hispanoamericano; seminario de paleografía; y metodología de la historia. Aun así, Jaramillo consideraba urgente crear una licenciatura en Historia que incorporara idiomas modernos en vez de clásicos (inglés, por las becas extranjeras) y que se uniera con la geografía y la sociología. Asimismo, consideró otra licenciatura en Historia con énfasis pedagógico que sería supervisada por el Departamento de Ciencias de la Educación. Sin embargo, las tres tareas principales del departamento daban cuenta de su inclinación por esta línea, pues la primera era “formar profesores de historia para la enseñanza media (bachiller normalista)” con título de licenciado tras cuatro años de preparación; y la segunda, impartir cursos de Historia a otros Departamentos y Facultades. La tercera tarea sí tenía otro enfoque: investigar y publicar libros y documentos sobre historia de Colombia y publicar el *ACHSC*. Pasando al tema del profesorado no hubo muchos cambios en distribución y composición frente al prospecto inicial y, de hecho, se insistió en la necesidad de traer especialistas en historia de América y paleografía. En lo referente a los materiales empíricos, se persistió en la ambición de formar una “biblioteca americana con al menos 1000 ejemplares por país”. Pero los dos puntos del plan que, para Jaramillo, redondearían la identidad científica, moderna del Departamento serían el Instituto de Investigaciones (con un presupuesto de 500 000) y la creación de un posgrado (“doctorado en Historia”).

Ahora bien, aunque la versión final de la propuesta del Instituto insinuaba entre sus funciones la elaboración de monografías con fuentes de archivo, su relación con la investigación aún era tímida y más bien buscaba crear las condiciones empíricas para que este pudiera desarrollarse a futuro, por ejemplo, formar un fichero y archivo para la historia social y de la cultura, publicar compilaciones de fuentes y reeditar obras de historia nacional, por lo cual se solicitaron dos asistentes más, un paleógrafo y un fotógrafo frente al prospecto inicial. En cuanto al posgrado, que otorgaría el título de “magíster o doctor en historia de Colombia y América”, este funcionaría más como una especialización pedagógica que como un énfasis investigativo pues su objetivo era formar profesores para enseñanza secundaria. Su presupuesto excluyó a los docentes —contando con que su actividad estaba cubierta por la Facultad para todos los niveles— y también al fotógrafo y al dibujante, pues Jaramillo esperaba costearlos con el Centro de Medios Audiovisuales de la

universidad ⁴³³. Ahora bien, para medir el impacto de este Departamento hay que considerar el panorama amplio de la reforma Patiño cuyas cifras globales parecían alentadoras: en cinco años se habían triplicado las solicitudes de ingreso a la UN. Tal variable nos permite observar el mercado profesional, es decir, qué carreras se percibían como socialmente útiles lo cual se reflejaba en el interés de los jóvenes por acceder a ellas. La [tabla 7](#) muestra que en 1966 esa demanda estaba encabezada por las facultades de Ingeniería, Ciencias de la Salud (medicina) y Ciencias Humanas. ¿Realmente eran tan atractivas las disciplinas sociales? La realidad es que esta posición se debía a que Economía tuvo 800 aspirantes mientras que Filosofía, con quien compartía Facultad y que incluía a los estudiantes de Historia, sumaba apenas 47 interesados. Al respecto hay que considerar que de los 11 000 aspirantes que se presentaron a la UN, solo se matriculó una tercera parte y de estos solo se graduó el 30 %, siendo la mayoría de egresados en las áreas de medicina (14 %) e ingeniería (11 %), mientras que Filosofía apenas representaba un 1 % ([tabla 8](#)). En pocas palabras, se cumplió el discurso de Laserna, Atcon y Patiño para quienes democratización no equivalía a mayor acceso, sino a diversificar la formación de la nueva elite, la de los profesionales, pues ser universitario era todavía un rol ejercido por pocos ([tabla 1](#)). La historia intentó hacer parte de esa democratización entendida como diversificación, pero la inevitable incursión en la lógica de mercado que ello implicaba obró más bien en contra: su pretensión de ser útil en redefinir el relato nacional no fue socialmente recompensada.

De hecho, en esa época incluso el otrora prestigioso Departamento de Sociología estaba en declive institucional. Esto se debía en gran parte a la radicalización política de los sectores opuestos desde el inicio a la reforma, y que arreció contra su modelo de ciencias sociales cuando se enteraron de los Proyectos Camelot en el Cono Sur (1963-1964) y Proyecto Simpático en Colombia (1965-1966) que instrumentalizaban dichas disciplinas poniéndolas al servicio de las agencias de inteligencia y de los programas de acción cívico-militar estadounidenses. Esta situación generó un ambiente de extrema desconfianza casi paranoica por la cual estos sectores creían ver en todo lugar a agentes

⁴³³ El único costo adicional de personal fue el de un futuro profesor visitante que devengaría lo mismo que un asociado. Programa para el Departamento de Historia en los próximos años y Proyecto de presupuesto para el Departamento de Historia, 17 de noviembre de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37. En 1967 aún continuaban las gestiones de “ayuda técnica española” para incorporar un especialista en paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII. Asimismo, en ese año, la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) le ofreció a Jaramillo contratar en la UN a egresados alemanes en historia moderna, un área y un país que interesaban al antioqueño, pero cuya propuesta rechazó aduciendo “razones financieras”. Carta de Jaime Jaramillo a Mario Latorre (decano), y Carta de Jaime Jaramillo a Daniel Henao (ASCUN), 12 de diciembre de 1967, ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 38.

del imperialismo cultural norteamericano y sospechaban de cualquier investigación extranjera o hecha a su manera, es decir, siguiendo los principios de la sociología moderna: funcionalismo, técnicas empíricas y de investigación, estudios de caso⁴³⁴. En ese contexto, el movimiento estudiantil colombiano remozado en un marxismo visceral impugnó los fondos estadounidense como una manera contundente de rechazar el tipo de ciencias sociales y la sociedad científica, profesional promovidos por el modelo estadounidense de Sociología. Así, la frágil cohesión e identificación que Patiño había logrado hacia 1965 entorno de la reforma estaba rota⁴³⁵. Es decir, después de 1966 hubo una crisis ideológica a la cual se sumó una fiscal que marcó el fin de la APP en Colombia y, en gran parte, de su paradigma científico. Sin credibilidad epistemológica y sin recursos, la situación de la historia —como parte de las ciencias sociales insertas en ese marco— era crítica en el momento en que Jaramillo intentó modernizarla⁴³⁶. Sin embargo, siguiendo el optimismo propio de la filosofía pragmática que confía en el potencial de las acciones, Jaramillo cumplió con la solicitud del Departamento de Planeación de entregar en el año de su jubilación la última versión del plan cuatrienal para el Departamento de Historia que tituló “de posgrado e investigaciones históricas”. Efectivamente en este texto comprimió las necesidades de ambos proyectos pues propuso un presupuesto compartido de 600 000 pesos anuales, advirtiendo que incluso con la mitad se podrían iniciar labores. Tratando de racionalizar los limitados recursos se planteó al posgrado como un conjunto de cursos de especialización y no como un nivel docente adicional. Esto porque en esta ocasión —pese al cuestionamiento político del método— se priorizó el trabajo histórico empírico:

El aumento de recursos debe dirigirse sobre todo a estimular la investigación y la publicación de monografías, series documentales etc., es decir, aquellos productos que enriquecen la cultura histórica del país y suministren a profesores universitarios, medios y primarios materiales de estudio que hoy no poseen. En este campo el país no ha entrado en la etapa de trabajo científico y le corresponde a la Universidad iniciarla formando historiadores profesionales, cambiando la metodología de investigación y de la enseñanza, en una palabra, comenzando a escribir la historia del país en sus diversos campos

⁴³⁴ De hecho, se dice que los directores de Camelot buscaron a los profesores de la Facultad de Sociología en la UN, pero “estos rehuyeron toda participación”. Arcila, “Ciencia”, 157-158; Ramiro Hernández, “El proyecto Simpático en Colombia en 1965-1966”, *Rebelión*, 21 de junio de 2018, <https://shorturl.at/iuQ39>

⁴³⁵ Arcila, “Ciencia”, 159-160; Blanco, Razón, 242.

⁴³⁶ Una arista europea de la segunda posguerra fue el descrédito de la racionalidad histórica, tan importante en el siglo XIX, al cuestionarse la idea de progreso por las atrocidades bélicas. Esto explicaría que en los años sesenta la Historia fuera para el Viejo Continente “cenicienta de la vida académica” dándose una “ahistorización de las ciencias sociales” cuyo lugar fue ocupado por la filosofía del giro lingüístico. Gómez, “A Colombia”, 19-20. Por otro lado, en Colombia el público para la Historia surgió en los años setenta en torno a la historia económica (no política), cuyos principios influyeron en las reformas curriculares del Ministerio de Educación en los años ochenta, Betancourt, *Historia*, 204 y 214-215.

(social, económica, de la cultura, institucional, política). Será una tarea de varios lustros, pero creemos que la Universidad Nacional está en mora de iniciarla.⁴³⁷

Pese a lo explícito de esta intención, también es cierto que su tono era utópico, dirigido al futuro, porque entonces Jaramillo apostó definitivamente por un modelo docente realista que para la nueva licenciatura del Departamento descartaría la experiencia más teórica de Filosofía, enfocándose en la de Ciencias de la Educación, más práctica. La razón para ello es que el Departamento impartía clases de Historia a 600 alumnos, de los cuales solo 22 (4 %) eran estudiantes de la licenciatura en Historia (Filosofía). Además, en el tercer semestre de ese año no hubo inscripciones por lo cual se preveía “que no habrá estudiantes para la específica licenciatura en Historia”⁴³⁸. Antes de presentar este informe, Jaramillo estaba preocupado por la inexactitud en la medición de su mercado y, por tanto, en la falta de una ruta clara para el Departamento. Este se dedicaría idealmente a la investigación, pero factualmente funcionaba como una unidad normalista. Lo preocupante es que incluso se desconocía la demanda exacta de profesores de historia en liceos y universidades. El antieño acudió entonces a datos cualitativos para demostrar que excepto en Economía, las carreras de ciencias sociales que incluían historia en su pensum tenían un “número de aspirantes relativamente pequeño por las dificultades de ocupación que presentan”. La única con ciertas posibilidades era la Licenciatura en Ciencias Sociales (enseñanza media), pero parcialmente porque los bajos salarios para profesores de liceo la hacían “poco atractiva sobre todo para los bachilleres del mejor nivel”. Por esta razón es que la “carrera de Historia en sentido estricto (licenciatura en Historia de la antigua Facultad de Filosofía) que se nutría de alumnos ingresados al año común de Filosofía tiende a desaparecer”, mientras que “la carrera de Historia combinada con Geografía con miras a formar profesores de segunda enseñanza, la licenciatura en Ciencias Sociales (pedagogía), es la que tiende a consolidarse”.

De ahí que para Jaramillo la institucionalización —ya futura— de la Historia científica (no como licenciatura) dependiera totalmente del trabajo creativo empírico y de la actividad editorial: “... Lo que sí es necesario intensificar es el presupuesto dedicado a investigación... Cada libro, cada ensayo, cada compilación de documentos que publique la universidad representan la mejor contribución a este campo de cultura y un complemento indispensable a la enseñanza que se

⁴³⁷ Carta de Jaime Jaramillo al director del Departamento de Planeación, 27 de agosto de 1968, ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 39, 7 ff.

⁴³⁸ Carta de Jaime Jaramillo al director del Departamento de Planeación, carp. 39, f. 1.

imparte”. Sin embargo, pasarían tres décadas para que esto se cumpliera⁴³⁹. Se confirmó así el principio educativo de la teoría de la modernización: que la valoración de un saber en el marco de la “economía democrática” no dependía del interés individual, sino de la utilidad colectiva, es decir, del mercado. Así, la reforma de los años sesenta permitió que la Historia se insinuara como un saber diferenciado, pero que al no ser demandado por su sociedad no se institucionalizó petrificándose en su planes de desarrollo. Paradójicamente en la era de la planificación —aplicada también a la producción de ideas— pocos planes se cumplieron. En ese sentido, la relación de Jaramillo con la Historia fue sólida a nivel individual, pues logró respaldo institucional para sus investigaciones de sociología histórica, pero frágil como proyecto colectivo porque incluso el *ACHSC* nació en medio de dificultades. Por el contrario, la Sociología fue en su momento el paradigma de las ciencias sociales en este hemisferio y pese a su contacto de vieja data con ella, Jaramillo prefirió modernizar la Historia, precisamente cuando ese proyecto de modernización naufragaba, al ser denunciado por los sectores radicales como expresión del imperialismo cultural estadounidense. Desestabilizado el país, Estados Unidos retiró el apoyo técnico y financiero que sostenía ese proyecto, mientras localmente se exigió a las ciencias sociales menos empirismo científico y más compromiso ideológico al tenor de una teorización económica marxista.

Sin embargo, esta radicalización coincidió con la jubilación de Jaramillo de la UN y la continuación de su carrera en la universidad privada. Sin embargo, debemos advertir que su carrera en la universidad pública terminó como empezó: vinculada a la pedagogía, pues la Historia que funcionó en el Departamento de entonces era una licenciatura. Así que el normalista forjado en la universidad lopista fue quien cerró el ciclo durante el reformismo frentenacionalista. Así, entre la modernidad de uno y la modernización del otro la educación como capital y valor social fue el hilo conductor en la experiencia, pensamiento y acción de Jaramillo convirtiéndolo a lo largo de esos treinta años en intelectual *pragmático*, en profesional de la cultura, es decir, ¿en hombre de clase media? Según Safford:

Colombian history was largely the property of *upper-class amateurs* and of *traditional elements of the middle class* oriented to survival by government patronage... Jaime Jaramillo Uribe represented a new development. He differed from his predecessors not so much perhaps because of *his middle-class*

⁴³⁹ Respuesta a circular no. 8, de Jaime Jaramillo a Mario Latorre (decano Ciencias Humanas), 7 de marzo de 1968, ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 39, 2 ff. Pese al llamado de Atcon y Patiño a contratar los profesores la mayoría estaban en el Departamento por nombramiento. Asimismo, este siguió funcionando como unidad de servicios hasta 1992 en que fue creado el pregrado en Historia, si bien la maestría surgió en 1989, en un movimiento atípico, pero no ilógico (Jaramillo había pensado esta disciplina desde el inicio como posgrado). Betancourt, *Historia*, 208-209. Nuevamente, frente a las promesas discursivas, la modernización local fue intermitente.

origins as because of *his clear orientation to the university and to modern academic ways* of conceiving historical research and writing.⁴⁴⁰

Jaramillo afirmó sobre la primera generación de historiadores profesionales que “It is perhaps interesting to note that almost all of those engaged in revising national history *belong to the Colombian middle class*. Some have roots in families of *teachers and professors*”⁴⁴¹. Safford aborda la clase media como una categoría demográfica, sin percatarse que Jaramillo era clase media no solo por su origen, sino precisamente por su compromiso e identidad con la universidad moderna y modernizadora que profesionalizó a los intelectuales. Podemos añadir que también lo era no solo por ser universitario, sino ante todo científico social: fueron estas disciplinas las que aceleraron la separación entre elites políticas (oligarquía) y elites intelectuales (sectores medios)⁴⁴²: el conocimiento social experto no lo produjo la aristocracia, sino quienes obtuvieron un lugar social a partir del esfuerzo personal con la educación. ¿Era este intelectual una clase social? ¿Era el intelectual clase media? ¿Era la clase media intelectual? La sociología de la cultura previa a la Segunda Guerra Mundial consideraba al humanista moderno como el intelectual por antonomasia: representaba al pensamiento racional independiente, por lo que su palabra pública debía ser la conciencia crítica del todo social. Era el erudito que sabía muchas cosas, pero que no dependía de la universidad, pues ni siquiera la consideraba su espacio acción, ya que esta surgía de la sensibilidad espontánea inspirada por una vocación ética universal⁴⁴³. Pero a medida que el intelectual participó de formas institucionalizadas del conocimiento para integrarse a la sociedad industrial, fue definido como “A stratum [that] is an aggregation *between*, but *not above*, the classes.”, cuyos integrantes “no constituyen una clase social [como sí] los campesinos o los obreros industriales; [pues los intelectuales] proceden de todos los rincones del mundo social”.

A propósito de este “extraño” elemento sociológico, Mannheim advertía que el cambio social no podía ser liderado por una clase intermedia que sumara las aspiraciones de las clases existentes porque en el fondo respaldaría a una u otra. Para él era necesario un elemento dinámico, “una capa *relativamente sin clase*, no firmemente situada en el orden social”, siendo los intelectuales ese estrato “libremente flotante” (*freischwebende intelligenz*) “socialmente desvinculado” (*detached*),

⁴⁴⁰ Jaramillo y Safford, “An interview”, 1. Énfasis de la autora.

⁴⁴¹ Jaramillo y Safford, “An interview”, 8-9.

⁴⁴² Neiburg y Plotkin, “Intelectuales”, 23.

⁴⁴³ Neiburg y Plotkin, “Intelectuales”, 15.

“relativamente desclasado”⁴⁴⁴. Ese intelectual era oscilante al ser moderno en un nuevo sentido: siendo beneficiario de la secularización educativa que con su orientación cosmopolita rompió el sesgo de autoridad propio de la educación escolástica de Antiguo Régimen. Al estar expuesto a diversas interpretaciones de la realidad este intelectual no era dogmático, no reproducía *automáticamente* el orden heredado. Tal terreno era fértil al pluralismo, pero también se percibía como una inestabilidad favorable a la traición o a la “falta de carácter”. La naturaleza del intelectual desclasado era la ambigüedad, la capacidad de incorporar tendencias opuestas y, eventualmente, armonizarlas⁴⁴⁵. Para Schumpeter y Mannheim, los intelectuales eran una rueda suelta en la estructura social antagonista marxista: ellos no tenían un estilo de vida característico derivado de una relación muy específica de sus integrantes con los medios de producción. Que el intelectual no fuera una clase no impidió a Schumpeter asignarle una función: al no ocuparse de negocios prácticos su única tarea era incomodar, ser la autocrítica del capitalismo como símbolo de la libertad que lo hacía posible. Por el contrario, Mannheim se preguntaba cómo se daría la acción política del intelectual en un contexto de cambio social. Una opción era unirse al capitalista o al trabajador; o, la otra, “indagar cuáles son sus propios lazos sociales y tratar de cumplir la misión que se les ha confiado: ser abogados predestinados de los intereses intelectuales del todo [...] tener una perspectiva total [...] desempeñar el papel de centinelas en lo que, sin ellos, sería una noche de impenetrables tinieblas”⁴⁴⁶. Es decir, la actividad política del intelectual desclasado consistía en brindar orientación ética a los políticos y la sociedad.

Los intelectuales no eran una clase, ni ejercían una profesión, eran un grupo social ambivalente, elusivo de la lucha de clases al cual la dinámica social le asignaba esa función de racionalidad iluminista. Sin embargo, la Segunda Guerra fue la gran crisis de la modernidad al revelar, entre otras cosas, la relación entre masas y totalitarismo. Por eso EUA, en representación de Occidente, postuló una gubernamentalidad democrática, o sea, desapasionada gracias a la objetividad de la razón técnica, dando lugar a una sociedad tecnocrática que produjo su propio tipo intelectual: el experto o inteligencia técnica. El intelectual profesional fue resultado de la segunda posguerra y por eso sus acciones tenían ahora un origen y fin institucional: si se entrenaba en la universidad

⁴⁴⁴ Mannheim, *Essays*, 104; Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, t. 1 (Barcelona: Folio, [1942] 1996), 198; Mannheim, *Ideología*, 137.

⁴⁴⁵ Alvin Gouldner, *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase* (Madrid: Alianza, 1980), 12, 14-15, 18; Mannheim, *Essays*, 105; Mannheim, *Ideología*, 138-139.

⁴⁴⁶ Schumpeter, *Capitalismo*, 199 y 203; Mannheim, *Ideología*, 139 y 142.

para especializar su conocimiento era porque así sería útil al Estado democrático. De ahí que su figuración pública estuviera desprovista de emocionalidad ya que su misión era ser la voz autorizada de la ciencia aplicada al bien común⁴⁴⁷. En la época tecnocrática la sociología norteamericana reformuló la teoría del capital y de esa manera los intelectuales se convirtieron en clase autónoma. En la clasificación anterior los medios de producción que definían a las clases eran exclusivamente económicos: el capital dinerario del patrón que compraba/explotaba el trabajo del obrero. Sin embargo, esta nueva teoría introdujo el concepto de capital cultural o humano donde la inteligencia/educación era a la vez mercancía —que el intelectual vendía como obrero— y capital —que lo enriquecía permitiéndole vivir como burgués—. Así la Nueva Clase (NC) era más que una “burguesía cultural”. De hecho, internamente estaba escindida entre la “inteligencia técnica” y el intelectual humanista, si bien este último representaba la marginación de la “alta cultura” que ya no era garantía de su reputación, pues con perplejidad vio que su posición social era inferior. En ese sentido, la NC acepta esta disonancia como parte de su naturaleza, especialmente visible al plantearse su relación con las otras clases, que el sociólogo Alvin Gouldner caracteriza dialécticamente al definir la NC como tecnócrata benigna para las instituciones, pero que a la vez defiende sus intereses gremiales; como clase dominante que sustituyó el dinero por la educación como medio de explotación, pero que por su flexibilidad genera aperturas de cambio social; como aliada de la Vieja Clase (VC), es decir, que cree que puede reducirla, pero que niega la terca inmoralidad de los privilegiados; como instrumento de la VC para autopreservarse, pero que desconoce las tensiones entre ellas y que elementos radicalizados de la NC lideraron las revoluciones del siglo XIX; y la NC “como agrietada universal” que al ser portadora del conocimiento cosmopolita, secular y práctico tiene la capacidad de subvertir los privilegios e injusticias del viejo orden, pero que por la especialización del conocimiento, por su competitividad puede ser egoísta, desentendiéndose de los desposeídos para centrarse en su ventajas laborales. Gouldner concluye así que el intelectual técnico o profesional no es desclasado, pero su clase es moralmente ambigua y representa los intereses colectivos solo de forma parcial y transitoria pues prioriza los más rentables intereses profesionales.

Por eso la NC esquivaba la lucha de clases pues “enriquecida” con el capital cultural no lucha a favor del proletariado en contra de los patrones. Gouldner reconoce así que la NC no puso fin a la

⁴⁴⁷ Neiburg y Plotkin, “Intelectuales”, 15; Gouldner, *El futuro*, 12 y 15.

dominación en general, sino que substituyó a la VJ imponiendo el dominio del capital cultural, de la autodisciplina, de la razón experta, la “nueva jerarquía de los informados”. En suma, la NC era otro momento del permanente recambio histórico de elites. De ahí que Gouldner la llamara “agrieta” porque la inteligencia técnica “era al tiempo emancipadora y elitista”⁴⁴⁸. Pero si la NC aceptaba que su poder era histórico (no natural) podría usar su flexibilidad, esa grieta, para encarnar una “clase universal”, conciliadora, a condición de desinteresarse de la profesión para interesarse sistemáticamente en los valores humanos, por ejemplo, la paz y la justicia. Ahora, aunque para Gouldner estos rasgos definían la inteligencia técnica, la sociología clásica ya los había usado para caracterizar a la sociedad de los profesionales en general. En la pregunta por cómo la sociedad agrupa a sus individuos, la clasificación a través del trabajo ha sido fundamental. En un primer momento Smith y Marx advirtieron que esta división era económica: los medios de producción crearon clase capitalista y trabajadora. Pero Durkheim mostró que también había una división social en donde la distinción, la identidad social no se daba por la clase, sino por la profesión, o sea, la especialización del conocimiento. De esta manera, la profesionalización como mecanismo de agremiación posindustrial fue la respuesta al problema sociológico de la modernidad: cómo recomunalizar a la sociedad industrial y urbana capitalista que tendía a aislar a los individuos enfrentándolos entre sí por el enriquecimiento particular. Los profesionales podrían combatir la desintegración al agremiarse sobre aquello que los unía: adquirir su lugar social a través de la formación y no del apellido, la herencia, la religión o el partido⁴⁴⁹. Aun así, sus intereses específicos eran heterogéneos (¿qué unía más allá de eso a un odontólogo y un agrónomo?), llevando a diferenciaciones y jerarquizaciones internas.

En ese esquema el intelectual era el profesional desinteresado, o sea, que se desinteresaba de los intereses particulares para comprometerse con los universales. Ahora bien, respondiendo a la crisis moderna, la segunda posguerra produjo una teoría social —con una clase que combinaba la desinteresada inteligencia técnica y el asociacionismo profesional— para redefinir los requisitos de la gubernamentalidad democrática, siendo el primero que existiera una sociedad democrática, es decir, compuesta por tres clases, donde la clase media por ser profesional, o sea racional, objetiva, desinteresada, homogénea, estaba llamada a liderar la asimilación pacífica de las jerarquías, es

⁴⁴⁸ Gouldner, *El futuro*, 11, 17-21, 112-114.

⁴⁴⁹ Émile Durkheim, “Prólogo de la segunda edición. Algunas observaciones sobre las agrupaciones profesionales”, en *La división del trabajo social* (Madrid: Minerva, [1893] 2012), 69-97.

decir, del orden democrático que eliminaría la irracionalidad política. Tras la barbarie de la segunda guerra la pregunta por las clases y los intelectuales fue un asunto *concretamente* político: en una era de posconflicto (pero con tensión revolucionaria) se necesitaba pacificar y no atizar la lucha de clases, por lo que la clase media fue concebida como catalizador definitivo. Así, aunque los sectores medios latinoamericanos eran supuestamente “inferiores” estos podían convertirse en auténticas clases medias al profesionalizarse mediante la educación. Por tanto, clase media fue el nombre político que se dio en la posguerra a la sociedad de los profesionales, pues tenía sus características, pero a diferencia de ella asumió el rol político de ser una elite para la democracia. En esta teoría los intelectuales también eran una clase, pero no autónoma, sino porque su profesionalización — formación especializada, institucionalizada y mercantilizada— y no tanto su vocación estética o ética los convirtió en *una parte* de la clase media. En Colombia esto coincidió con la pretensión pacificadora del FN en el posconflicto de La Violencia por lo que esa retórica transnacional halló un terreno muy fértil. No es coincidencia que el siglo XX sea llamado por algunos “el siglo de los intelectuales” —diversificación de sus tipos por la especialización industrial— y que al tiempo “la tarea del siglo 20” fuera el llamado político a la clase media (los profesionales) a ejercer una hegemonía democrática que sustituyera la lucha de clases por una armonización social definitiva racionalmente producida⁴⁵⁰. En esta elite de los profesionales, los intelectuales —representados por los científicos sociales— eran la elite cultural, y sin embargo en esta lógica eran iguales al químico, al veterinario, al funcionario público e incluso a los militares, el anatema de los intelectuales humanistas. Pero esa heterogeneidad quedaba conjurada por el funcionalismo político: *todos* los profesionales —elites culturales y militares incluidos— eran agentes modernizadores o sea administradores de un orden social viable, en este caso, democrático.

Así el *desclasamiento* inicial del intelectual, sinónimo de su adaptabilidad, fue lo que permitió su *enclasamiento* en la clase media que buscaba profesionalizar la sociedad no por una intención técnica, sino para sostener una ideología de la “política adecuada” o sea sin particularismos que promovía justicia social, libertad y paz. En este contexto, la profesionalización era el primer paso para concretar ese gobierno de clase media que se interesaba en la humanidad y no en el beneficio de los partidos o las clases. Por estas razones la universidad era la principal herramienta para este *enclasamiento*. El enclasamiento es una tecnología estatal que selecciona y recluta a los potenciales

⁴⁵⁰ Altamirano, “Introducción”, 9; López, “Una democracia”, 56.

profesionales con el fin de reconfigurar sus deseos, sentimientos y racionalidades de tal manera que adquirieran los valores y la estabilidad material (remuneración “adecuada”) necesarios para despertar en ellos sentido de pertenencia por el Estado desarrollista, al valorar su vinculación a él como signo de éxito laboral. Esta estrategia quería convencerlos de que por su capital cultural eran legítimos representantes de un orden de dominación democrático, o sea de la armonía pacífica y justa entre las clases sociales⁴⁵¹. Si bien esta función se atribuyó a toda la clase media, de esa manera los intelectuales conservaron una cualidad que había sido su rasgo característico, incluso más que el inconformismo: ser centinelas de la libertad, raíz de la justicia y la paz, al defender la autonomía como lo opuesto al autoritarismo. Por esa disposición a dinamizar la sociedad fue que la clase media absorbió a los intelectuales convirtiéndolos en parte de ella bajo la figura del experto/profesional. ¿No rompía esta posición con esa defensa de la autonomía? Solo si se piensa como un valor absoluto. En ese sentido, Jaramillo fue un hombre de clase media: el capital cultural adquirido y reproducido en la universidad como científico social le permitieron ser objeto y sujeto del cambio. Su trayectoria fue representativa de esa teoría de la clase media pues siendo intelectual profesional cumplió la mayoría de sus expectativas: como hombre experimentó, ideó y reformó la universidad mediante relaciones homosociales y entornos masculinizados; e interpretó su sociedad desde una mirada moderna (empirista, secular, antifascista, metódica) y luego modernizada (desarrollista, antioligárquica, institucional) para producir ideas convertidas en acciones que no solo lo beneficiaban a él: como inteligencia técnica de la clase media Jaramillo se puso del lado de la emancipación y no del egoísmo.

Conclusiones

Preguntarse por la modernidad equivale a preguntarse por las formas del cambio social, el cual en el siglo XX estuvo atravesado por la secularización y la masificación. El intelectual moderno nació con los Estados nacionales del siglo XIX al cuestionar el poder eclesiástico y hereditario, por oposición al Antiguo Régimen en que eran sostenidos por mecenazgo —favores políticos— o eran directamente la elite política. Pero la industrialización de la sociedad al producir masas urbanas y exigir la especialización del conocimiento trastocó la estructura social diversificando su composición. Fue así como los tipos intelectuales se multiplicaron, especialmente porque sus ideas surgían de la sociabilidad y no del genio individual, solo que esto se hizo por mucho tiempo sin soportes institucionales. Después de la segunda posguerra fue que la universidad cobró relevancia.

⁴⁵¹ López, *La Clase*, 139, 143, 168-170.

Entonces la modernidad dejó de ser solo un fenómeno y se convirtió en una idea de cómo debía hacerse: a la luz del totalitarismo, la violencia localizada (Bogotazo) y el auge del Comunismo las masas dejaron de verse como simple fuerza de trabajo, para ser temidas como desestabilizadores del orden. Así surgió en EUA la teoría de la modernización que pretendía masificar la noción de capital humano/cultural (educación) para profesionalizar las sociedades (crear clase media) y traer así el bienestar material (desarrollo) que aplacarían la agitación social. Modernizar implicaba usar la razón para planificar la libertad o sea legitimar un orden que aceptaba el cambio, pero pretendía hacerlo sin disrupción, siendo las ciencias sociales el principal instrumento de ese programa de control y de administración en tanto la masificación también había demostrado que los recursos eran limitados. Esto llevó a que la producción de conocimiento social fuera racionalizada a través de la universidad, convirtiendo así a los intelectuales en profesionales, cuyo saber experto era fuente de autoridad y justificación de su remuneración. En este marco su principal actividad era investigar, aunque requería de método y de significación social (mercado) para institucionalizarse, o sea, tener un lugar intelectual y administrativo en la universidad. La modernización produjo una nueva cultura universitaria: la del intelectual experto cuya misión no es criticar los poderes (político, económico), sino liderar racionalmente, incluso al lado de ellos, un cambio social inevitable. Atrás quedó la vocación estetizante del dandi decimonónico o las pasiones sociales (por ejemplo, el inconformismo) del erudito universalista de inicios del siglo XX las cuales fueron sustituidas por el disciplinamiento racional de la inteligencia a través de la vida académica que exigía la observación desapasionada y desinteresada de los fenómenos sociales. Esta institucionalización autorizaba el posicionamiento del experto como elite pues siendo parte de la clase media cumplía con armonizar su sociedad desde la objetividad de la ciencia. Ahora, institucionalizar no se refería ya a la simple diferenciación científica del saber, sino al mecanismo logístico para jerarquizarlo y distribuir su financiación. En esa media, el lugar privilegiado de este nuevo intelectual no se debía a su altura moral, sino a que era profesional, es decir, útil a su sociedad y esta lo recompensaba garantizando que su producción de ideas fuera una empresa rentable.

En otras palabras, la variable económica afectó la actividad de la inteligencia. ¿Era esta la frontera definitiva entre el intelectual moderno y el modernizado? Al contrario, esta nueva época mostró que se imbricaron tejiendo una red entre Estado, universidad, mercados, estructuras disciplinares, organización científica internacional y tradiciones intelectuales en la cual circularon ideas, modelos institucionales y estrategias individuales que configuraron distintas formas de producir

conocimiento social. Por ejemplo, la teoría de la modernización promovida por organismos transnacionales de origen estadounidense tuvo peso considerable en las tramas culturales de América Latina, pues a ella se debe la aparición del intelectual profesional y su liderazgo para formar una universidad racionalizada (científica) y racionada (administradora). Esto quiere decir que en Colombia la modernización universitaria no fue un proceso endógeno, sino la expresión puntual de un circuito transnacional interdependiente de cooperación y competencia entre ideas y mercados. Enfocada así una trayectoria individual, esta se convierte en un punto de observación estratégico de esas articulaciones nacionales e internacionales, pues la intersección de las ideas e instituciones relacionadas con el individuo vistas en este juego de escalas muestran lo particular posibilitado por lo general, pero a la vez diferenciando porque su recepción ocurre a través de la adaptación. En ese sentido, el caso de Jaramillo es paradigmático porque al vivir casi todo el siglo XX experimentó los dos tipos intelectuales sin que hubiera corto circuito e incluso aprovechando las “crisis” de la modernidad (fascismo o la reconquista conservadora) para consolidarse como intelectual y profesional en un equilibrio atípico para su época. Jaramillo fue a la vez objeto de la modernidad (por su origen y posicionamiento social a través de la educación) y sujeto de la modernización (por sus tareas como reformador institucional de la universidad y las ciencias sociales en la racionalidad de la planificación y el desarrollo). Precisamente, la diversidad de interacciones institucionales que configuraron su densa red socioprofesional dan cuenta de esta paradójica convivencia entre modernidad y modernización pues en ellas participaron disidentes socialistas afines al lopismo, conservadores heterodoxos y algunos ortodoxos de la “reconquista” y promotores del modelo norteamericano de ciencia/planificación democrático/antioligárquico acogido por el reformismo frenetionalista y que en su conjunto fueron causa y consecuencia de esa hibridación por la cual Jaramillo tuvo elementos del intelectual moderno y del modernizado si bien logró su propia síntesis en el intelectual pragmático, es decir, que se adapta para que sus ideas respondan a la experiencia y no al contrario.

Libre de dogmatismos, Jaramillo supo leer oportunamente las tramas institucionales para no ser el último en el cambio social, sino al contrario liderarlo como lo hizo ininterrumpidamente en la UN donde consolidó exitosamente su profesionalización, pero sin verla solamente como un medio de enriquecimiento ya que con ella encabezó proyectos científicos y administrativos colectivamente significativos. Aun así su camino inició sin vocación hacia las ciencias sociales, pero con un interés por ser profesional: moderno fue que su militancia política en el movimiento estudiantil produjera

su sensibilidad social y sociológica. Modernizado fue su distanciamiento de una antropología autoctonista y su acercamiento a una Economía técnica. Moderna fue su teorización filosófica de la universidad en clave humanista (empirismo europeísta) y del conocimiento social sublimado como ciencia del espíritu. Modernizado fue que su único libro fuera financiado por la filantropía panamericanista estadounidense. Moderno fue su cuestionamiento como historiador al letrado civilista para quien el pueblo debía ser civilizado con su moral higienista. Modernizado fue su parcial culturalismo porque no dio a ese pueblo multirregional y multirracial la capacidad de definir la nación, función atribuida al mestizo que, según su historia colonial de democratización racial, prefiguró en Colombia una sociedad de clase media. En esa medida Jaramillo no fue tanto un renovador de la Historia como su primer emprendedor académico en la UN. A nivel intelectual Jaramillo no se distanció tanto de los notables, o sea de la Academia y, sobre todo, sus investigaciones y propuesta de Instituto estuvieron permeados por una mirada filosófica en que la historia aparece más como ciencia de la cultura que empírica/analítica. En otras palabras, Jaramillo fue intelectualmente humanista, pero modernizador en la práctica porque reconoció que legitimar una disciplina no era para entonces solo un asunto intelectual: sin correlato institucional, o sea, financiación, las ideas no tendrían fuerza. Para él la universidad moderna y la reformista eran lo mismo de ahí su interés por colaborar en vez de polemizar con los representantes de su funcionalismo integrador institucional. Esto no necesariamente significó subyugación, sino que fue lo suficientemente flexible como para usar sus interacciones profesionales a favor de su subjetividad, aunque con resultados desiguales: limitados para la institucionalización de la Historia, potentes como ideólogo/gestor de la universidad y como filósofo e historiador. Asimismo, su profesionalización no desdibujó su lado intelectual, quizá lo fortaleció: si Jaramillo se comportó como un intelectual pragmático fue porque así la secularización sería su brújula como de hecho lo fue en las modernidades y antimodernidades que vivió la UN. La autonomía fue en esos treinta años un valor innegociable para Jaramillo, porque ella producía la racionalidad que puso al servicio de intereses colectivos: afirmar un método sólido para el conocimiento social, y defender el bienestar estudiantil, creando institucionalmente las oportunidades (incluso si eso suponía criticar al poder) para que los jóvenes realmente cambiaran su futuro y el de Colombia a través de la universidad.

Este compromiso parece lejano en una época donde los *influencers* dominan la opinión pública, o sea donde la palabra está depreciada ¿Podrá la universidad comprometerla nuevamente con el rigor? ¿Podrá la flexibilidad del intelectual restituir el potencial socialmente constructivo de la palabra

razonada? Jaramillo es un ejemplo de que esa adaptación es posible para cada tiempo y, sobre todo, necesaria. En consideración a esa sensibilidad por la que vio a la universidad como un proyecto colectivo de bienestar social y no como un botín personal convendría investigar el periódico comunista *Diario Popular* con el fin de conocer sistemáticamente sus ideas en el apogeo de su militancia socialista, pues de esa vinculación no hay evidencia material en su archivo, por lo que no pudimos profundizar en este hallazgo proporcionado por fuente secundaria. Asimismo, se pueden buscar en *El Tiempo* las columnas que Jaramillo dice haber escrito criticando a los Gobiernos conservadores de mediados de siglo por el daño causado a la UN. Su hallazgo permitiría matizar aún más su trayectoria en esa época, porque hasta el momento las fuentes muestran que académicamente se entendió con ellos, si bien su rechazo público al hecho de 1954 evidencia que ante las injusticias cuestionaba a sus perpetradores, incluso si eran sus empleadores, haciéndolo sin virulencia, pero con contundencia. Por último, cabe apuntar que la trayectoria de Jaramillo muestra una intelectualidad y una reforma universitaria altamente masculinizadas: fueron mayoritariamente hombres mestizos (clase media) y andinos (regionalizados) sus ideólogos y ejecutores. Aun así la ENS fue pionera de la educación superior femenina, además mixta, ya que en los años cuarenta graduó en ciencias sociales a varias mujeres⁴⁵². Por eso, aunque, la mayoría de ellas no estuvieron en los grandes debates de la modernización, sus trayectorias fueron su producto y por eso son otro punto de observación de este fenómeno en sus variaciones más localizadas. Entre ellas encontramos a Yolanda Mora, esposa de Jaramillo, Blanca Ochoa, esposa de Gerardo Molina y a Virginia Gutiérrez si bien estas dos últimas fueron muy relevantes en la institucionalización de la Sociología y la Antropología en la UN, y en el caso de Virginia en la renovación intelectual de las ciencias sociales gracias a su etnografía culturalista.

Asimismo, Jaramillo menciona algunas de sus estudiantes de Filosofía e Historia para destacar su protagonismo en la profesionalización de estas disciplinas. Frente a ellas, él se autorrepresentó como un discreto mediador para que sus posgrados fueran respaldados institucionalmente⁴⁵³. Por

⁴⁵² Las compañeras de Jaramillo en la licenciatura en ciencias sociales de 1941 fueron cuatro: Edith Jiménez Arbeláez (su madrina de matrimonio), Jenara Moreno Peñaranda, Blanca Ochoa Sierra (segunda esposa de Molina), y Ana Lucía Acosta Acosta. Fotografía anuario de la ENS, AJM, JJU, SF, caj. 15. Para conocer las demás mujeres graduadas en la ENS entre 1935 y 1950 en todas las áreas ver Ospina, “La Escuela”, 13-16.

⁴⁵³ En Historia destaca en su listado de primeros historiadores profesionales a Carmen Ortega Ricaurte “que traía por tradición familiar vocación de historiadora”, autora del *Diccionario de artistas en Colombia*; Margarita González Pacciotti de “vocación investigadora”, especialista en resguardos indígenas y emancipación esclava; e Isabel Sánchez Méndez a quien Jaramillo recomendó para un posgrado en Chile y “a cuyos desvelos se debe la creación de la carrera de Cine y Televisión en la UN”, Jaramillo, *Memorias*, 183-185. Cabe apuntar que once años después de su creación el Departamento

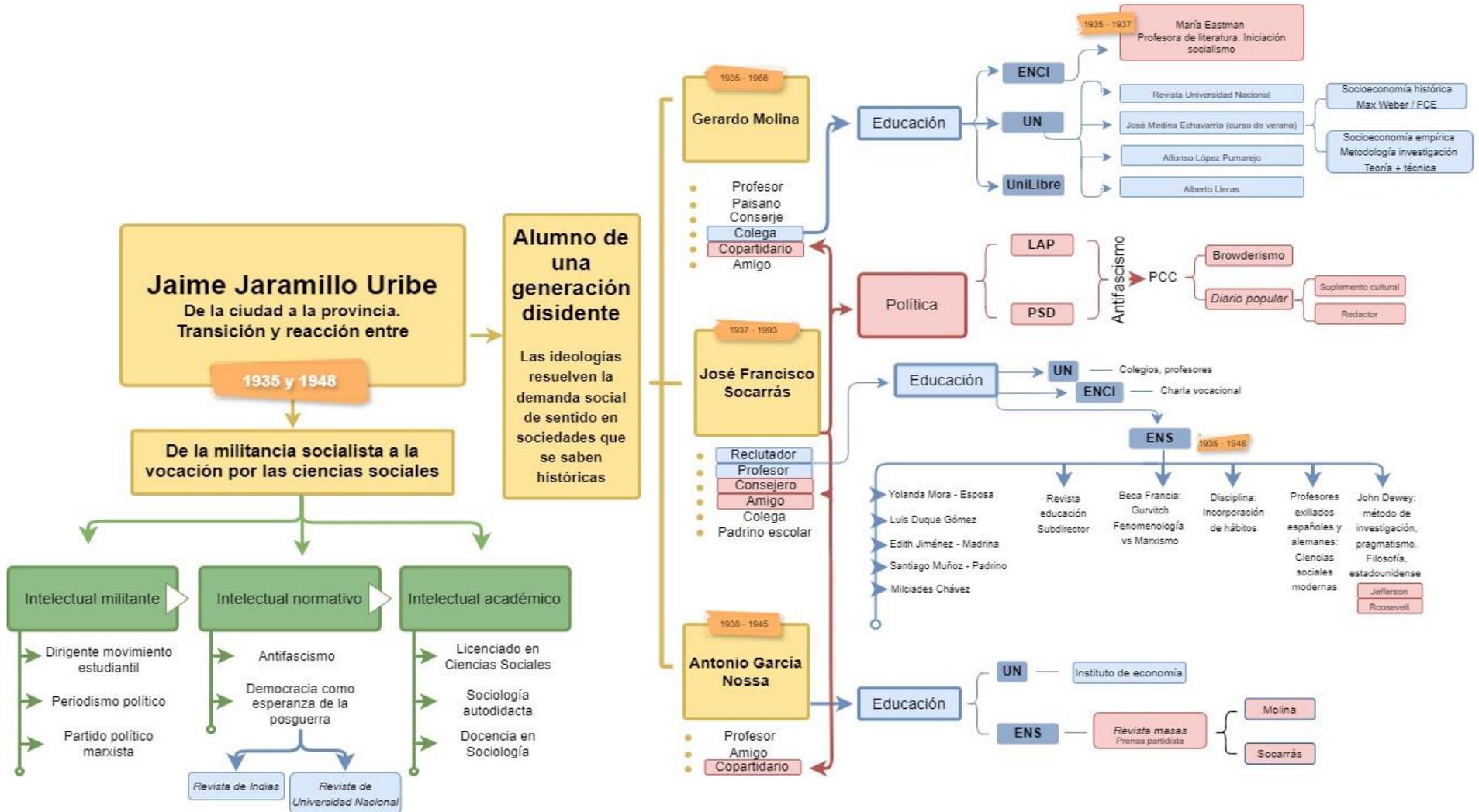
lo tanto, aunque el objeto de esta tesis era la trayectoria de un hombre, esta insinúa la experiencia universitaria de varias mujeres, algunas más influyentes que otras, en el proceso de modernización de la universidad, pero cuya incuestionable presencia invita a considerar metodológicamente sus ideas en relación con la educación superior y con las ciencias sociales. La intelectualidad ha sido una categoría tradicionalmente masculinizada por su relación con la esfera pública, un espacio históricamente dominado por los hombres. Pero la investigación no tiene por qué reproducir ese borramiento. En ese sentido, estamos en mora de una sociología (biográfica y prosopográfica) de *las* intelectuales. Ellas también conceptualizaron su sociedad e intervinieron públicamente a partir de ese conocimiento —como también lo hicieron otros pensadores *sui generis* que trajo la masificación urbana (los jóvenes, los indígenas o los afrodescendientes)—. El modelo que ha teorizado a los intelectuales y a la clase media no es un punto de llegada, sino un punto de partida. Son a lo sumo, una provocación: ¿qué variaciones, contrastes y sorpresas no propondrán la experiencia intelectual de las mujeres y de otros sectores no incorporados inicialmente en estos modelos? Esa es la riqueza de la historia como disciplina creativa: su capacidad de reconocer empíricamente la diversidad.

de Historia tuvo en María Teresa Findji a su primera directora. Algunas observaciones preliminares acerca de la programación del Departamento, 15 de febrero de 1977, ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 39.

Figuras y tablas

Figura 1 Redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo entre 1935 y 1947

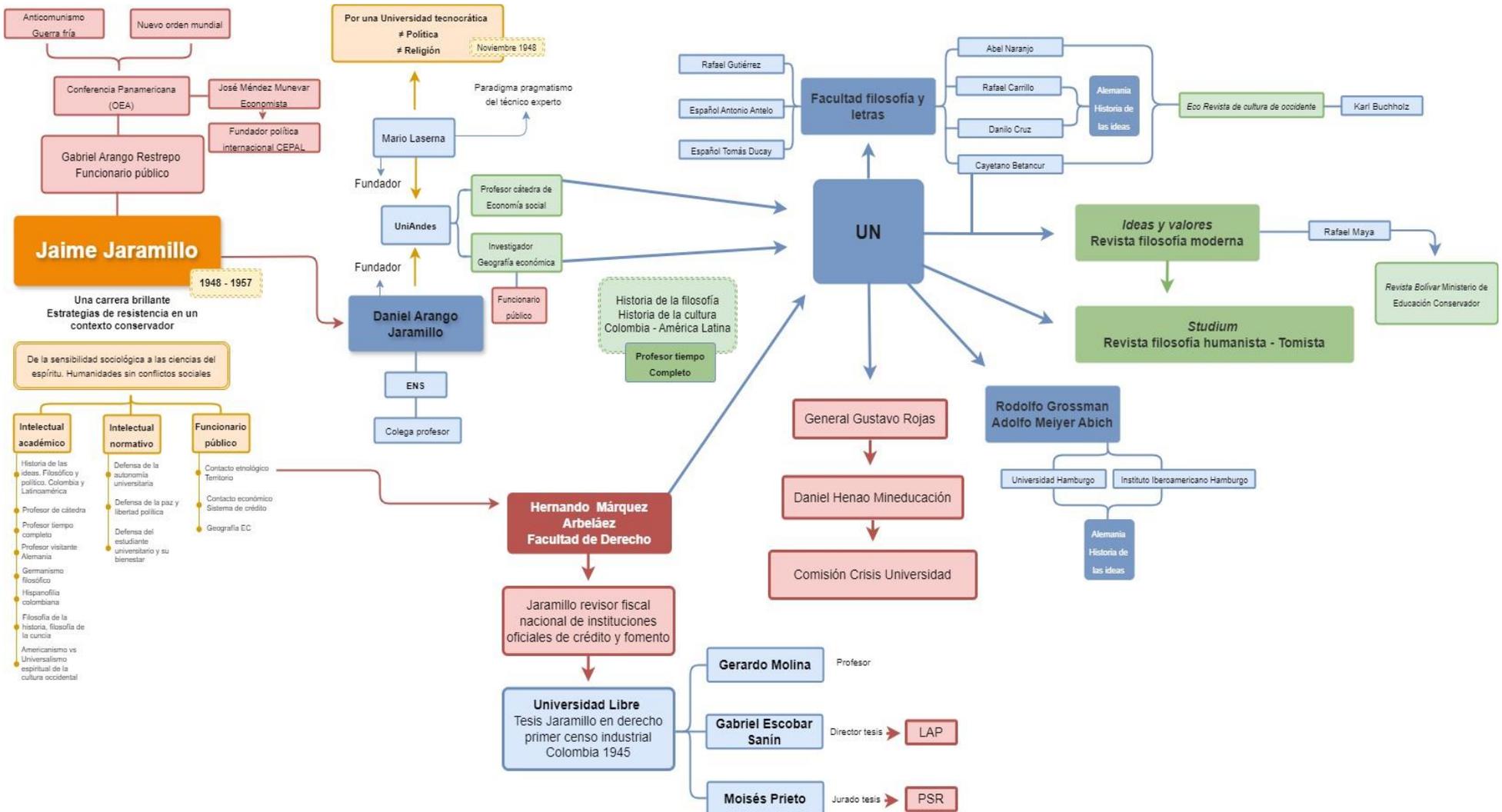
Nota: Para ampliar la visualización de la imagen dar clic en este enlace: [Figura 1 zoom](#)



Fuente: elaboración propia con base en las fuentes. Diseño por July Betancur Arboleda / [Volver a p. 42](#)

Figura 2 Redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo entre 1948 y 1957

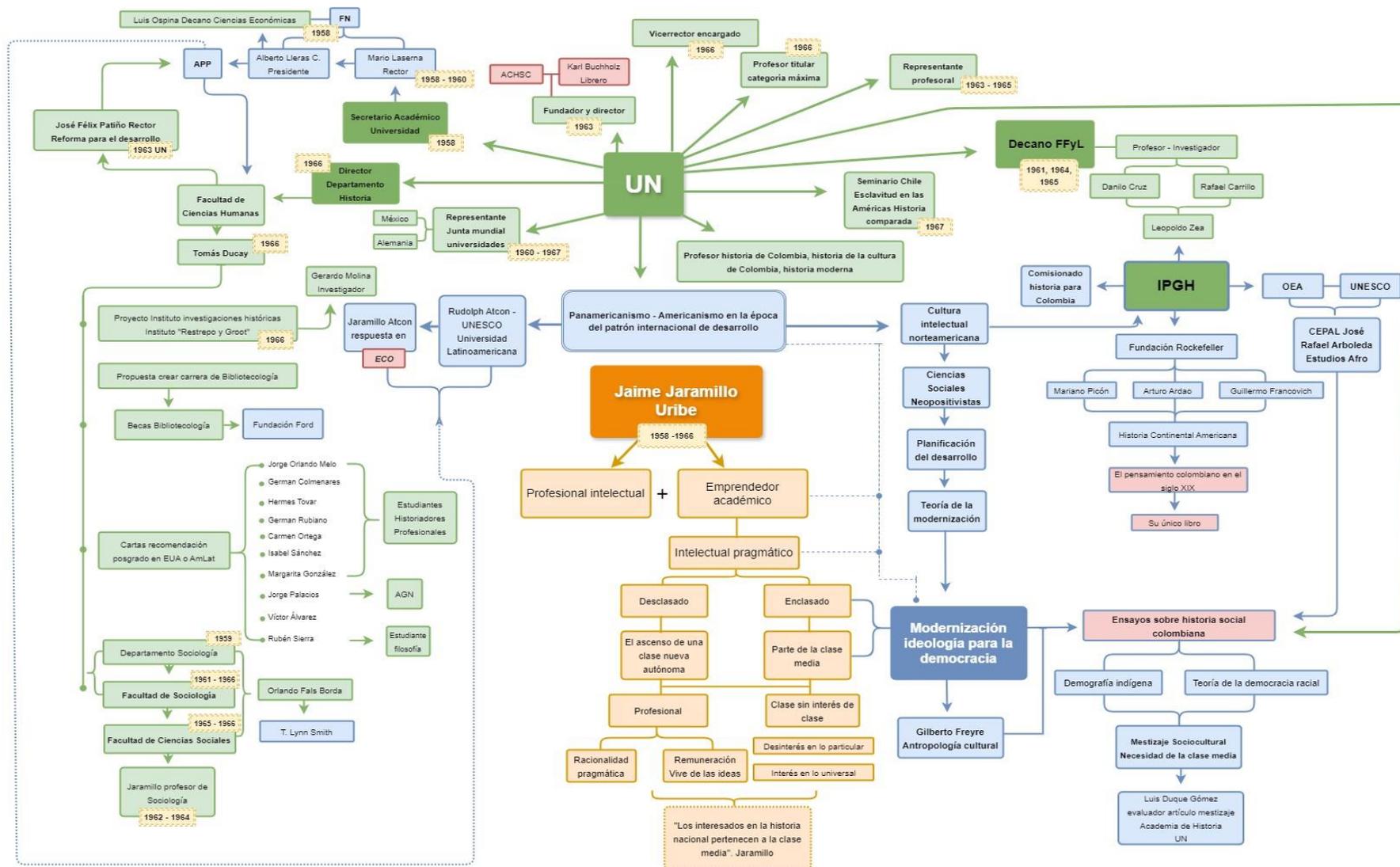
Nota: Para ampliar la visualización de la imagen dar clic en este enlace: [Figura 2 zoom](#)



Fuente: elaboración propia con base en las fuentes. Diseño por July Betancur Arboleda / [Volver a p. 76](#)

Figura 3 Redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo entre 1958 y 1966

Nota: Para ampliar la visualización de la imagen dar clic en este enlace: [Figura 3 zoom](#)



Fuente: elaboración propia con base en las fuentes. Diseño por July Betancur Arboleda / [Volver a p. 151](#), [p. 152](#), [p. 159](#)

Tabla 1 Proporción de población universitaria vs. población total colombiana (1918-1970)

Año	Población total	Estudiantes universitarios	Porcentaje de población universitaria
1918	5 855 100	Sin datos	Sin datos
1938	8 701 800	3 050	0.03 %
1943	9 807 400	5 113	0.05 %
1945	8 701 816	6 152	0.1 %
1951	11 548 200	11 296	0.1 %
1954	12 150 760	11 996	0.1 %
1958	13 522 260	19 212	0.1 %
1970	20 905 254	92 063	0.4 %

Fuente: José Olinto Rueda, “Historia de la población de Colombia: 1880-2000”, en *Nueva Historia de Colombia*, tomo V (Bogotá: Planeta, 1989), 378; DANE, *50 años de estadísticas educativas* (Bogotá: DANE, 1985), 101; Dirección Nacional de Estadística, *Anuario General de Estadística. Colombia - 1945* (Bogotá: Contraloría General de la República, 1946), VI; DANE, *Anuario General de Estadística. Colombia - 1954* (Bogotá: DANE, 1955), 20; DANE, *Anuario General de Estadística. Colombia - 1958* (Bogotá: DANE, 1959), 21. [Volver a p. 32, p. 41, p. 184](#)

Tabla 2 Presencia laboral de Jaime Jaramillo en la UN (1948-1952)

Fecha inicial	Fecha final	Vigencia contrato	Categoría docente	Sueldo mensual (COP)	Facultad de adscripción	Materia impartida
1/03/1948	28/02/1949	11 meses	Encargado de cátedra	\$ 50	Filosofía y Letras	Sociología
1/03/1948	28/02/1949	11 meses	Encargado de cátedra	\$ 70	Ciencias Económicas	Economía Social 3 ^{er} año
29/03/1948	16/01/1949	10 meses	Investigador	\$ 180	Ciencias Económicas	Economista historiador
1/03/1949	Sin datos	Sin datos	Encargado de Cátedra	\$ 50	Filosofía y Letras	Metodología y práctica de la enseñanza
6/09/1949	Sin datos	Sin datos	Encargado de Cátedra	\$ 70	Derecho	Sociología general
1/03/1949	1/02/1950	11 meses	Encargado de Cátedra	\$ 50	Filosofía y Letras	Sociología general
1/03/1950	28/02/1951	11 meses	Encargado de Cátedra	\$ 70	Ciencias Económicas	Economía social
1/03/1950	28/02/1951	11 meses	Encargado de Cátedra	\$ 50	Filosofía y Letras	Sociología general y americana 3 ^{er} año
1/03/1950	28/02/1951	11 meses	Encargado de Cátedra	\$ 50	Filosofía y Letras	Metodología de la Enseñanza 4.º año
1/03/1951	15/03/1952	12 meses	Encargado de Cátedra	\$ 60	Filosofía y Letras	Metodología de la Enseñanza
1/03/1951	15/03/1952	12 meses	Encargado de Cátedra	\$ 60	Filosofía y Letras	Historia de la cultura contemporánea 4.º año
1/03/1951	15/03/1952	12 meses	Encargado de Cátedra	\$ 60	Filosofía y Letras	Economía social 3 ^{er} año
16/03/1952	29/02/1953	11 meses (ascenso)	Profesor de tiempo completo año preparatorio	\$ 780	Filosofía y Letras	Historia y Geografía de Colombia año preparatorio

Fuente: Elaboración propia con base a Historia laboral docente de Jaime Jaramillo Uribe, 1967-1972 [1948-1972]”, en ACHUN, caj. 1040, carp. 13, 13-14, 18, 21-24, 26, 32. [Volver a p. 76](#)

Tabla 3 Presencia laboral de Jaime Jaramillo en la UN (1952-1958)

Fecha inicial	Fecha final	Vigencia contrato	Categoría docente	Sueldo mensual (COP)	Dependencia de adscripción	Materia impartida
1/03/1951	15/03/1952	12 meses	Encardo de Cátedra	\$ 60	Filosofía y Letras	Economía social 3 ^{er} año
16/03/1952	29/02/1953	11 meses (ascenso)	Profesor de tiempo completo año preparatorio	\$ 780	Filosofía y Letras	Historia y Geografía de Colombia año preparatorio
31/03/1952	29/07/1953	16 meses	Profesor de tiempo completo año preparatorio	\$ 780	Filosofía y Letras	Geografía universal
1/03/1953	30/04/1953	2 meses	Profesor de tiempo completo	\$ 820	Filosofía y Letras	Pedagogía y filosofía moderna
1/05/1953	31/04/1954	11 meses	Aumento del 20 % como profesor de tiempo completo	\$ 984	Medicina	Sin datos
1/10/1953	30/10/1953	1 mes	Decano encargado	\$ 200	Filosofía y Letras	Decanatura
1/02/1954	31/05/1954	3 meses	Profesor tiempo completo / director de revista <i>Ideas y valores</i>	\$ 1104	Filosofía y Letras	Seminario de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea
1/06/1954	31/01/1955	7 meses	Aumento profesor tiempo completo	\$ 1360	Filosofía y Letras	Sin datos
1/02/1955	31/01/1956	11 meses	Profesor de tiempo completo en comisión en Alemania	\$ 1410	Filosofía y Letras	Comisión en Universidad de Hamburgo
1/02/1956	31/01/1957	11 meses	Profesor de tiempo completo prórroga de comisión en Alemania	\$ 1460	Filosofía y Letras	Prórroga comisión en Universidad de Hamburgo
1/02/1957	30/06/1957	4 meses	Profesor tiempo completo	\$ 1510	Filosofía y Letras	Seminario de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea, Historia de la cultura colombiana
1/07/1957	31/01/1958	6 meses (ascenso)	Profesor en dedicación exclusiva	\$ 2050	Filosofía y Letras	Sin datos
1/02/1958	18/11/1958	9 meses	Profesor en dedicación exclusiva	\$ 2100	Filosofía y Letras	Sin datos
1/02/1958	18/11/1958	9 meses	Profesor en dedicación exclusiva	\$ 2150	Filosofía y Letras	Sin datos

Fuente: Elaboración propia con base a Historia laboral docente de Jaime Jaramillo Uribe, 1967-1972 [1948-1972]”, en ACHUN, caj. 1040, carp. 13, 13-14, 18, 21-24, 26, 32. [Volver a p. 84](#), [p. 87](#), [p. 92](#), [p. 97](#), [p. 92](#)

Tabla 4 Salario urbano anual por sector de actividad COP (1951-1958)

Año	Mínimo	Industria	Construcción	Gobierno	Resto	Informal	Docente universitario Jaime Jaramillo
1950	720	1527	1201	2868	870	1184	720
1951	720	1728	1255	3236	936	1275	720
1952	720	1956	1314	3446	950	1317	9360
1953	720	2505	1341	3875	1042	1500	9840
1954	720	2848	1469	4816	1164	1629	13248

1955	720	3238	1571	5235	1221	1733	16320
1956	1620	3495	2134	5358	1276	1861	16920
1957	1864.8	4183	2306	5997	1810	2177	18120
1958	1864.8	4915	2687	6919	1660	2406	25200

Fuente: Elaboración propia con base en DANE, *Las estadísticas sociales en Colombia* (Bogotá: DANE - Fondo Nacional de Proyectos de Desarrollo (FONADE), 1993), 50; “Cuadro resumen salario mínimo legal mensual v. años 1950-2008”, *actualícese* (página web), aspectos laborales, histórico salario mínimo, Minprotección, <https://shorturl.at/ezGU7>

[Volver a p. 84, p. 92](#)

Tabla 5 Presencia laboral de Jaime Jaramillo en la UN (1958-1972)

Fecha inicial	Fecha final	Vigencia contrato	Categoría docente	Sueldo mensual (COP)	Dependencia de adscripción	Materia impartida
1/02/1958	18/11/1958	9 meses (ascenso)	Profesor en dedicación exclusiva	\$ 2150	Filosofía y Letras	Sin datos
17/11/1958	30/06/1960	19 meses	Secretario académico de la universidad (licencia docente)	\$ 2150	UN	No aplica
1/02/1959	30/04/1959	3 meses	Reconocimiento servicios	\$ 750	UN	No aplica
1/05/1959	30/07/1959	3 meses	Reconocimiento servicios	\$ 750	UN	No aplica
1/08/1959	30/10/1959	3 meses	Reconocimiento servicios Profesor encargado cátedra	\$ 750	UN	Historia de la cultura en Colombia 3 hs. y filosofía de la historia 2 hs.
1/11/1959	30/12/1959	2 meses	Reconocimiento servicios Profesor encargado cátedra	\$ 500	UN	Historia de la cultura en Colombia 3 hs. y filosofía de la historia 2 hs.
1/01/1960	1/03/1960	2 meses	Reconocimiento servicios	\$ 1050	UN	No aplica
1/02/1960	1/07/1960	5 meses	Profesor en dedicación exclusiva y secretario académico de la universidad en comisión	\$ 2200	UN	No aplica
1/04/1960	1/05/1960	1 mes	Reconocimiento servicios Profesor encargado cátedra	\$ 400	Filosofía y Letras	Filosofía de la historia 2 hs., Historia moderna 3hs., Historia de Colombia 3 hs
1/06/1960	30/06/1960	1 mes	Reconocimiento servicios Profesor encargado cátedra	\$ 400	Filosofía y Letras	Filosofía de la historia 2 hs., Historia moderna 3hs., Historia de Colombia 3 hs-
1/07/1960	31/01/1961	6 meses	Reingreso profesor en dedicación exclusiva	\$ 2200	Filosofía y Letras	Sin datos
1/02/1961	31/01/1962	11 meses	Profesor en dedicación exclusiva	\$ 3150	Filosofía y Letras	Sin datos
1/01/1961	1/02/1961	1 mes	Decano encargado (prima)	\$ 350	Filosofía y Letras	Sin datos
1/02/1961	30/01/1962	11 meses (ascenso)	Profesor Asociado en dedicación exclusiva	\$ 3150	Filosofía y Letras	Sin datos
1/02/1962	31/08/1962	6 meses	Profesor Asociado en dedicación exclusiva	\$ 3200	Filosofía y Letras Sociología	Sin datos

29/08/1962	6/09/1962	8 días	Comisión Popayán	\$ 640	Filosofía y Letras Sociología	Comisión en Archivo
1/09/1962	31/01/1963	4 meses	Aumento Profesor Asociado en dedicación exclusiva	\$ 3700	Filosofía y Letras Facultad Sociología	Sin datos
1/02/1963	31/01/1964	11 meses	Profesor Asociado en dedicación exclusiva	\$ 3750	Filosofía y Letras Sociología	Sin datos
1/07/1963	30/06/1965	23 meses	Designado miembro de la Comisión Asesora de Rectoría para Asuntos del Personal Docente	Sin datos	UN	No aplica
16/12/1963	26/12/1963	10 días	Comisión personal docente en Archivo Departamental de Pasto y Archivo de los padres agustinos	Presupuesto Facultad	Filosofía y Letras	Investigación sobre demografía problemas sociales del Nuevo Reino de Granada en los siglos XVII y XVIII
1/02/1964	30/09/1964	7 meses	Profesor Asociado en dedicación exclusiva	\$ 3800	Filosofía y Letras Sociología	Sin datos
1/10/1964	31/01/1965	3 meses	Aumento Profesor Asociado en dedicación exclusiva	\$ 7 000	Ciencias Sociales	Sin datos
1/02/1965	01/06/1965	4 meses	Profesor Asociado en dedicación exclusiva y Decano	\$ 7 000	Ciencias Sociales	No aplica
25/06/1965	7/07/1965	14 días	Comisión a Guatemala	275 USD (\$ 2475)	Ciencias Sociales	Representante colombiano en la IV asamblea general del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH)
1/02/1966	31/01/71	58 meses	Profesor Asociado en dedicación exclusiva de Historia	\$ 6300	Ciencias Humanas	Profesor exclusivamente de Historia
1/03/1966	1/06/1966	3 meses	Vicerrector encargado	Ad honorem	UN	Mientras Arturo Robledo Ocampo fuera rector
14/07/1966	15/01/1967	6 meses	Director del Departamento de Historia y Profesor Asociado en dedicación exclusiva de Historia	\$ 6500	Ciencias Humanas	No aplica
16/01/1967 (resolución 1571 de 1966)	31/01/1968	12 meses	Promoción a profesor Titular en dedicación exclusiva con antigüedad de 19 años	\$ 7050	UN	No aplica
20/06/1967	7/07/1967	17 días	Comisión Chile	No aplica	Ciencias Humanas	Asistente seminario de Historia comparada sobre la esclavitud en América (Viña del Mar)

3/07/1967	24/07/1967	21 días	Reconocimiento servicios docentes	\$ 120	Ciencias Humanas	Conferencia dictada en el curso de docencia universitaria
21/10/1967	27/11/1967	35 días	Comisión en Alemania	\$ 2340	Ciencias Humanas	2.º Coloquio sobre problemas culturales de América Latina en Münster. Invitado por la universidad
1/10/1968	31/08/1969	10 meses	Aumento como profesor titular en dedicación exclusiva	\$ 7800	Ciencias Humanas	No aplica
1/01/1969	31/08/1969	7 meses	Profesor titular en dedicación exclusiva y director	\$ 8500	Ciencias Humanas	Sin datos
1/01/1969	31/08/1969	7 meses	Prima de navidad	\$ 5666	Ciencias Humanas	No aplica
4/02/1969	No aplica		Reconocimiento de honorarios por derechos de autor	\$ 500	Ciencias Humanas	Sin datos
1/09/1969	31/01/1970	5 meses	Comisión Estados Unidos	Ad honorem	Ciencias Humanas	Dictar cursos en Universidad de Vanderbilt, Nashville
1/09/1969	No aplica p. 46	No aplica	Renuncia como profesor titular de tiempo completo	No aplica	UN	No aplica
1/02/1970	30/06/1970	4 meses	Reintegro profesor titular en dedicación exclusiva medio tiempo de antigüedad 21 años	\$ 3240	Ciencias Humanas	Sin datos
1/07/1970	31/01/1971	6 meses	Aumento	\$ 4657	Ciencias Humanas	No aplica
1/02/1971	30/06/1971	4 meses	Profesor titular en dedicación exclusiva medio tiempo	\$ 4695	Ciencias Humanas	Sin datos
1/07/1971	30/06/1972	11 meses	Licencia		Ciencias Humanas	No aplica
1/08/1972	1/08/1972		Renuncia		UN	No aplica

Fuente: Elaboración propia con base a Historia laboral docente de Jaime Jaramillo Uribe, 1967-1972 [1948-1972]”, en ACHUN, caj. 1040, carp. 13, 13-14, 16-24, 26, 32, 36, 43-44, 48-50, 61, 67. [Volver a p. 125](#), [p. 152](#), [p. 152](#), [p. 154](#), [p. 162](#), [p. 168](#), [p. 172](#), [p. 146](#), [p. 177](#)

Tabla 6 Matrícula para los cursos impartidos por el Departamento de Historia de la UN en 1966

Especialidad	Número de alumnos
Licenciatura en Historia (antigua Facultad de Filosofía y Letras)	54
Licenciatura en Ciencias Sociales (antigua Facultad de Educación)	117
Licenciatura en Sociología, Antropología, (antigua Facultad de Sociología)	80
Trabajo social (antigua Facultad de Sociología)	35
Economistas (antigua Facultad de Economía) Curso: Historia económica general	43
Pedagogos Curso: Historia de Colombia	23
Total de alumnos que reciben cursos de Historia	352
Crecimiento previsible a 1970 (30 % o sea 105 alumnos más)	457

Fuente: Programa para el Departamento de Historia en los próximos años y Proyecto de presupuesto para el Departamento de Historia, 17 de noviembre de 1966, en ACHUN, AFCH, DHCE, caj. 1034, carp. 37, f. 3. [Volver a p. 182](#)

Tabla 7 Número y distribución porcentual de aspirantes por facultades UN 1961-1966

Carreras	1961	1962	1963	1964	1965	1966
Facultad de Artes						
Arquitectura	257 (5.3 %)	130 (2.4 %)	146 (2 %)	291 (4 %)	558 (5.9 %)	600 (5.4 %)
Bellas Artes	195 (4 %)	30 (0.5 %)	36 (0.5 %)	35 (0.5 %)	164 (1.7 %)	48 (0.4 %)
Conservatorio	400 (8.2 %)	464 (8.5 %)	615 (8.5 %)	370 (4.8 %)	-	66 (0.6 %)
Facultad de Ciencias						
Biología	52 (1 %)	10 (0.2 %)	16 (0.2 %)	-	29 (0.3 %)	21 (0.2 %)
Estadística	69 (1.4 %)	31 (0.7 %)	95 (1.3 %)	20 (0.4 %)	-	22 (0.2 %)
Farmacia	78 (1.6 %)	113 (2.1 %)	154 (2.1 %)	289 (3.8 %)	110 (1.2 %)	118 (1.1 %)
Física	-	-	-	-	54 (0.6 %)	29 (0.3 %)
Geología	42 (0.9 %)	29 (0.5 %)	52 (0.7 %)	107 (1.4 %)	88 (0.9 %)	48 (0.4 %)
Matemáticas	91 (1.8 %)	75 (1.4 %)	38 (0.5 %)	42 (0.8 %)	111 (1.2 %)	41 (0.3 %)
Química - Ingeniería química	680 (14 %)	632 (11.3 %)	843 (11.7 %)	711 (9.4 %)	894 (9.5 %)	269 (2.4 %)
Facultad de Ciencias Agropecuarias						
Agronomía	125 (2.6 %)	236 (4.3 %)	277 (3.8 %)	372 (4.8 %)	467 (5 %)	474 (4.3 %)
Veterinaria	179 (3.7 %)	212 (3.9 %)	379 (5.2 %)	213 (2.8 %)	336 (3.6 %)	342 (3.1 %)
Facultad de Ciencias Humanas						
Ciencias de la Educación	102 (2.1 %)	177 (3.3 %)	232 (3.2 %)	366 (4.8 %)	496 (5.3 %)	55 (0.5 %)
Economía	157 (3.2 %)	198 (3.6 %)	225 (3.1 %)	329 (4.6 %)	504 (5.3 %)	856 (7.7 %)
Filosofía y Letras*	53 (1 %)	68 (1.2 %)	76 (1.1 %)	200 (2.5 %)	76 (0.8 %)	47 (0.4 %)
Psicología	32 (0.7 %)	70 (1.3 %)	85 (1.2 %)	125 (1.5 %)	-	259 (2.3 %)
Sociología	52 (1 %)	88 (1.6 %)	116 (1.6 %)	129 (1.6 %)	334 (3.6 %)	169 (1.5 %)
Facultad de Ciencias de la Salud						
Enfermería	108 (2.2 %)	60 (1.1 %)	57 (0.8 %)	45 (0.7 %)	47 (0.5 %)	44 (0.4 %)
Medicina	724 (15 %)	512 (9.4 %)	836 (11.6 %)	938 (12.5 %)	1388 (14.8 %)	2255 (20.1 %)
Nutrición	-	-	-	-	120 (1.2 %)	111 (1 %)
Odontología	137 (2.8 %)	144 (2.6 %)	176 (2.4 %)	194 (2.5 %)	182 (1.9 %)	245 (2.2 %)
Ingeniería						
Ingeniería	460 (9.4 %)	1168 (21.3 %)	1329 (18.4 %)	1386 (18.6 %)	2019 (21.5 %)	3351 (29.9 %)
Derecho						
Derecho	157 (3.4 %)	143 (2.6 %)	127 (1.8 %)	206 (2.8 %)	201 (2.1 %)	258 (2.3 %)
Medellín						
Agronomía	126 (2.6 %)	176 (3.2 %)	333 (4.6 %)	234 (4 %)	240 (2.6 %)	311 (2.8 %)
Arquitectura	95 (2 %)	114 (2.1 %)	300 (4.2 %)	126 (1.6 %)	118 (1.3 %)	160 (1.4 %)
Minas	136 (2.8 %)	186 (3.4 %)	283 (3.9 %)	390 (5.2 %)	408 (4.3 %)	631 (5.7 %)
Manizales						
Ingeniería	89 (1.8 %)	107 (2 %)	117 (1.6 %)	137 (1.8 %)	178 (1.9 %)	180 (1.6 %)
Palmira						
Agronomía	272 (5.5 %)	300 (5.5 %)	289 (4 %)	212 (2.6 %)	282 (3 %)	162 (1.5 %)
TOTALES	4868	5473	7232	7467	9404	11172

Fuente: José Félix Patiño, *La universidad en cifras, 1961-1966. Informe del rector volumen III* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1966), 44-45.

*Hace parte de ella la licenciatura en Historia. [Volver a p. 184](#)

Tabla 8 Egresados por facultades UN 1961-1966

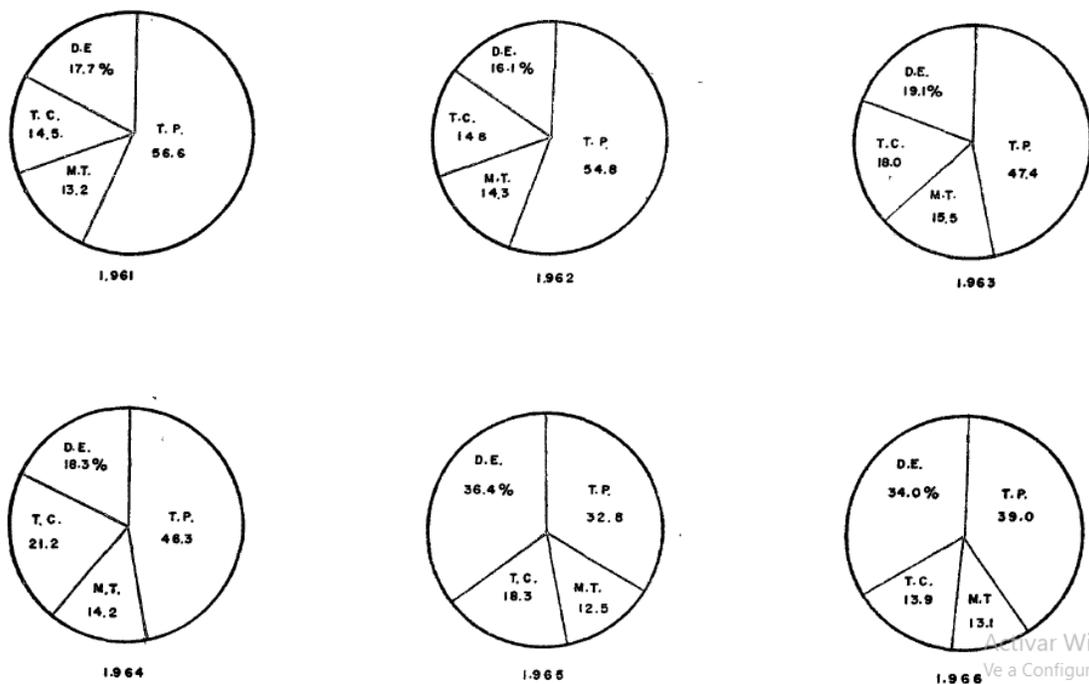
Carreras	1961	1962	1963	1964	1965	1966
Facultad de Artes						
Arquitectura	16 (2.1 %)	12 (1.6 %)	17 (1.8 %)	11 (1.1 %)	31 (3.2 %)	27 (2.9 %)
Bellas Artes	10 (1.3 %)	11 (1.5 %)	18 (2.1)	4 (0.4 %)	6 (0.6 %)	5 (0.5 %)
Conservatorio	4 (0.5 %)	1 (0.3 %)	1 (0.1 %)	15 (1.5 %)	15 (1.5 %)	2 (0.2 %)
Facultad de Ciencias						
Biología	-	-	5 (0.5 %)	8 (0.7 %)	9 (1 %)	10 (1 %)
Farmacia	14 (1.6 %)	-	19 (2.2 %)	26 (2.5 %)	30 (3.1 %)	14 (1.5 %)
Física	-	-	-	-	-	8 (0.8 %)
Geología	10 (1.3 %)	12 (1.6 %)	21 (2.3 %)	19 (1.8 %)	21 (2.1 %)	19 (2.1 %)
Matemáticas y Estadística	19 (2.3 %)	3 (0.5 %)	19 (2.2 %)	10 (1 %)	13 (1.3 %)	10 (1 %)
Química	35 (4.3 %)	3 (0.5 %)	18 (2.1 %)	19 (1.8 %)	18 (1.9 %)	20 (2.2 %)
Facultad de Ciencias Agropecuarias						
Agronomía	-	-	-	-	57 (5.8 %)	40 (4.2 %)
Veterinaria	56 (7.3 %)	43 (6.5 %)	29 (3.3 %)	45 (4.5 %)	55 (5.6 %)	46 (4.9 %)

Facultad de Ciencias Humanas						
Ciencias de la Educación	-	-	44 (4.2 %)	45 (4.5 %)	67 (6.9 %)	65 (6.9 %)
Ciencias Económicas	85 (10.5 %)	-	46 (5.7 %)	57 (5.6 %)	49 (5 %)	37 (3.9 %)
Filosofía y Letras*	12 (1.4 %)	18 (2.5 %)	18 (2.1 %)	16 (1.6 %)	14 (1.5 %)	11 (1.1 %)
Psicología	11 (1.3 %)	-	11 (1.2 %)	9 (0.9 %)	26 (2.7 %)	8 (0.8 %)
Sociología	-	12 (1.6 %)	10 (1.1 %)	17 (1.7 %)	12 (1.2 %)	31 (3.3 %)
Facultad de Ciencias de la Salud						
Bacteriología	15 (1.7 %)	2 (0.6 %)	3 (0.3 %)	-	-	-
Enfermería	41 (5.2 %)	-	6 (0.6 %)	75 (7.4 %)	15 (1.5 %)	46 (4.9 %)
Medicina	120 (15.2 %)	149 (20.8 %)	181 (20.5 %)	157 (15.5 %)	150 (15.5 %)	156 (16.5 %)
Nutrición	-	-	-	-	-	28 (3.5)
Odontología	67 (8.3 %)	60 (8.5 %)	45 (5.6 %)	44 (4.3 %)	53 (5.5 %)	64 (6.8 5)
Ingeniería						
Ingeniería	64 (8.2 %)	69 (9.6 %)	76 (8.3 %)	92 (9.1 %)	53 (5.5 %)	108 (11.4 %)
Ingeniería química	40 (5 %)	49 (6.7 %)	42 (4.2 %)	43 (4.3 %)	47 (4.9 %)	-
Derecho						
Derecho	56 (7.3 %)	97 (13.5 %)	62 (6.6 %)	55 (5.4 %)	50 (5.1 %)	43 (4.6 %)
Medellín						
Agronomía	25 (3.2 %)	30 (4.5 %)	58 (6.5 %)	57 (5.6 %)	41 (4.3 %)	35 (3.7)
Arquitectura	6 (0.8 5)	11 (1.5 5)	12 (1.3 %)	1 (0.5 5)	17 (1.8 %)	12 (1.3 5)
Minas	53 (6.5 %)	85 (11.9 %)	57 (6.5 %)	94 (9.3 %)	41 (4.3 %)	58 (6.1 5)
Manizales						
Ingeniería	8 (1 %)	10 (1.2 %)	20 (2.2 %)	19 (1.8 %)	13 (1.3 %)	11 (1.1 %)
Palmira						
Agronomía	31 (3.7 %)	34 (4.6 %)	54 (6.5 %)	71 (7.2 %)	67 (6.9 %)	31 (3.3 %)
TOTALES	798	711	892	1009	970	945

Fuente: José Félix Patiño, *La universidad en cifras, 1961-1966. Informe del rector volumen III* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1966), 81, cuadro no. 59.

*Hace parte de ella la licenciatura en Historia. [Volver a p. 184](#)

Figura 4 Distribución porcentual docentes por dedicación 1961-1966



DE: Dedicación exclusiva; TC: Tiempo completo; MT: Tiempo medio; TP: Tiempo parcial,

Fuente: José Félix Patiño, *La universidad en cifras, 1961-1966. Informe del rector volumen III* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1966), 91. [Volver a p. 181](#)

Bibliografía

Fuentes primarias

Archivos

1. Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia (ACHUN), Bogotá-Colombia
Fondo: Hoja de vida docente (historia laboral docente) Jaramillo Uribe, Jaime
Fondo: Acumulado Facultad de Ciencias Humanas
Sección: Departamento de Historia / Correspondencia enviada 1966-1968
Sección: Departamento de Historia / Correspondencia enviada y recibida ACHSC 1966-1997
Fondo: Cayetano Betancur Campuzano
Serie: Correspondencia
2. Archivo Jaramillo Mora (AJM), Medellín-Colombia
Fondo: Jaime Jaramillo Uribe
Serie: Comunicaciones enviadas y recibidas
Serie: Contratos;
Serie: Documentos de identificación;
Serie: Fotografías
Serie: Recortes de prensa
Fondo: Yolanda Mora
Serie: Certificados, diplomas y discursos
Serie: Comunicaciones enviadas y recibidas
Serie: Documentos de identificación
3. Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), Bogotá-Colombia. Catálogo: Alberto Lleras Camargo, Fondo: Documental

Publicaciones periódicas

4. Atcon, Rudolph P. "La universidad latinoamericana: clave para un enfoque de conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina". *Eco: revista de la cultura de Occidente* t. XVII 1-3, nos. 37-39 (mayo-julio, 1963): 4-169.
5. Friede, Juan. "Algunas consideraciones sobre la evolución demográfica en la provincia de Tunja". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 3 (1965): 5-19.
6. G.A.B. "El pensamiento colombiano en el siglo XIX. By Uribe, Jaime Jaramillo. Bogotá, 1974. Librería Editorial Temis. Index. Pp. 420. Paper". *Hispanic American Historical Review* 56, no. 4 (1976): 696-697.
7. García, Antonio. "El indigenismo en Colombia. Génesis y evolución". *Boletín de Arqueología* 1, no. 1 (1945): 68.
8. Herrera, Martha y Carlos Low. "Jaime Jaramillo Uribe: la historia, la pedagogía y las ciencias sociales". *Revista colombiana de educación* no. 71 (2016): 401-414.

9. Jaramillo Uribe, Jaime. "En torno a la enseñanza de la economía". *El financiero. Revista Colombiana de Economía y Finanzas* 1, no. 6 (1951): 1-6.
10. Jaramillo Uribe, Jaime. "La universidad: a propósito de la tragedia". *El Tiempo*, 11 de junio de 1954.
11. Jaramillo Uribe, Jaime. "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 1 (1963): 3-62.
12. Jaramillo Uribe, Jaime. "Observaciones al informe Atcon sobre las universidades latinoamericanas". *Eco: revista de la cultura de Occidente* t. XVII 1-3, nos. 37-39 (mayo-julio, 1963): 170-186.
13. Jaramillo Uribe, Jaime. "La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores: primera parte". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 2 (1964): 239-293.
14. Jaramillo Uribe, Jaime. "Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 3 (1965): 21-48 y anexos: I. Cuestionario para probar hidalguía por testimonios, II. Cuestionario para probar la pertenencia a casta de mulatos o mestizos en pleito por ofensas al honor; III. Testimonios dados en proceso sobre ofensas al honor y calidad socioracial de las personas implicadas, 195-213.
15. Jaramillo Uribe, Jaime. "La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica-social de la esclavitud en el Siglo XIX". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 4 (1969): 63-86.
16. Jaramillo Uribe, Jaime y Safford, Frank. "An Interview with Jaime Jaramillo Uribe". *The Hispanic American Historical Review* 64, no. 1 (1984): 1-15.
17. Masur, Gerhard. "El Pensamiento Colombiano en el Siglo XIX. By Uribe Jaime Jaramillo. (Bogotá: Editorial Temis. 1964. Pp. xvi, 464.)". *The American Historical Review* 71, no. 1 (1965): 346-347.
18. Parsons, James J. "Historia de Pereira. By Gómez, Luis Duque, Friede, Juan, and Uribe, Jaime Jaramillo. Pereira, Colombia, 1963. Club Rotario de Pereira. Bibliography. Pp. 410". *Hispanic American Historical Review* 45, no. 1 (1965): 174.
19. Socarrás, José Francisco. "¿Cuál es el más grave problema de la cultura colombiana?". *Sábado*, 24 de julio, 1943.
20. Socarrás, José Francisco. "Jaime Jaramillo Uribe y la Escuela Normal". *El Tiempo*, Bogotá, 14 de Julio de 1993.
21. Universidad Nacional de Colombia. "Facultad de Filosofía y Letras". 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 17-19.
22. Universidad Nacional de Colombia. "Nómina de rectores, decanos y directores de Facultades, Escuelas e Institutos de la Universidad Nacional de Colombia. Nómina rectoral 1936-1954". 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 249-254.
23. Universidad Nacional de Colombia. "Visitantes ilustres". 1954: *Anuario de la Universidad Nacional de Colombia* (1954): 241-243.

24. Villegas, Silvio. "Un libro de Jaime Jaramillo Uribe. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*". *Boletín Cultural y Bibliográfico* 8, no. 10 (1965): 1471-1483.

Documentos manuscritos, impresos y sonoros

25. "Cuadro resumen salario mínimo legal mensual v. años 1950-2008". *Actualícese* (página web), aspectos laborales, histórico salario mínimo, Minprotección. <https://shorturl.at/ezGU7>
26. "Decreto Legislativo 136 de 30 de abril de 1958. Por el cual se expide el Estatuto Orgánico de la Universidad Nacional de Colombia". <https://shorturl.at/mpq07>
27. "La universidad y la nación: septiembre de 1963. entrevista a Jaime Jaramillo Uribe, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional/Carlos Medellín". *Señal memoria*, archivo sonoro, colección: cultura y sociedad, Bogotá, HJCK, 1963, signatura: HJCK-DGW-073651-01-SER001CPTDGW, duración 00:27:07. <https://shorturl.at/st458>
28. "Ley 68 de 1935 (diciembre 7) orgánica de la Universidad Nacional de Colombia". En *Alfonso López Pumarejo y la Universidad Nacional de Colombia*, 93-102. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.
29. DANE. *Anuario General de Estadística. Colombia - 1954*. Bogotá: DANE, 1955.
30. DANE. *Anuario General de Estadística. Colombia - 1958*. Bogotá: DANE, 1959.
31. DANE. *50 años de estadísticas educativas*. Bogotá: DANE, 1985.
32. DANE. *Las estadísticas sociales en Colombia*. Bogotá: DANE - Fondo Nacional de Proyectos de Desarrollo (FONADE), 1993.
33. Dewey, John. *La reconstrucción de la filosofía*. Buenos Aires: Planeta - Agostini, [1920] 1987.
34. Dirección Nacional de Estadística. *Anuario General de Estadística. Colombia - 1945*. Bogotá: Contraloría General de la República, 1946.
35. Gómez, Álvaro. "El derecho a la continuidad". En *La nación ante la universidad: curso académico organizado por la Universidad Nacional de Colombia*, 138-146. Bogotá: Antares, 1957.
36. Jaramillo Uribe, Jaime. "Luis E. Nieto Arteta [Reseña de *Economía y cultura en la historia de Colombia*, 1941] [1942]". En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 211-213. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
37. Jaramillo Uribe, Jaime. "La ocupación plena, problema central de la economía de posguerra [1945]". En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 3-9. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
38. Jaramillo Uribe, Jaime. "Thomas Jefferson [Reseña de John Dewey, *El pensamiento vivo de Thomas Jefferson* (Buenos Aires: Losada, 1944)] [1945]". En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 217-220. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.

39. Jaramillo Uribe, Jaime. “El estudio de las formas sociales microscópicas en la sociología contemporánea [1948]”. En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 187-189. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
40. Jaramillo Uribe, Jaime. “Notas para una interpretación de Colombia [1958]”. En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 53-62. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
41. Jaramillo Uribe, Jaime. “Función de una biblioteca central [1964]”. En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 9-23. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
42. Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el Siglo XIX*. Bogotá: Temis, 1964.
43. Jaramillo Uribe, Jaime. *Ensayos sobre la historia social colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1968.
44. Jaramillo Uribe, Jaime. *Entre la historia y la filosofía*. Bogotá: Revista Colombiana, 1968.
45. Jaramillo Uribe, Jaime. “Notas para la historia de la sociología en Colombia [1970]. En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 29-52. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
46. Jaramillo Uribe, Jaime. “Génesis de los modernos estudios históricos en Colombia: de la Escuela Normal superior al Departamento de Historia de la Universidad Nacional [1989]”. En *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, 121-134. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
47. Jaramillo Uribe, Jaime. *Travesías por la historia. Antología*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1997.
48. Jaramillo Uribe, Jaime. *Entre la historia y la filosofía*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
49. Jaramillo Uribe, Jaime. *Memorias intelectuales*. Bogotá: Taurus, 2007.
50. Laserna, Mario. *Informe del rector 1959*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1960.
51. López, Alfonso. “Balance de la educación y objetivos de la reforma de la Universidad Nacional, 1935 [Mensaje dirigido al Congreso]”. En *Alfonso López Pumarejo y la Universidad Nacional de Colombia*, 47-58. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.
52. López, Alfonso. “Discurso pronunciado en la Universidad Nacional, 1959”. En *Alfonso López Pumarejo y la Universidad Nacional de Colombia*, 127-136. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.
53. Medina Echavarría, José. *Sociología, teoría y técnica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1941.
54. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. “Decreto 1848 de 1969 del 4 de noviembre, por el cual se reglamenta el Decreto 3135 de 1968 por el cual se prevé la integración de la seguridad social entre el sector público y el privado y se regula el régimen prestacional de los empleados públicos y trabajadores oficiales”. *Diario Oficial* No 32.937 del 20 de noviembre de 1969. <https://shorturl.at/sxNP5>
55. Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia, tomo 3 de 1935 al Frente Nacional*, 10.^a ed. Bogotá: Tercer Mundo, 1990.

56. Patiño, José Félix. *Informe del rector al Consejo Superior Universitario. Hacia la Universidad del Desarrollo. Bases de una política de reforma universitaria. Parte I*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1965.
57. Patiño, José Félix. *La reforma de la Universidad Nacional de Colombia 1966. Informe del rector volumen II*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1966.
58. Patiño, José Félix. *La universidad en cifras, 1961-1966. Informe del rector volumen III*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1966.
59. Rueda, José Olinto. "Historia de la población de Colombia: 1880-2000". En *Nueva Historia de Colombia*, tomo V, 357-396. Bogotá: Planeta, 1989.

Fuentes secundarias

60. "Apéndice. Rectores de la Universidad en el periodo 1954-1964". En *Frente Nacional: política y cultura*, editado por Rubén Sierra, 383-384. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021.
61. "Historia del departamento de Filosofía". *Ciencias Sociales Uniandes* (página web). <https://shorturl.at/eEM46>
62. "Homenaje a un visionario". *Gimnasio moderno* (página web). <https://shorturl.at/alCEM>
63. "Jaime Jaramillo Uribe". *Banrepcultural. La Enciclopedia*. <https://shorturl.at/aAMPZ>
64. "Murió el historiador Jaime Jaramillo Uribe". *El Tiempo*, Bogotá, 26 de octubre, 2015.
65. "Recuerdos del historiador". *Semana*, Bogotá, 5 de mayo, 2007.
66. Academia Colombiana de Ciencias Económicas. "Jaime Jaramillo Uribe". <https://shorturl.at/bkJNQ>
67. Academia Colombiana de Ciencias Económicas. "Jorge Méndez Munévar". <https://shorturl.at/ckoAR>
68. Altamirano, Carlos. "Desarrollo y desarrollistas". *Prismas* no. 2 (1998): 75-94.
69. Altamirano, Carlos. "Introducción al volumen II. Elites culturales en el siglo XX Latinoamericano". En *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen 2: Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, director y editor del volumen Carlos Altamirano, 9-28. Buenos Aires: Katz, 2010.
70. Altamirano, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
71. Álvarez, Víctor. "Jaime Jaramillo Uribe, el maestro". *Trashumante* no. 7 (2016): 226-227.
72. Archila, Mauricio. "Jaime Jaramillo Uribe Padre de la Nueva Historia", *Credencial Historia* no. 115 (1999).
73. Archila, Mauricio. "El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, una joven revista histórica que cumple 50 años", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 40, supl. 1 (2013): 27-65.
74. Archila, Mauricio. "Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015)". *Hispanic American Historical Review* 96, no. 3 (2016): 553-556.

75. Archivo General de la Nación. *Jaime Jaramillo Uribe. Premio vida y obra, 1ª convocatoria*. Bogotá: AGN, 1996.
76. Arcila, Zoraida. “Ciencia y compromiso social. La instauración de la Sociología en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 1959-1970”. Tesis de doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - México, 2017.
77. Artières, Philippe y Dominique Kalifa. “El historiador y los archivos personales: paso a paso”. *Políticas de la Memoria* no. 13 (2012/2013): 7-11.
78. Asociación Colombiana de Historiadores. “Profesionalización de la historia en Colombia”. Video de Facebook, 18 de mayo de 2022. <https://shorturl.at/CQW59>
79. Asociación Colombiana de Historiadores. “Cápsula de la Memoria: Maestros - Jaime Jaramillo Uribe”. Video de YouTube, 19 de abril de 2023. <https://shorturl.at/lyB79>
80. Asociación Colombiana de Historiadores. *Memorias Congreso colombiano de Historia, vol. XVIII, no. (s) 1-30 (2017-2019) Historia y memoria en el mundo actual pensar la obra de Jaime Jaramillo Uribe*. ISSN: 2500-851x (en línea).
81. Ayala, César. “Frente Nacional: acuerdo bipartidista y alternación en el poder”. *Credencial Historia*, no. 119 (1999).
82. Ayala, César. “La explosión de Cali: Agosto 7 de 1956”. *Credencial Historia*, no. 117 (1999).
83. Bagú, Sergio. *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1961.
84. Bauman, Zygmunt. *Legisladores e Intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
85. Beltrán, Miguel. “La Federación de Estudiantes Colombianos (FEC) y las luchas universitarias bajo la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla”. *Cardinalis*, no. 10 (2018): 19-21.
86. Bergel, Martín y Ricardo Martínez. “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”. En *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen 2: Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, director y editor del volumen Carlos Altamirano, 119-145. Buenos Aires: Katz, 2010.
87. Betancourt, Alexander. *Historia y Nación. Tentativas de la escritura histórica en Colombia*. Medellín: La Carreta, 2007.
88. Betancourt, Alexander. “Jaime Jaramillo Uribe y la renovación historiográfica en América Latina a mediados del siglo XX”. En *Conferencias. Memorias Congreso colombiano de Historia, vol. XVIII, no. 30*, 4-19. Conferencia inaugural del XVIII Congreso Colombiano de Historia, Medellín, 10 de octubre de 2017.
89. Betancourt, Alexander. “El Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el proyecto de la historia de América, 1928-1960”. En *¿Tienen las américas una historia común? Herbert E. Bolton, las fronteras y la “Gran América*, coordinado por Horacio Crespo, Andrés Kozel y Alexander Betancourt, 215-246. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2018.

90. Betancourt, Alexander. “La profesionalización de la historia en Colombia. Jaime Jaramillo Uribe: contextos, trayectoria y corrientes historiográficas”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 48, no. 1 (2021): 231-255.
91. Blanco, Alejandro. *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
92. Blanco, Alejandro. “Ciencias sociales en el Cono Sur y el surgimiento de una nueva élite intelectual (1940-1965)”. En *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen 2: Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, director y editor del volumen Carlos Altamirano, 606-629. Buenos Aires: Katz, 2010.
93. Blanco, Alejandro y Luis Carlos Jackson. *Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
94. Blois, Juan y Pedro Morcillo. “Dominación, resistencia y política: donantes foráneos y ciencias sociales en América Latina”. *Estudios Sociológicos* 41, no. esp. (2023): 11-31.
95. Bobbio, Norberto. *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós, 1997.
96. Bonnett, Diana. “En memoria de Jaime Jaramillo Uribe”. *Revista de Estudios Sociales*, no. 55 (2016): 8-11.
97. Bonnett, Diana. “La historia social al ritmo de los 60. Una lectura de *La personalidad histórica de Colombia*”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 85-100.
98. Bourricaud, François. *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
99. Burke, Peter. *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Paidós, 2002.
100. Calvo, Óscar. *Urbanización y Revolución en América Latina. Santiago de Chile, Buenos Aires y Ciudad de México (1950-1980)*. Ciudad de México y Bogotá: El Colegio de México - Universidad Nacional de Colombia, 2023.
101. Camp, Roderic. *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
102. Cañellas, Antonio. “Las políticas del Instituto de Cultura Hispánica, 1947-1953”. *Historia Actual Online*, no. 33 (2014): 77-91.
103. Cataño, Gonzalo. “Jaime Jaramillo Uribe: *De la sociología a la historia*”. En *Historia, sociología y política: ensayos de sociología e historia de las ideas*, 85-102. Bogotá: Plaza y Janes, 1999.
104. Cataño, Gonzalo. Prólogo a Jaime Jaramillo Uribe en *De la sociología a la historia*, compilado por Gonzalo Cataño, XIII-XV. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002.
105. Cataño, Gonzalo. “Jaime Jaramillo Uribe”. En *Afirmaciones y negaciones. Maestros del siglo XX*, 69-77. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2005.

106. Cataño, Gonzalo. “La Nueva Historia y sus predecesores”. En *Paneles. Memorias Congreso colombiano de Historia*, vol. XVIII, no. 29. *Historia y memoria en el mundo actual pensar la obra de Jaime Jaramillo Uribe* (2017-2019), 4-35.
107. Cataño, Gonzalo. “Historia intelectual: *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 71-83.
108. Cavalcanti, Themistocles. “Round Table on the University Teaching of the Social Sciences in South America”. *International social science bulletin* 8, no. 2 (1956), 3-4.
109. Chartier, Roger. “Lo privado y lo público: construcción histórica de una dicotomía”, *Co-herencia* 4, no. 7 (2007): 65-81.
110. Collins, Randall. *The credential society. An historical sociology of education and stratification*. Nueva York: Columbia University Press, [1979] 2019.
111. Collins, Randall. *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual*. Barcelona: Hacer, [1998] 2005.
112. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*. Buenos Aires: Solar - Hachette, 1966.
113. Constaín, Juan. “Que sea un motivo”. *El Tiempo*, Bogotá, 28 de octubre, 2015.
114. Crevenna, Theo R. “The social sciences in the organization of American states”. *International Social Science Bulletin* 4, no. 3 (1951): 5-7.
115. Cubides, Fernando. “Jaramillo Uribe: el sociólogo, el historiador”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 35-47.
116. Delgado, Lorenzo. “Presentación. Modernización y globalismo”. *Historia y Política*, no. 34 (2015): 13-26.
117. Departamento Historia UN. “El Oficio del historiador en el marco de la nueva historia”. Video de YouTube, 14 de febrero de 2018. <https://www.youtube.com/watch?v=aZq7ojMPSDU>
118. Di Pasquale, Mariano. “De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: retrospectivas y perspectivas. Mapeo de la cuestión”. *Universum* 26, no. 1 (2011): 79-92.
119. Diaz, José Abelardo. “Una fecha trágica: 8 y 9 de junio de 1954”. *Credencial Historia*, no. 398 (2023).
120. Dosse, François. *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia: Universitat de València, 2007.
121. Dosse, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València, 2007.
122. Droysen, Johann Gustav. *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y la metodología de la historia*. Barcelona: Alfa, [1857-1883] 1983.
123. Duque, Javier. “El plebiscito de 1957 en Colombia. El pacto de élites y su refrendación popular”. *Revista Criterio Libre* 19, no. 35 (2021): 252-268.

124. Durkheim, Émile. “Prólogo de la segunda edición. Algunas observaciones sobre las agrupaciones profesionales”. En *La división del trabajo social*, 69-97. Madrid: Minerva, [1893] 2012.
125. Elias, Norbert. *Mozart. Sociología de un genio*, editado por Michael Schröter. Barcelona: Península, 1991.
126. Escobar, Arturo. *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma, 1998.
127. Fontaine, André. *Historia de la guerra fría*. Barcelona: Caralt, 1970.
128. Fousek, John. *To lead the free world: American nationalism and the cultural roots of the cold war*. Chapel Hill: University of North Caroline Press, 2000.
129. Freidson, Eliot. “La teoría de las profesiones. Estado del arte”. *Perfiles educativos* 23, no. 93 (2001): 28-43.
130. García, Milder. “La construcción de un contexto interno como política universitaria: el caso de la política de diálogo en la Universidad Nacional de Colombia, 1964-1966”. *Sociedad y Economía*, no. 15 (2008): 195-219.
131. Garzón, Javier Enrique. “Ernesto Campos García - 'Jaime Jaramillo Uribe, Historiador colombiano del Siglo 20'”. Video de YouTube, 20 de noviembre de 2015 <https://www.youtube.com/watch?v=0EoJ4Z7eMWo>
132. Gómez, Juan Guillermo y Selnich Vivas. *Historias, desaciertos e investigación en Colombia*. Medellín: Unaula, 2015.
133. Gómez, Juan Guillermo. “‘A Colombia no pienso volver’: anotaciones sobre el intelectual inconformista Rafael Gutiérrez Girardot”. En *El problema del modernismo*, Rafael Gutiérrez Girardot, 14-31. Medellín: Universidad de Antioquia, 2017.
134. González, Iván. “Valencia Goelkel y la transformación de la revista *Eco*”. En *Frente Nacional: política y cultura*, editado por Rubén Sierra, 290-292. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021.
135. Gouldner, Alvin. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*. Madrid: Alianza, 1980.
136. Gramsci, Antonio. “La formación de los intelectuales”. En *Los intelectuales y la organización de la cultura*, 11-28. Ciudad de México: Juan Pablos Editor, [1924] 1975.
137. Groppo, Bruno. “El antifascismo en la cultura política comunista”. *Anuario IEHS*, no. 19 (2004): 27-44.
138. Guisao, Juan. “Modernización estatal, militares y clase media. Colombia en las décadas de los 50 y 60”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2020.
139. Gutiérrez, Rafael. *Modernismo: supuestos históricos y culturales*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1987.
140. Helg, Aline. *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social económica y política*. Bogotá: Cerec, 1987.

141. Helg, Aline. “La educación en Colombia, 1958-1980”. En *Nueva historia de Colombia*, tomo IV, 135-158. Bogotá: Planeta, 1989.
142. Henderson, James. *Modernization in Colombia The Laureano Gómez Years, 1889-1965*. Gainesville: University Press of Florida, 2001.
143. Hering, Max. “In memoriam Jaime Jaramillo Uribe”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 42, no. 2 (2015): 23-28.
144. Hernández, Ramiro. “El proyecto Simpático en Colombia en 1965-1966”. *Rebelión*, 21 de junio de 2018. <https://shorturl.at/iuQ39>
145. Herrera, Marta. “La demografía colonial como proyecto político. Jaime Jaramillo y la ideología de la ‘modernidad’”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 49-69.
146. Herrera, Martha. “La Escuela Normal Superior 1936-1951: avatares en la construcción de un proyecto intelectual”. En *Historia de la educación en Bogotá, Tomo II*, Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico – IDEP, 95-132. Bogotá: Jotamar, 2012.
147. Hirschman, Albert. “Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo”. *El Trimestre Económico* 47, no. 188(4) (1980): 1055-1077.
148. Hobsbawn, Eric. “La anatomía de ‘La violencia’ en Colombia”. En *Once ensayos sobre La Violencia*, 11-24. Bogotá: Centro Gaitán y Cerec, 1985.
149. Hoyos, Guillermo. “Medio siglo de filosofía moderna en Colombia: reflexiones de un participante”. En *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 2000.
150. Jaramillo Uribe, Jaime. “La educación durante los gobiernos liberales, 1930-1946”. En *Nueva Historia de Colombia*, tomo IV, 87-110. Bogotá: Planeta, 1989.
151. Jaramillo Uribe, Jaime. “El proceso de la educación, del virreinato a la época contemporánea”. En *Manual de Historia de Colombia*, tomo III, 247-339. Bogotá: Ministerio de Cultura - Tercer Mundo Editores, 1999.
152. Jaramillo, Diego. *Satanización del socialismo y del comunismo en Colombia 1930-1953*. Popayán: Universidad del Cauca, 2007.
153. Jaramillo, Jaime Eduardo. “Jaime Jaramillo-Urbe y el camino de la historiografía profesional en Colombia”. *El Aleph*, no. 175 (2015). <https://shorturl.at/fDRW8>
154. Jaramillo, Jaime Eduardo. *Universidad, política y cultura. La rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional de Colombia, 1944-1948*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007.
155. Jimeno, Myriam y Luis Ángel Méndez. Prólogo a *Frente Nacional: política y cultura*, editado por Rubén Sierra, 11-14. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021.
156. Latham, Michael. *Modernization as ideology: American Social science and “Nation Building” in the Kennedy era*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2000.
157. Leal, Francisco. “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967”. *Revista Desarrollo y Sociedad* no. 6 (1981): 299-325.

158. Levi, Giovanni. "Les usages de la biographie", *AESC* 44, no. 6 (1989), trad. Araceli Rodríguez, ed. cast.: "Los usos de la biografía".
159. Loaiza, Gilberto. "Los intelectuales y la historia política en Colombia". En *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, editado por César Ayala, 56-94. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.
160. Loaiza, Gilberto. *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX*. Cali: Universidad del Valle, 2014.
161. López, Andrés. "La sociología del escritor y su contribución a la historia social de la literatura latinoamericana". *Ciencias Sociales y Educación* 3, no. 5 (2014): 79-96.
162. López, Ricardo. "'Una democracia musculosa'. Identificaciones profesionales, lucha de clases y la radicalización política de la clase media en Bogotá, 1958-1965". *Contemporánea: historia y problemas del siglo XX* 5, no. 5 (2014): 43-64.
163. López, Ricardo. *La clase invisible: género, clases medias y democracia en Bogotá*. Bogotá: Universidad del Rosario - Crítica, 2022.
164. Mannheim, Karl. "El problema de las generaciones". *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* no. 62 ([1928] 1993): 193-242.
165. Mannheim, Karl. *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, [1929] 1993.
166. Mannheim, Karl. *Essays on the Sociology of Culture. Collected Works Volume Seven*. Nueva York: Routledge, [1956] 2003.
167. Melo, Jorge Orlando. "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes". *Revista Universidad Nacional*, no. 2 (1968): 15-41.
168. Melo, Jorge Orlando. "Algunas consideraciones sobre modernidad y modernización en el caso colombiano". En *Colombia, el despertar de la modernidad*, editado por Fernando Viviescas y Fabio Giraldo, 225-248. Bogotá: Foro Nacional, 1991.
169. Melo, Jorge Orlando. "Laberinto de influencias en la Nueva Historia de Colombia". *Jaime Jaramillo Uribe: Premio Vida y Obra*, 49-54. Bogotá: Archivo General de la Nación, 1996.
170. Melo, Jorge Orlando. *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas*. Medellín: Secretaria de Educación Antioquia, 1996.
171. Melo, Jorge Orlando. "Jaime Jaramillo Uribe. Vuelco a la historia". *El Tiempo*, Bogotá, 4 de julio, 1999.
172. Melo, Jorge Orlando. "Jaime Jaramillo Uribe: pluralista y escéptico". *Cambios & permanencias*, no. 6 (2015).
173. Muñoz, Catalina. "To colombianize Colombia: Cultural politics, modernization and nationalism in Colombia, 1930-1946". Tesis de doctorado, Universidad de Pensilvania, 2009.

174. Muñoz, Catalina y María del Carmen Suescún. “Memorias de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia”. *Revista de Estudios Sociales*, no. 41 (2011): 160-166.
175. Muñoz, Pilar. “Edith Jiménez de Muñoz: *manos que nunca descansaron*”. *Baukara*, no. 3 (2013): 162-169.
176. Neiburg, Federico y Mariano Plotkin, comps. “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”. En *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, 15-30. Buenos Aires: Paidós, 2004.
177. Nieto, Luis Enrique. “Jaime Jaramillo Uribe *in memoriam*”. *Revista nova et vetera* 1, no. 10 (2015).
178. Núñez, Luz Ángela. “Marxistas, liberales y antifascistas. Configuración de una generación intelectual de izquierda en Colombia (1930-1951)”. Tesis de doctorado, Universidad de los Andes, 2014.
179. Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Barcelona: Altaya, 1993.
180. Ortiz, Carlos Miguel. “...el discurso histórico en una ciencia social”. En *Páneles Memorias Congreso colombiano de Historia, vol. XVIII, no. 29. El oficio del historiador en el marco de la nueva historia y reflexiones en torno al impacto de la obra de Jaime Jaramillo Uribe en la historiografía colombiana (2017-2019)*, 36-48.
181. Ortiz, Luis Javier. “Un perfil de Jaime Jaramillo Uribe”. *Agenda cultural Alma Máter* no. 159 (2009).
182. Ortiz, María Paulina. “Jaime Jaramillo Uribe, el padre de la nueva historia”. *El Tiempo*, Bogotá, 1 de noviembre, 2015.
183. Ospina, Juan Manuel. “La Escuela Normal Superior: círculo que se cierra”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 21, no. 2 (1984): 3-16.
184. Panaia, Marta. *Una revisión de la sociología de las profesiones desde la teoría crítica del trabajo en la Argentina. CEPAL - Colección Documentos de proyectos*. Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas, 2008.
185. Pécaut, Daniel. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, 2 volúmenes. Bogotá: Cerec-Siglo XXI, 1987.
186. Pérez, Ricardo. *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
187. Puentes, Mauricio. “Jaime Jaramillo Uribe: un periplo vital para la historia”. *Cambios & permanencias*, no. 6 (2015).
188. Rabe, Stephen. *The killing zone. The United States Wages Cold War in Latin America*. Nueva York: Oxford University Press, 2012.
189. Ramírez, Renzo. “Historias locales en la perspectiva de Jaime Jaramillo Uribe. Los casos de Pereira y Bogotá (Colombia)”, *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 10, no. 20 (2018): 279-309.
190. Restrepo, Jorge. “Jaime Jaramillo Uribe”. *El Tiempo*, Bogotá, 30 de octubre, 2015.

191. Reyes, Catalina. “Síntesis política del gobierno de Unión Nacional 1946-1950”. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, 1985.
192. Reyes, Catalina. “Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015). Del relato patriótico a la historia como profesión”. *Revista Universidad de Antioquia* no. 323 (2016): 41-50.
193. Riveros, Franz Hensel. “Perfiles de la historia en Colombia, entrevistas con Jaime Jaramillo Uribe y Fernán González”. *Historia Crítica* no. 25 (2003): 99-114.
194. Rodríguez, Pablo. “El nombre y el cómo en Jaime Jaramillo Uribe”. En *Balance y desafíos: homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, compilado por Adriana Maya y Diana Bonnett, 71-75. Bogotá: Uniandes, 2003.
195. Rojas, Daniel. “Jaime Jaramillo Uribe, 1917-2015. Un artesano de la historia amalgamado con el tiempo”. *El Espectador*, Bogotá, 3 de noviembre, 2015.
196. Rojas, Marcela. “La Alianza Para el Progreso en Colombia”. *Análisis Político* 23, no. 30 (2010): 91-124.
197. Romero, José Luis. *Estudio de la mentalidad burguesa*. Madrid: Alianza, 1987.
198. Rueda, José. “Un recuerdo personal de Jaime Jaramillo Uribe”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 50 (2016): 184-188.
199. Rueda, José. “Apuntes a la obra de Jaime Jaramillo Uribe a partir de las ponencias de la mesa Historiografía y formas de hacer historia. Pensando la obra de Jaime Jaramillo Uribe. XVIII Congreso Colombiano de Historia”. En *Mesa 12. Memorias Congreso colombiano de Historia, vol. XVIII, no. 12. Historiografía y formas de hacer historia. Pensando la obra de Jaime Jaramillo Uribe (2017-2019)*, 3-15.
200. Rueda, José y Renzo Ramírez. “Historiografía de la regionalización en Colombia: una mirada institucional e interdisciplinar, 1902-1987”. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 6, no. 11 (2014): 13-67.
201. Sáenz, Eduardo. *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
202. Saldarriaga, Óscar. “Historia de la pedagogía como historia de la cultura: ¿entre la historia de las ideas y la historia social?”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 44, no. 1 (2017): 101-123.
203. Salgado, Juan. “La Guerra Fría llega a América Latina: la IX conferencia panamericana y el 9 de abril”. *Análisis Político* 26, no. 79 (2013): 19-34.
204. Sánchez, Clara. “Antecedentes de la Reforma Patiño Universidad Nacional (1954-1964). En *Frente Nacional: política y cultura*, editado por Rubén Sierra, 359-382. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021.
205. Saunier, Pierre-Yves. *La historia transnacional*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2021.
206. Señal Memoria. “La historia de Jaime Jaramillo Uribe”. Video de YouTube, 10 de noviembre de 2015. <https://www.youtube.com/watch?v=njt3R-1W840>

207. Serrano, Gonzalo. “Ideas y Valores. Antecedentes, comienzos y tropiezos”. *Ideas y Valores* 70, Sup. 7 (2021): 41-51.
208. Shils, Edward. “Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology”. *Daedalus* 99, no. 4 (1970): 760-825.
209. Shils, Edward. *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Buenos Aires: Tres Tiempos, 1976.
210. Shils, Edward. *Los intelectuales en los países en desarrollo*. Buenos Aires: Tres Tiempos, 1976.
211. Shils, Edward. *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires: Tres Tiempos, 1976.
212. Schumpeter, Joseph. *Capitalismo, socialismo y democracia*, t. 1. Barcelona: Folio, [1942] 1996.
213. Silva, Renán. “El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura: un acontecimiento historiográfico”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 30 (2003): 11-42.
214. Silva, Renán. *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta, 2005.
215. Tirado, Álvaro. *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*. Bogotá: Penguin Random House, 2014.
216. Tovar, Bernardo. “La Colonia de la ‘nueva historia’”. En *La Historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. 1, compilado por Bernardo Tovar, 67-135. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995.
217. Tovar, Bernardo. “El pasado como oficio. Trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo Uribe”. *Nómadas* no. 4 (1996): 1-17.
218. Tovar, Bernardo. “Jaime Jaramillo Uribe: la escritura de la historia como destino personal”. *Historia Crítica* no. 18 (1999): 7-12.
219. Tovar, Hermes. “Un compromiso con la historia. El aporte de Jaime Jaramillo Uribe”. *El Tiempo*, Bogotá, 13 de noviembre, 2015.
220. Universidad de los Andes. *Doctorado honoris causa en filosofía. Jaime Jaramillo Uribe*. Bogotá: Presencia, 1994.
221. Universidad Nacional de Colombia | @TelevisionUNAL. “La historia de Jaime Jaramillo Uribe a través de sus cartas”. Video de YouTube, 26 de enero de 2020, <https://www.youtube.com/watch?v=bnUufaeOSE>
222. Universidad Nacional de Colombia | @TelevisionUNAL. “Sala Patrimonial Jaime Jaramillo Uribe”. Video de YouTube, 6 de noviembre de 2018. https://www.youtube.com/watch?v=Vjmg_I0b5P4
223. Urrego, Miguel Ángel. “Mitos fundacionales, reforma política y nación en Colombia”. *Nómadas* 8 (1998): 10-18.
224. Urrego, Miguel Ángel. “Los intelectuales bajo la violencia”. En *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre, 2002.

225. Vasco, Juliana. “La sociabilidad en la conformación de la institución de la literatura en Colombia a finales del siglo XIX”. En *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas*, editado por Diego Alejandro Zuluaga y Luis Fernando Quiroz Jiménez, 17-29. Medellín: Universidad de Antioquia, 2021.
226. Velásquez, Juan José. “En memoria del maestro Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015)”. *Quirón. Revista de Estudiantes de Historia* 2, no. 4 (2016): 13-16.
227. Wallerstein, Immanuel, coord., *Abrir las ciencias sociales*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1996.
228. Williams, Raymond. *Sociología de la Cultura*. Buenos Aires: Paidós, 1994.
229. Wilson, Harold. *The war on world poverty: an appeal to the conscience of mankind*. Londres: Gollancz, 1953.
230. Wright Mills, Charles. *La imaginación sociológica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, [1959] 1986.
231. Wright Mills, Charles. *Sociology and Pragmatism: The Higher Education in America*. Nueva York: Oxford University Press, [1964] 1969.